

CAPÍTULO LXII

SEGUNDA GUERRA CARLISTA (CONCLUSIÓN).

A consecuencia de la liberación de Bilbao y de las murmuraciones que contra Elío produjo su equivocada conducta, acordó Don Carlos separarle del mando del ejército, nombrándole presidente del Consejo y ministro de la Guerra. Le substituyó en el mando del ejército Dorregaray.

También ordenó Don Carlos á Mendiri que hiciera cesar los abusos que en todas partes, y especialmente en Navarra, se cometían por los empleados de la administración, que con demasiada frecuencia solían malversar los caudales á ellos confiados y abusar del contribuyente carlista.

En la lucha que entre sí mantenían los secuaces del Pretendiente existía un germen de disolución.

Las diputaciones carlistas, que tanto podían haber hecho por el triunfo definitivo de la causa, tuvieron el mal acierto de indisponerse con los jefes militares en los momentos en que más faltá hacia el común esfuerzo de todos.

La de Vizcaya se puso en abierta hostilidad con Velasco, la de Guipúzcoa mandaba comisiones contra Lizárraga, la de Alava no acertó á proporcionarse recursos, y la de Navarra alardeaba de una independencia que traía disgustados á los más.

Y como si todo esto no fuera bastante, el cuerpo de artillería se puso en grave disidencia con las diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa, con motivo de la administración de las fábricas de armas. Hasta entre Elío y Dorregaray se suscitaron antagonismos que, con más apasionamiento que discreción y tacto político, procuraban fomentar los que acompañaban al Pretendiente.

Estos acompañantes acrecieron de tal manera sus aspiraciones como políticos, con los últimos triunfos, que para acallarlos hubo necesidad de crear ministerios, nó para hacer frente á necesidades que por entonces era imposible sentir, sino para satisfacer la vanidad de que se hallaban poseídos.

La Junta de Merindades de Vizcaya absorbió de tal manera el poder que anuló el de la diputación.

Gran celo y no menor actividad empleó esta Junta. Organizó los servicios

administrativos, compró 27 cañones de acero y municiones y los desembarcó en Bermeo, luchó con la ingerencia del poder militar en los asuntos civiles, proporcionó hombres y recursos para la guerra; ascendiendo el importe de suministros y demás servicios, sólo en Vizcaya, en 4 años, á la respetable suma de 11 millones de pesetas.

Acordó también la Junta demostrar á los representantes de las provincias hermanas la necesidad de que cada una se administrase y rigiese por sí misma en todos los ramos.

A pesar de este celo y actividad dejaron mucho que desear las tales Juntas y diputaciones. Unas fueron substituidas y se amonestó á otras.

En Guipúzcoa ascendían los gastos de la guerra á dos millones mensuales; no eran menores en las demás provincias. A todos estos gastos debían atender las diputaciones, y como á veces dejaran incumplidas muchas de las obligaciones enumeradas, se les dirigian graves cargos que ellas se apresuraban á rechazar diciendo:

« Esta corporación tiene la sensible desgracia de que nunca llegen á oídos de su soberano, respecto á la misma, más que noticias desagradables.

» Han informado mal á S. M. ó, mejor dicho, han faltado á la verdad en daño de una Junta á quien nadie aventaja en celo. La maledicencia con su cinismo, el odio con su encono y la indiscreción con sus funestos extravíos, gastan á los hombres más sinceros y leales, cuando esos hombres constituyen una corporación gubernativa que en el ejercicio de sus funciones está llamada á intervenir en los destinos sociales »

Atentas las diputaciones á los negocios interiores, más que á los del extranjero, que por cierto se hallaban en su período crítico, á pesar de la actividad de los agentes, pidieron á Don Carlos la creación de un centro formado con representantes de las cuatro corporaciones y con el carácter de permanente.

Creóse el centro Vasco-Navarro, que tuvo por objeto hacer más rápida la gestión de los negocios y estrechar la unión de las autoridades forales.

Entre los representantes no medió la armonía necesaria, por ser muy encontrados los intereses de lo que gastaban con lo que tenían que recaudar y producir.



EJÉRCITO DEL NORTE
Cazador.



EJÉRCITO DEL NORTE
Miguelete de Guipúzcoa.



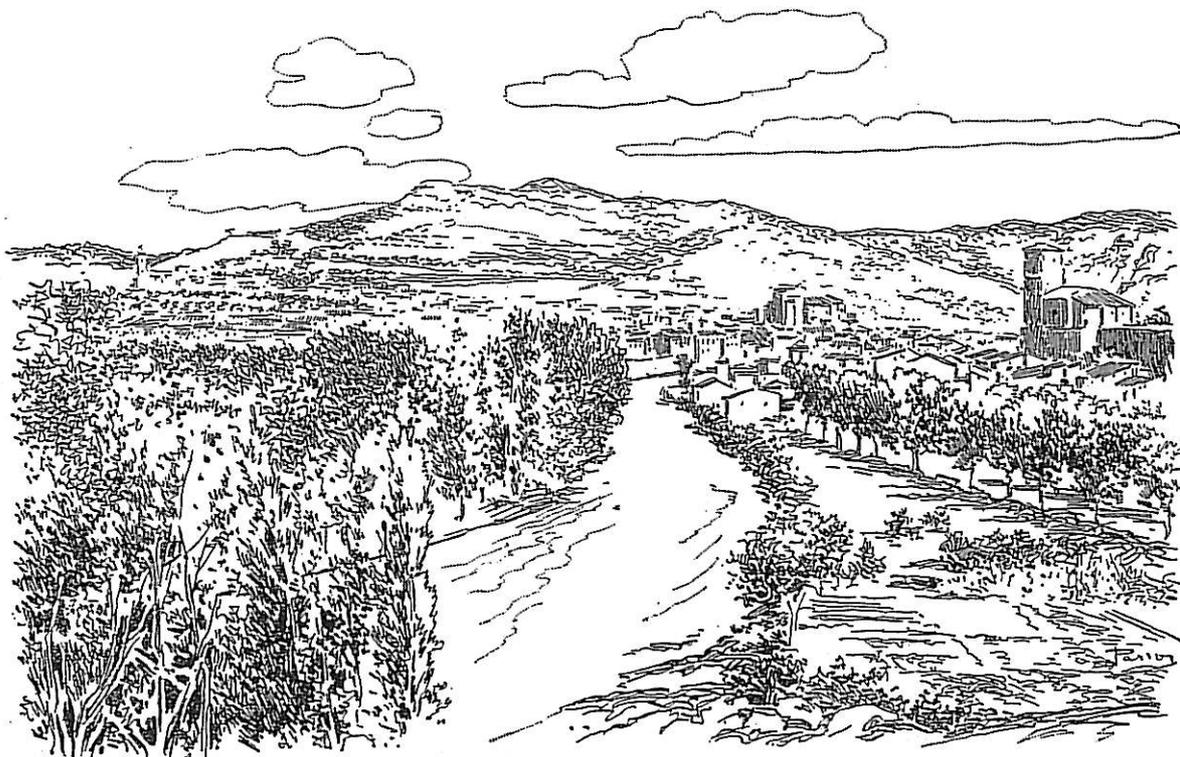
Procuró Concha poner á Bilbao á cubierto de un nuevo ataque, para lo cual, de acuerdo con el gobernador militar, ordenó que se construyera las fortificaciones necesarias para completar las defensas de la villa.

En tanto se hacían las indicadas obras, dejó en la plaza todo el segundo cuerpo, con el propósito de retirarlo cuando las obras estuviesen concluidas.

En Bilbao debían quedar solamente cuatro batallones, á más de los tres que la guarnecían.

Fijo Concha en su idea de batir al enemigo en Navarra, trasladó la base de operaciones á la línea del Ebro, entre Miranda y Tudela, á fin de penetrar en Navarra y caer sobre Estella.

Resuelto á ejecutar la operación estimada por él como decisiva, emprendió la



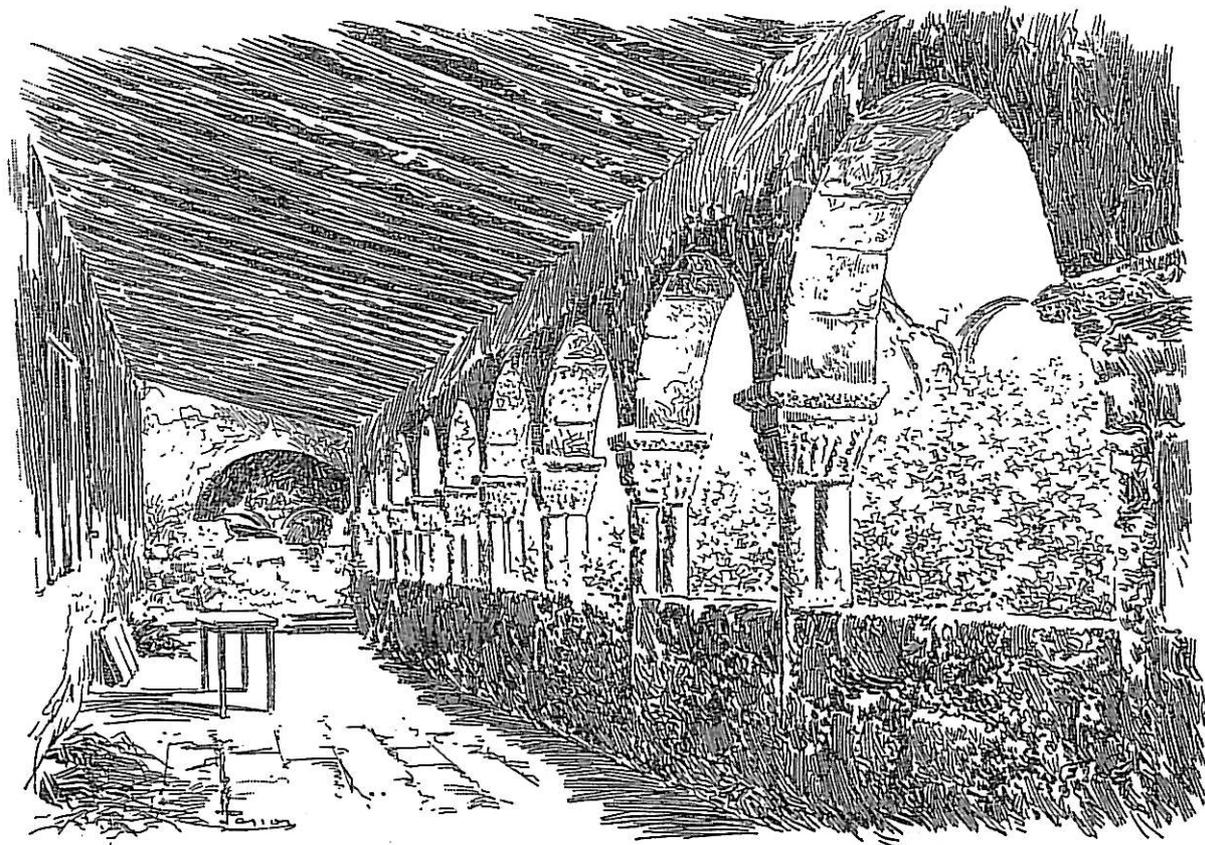
Estella.

marcha el 13 de Mayo por Valmaseda, valle de Mena, puerto del Cabrio á Medina de Pomar; de Medina á Osma, cruzó el valle de Losa; penetró en Orduña sin otra resistencia que unos cuantos disparos de una guerrilla carlista, siguió por Espejo y Subijana á Vitoria, desde donde efectuó algunos reconocimientos de las posiciones enemigas, y entró en Villarreal. Otra excursión análoga realizó sobre Salvatella; y por Peñacerrada, La Guardia y el Condado de Treviño se trasladó á Logroño.

Era su objeto llegar á Estella con las menos pérdidas posibles, aun empleando en la excursión muchos días.

Para facilitar mejor la marcha, se desprendió de la artillería Krupp y de los carros. A los pueblos por donde pasó y que más se distinguían por su carlismo les impuso el tributo, como á modo de castigo, de un buen número de raciones.

Se componía el ejército de Concha de 8 batallones y 6 Plasencias, á las órdenes



Estella. — Claustro de San Pedro.

de Martínez Campos; 12 batallones y 4 Plasencias, á las de Echagüe; 6 batallones de la brigada de Blanco; 4 de la de Otal; 2 de la división de la Rivera con la artillería rodada al mando inmediato del Marqués del Duero; y 16 batallones con la artillería y caballería afectas al primer cuerpo, cuyo jefe era el general Rosell, que había reemplazado á Letona. Todas estas fuerzas arrojaban un total de 48 batallones, 20 Plasencias, 32 Krupp y más de 1,000 jinetes.

Podía, además, contar con refuerzos si por acaso los necesitaba, pues el día 8 de Mayo habían ingresado en Caja 51,631 hombres del llamamiento de 25 de Abril.

Acababan también de recoger los mozos de la quinta decretada en 7 de Enero, que eran 47,133 soldados.

Conociendo los carlistas que el objetivo de Concha era Estella, trasladaron parte de sus tropas á la ciudad; atrincheraron los montes que la circundan y extendieron los atrincheramientos desde Abarzuza á Erezaba.

Para asegurar mejor la defensa, establecieron los carlistas otra línea de Muru hacia Eraul, á terminar en Ibiricu sobre Abarzuza. Atrincheraron la falda del

Monte Jurra, uniendo sus atrincheramientos con los de Estella y prolongándolos á la falda de Monjardin por la derecha del Río Ega y Arga, hasta el puente de Belascoain, haciendo así posible una formidable defensa.

Comprendiendo Dorregaray la imposibilidad de la defensa á lejana distancia de Estella limitó su línea desde Allo por Dicastillo, Morentin, alto sobre Villatuerta, Grocin, Muru, hasta las del Norte y Este de Estella. Era el jefe de aquella línea Mendiri.

A tiempo de iniciarse el ataque defendían los carlistas la extrema derecha con 7 batallones y la brigada cántabra, teniendo en Allo 1 regimiento de caba-



PAMPLONA — Claustro de la Catedral.

llería y 4 compañías de Navarra, colocando en la batería de Echevarri 2 piezas; el centro, que se extendía desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta hasta Muru, lo ocupaban 8 batallones y la media brigada guipuzcoana, con 6 batallones más, dejando en reserva otras fuerzas que vigilaban la izquierda.

Era la zona de los atrincheramientos carlistas de cinco leguas.

En Vitoria descansó Concha un mes, durante el cual perfeccionó su plan de campaña, adquirió informes y dictó las necesarias órdenes para dar cima á su proyecto.

Mandó á Echagüe que fuera con una brigada á tomar posesión de la capitania general de Pamplona, procurando rehuir todo encuentro con el enemigo.

Organizó una brigada al mando de Acellana con el objeto de batir las partidas

carlistas que merodeaban por la Rioja alavesa y al mismo tiempo para que conservara comunicación constante entre Miranda y Vitoria.

Suprimió las guarniciones del interior de Guipúzcoa y de algunos otros puntos de las otras provincias y mandó á varias columnas que operasen por las comarcas fronterizas de las regiones donde el carlismo tenía el grueso de sus fuerzas.

En tanto, Dorregaray limitaba su acción al interior del perímetro recorrido por el Marqués del Duero, con el fin de impedirle el paso al interior de las regiones.

En este tiempo Lizárraga dispuso una expedición contra el alto Aragón llegando hasta las puertas mismas de Jaca.

Uno de los objetivos de la expedición era ordenar á las partidas de Burgos y Santander que no cesaran un momento en sus correrías, para distraer así la atención del enemigo.

Acosado Santander por los carlistas, tuvieron las fuerzas de voluntarios, organizadas por la diputación provincial, que encerrarse en la población, por ser menores en número que los facciosos. Y como las tropas tenían orden de no moverse de donde las habían situado, los carlistas se hicieron dueños de la parte comprendida entre el ferrocarril y Vizcaya.

Después de merodear por aquellos contornos, sin ser inquietadas, las partidas del cura Lanchares, Ruperto Blanco y Paquillo, se corrieron á la provincia de Burgos, donde Grajal y el canónigo Milla dominaron todas las merindades. Sencillo y la Bureba llegaron hasta Briviesca, siendo esto causa de que Villalain pasara á la provincia de Cuenca.

Camarero se internó en la de Palencia, de donde se llevó prisionero un escuadrón de caballería por él sorprendido.

Mientras Valdés, Rosas y Antoñano merodeaban sin gran provecho por la región asturiana, Velasco, con temeraria audacia, trató de lanzarse á la conquista de Castilla.

Sabedor el general Villegas de los desafueros de los carlistas en la provincia de Burgos, organizó un buen servicio de columnas que apresó á Mochon cerca de Lerma, á Periquillo y al *Estudiante* en Ubierna, y en Virtus á la partida del cura Lanchares.

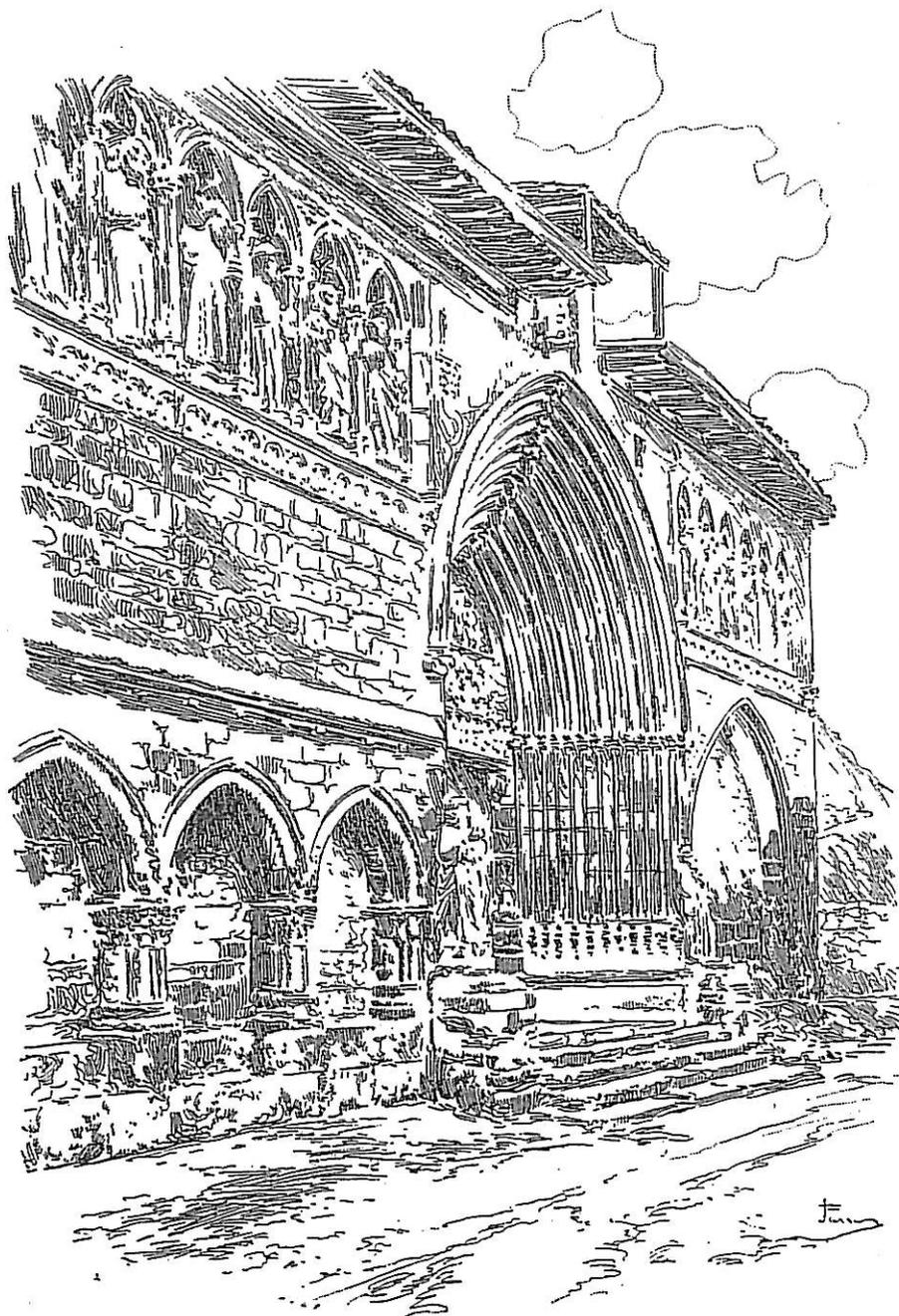
Consiguieron, además, las columnas que Ruperto Blanco y Rosario Escobona se refugiaron en las Vascongadas, y que la partida de Villalain huyera al Centro, quedando al fin limpia de carlistas la comarca.

Resueltos los secuaces de Don Carlos á no ceder Estella sin combate, prepararon la voladura de los puentes del Ega, y con el objeto de distraer fuerzas al enemigo y desconcertar los planes de Concha, pusieron sitio á Ramales y á Hernani, bombardeando ambas poblaciones.

Soportaron éstas con entereza el bombardeo, que por espacio de tres días arrojó sobre ambas ciudades 300 bombas, 200 granadas y 500 otros proyectiles.

Viendo la inutilidad de su esfuerzo, se retiraron los sitiadores, dejando tan solo algunas fuerzas á la vista.

No les inquietaba mucho á los carlistas la conquista de Estella por los liberales, que daban ya por tomada, como lo prueba el hecho de haberla evacuado



Estella. — El Santo Sepulcro.

sus moradores, llevándose ganados, ropas, muebles y cuantos efectos pudieron; lo que les interesaba era quebrantar en una acción las fuerzas del enemigo, aun cuando éste lograra al cabo la victoria.

Dorregaray decía á su ministro de la Guerra el 27 de Junio, dos días después de haber iniciado el ejército liberal su movimiento de avance:

« Ahora tenemos al enemigo sobre nuestro flanco... Procuraremos sostenernos todo lo que se pueda; pero no podremos hacerlo hasta lo último, por lo difícil de la retirada, si ellos consiguen avanzar por la línea.

» En el caso que fuera indispensable abandonar estas posiciones y dejar franca la entrada de Estella, hemos pensado enviar cada división á su provincia, respectivamente, para operar en ella y aguardar los nuevos recursos.»

Mendiri previno á los jefes de batallón el camino que cada uno había de seguir en caso de la retirada.

Estos datos, que son la prueba más palmaria de que los carlistas no querían extremar la defensa de Estella, justifican sobradamente la censura de reputados críticos militares contra el Marqués del Duero por su obstinación en apoderarse de una ciudad que no tenían los carlistas gran interés en conservar.

Algunos panegiristas de Concha dicen que el general « se había encariñado con un plan vasto, extenso, que no sólo le diese la victoria, sino que le produjese un resultado decisivo. No le satisfacía la mera ocupación de Estella, ni no hacía á la vez algunos miles de prisioneros ». Y á continuación añaden: « La ocupación de Estella pudo conseguirse, mas no conseguía el Marqués su objeto, y la pérdida de los carlistas se habría limitado á la de la ciudad, quedándoles libre la retirada. Concha hubiera deseado disponer de otro cuerpo de ejército que por la Solana y los Arcos se hubiera dado la mano con la derecha liberal, encerrando así á los carlistas en un verdadero círculo de hierro, que les hubiera sido difícil, si no imposible, romper; pero no había más tropas de que disponer.»

No pueden regatearse al Marqués del Duero, sin incurrir en injusticia, los méritos que le enaltecían; general peritísimo y heroico soldado, supo arrostrar peligros y vencer dificultades; pero, obsesionado por la idea de un plan tan vasto como atrevido, no tuvo en cuenta que si le faltaban elementos para su desarrollo y ejecución, mal podría llevarlo á buen término.

Otro general, quizá de menos entendimiento, pero de mayor serenidad de raciocinio, hubiera desechado el citado plan, ó á lo sumo hubiera requerido del Gobierno el envío de la fuerza que necesitaba para realizarlo. De ninguna manera se habría aventurado en una empresa que, sobre ser ardua, no le iba á producir, aun victorioso, el resultado decisivo que apetecía.

Los mismos panegiristas de Concha, creyendo acrecentar su fama, han dicho que si el Marqués del Duero acudió á Estella, fué sólo para afirmar su autoridad en el ejército, y, al calor del entusiasmo con que la opinión hubiera saludado aquel acto de arrojo, proclamar á la cabeza de los soldados para Rey de España al hijo de Doña Isabel II.

Un concienzudo historiador dice á este propósito: « Trabajo nos cuesta creer, que quien se opuso á quebrantar la disciplina en Bilbao tuviera el propósito de infringirla en Estella.»

Concentrado el ejército liberal entre Larraga y Lerín, inició su movimiento de avance hacia Estella el 25 de Junio.

Dividido en tres columnas, dirigióse la que mandaba Martínez Campos á Lorca, Lacar y Alloz, siguiendo por la cumbre del monte Esquinza; la de Echagüe, fué faldeando el mismo monte para atacar el bosque de la vertiente meridional. La del Marqués del Duero marchó á Oteiza por la carretera. Sin ser apenas hostilizadas llegaron las tropas á los puntos designados, cubriendo por los flancos las alturas del Esquinzas.

Siguió su avance la brigada de vanguardia y cañoneó el pueblo de Grocin. Una parte de las fuerzas de Concha tomaron posición en las alturas, á la derecha de la carretera de Oteiza á Villatuerta, para batir los montes de Estella y á Grocin.

Se ocuparon también los pueblos de Arandigoyen y Murillo, alojándose por tanto los liberales á unos 3 kilómetros de Estella, formando un semicírculo frente á la plaza y dejando á su espalda á Cirauqui y Mañeru. Desde aquellas posiciones iba á empezar el combate.

Preparado el ataque para el amanecer del 26, trasladó Concha su cuartel general de Lorca á Murillo, donde permaneció esperando el convoy, que debía haber salido la noche anterior de Oteiza para Murillo. A causa de haber los guías perdido el camino, tuvo que retroceder el convoy á Oteiza.

Este grave contratiempo impacientó tanto al general en jefe, que exclamó: « ¡Qué dirán en Madrid! ¿Qué creerán los carlistas al ver que no les atacamos? Y, sin embargo, no es posible obligar á estos soldados á hacerlo sin alimento. »

El retraso del convoy fué causa de que no empezara el combate hasta más de las cuatro de la tarde.

En medio de un fuerte temporal de lluvias se tomó el pueblo de Zurucuain y un pequeño bosque situado al pie de las alturas de Montalbán, dirigiéndose desde ellas el ataque á Abarzuza, para lo cual las tropas destinadas á combatir sobre la derecha pasaron al centro y las de la izquierda se concentraron en Abarzuza. Habíase variado con el anterior movimiento el plan. El cambio hubiese resultado de provecho, á no haberse perdido un tiempo precioso con el retraso del convoy.

Los carlistas tuvieron así espacio sobrado para reconcentrar sus fuerzas sobre los puntos más directamente amenazados y hasta para aumentar las defensas de sus posiciones.

Reñidos combates se sostuvo por una y otra parte, diferenciándose estas operaciones de las de los anteriores días, en que ya se fué encontrando el terreno cubierto de formidables trincheras.

Los liberales pernoctaron en Zaval, Montalbán, Zurucuain, Murillo, Villatuerta, Arandigoyen y Abarzuza. A este último pueblo se trasladó Concha.

Las posiciones enemigas, defendidas al principio con siete batallones, habían sido reforzadas considerablemente, al extremo de haber acumulado el enemigo 18 batallones en algunos puntos.

Consistía el plan de Concha en mantener una actitud de constante amenaza por la parte de Villatuerta y Zurucuain, y emplear las fuerzas colocadas á la

derecha para atacar á Murugarren y Monte Muru, cuya posesión sería la señal para que las demás tropas avanzaran hacia Estella.

Para la realización de este plan formó el Marqués del Duero una batería de 30 cañones, protegida por dos batallones y varios regimientos de caballería. Concha se situó en medio de aquellas tropas.

La batería debía atacar los atrincheramientos de Muru y Murugarren. En Abarzuza quedaron dos baterías y seis batallones para proteger el flanco derecho y concurrir al objetivo de Muru. Dos columnas de seis batallones cada una atacarían respectivamente los altos de Muru y Murugarren, en cuyos puntos habían concentrado los carlistas hasta 14 batallones.

La mañana del 27 aún no había llegado el convoy, y cuando al fin entró en Montalbán, llegó muy mermado, por haberse quedado atascados en el camino muchos de los carros.

A pesar de lo sobrio del alimento y de la escasez de pan que se dejó sentir, las tropas se lanzaron con ardor á la lucha. Empezó el combate á las dos de la tarde. La artillería hacía continuo fuego para facilitar la acción de la infantería.

Para avanzar hacia Monte Muru y ermita de San Pedro de Muro, tuvieron las tropas que atravesar, con agua hasta la cintura, un riachuelo cuyo único puente se apoyaba sobre la carretera á la falda misma del monte.

Al empezar la subida, los carlistas, desde sus trincheras, rompieron un nutrido fuego de frente y flanco.

Peligrosísimo y difícil era el ascenso por aquellas escarpadas rocas, hoyos y



setos de la montaña. Los que subían hacíanlo muy lentamente, rendidos de fatiga, teniendo á cada paso que agarrarse á los salientes de las rocas para no ser derribados por el huracán que reinaba, soportando la lluvia que á torrentes caía y que, deslizándose por las laderas del monte con creciente rapidez, formaba verdaderos arroyos que dificultaban el avance. Y mientras, los carlistas, desde sus trincheras, disparaban á mansalva y sobre seguro contra su enemigo, á pesar de lo cual las guerrillas de Barbastro y Alcolea coronaron la altura por la izquierda, en tanto que por el centro las de Ciudad Rodrigo se lanzaban contra las trincheras á la bayoneta.

No pudiendo las tropas sostenerse en la cima, por lo reducido del número y lo nutrido del fuego del enemigo (guerrilla hubo que al escalar la altura llegó sólo con 27 hombres), tuvieron precipitadamente que descender, perseguidas á bayonetazos por los carlistas.

La mortandad no fué mayor porque los certeros disparos de la artillería obligaron á los facciosos á guarecerse en sus trincheras.

Para evitar la pérdida de Abarzuza envió Concha refuerzos con la orden expresa de no moverse de allí hasta recibir aviso del general en jefe. Mientras tanto, peleábase en todas partes con arrojo, perdiéndose y ganándose posiciones disputadas con tenaz heroísmo.

Las tropas que habían llegado hasta los atrincheramientos de Murugarren, rechazadas por el enemigo, tuvieron que retroceder á Zaval.

Esto hizo conocer á Concha lo crítico de su situación; viendo su ejército diseminado y batido duramente, la artillería con escasas municiones y que la noche se le iba encima (eran las siete y media de la tarde), ordenó se concentraran en una, tres de las columnas, la situada en Abarzuza, la del brigadier Blanco y la de Reyes, repitiendo á éste la orden de que le siguiese.

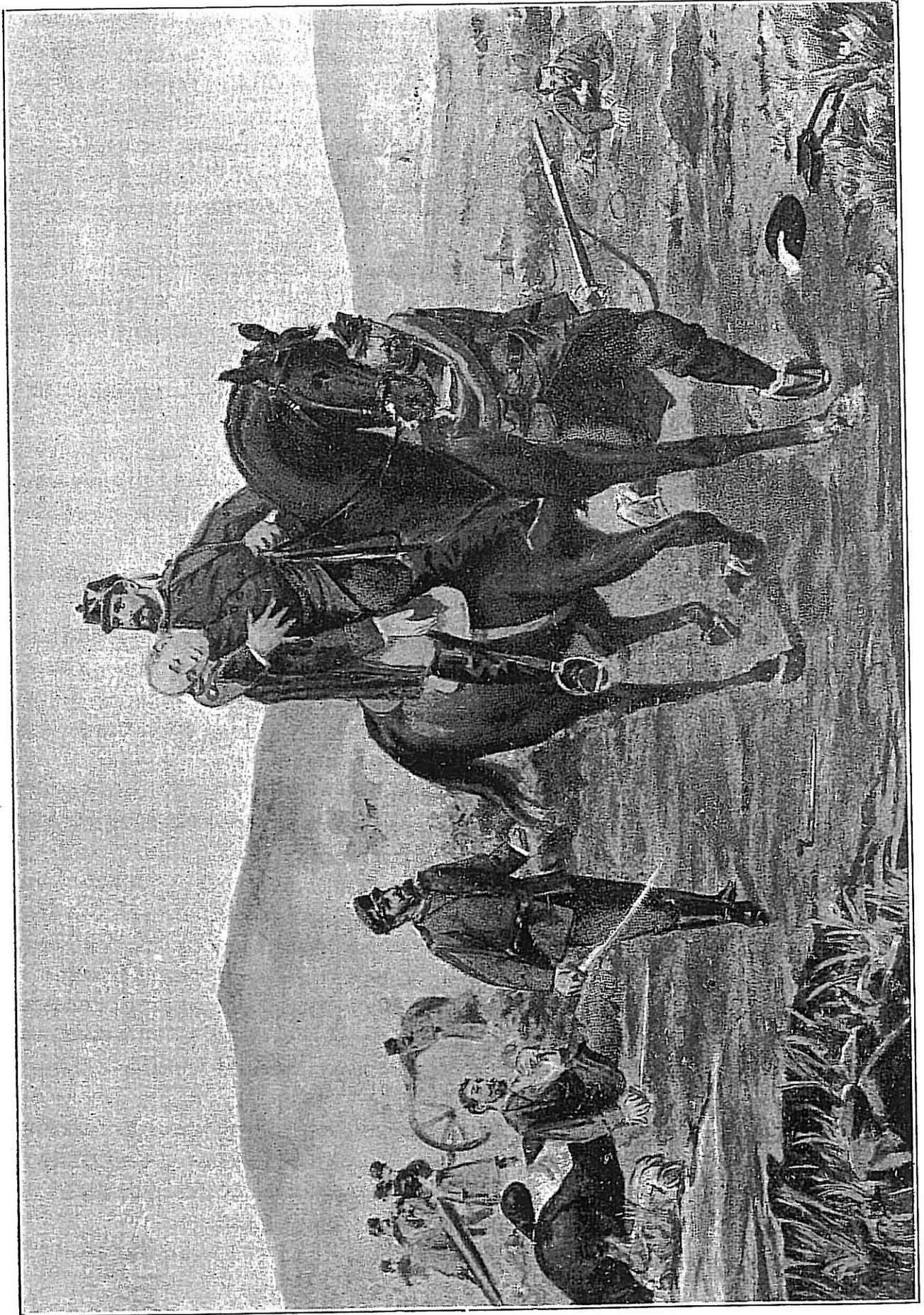
Resuelto Concha á apoderarse de Monte Muru, donde tan gran descalabro habían sufrido las tropas, se puso en marcha, á pesar de que Echagüe quiso impedirselo, ofreciéndose á ejecutar por sí la operación.

Comenzó á ganar la accidentada pendiente de Monte Muru, mas al llegar á un punto donde la subida á caballo se hizo imposible, se apeó; tomó el brazo de su ayudante y continuó ascendiendo, y á la cabeza de sus tropas llegó á cincuenta pasos de las trincheras carlistas, cuando Reyes no había tenido aún tiempo de incorporársele, y como sin el apoyo de aquellas fuerzas nada podía intentarse, dió por terminada aquel día la operación. Empezó á descender la montaña, no sin haber antes, desde los altos de ella, inspeccionado con detenimiento las posiciones del enemigo.

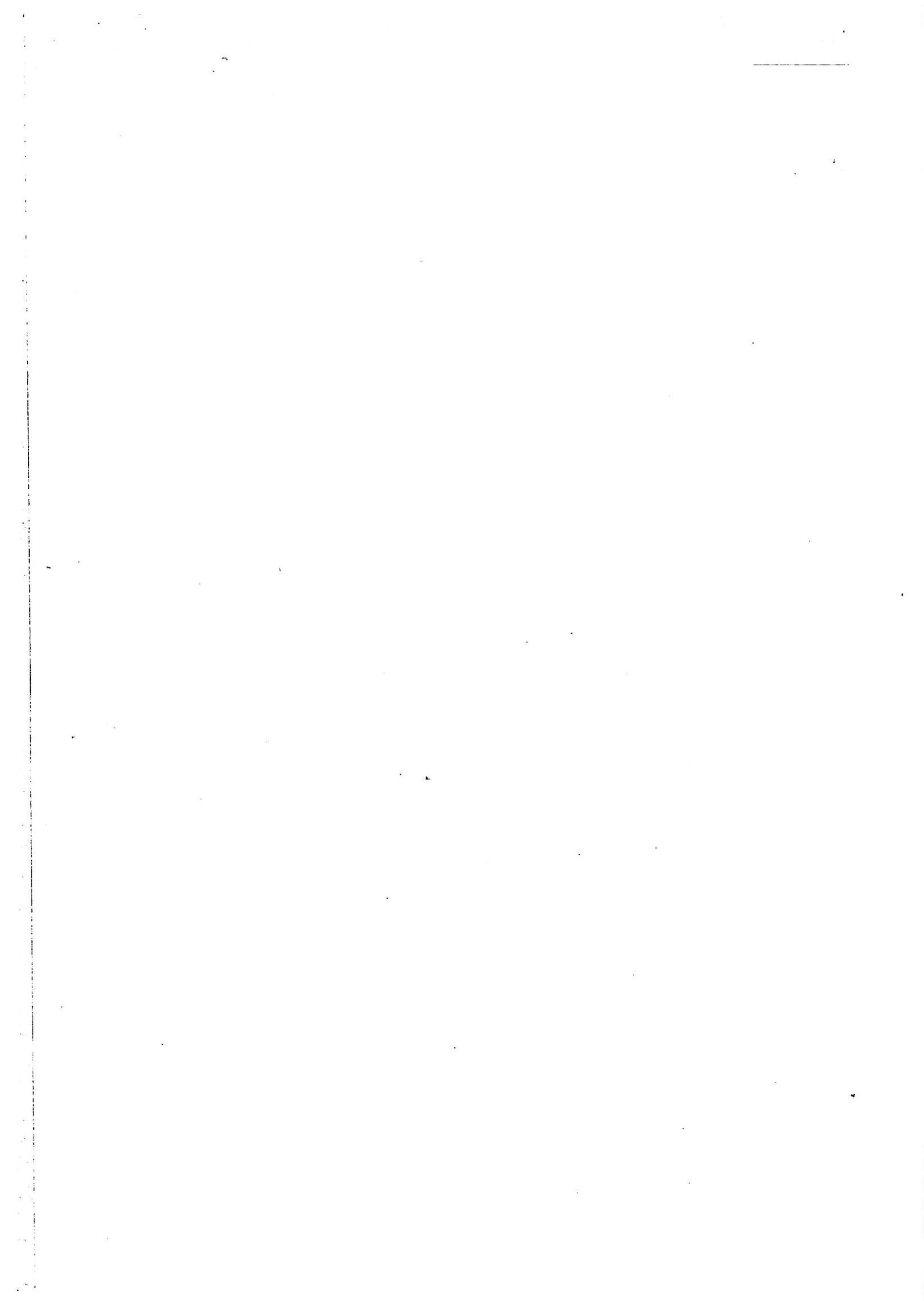
El coronel Castro, para defender mejor á Concha de algún inopinado ataque, ganó la altura por una inflexión del monte, pero al asomarse á la cumbre, la infantería navarra se lanzó sobre él, teniendo entonces que retroceder, aunque no en desorden, pues los navarros no creyeron oportuno perseguirle.

Al llegar á un lugar de la montaña en que ya se podía caminar á caballo,

V. GINÉ



MUERTE DEL GENERAL CONCHA.



Concha ordenó á su cuartel general que montara. El Marqués del Duero continuó el descenso hacia la carretera. En aquel momento, el coronel Astorga y un corneta de órdenes cayeron heridos.

El general, que marchaba solo con su asistente, Ricardo Tordesillas, pidió entonces su caballo. Al cruzar Concha la pierna derecha para montar, una bala de fusil le atravesó el pecho, derribándole del caballo. Su muerte fué instantánea.



A las voces del asistente acudió el capitán Grau, ayudante de campo del general, y el teniente de húsares señor Montero. Entre los tres subieron el cadáver de Concha al caballo del teniente, y en esta forma fué conducido á Abarzuza.

Como teniente general más antiguo se hizo cargo del mando del ejército el general Echagüe.

Reunió Consejo de generales para acordar lo que debía hacerse en vista de las circunstancias. Opinaron todos que procedía la retirada, que por cierto no fué lo ordenado que pudo y debió haber sido, ya que habían quedado intactas más de las dos terceras partes del ejército y en perfecto estado de movilización.

A las diez de la noche empezaron á llegar á Murillo batallones sueltos, y en estado de dispersión otros, pidiendo todos de comer. Poco á poco se fué restableciendo el orden, y sin perder un carro, ni una acémila, llegó el ejército

á Oteiza, donde descansó tres horas, continuando luego la marcha á Tafalla.

Aquella retirada fué una especie de desfile macabro. Se mandó apagar los fuegos de las casas, se prohibió fumar, se amenazó con severas penas á los que hicieran ruidos de cualquier clase; se dejaron los heridos en Abarzuza, y con el cadáver del Marqués del Duero en medio de las tropas, oculto en un furgón de artillería, se puso en marcha el ejército antes de amanecer, sin que el enemigo se apercibiera de ello.

Las pérdidas que los liberales tuvieron en la acción de Monte Muru fueron, la muerte del general en jefe y 121 oficiales; 1,300 individuos de tropa fuera de combate y 268 entre extraviados y prisioneros. Las bajas carlistas apenas si llegaron á trescientas.

El enemigo no supo hasta la mañana del día siguiente, 28, la muerte de Concha. Al salir algunas fuerzas á efectuar reconocimientos y á recoger las armas y municiones perdidas en el combate supieron lo ocurrido.

Los carlistas se lanzaron entonces en persecución de los liberales haciendo en Abarzuza 155 prisioneros.

Dorregaray ha dicho en sus Memorias que «por la falta de vigilancia encargada de la extrema izquierda no supo á tiempo la retirada del enemigo». Así que, cuando los carlistas quisieron hostilizar á las tropas en su retirada ya habían éstas tomado posiciones en Oteiza.

El jefe carlista Mendiri, al hacer tiempo más tarde la crítica de la batalla de Monte Muru, dijo que Concha dirigió con admirable inteligencia la acción, efectuando el desarrollo de sus fuerzas como en un simulacro «pero le faltó, estratégicamente hablando, apreciar lo que siempre constituyó nuestra debilidad. Si una vez situadas sus fuerzas sobre Villatuerta, Murillo, Zaval y Abarzuza, nos hubiera entretenido con pequeños ataques de guerrillas, sin comprometer sus masas, adelantando aquéllas con sus reservas parciales hasta obligar á nuestros voluntarios á romper el fuego, dos días hubiéramos podido resistir, pero al tercero nos habríamos visto obligados á abandonar las posiciones y la plaza por falta de municiones, pues con las que teníamos de reserva apenas hubiéramos podido reponer de 30 á 40 cartuchos por plaza».

El triunfo de los carlistas era grande; pero, dejándose llevar de malas pasiones, lo empequeñecieron. A pretexto de que las tropas liberales habían incendiado algunos de los pueblos de Zaval, Abarzuza y otros, y de haber causado daños con su caballería en algunos sembrados, á su vez simularon un Consejo de guerra, condenando á muerte por incendiarios á 135 prisioneros, muchos de los cuales no habían entrado en población desde que salieron de Tafalla. Era, pues, un verdadero asesinato el que iban á cometer.

Merced á las gestiones de los jefes carlistas, señores Segura y García Sobrino, se demoró la ejecución de la sentencia durante unas horas.

Corrieron los señores Segura y García Sobrino á impetrar de Don Carlos, que se hallaba á la sazón en Muez, acompañado de Doña Margarita, el perdón de los sentenciados á muerte.

Hallábase Don Carlos comiendo á aquella hora y no quiso recibirles. Solicitados que fueron los buenos oficios del cura párroco de Irujo, comunicó éste á Don Carlos la pretensión de los oficiales carlistas. Accedió el Pretendiente, por una gracia, á que se diezmará á los sentenciados.

Dorregaray, en tanto, mostraba su disgusto porque una sentencia dictada por un Consejo de guerra no se hubiese ejecutado en seguida.

Llevaron los señores Segura y García Sobrino á su destino el mezquino indulto de Don Carlos. Cumplida la sentencia, murieron fusilados un capitán, un teniente, once individuos de la clase de tropa y un alemán llamado Schmidt.

Los señores Segura y García Sobrino, como reos de una falta militar, fueron condenados por Dorregaray á un mes de arresto.

Estos fusilamientos despertaron la indignación del mundo civilizado. En Inglaterra se habló de intervenir en las cosas de España, al modo que en la primera guerra carlista. En Alemania se amenazó, asegurándose que no quedaría impune la muerte de Schmidt. La misma Francia, que tanto había cooperado, de un modo indirecto, á la acción del carlismo, se mostró en esta ocasión indignada.

Tan unánime y enérgica fué la protesta que Dorregaray se vió obligado á publicar en *El Cuartel Real*, diario oficial de Don Carlos, un escrito para justificar de algún modo tan inhumano crimen.

Descargó la responsabilidad de lo sucedido sobre los liberales, narrando atropellos cometidos contra los carlistas, algunos de ellos, exactos por desgracia, pero los más, falsos de toda falsedad.

Retrotrayendo los hechos á Julio de 1869, adujo en su descargo los fusilamientos de Montealegre, de Igresuela y de Valcorvo y algunos otros hechos que no tuvieron las funestas consecuencias de los anteriormente citados.

Concluía su escrito diciendo: «Que conste de ahora para siempre, que hemos hecho todo lo posible por no llevar la guerra al terreno que, forzados por la conducta de nuestros enemigos, la llevamos ahora. Que conste que hemos tenido sobrada razón para llevarla á ese terreno mucho antes, y que por generosidad no la hemos llevado. Que conste que nuestros enemigos pueden evitar las consecuencias de esta medida, y que si no lo hacen, sobre ellos caerá toda la sangre que se derrame fuera del campo de batalla, así como la justa indignación de la patria y la del mundo.»



Alberto Schmidt.

Y terminaba con esta bárbara amenaza: «Hoy hemos fusilado no más que la décima parte de los criminales: de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos; de para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras.»

Como se ve, Dorregaray, además de añadir el insulto al crimen, calificando de criminales á los que fueron víctimas inocentes de su barbarie, trataba de borrar el indigno comportamiento de unos pocos liberales, con procedimientos no menos injustos y crueles.

El parte oficial publicado en la *Gaceta* de 29 de Junio dando cuenta de la jornada de Monte Muru, decía así:

«El general Echagüe dice á este ministerio de la Guerra desde Abarzuza, en parte fechado el 27 á las ocho de la noche y transmitido por la estación telegráfica de Tafalla el 28 á las once de la mañana, que el bizarro general en jefe del ejército Marqués del Duero, había muerto heroicamente en una carga dirigida por él á las trincheras enemigas.

»Partes posteriores, recibidos de varios puntos, anuncian que nuestras divisiones ocupaban ayer los pueblos de Oteiza, Lerin, Larraga, Berbizana y Tafalla. Este movimiento se había operado con el mayor orden y sin la pérdida de un solo repuesto de guerra por nuestra parte.

»El brigadier Otal, que llegó hoy á Tafalla, calcula, aunque sin responder de su exactitud, que nuestras bajas no pasarán de 1,500 entre muertos y heridos.»

Satisfecho Don Carlos de la victoria que acababa de obtener su ejército en Monte Muru concedió á Dorregaray la cruz de San Fernando y el condado de Abarzuza á Mendiri.

A fin de aumentar el número de mercedes, acreció el de sus ministros, nombrando ministro de Estado á don Romualdo Martínez Viñalet; de Política, Hacienda, Justicia y Gobierno á don Luís Mon y Velasco, Conde del Pinar, sin que cesara por ello en su cargo de corregidor de Vizcaya. También creó cargos civiles y políticos, casi todos bien retribuidos.

Tales fueron las esperanzas de un próximo y definitivo triunfo que hasta el diario oficial del Pretendiente tomó mayores vuelos periodísticos.

Se hizo director del periódico al obispo de Urgel, que pidió se le asignara como teniente general el sueldo de 750 pesetas mensuales y de 625 al canónigo Manterola como mariscal de campo.

Para contrarrestar la influencia del obispo ordenó Don Carlos que *El Cuartel Real* dependiera directamente de Doña Margarita, nombrándose entonces director á don Manuel Brunetto; lo fué luego don Valentín Gómez.

Muy á mal llevaron los hombres de guerra las mercedes concedidas por el Pretendiente al elemento civil; escribiendo á este propósito Dorronsoro á un su amigo decía:

«¡Cuántos de esos señores y otros que se pasean por los pueblos de Guipúzcoa estarían mejor con el fusil en la mano! ¡Y cuánto no ganaríamos con ello, ahogando esa palabra siniestra de *ojalateros*, que nos hizo en la guerra pasada y no sé si nos hace hoy, más daño que el ejército enemigo!»

Procuraba Don Carlos, á la vez que extinguir el antagonismo que reinaba entre sus partidarios, á veces por cuestiones de principios, y otras por fútiles motivos, hacer opinión en favor suyo diciendo que no era afecto á una intransigencia política absurda y sistemática, y para comprobarlo dió el 16 de Julio un Manifiesto en Morentin, en el que se ratificó en cuanto había dicho antes de comenzar la lucha en su carta á Don Alfonso, añadiendo que satisfacía los sentimientos religiosos de la católica España y su amor á la monarquía; pero sin espionaje religioso ni despotismo, « no molestaré, decía, á los compradores de los bienes de la iglesia, y quiero una legítima representación del País en Cortes. Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energía más que para encarnizarse con los vencidos y atropellar á los indefensos, no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades. ¿No he probado cien veces, con mis adversarios rendidos, que ni la arbitrariedad ni el rigor halla cabida en mis sentimientos de Rey?»

Esto decía Don Carlos á raíz de los fusilamientos de Abarzuza, Zurucuain y Villatuerta, y de las ferocidades cometidas en Tolosa por Savalls con tres pobres mujeres condenadas á la pena de emplumamiento.

Por considerarlo liberal, combatieron muchos de los carlistas el Manifiesto de Morentin.

Dió motivo á Don Carlos la presencia de Doña Margarita en España para montar una especie de Corte que daba esplendor á sus fiestas.

Incapaz por sus pocos años y cortos talentos de aprovechar las indudables ventajas que le ofreció el desacierto y mala estrella de su enemigo en la jornada de Monte Muru, se contentó con obsequiar á su esposa con una revista militar.

Concurrieron á ella 28 batallones de distintas provincias, siete escuadrones, tres baterías de montaña y lucidísimo Estado Mayor.

Tampoco supo Dorregaray mostrar en aquella ocasión los talentos que su difícil cargo precisaba, así que, envanecido con el triunfo, en vez de proseguir las operaciones para sacar mayores ventajas de las obtenidas, prefirió una inamovilidad enervante, y eso que por entonces reunían los carlistas mayores fuerzas numéricas que los liberales.

Lo único que los carlistas hicieron fué fortificarse en su territorio, estableciendo líneas militares y aislando á las capitales en ellas enclavadas. Se enviaron á sus respectivas provincias algunas fuerzas y se permitió la rebaja del servicio para hacer la recolección de cereales. Así pasó el mes de Julio y parte de Agosto, mereciendo Dorregaray por su quietismo acervas censuras de sus correligionarios.

Muchos de éstos recordaban la primera guerra, cuando, en circunstancias no tan favorables como las de entonces, se lanzaron á expediciones atrevidas Ca-

brera, don Basilio Gómez y otros, en algunas de las cuales llegaron los expedicionarios á los extremos límites de la región andaluza, mientras que guerrilleros más audaces aún sentaron sus reales á la vista de Madrid.

Para los carlistas, especialmente para el elemento civil, no era explicable la conducta de Dorregaray. Era una evidente torpeza. Los razonamientos que empleaban tendían á demostrar que para que la guerra tomara mayores proporciones necesitábase llevarla al corazón de Castilla, á donde había elementos de sobra para emprender serias operaciones. No siendo tan fuertes, decían, en la primera guerra como somos en ésta, nuestro ejército marchó, no obstante, á sus anchas por aquellas tierras sin grandes descabros. Y añadían: Hace año y medio que empezamos la lucha con 27 hombres; antes de un año sólo pudimos reunir tres batallones en la frontera para recibir á Don Carlos, y ahora en 20 de Julio de 1874, al pie del Monte Jurra, en una extensa llanura inmediata al monasterio de Irache, acaba de revistar Doña Margarita un ejército de 20,000 hombres. Y aún quedan algunos miles en Guipúzcoa y Vizcaya.

Dañaba á Dorregaray su calidad de carlista nuevo, condición que le colocaba á nivel muy inferior de los hombres de las pasadas guerras; pues mientras aquellos habían hecho toda clase de sacrificios por la causa, el vencedor de Monte Muru servía entonces en las filas del ejército liberal. Sin embargo, Dorregaray había llegado, merced á determinadas coincidencias, á ser el primer personaje del carlismo, y por esto mismo fué más odiado.

Era su posición semejante á la que tuvieron en el Norte Zumalacárregui y Cabrera en el Maestrazgo.

Cierto que Dorregaray no tenía condiciones de político y que sus méritos militares eran poco sobresalientes; pero había tenido la suerte de disponer de abundantes recursos pecuniarios y merced á tan poderoso auxiliar logró que creciera la organización del partido y que aumentara el número de los voluntarios y armamento.

De la censura de sus correligionarios no escapó tampoco Elío.

Para desdicha suya, dividió las fuerzas carlistas en tres capitanías generales. Y si los designados para las del Norte y Cataluña fueron respetados y obedecidos por los voluntarios, no sucedió lo mismo con Mogrovejo, nombrado para la de Castilla.

Grandes fueron los enconos y diatribas cuando Elío nombró jefe del cuarto militar de Don Carlos al cabecilla Tristany.

Hubieran cedido los carlistas en sus disensiones ante un hombre superior, pero como ese hombre no era Dorregaray, ni Elío, ni Valde-Espina, las murmuraciones y disgustos no cesaban.

La situación del carlismo era por otra parte insostenible. Cerca de un millón de pesetas costaban cada año las tropas alavesas; el importe de los suministros para las de Vizcaya ascendió en dos años á 11.000,000, y, como ya hemos apuntado, la diputación de Navarra no podía soportar sus cargas, y la de Guipúzcoa empleaba cada mes en sus necesidades 500,000 pesetas.

Unido esto á la falta de brazos para cultivar los campos y á la destrucción de las cosechas por las constantes marchas de los ejércitos por enmedio de los sembrados, prodújose la ruina de aquellas comarcas.

El voluntario que de grado ó por fuerza abandonó su casa por servir á Don Carlos, se halló conque una multitud de empleados, tanto civiles como militares de los que á toda hora cercaban al Pretendiente, disfrutaban de pingües beneficios, mientras en el hogar de los que derramaban su sangre por la causa se carecía hasta de lo más indispensable para la vida.

No marchaban mucho mejor las cosas en el campo liberal. El golpe de Estado del 3 de Enero no mejoró la situación de la guerra.

El País, que con su buen instinto había previsto lo que sucedería, se mostraba hostil contra los protegidos de Pavía.

Infructuosos los esfuerzos del Ministerio de conciliación, el homogéneo para lograr la paz y satisfacer así las demandas de la opinión, dictó en 19 de Julio tres decretos que fueron con justicia censurados.

Uno de ellos facultaba al Gobierno para crear 80 batallones de reserva extraordinaria, que sumarían 125,000 hombres, con los solteros y viudos sin hijos, desde la edad de 22 años hasta la de 35.

Por el otro, el Poder Ejecutivo podía embargar por medio de sus delegados los bienes de cuantas personas formaran parte de las facciones ó sirviesen directa ó indirectamente á la causa carlista.

Y el último, que levantó grande protesta, mandaba disolver todas las sociedades, de cualquier clase que fuesen, constituidas sin licencia de la autoridad, lo cual era un grave abuso, porque no todas las sociedades á quienes se consideró ilegales, sin darles tiempo para que se pusieran dentro de la ley, cooperaban al carlismo. Por el contrario, había muchas asociaciones de trabajadores cuyos fines eran otros; pero el Gobierno, temiendo á estas asociaciones más aún que á los carlistas, les dió golpe de muerte, dando con ello prueba de su desamor á las formas democráticas y al espíritu regenerador de la revolución de Septiembre.

A reemplazar al general Concha corrió el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, don Juan Zavala, Marqués de Sierra Bullones.

Por acuerdo del Gobierno, el general Moriones substituyó al general Rosell; Ceballos á Echagüe. Quedó sin mando Martínez Campos. Primo de Rivera, restablecido de sus heridas, ocupó, en substitución del general Villegas, á quien se le confirió el mando de la división de la izquierda, la capitania general de Burgos.



Sello de franqueo del Pretendiente.



Chapa de metal en las boinas de los carlistas.

Cumplidos estos nombramientos, el general en jefe del ejército del Norte distribuyó sus fuerzas en dos cuerpos de ejército, ambos de 20 batallones.

El primero, al mando de Moriones, que quedaría en Navarra, situado sobre Arjona, Larraga y Lerin. Y el segundo, al del general Ceballos, que se estacionaría en el Ebro, desde Miranda á la Rioja, en contacto con el núcleo de Navarra.

Desde Miranda hasta Pancorbo se extendería la vanguardia, formada por una división compuesta de 8 batallones. La división del general Villegas, formada por 5 batallones, se situaría á la izquierda.

Formó Zavala una división para la defensa de Bilbao y otra al mando de



PAMPLONA — La Catedral.

Loma para San Sebastián; situándose el Marqués de Sierra Bullones en Logroño.

Después de esto se consagró al trabajo de formar almacenes de víveres y municiones y creó hospitales y parques.

Introdujo convoyes en Pamplona y Vitoria. Consistió el plan de Zavala en bloquear al ejército carlista impidiéndole que se corriese al interior; permaneció á la defensiva dando lugar á que los carlistas, ganándole la delantera, realizasen atrevidas expediciones.

Atento Zavala á satisfacer las demandas de muchos pueblos que temían ser invadidos, no se cuidó para nada de combatir la preponderancia de las armas enemigas y sí de colocar en los puestos de confianza á los generales alfonsinos,

nutriendo de oficiales afectos á la causa del hijo de Doña Isabel II los batallones y escuadrones.

La opinión liberal, que veía transcurrir el tiempo sin que el ejército del Norte entrara en operaciones, censuraba la inactividad del general Zavala, que por todo hacer dió órdenes á Moriones para que llamase la atención de los carlistas por la parte de Navarra, mientras él abastecía á Vitoria.

Salieron los carlistas frente á Oteiza al encuentro de Moriones. Les atacó éste por el centro y penetró en el pueblo el 12, nó sin antes haber puesto en dispersión al enemigo.



Sobre 200 hombres entre muertos y heridos perdieron los carlistas; no fueron menores las bajas de los liberales á consecuencia de haberse batido á pecho descubierta. Moriones recogió en Oteiza más de mil fanegas de trigo.

Mandaba las fuerzas carlistas Mendiri; pero la responsabilidad de la derrota recayó sobre Dorregaray.

Días antes de la acción de Oteiza, el 5, resolvió Dorregaray salir de su quietismo cayendo sobre Miranda. Fué rechazado con algunas pérdidas.

Mejor fortuna tuvieron los secuaces del Pretendiente en La Guardia, que tomaron sin gran esfuerzo, apoderándose de 325 fusiles, 600,000 cartuchos, 8,000 granadas y muchos víveres y útiles de ingenieros.

El 23, efectuó Pérula una atrevida excursión á Calahorra por las inmediaciones de Lerin; vadeó el Ebro, burló la vigilancia del primer cuerpo de ejército precisamente por donde estaba la mayor parte de la caballería liberal y con-

siguió rendir á la guarnición de la plaza, compuesta de una compañía de carabineros y voluntarios. Se apoderó de 150,000 pesetas del fondo de contribuciones, de 350 armas y 40 caballos. Quemó la estación y el material del ferrocarril y destrozó la vía y los telégrafos.

Por motivos políticos dejó el general Zavala la presidencia del Consejo y el mando del ejército del Norte. Reemplazóle don Manuel de la Serna.

Habiéndose ofrecido Moriones á auxiliar un convoy destinado á Pamplona, marchó á operaciones. Tuvo un encuentro con los carlistas en Binrrún, del que si no salió victorioso, logró por lo menos que llegara á la capital de Navarra la mayor parte del convoy.

Durante la acción hubo escenas de heroísmo y de cobardía. De no haber sido por el comportamiento de cierto general tildado de alfonsino, el ejército habría obtenido ciertamente una brillante victoria.

Al regresar Moriones de Pamplona luchó de nuevo con los carlistas, que le esperaban en excelentes posiciones.

Durante el combate y paulatinamente fué tomando Moriones al enemigo las posiciones en que se guarecía.

Dueños los liberales del monte de San Juan, defendieron desde allí á las fuerzas que marchaban por la carretera en dirección á los pueblos de Barasoain y Garinoain, desde donde se destacó una división á Pueyo.

Esta retirada por escalones fué ordenada. En el desfiladero del puente de Mendivil se recrudeció el combate.

Un grupo numeroso de carlistas se corrían por el Carrascal y descendían de las montañas de Unzué, á fin de envolver la derecha liberal. Este movimiento fué impedido por la brigada Otal.

Más de 200 bajas tuvieron los carlistas en esta acción. Escasas los liberales.

A fin de apretar el bloqueo de Pamplona y poder resistir á las fuerzas que acudieron en auxilio de la plaza, atrincheraron los carlistas desde el monte de San Cristóbal de Ciranqui hasta la Peña de Unzué.

Habiendo decidido La Serna apoderarse de La Guardia, puso en acertado y combinado movimiento todas las divisiones de su ejército.

Sin lucha abandonaron los carlistas la plaza.

Viendo La Serna lo fácil del éxito obtenido, quiso proseguir operando; pero tuvo que renunciar á ello por carecer de fuerzas.

Componíase el ejército de dos cuerpos; el primero, que operaba en Navarra, constaba de dos divisiones de infantería con 8 batallones cada una, y una brigada de vanguardia con cuatro; el segundo, que fué el que operó sobre La Guardia, le constituían otras dos divisiones de 6 batallones cada una y una brigada de vanguardia, habiendo además una división de vanguardia con 8 batallones. Era un total de 20,000 infantes, 6 compañías de ingenieros, 1,500 caballos y 90 piezas, 30 de ellas de montaña.

Esta anómala organización originó la paralización de las operaciones.

Por falta de recursos se entorpecieron las fortificaciones de Logroño, Miranda y La Guardia, y dejaron de colocarse los aparatos telegráficos.

De haber tenido fuerzas La Serna para flanquear la posición del Carrascal, los carlistas hubieran sufrido un serio descalabro, dado que las rivalidades que entre ellos existían se reflejaban hasta en los combates.

Propuesto por Mendiri el ataque á Irún, allá se encaminaron los carlistas el 4 de Noviembre á fin de conmemorar con un bombardeo el santo de Don Carlos, que acudió á presenciar la toma de la plaza.

Cinco baterías dotadas con 22 obuses y cañones atacaban al pueblo. En siete días arrojaron 4,500 proyectiles, contestados en número de 600 por la plaza.

Para salvar á Irún embarcó La Serna parte de sus tropas de Santander á San Sebastián.

Hallábanse los carlistas fuertemente atrincherados. Atacaron los liberales las posiciones de San Marcos, de las que se hicieron dueños; pero con más de un centenar de bajas.

Atacada la Portilla, que era el punto flaco del enemigo, consiguieron los liberales que sus enemigos abandonaran aquellas posiciones por no verse cortados ni prisioneros.

Loma tomaba á la vez á Oyarzún; avanzando Blanco hacia el collado de Gainchusqueta, simulaba un ataque de frente á las trincheras carlistas, mientras La Serna se apoderaba del monte de San Marcial, que no supieron defender los enemigos, á pesar de haber en aquellas inmediaciones la considerable fuerza de 13 batallones.

El yerro de los carlistas fué el no construir un reducto en lo alto de Jaizquível en que se apoyaba su derecha y era el flanco donde morían las trincheras.

Como premio á la victoria obtenida, se encontró el ejército al llegar á Irún sin paga ni ración. El Gobierno no supo hallar disculpa á semejante desacierto.

La carencia de víveres impidió al ejército correr tras los carlistas, adoptándose la funesta resolución de hacerle regresar al punto de su destino.

Continuaban los trabajos de conspiración alfonsina, y en tanto que el Gobierno nada hacía para evitarlo, el ministro de la Guerra, señor Serrano Bedoya, estudiaba un plan de campaña con arreglo á los antiguos planes de Narváez y Córdova en la anterior guerra civil. Tenía por objetivo el plan del ministro obligar el levantamiento del asedio de Pamplona, posesionándose el ejército de las importantes líneas del Ega, bajo Arga y del Zadorra, primero, y de la de Zubiri después. A este propósito se reforzó el ejército del Norte con 32 batallones.

Según los planes del Gobierno, conseguida la pacificación del Centro y Cataluña se reunirían todas las fuerzas para caer sobre Navarra y las provincias Vascongadas donde el enemigo, harto quebrantado por lo enérgico de la campaña, no podría resistir mucho tiempo.

Continuaba la guerra en Cataluña con el carácter especial de que ya hemos hecho mención. Distinto el modo de ser de catalanes y vascos, había necesaria-

mente de imprimirse ese carácter en las operaciones y combates que cada cual sostuviera en sus respectivas regiones.

Independiente el carlista catalán, huía de toda subordinación á la ordenanza, mientras que el vasco, pronto siempre á la obediencia, supeditó su voluntad á la voluntad de los organizadores; por eso les fué posible á los carlistas del Norte crear un ejército.

El catalán, por el contrario, usaba distinto procedimiento en la guerra, y en vez de presentarse en grandes masas bajo la táctica de ejército regular lo hacía ante su enemigo en pequeños núcleos de guerrillas. Entraban los carlistas catalanes en poblaciones importantes, sacaban recursos de toda especie y eludían todo encuentro, á no convenirles caer sobre alguna columna descuidada ó mal dirigida.

A veces, estas partidas reuníanse para un golpe determinado, disolviéndose á continuación y riñendo las más de las veces por el reparto del botín.

Los liberales, por su parte, no supieron aprovechar tampoco las pequeñas ven-

tajas que sus enemigos les ofrecían, unas veces por la escasez de medios para operar y otras por sus disensiones en política.

En las provincias de Barcelona y Gerona estaban las brigadas de Esteban y Cirlot; pero carecían de base de operaciones y tenían que dirigirse á Granollers, Manresa ó Barcelona para dejar los heridos y municionarse.

Los somatenes no dieron tampoco gran resultado; muchas de las armas que éstos tenían fueron á poder de los carlistas. La guerra se prolongaba y extendía á pesar de anunciarse constantemente su fin, y hasta se propuso por una y otra parte la neutralidad de una población para depósito de prisioneros.

La provincia de Tarragona sólo contaba con una brigada de escasa fuerza, hubo que ir aumentando las fortificacio-

nes, obligando á muchos pueblos á levantarlas y á establecer telégrafos y rondas.

Por fin se organizó la columna del Panadés, compuesta de 630 infantes y 50 jinetes.

En tanto, Savalls seguía haciendo de las suyas. Se le llegó á comparar con el cura Santa Cruz, atribuyéndosele crímenes y fusilamientos como el del señor Oliveras, que tan dolorosa impresión causó entre los mismos carlistas.



El brigadier Cirlot.

Tristany acometió á Vich, cuyos defensores resistieron con tenacidad.

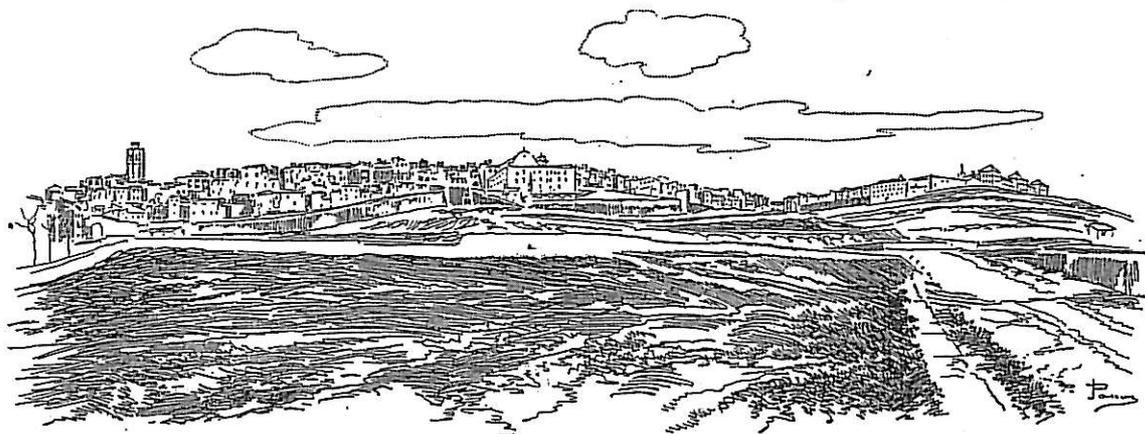
Dueños los carlistas de la puerta de Roda á la de Gurp, subieron por el paseo y calle de la Fuxina, invadieron la mayor parte de la Rambla. Lanzáronse los voluntarios y algunos nacionales á la plaza de Balmes y batiéndose con denuedo se abrieron paso por entre los carlistas retirándose luego hacia la montaña por la parte de Taradell.

Dueños los facciosos de una ciudad á la que no habían podido rendir en las anteriores guerras, ni aún auxiliados por los republicanos como en la primera, hicieron prisionera parte de la guarnición que dejó en poder de los carlistas dos piezas Krupp, armas, caballos, pertrechos de guerra y efectos. Incendieron la cárcel, el teatro y derribaron las fortificaciones. También impusieron una contribución de 250,000 pesetas.

En Sarriá obtuvieron los carlistas otro triunfo análogo, pero esta vez empleando con los movilizados que se rindieron una bárbara y repugnante inhumanidad.

De allí marcharon á Gerona, creyendo les abrirían las puertas los correligionarios y amigos de dentro, lo que hubiese sucedido sin la vigilancia de las autoridades.

En Cervera, después de romper la cañería de agua potable, ordenaron á los



Cervera.

jornaleros, bajo pena de la vida, que dejasen de recolectar la aceituna. La población de Rosas tuvo que pagar la contribución que le exigieron y en Castellón de Ampurias sucedió lo propio.

Acudieron á Sabadell, llegando sus avanzadas hasta más allá de Sentmanat; pero tuvieron que retroceder sin intentar el ataque.

Fué valioso el triunfo que obtuvo Salamanca sobre Gandesa, que quisieron fortificar los carlistas.

Manresa, en tanto, se hallaba en peligro. Tristany, Baró y Miret habíanse propuesto sorprenderla.

Guarnecían la ciudad 2 batallones francos y 4 compañías de América. La

noche del 4 de Febrero efectuaron el asalto los carlistas. No desmayaron los defensores, á pesar de la superioridad numérica del enemigo, y se retiraron á la Seo, donde se hicieron fuertes.

Merced á la oportuna llegada de la brigada Mola, los carlistas abandonaron la población, nó sin haber antes derribado las fortificaciones y llevándose unos 60 prisioneros.

Miret se encaminó á Igualada, donde estuvo tres ó cuatro días.

Tristany y Miret, después de entrar en Santa Coloma de Queralt, atacaron á Villafranca del Panadés, siendo rechazados por la guarnición.

Tristany se apoderó de Vendrell. Salamanca procuró animar el espíritu público, pues trataban algunos pueblos de dejar las armas en vista de no ser auxiliados por el Gobierno.

Encontrándose sin medio alguno de defensa, Villanueva y Geltrú, San Sadurní y Villafranca del Panadés, abrieron sus puertas á los carlistas.

Y unas poblaciones por haber sido abandonadas, otras por haber sido conquistadas por los partidarios de Don Carlos, es lo cierto, que los carlistas se paseaban impunemente por el llano, teniendo en alarma constante á Barcelona.

Nombrado Lizárraga jefe de Estado Mayor del ejército del Centro y Cataluña, de que era general en jefe Don Alfonso, trabajó para conciliar voluntades.

Al llegar el jefe de Estado Mayor á Camprodón, fué á saludarle Savalls y juntos visitaron á Tristany, á la sazón enfermo.

De esta visita y de otras conferencias con Miret y demás cabecillas se llegó al acuerdo de que los jefes del carlismo debían sostener entre sí las más afectuosas relaciones, lo que todos prometieron, pero ninguno cumplió.

Vuelto Don Alfonso á España después de seis meses de ausencia por exigirle así «el deber, la conciencia y el principio de autoridad, hollado por algunos...» se sometió Savalls á la corrección que quisiera imponérsele; pero nada se atrevió á hacer Don Alfonso ante las amenazas proferidas por los amigos del cabecilla.

Dirigiéndose á Savalls, le dijo: «Conozco las bajas é indignas intenciones de ciertos individuos de su división con respecto á mí y á los que me acompañan, al extremo de haber dicho que dejaríamos la piel si pisáramos de nuevo el suelo de Cataluña.»

Esto aparte, como Don Carlos había perdonado á Savalls, éste recuperó su cargo.

Un distinguido carlista muy enterado de cuanto pasaba, escribía: «Sabido es que la falta de catolicismo práctico es la causa de todos nuestros males; de aquí la ambición desmesurada de nuestros jefes y el fatal desacuerdo entre ellos. Quien sea amigo de Tristany, ya no lo es de Savalls, y así de todos los jefes.»

«A Savalls, decía otro carlista, déjale pasear su garbo por las calles de Olot á lo carnavalesco; déjale hacerse dar serenatas todos los días y hasta las diez de la noche; déjale ir del brazo con su señora, que ostenta un lujo insultante; déjale que permita pavonear á sus hijas y las mande su música siempre que quieran

bailar en su prado; déjale bailar á él mismo en medio de la plaza, deshonrando su uniforme; déjale hacer gala de sus entorchados que jamás olvida; déjale llevar los voluntarios al matadero como en Puigcerdá; déjale retirarse á las horas del fuego como en la acción de Castellar de Nuch; déjale fusilar á centenares de infelices prisioneros como en Vallfogona, con horror de todas las almas cristianas y del país entero; déjale ir á gozar de las delicias de Olot, que es la Capua de esos carlistas...»

Concluía manifestando, el que esto escribía, que estaba pronto á redactar una memoria exponiendo «la desorganización de las intendencias, el despilfarro en los gastos, la falta de política en atraerse al país, el desbarajuste en las filas y la inmoralidad de jefes y voluntarios.

»Es general la desconsideración con que los carlistas de Cataluña tratan á Don Carlos y su séquito. Constituye éste un número considerable de jóvenes de alta posición; entre ellos don Luis Toledo, don José Pascual, un Vizconde francés,



Olot.

el mejicano Herraz y los dos hijos del Infante Don Enrique, Don Alberto y Don Francisco. De todos se burlan sus subordinados, llámanle á uno *Bodegón*, á otro *Altar y Trono*, á otro el *Memo*. Sobre el mismo Don Alfonso hacen á veces bromas y chistes, no todos del mejor gusto.»

Insistía Savalls en apoderarse de Olot, salvada del primer ataque merced al valor de sus defensores y oportuno auxilio de Nouvilas.

Regresaba éste de la plaza cuando los carlistas, que le esperaban en buenas posiciones cerca de Castellfollit, le presentaron combate.

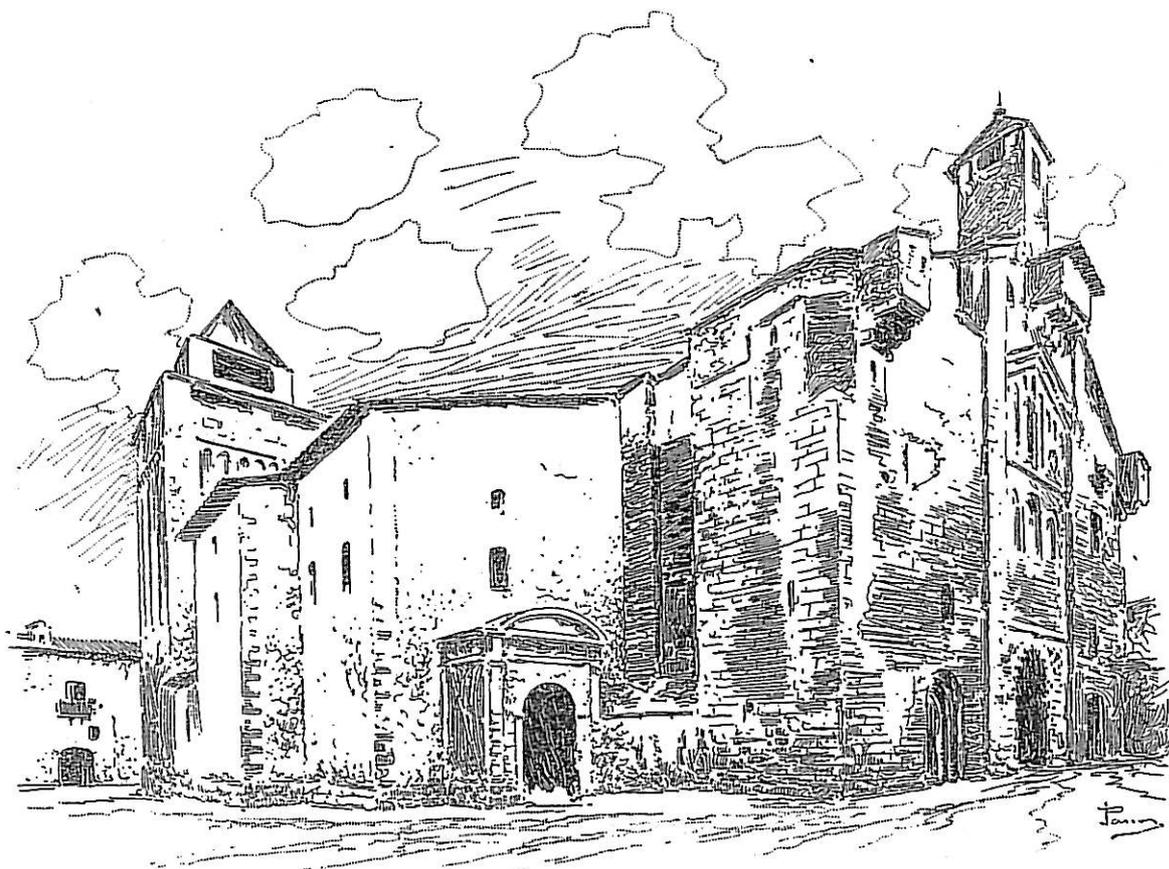
Merced á un hábil movimiento envolvente del enemigo, las fuerzas de Nouvilas quedaron casi cercadas.

Se introdujo con tal motivo entre los liberales el desorden, cuyo resultado fué quedar en poder de los carlistas 2,300 prisioneros, 4 piezas de artillería, un centenar de caballos, gran cantidad de armas y municiones y las cajas de los fondos.

La derrota de Nouvilas llevó el pánico á los pueblos liberales de Cataluña. Muchos voluntarios dejaron las armas; y pueblos hubo como el de Valls que levantaron acta diciendo: que si guarnecía la villa un batallón, secundarian á la defensa, y si nó abrirían las puertas á los carlistas.

Consecuencia de la derrota fué la inmediata capitulación de Olot con los honores de guerra y la condición incumplida de ir á Barcelona los prisioneros. Quedaron en poder de los carlistas 500 fusiles y 6 piezas.

Por aquellos días, recorriendo el enemigo la provincia de Gerona, abandonada



SEO DE URGEL — La Catedral.

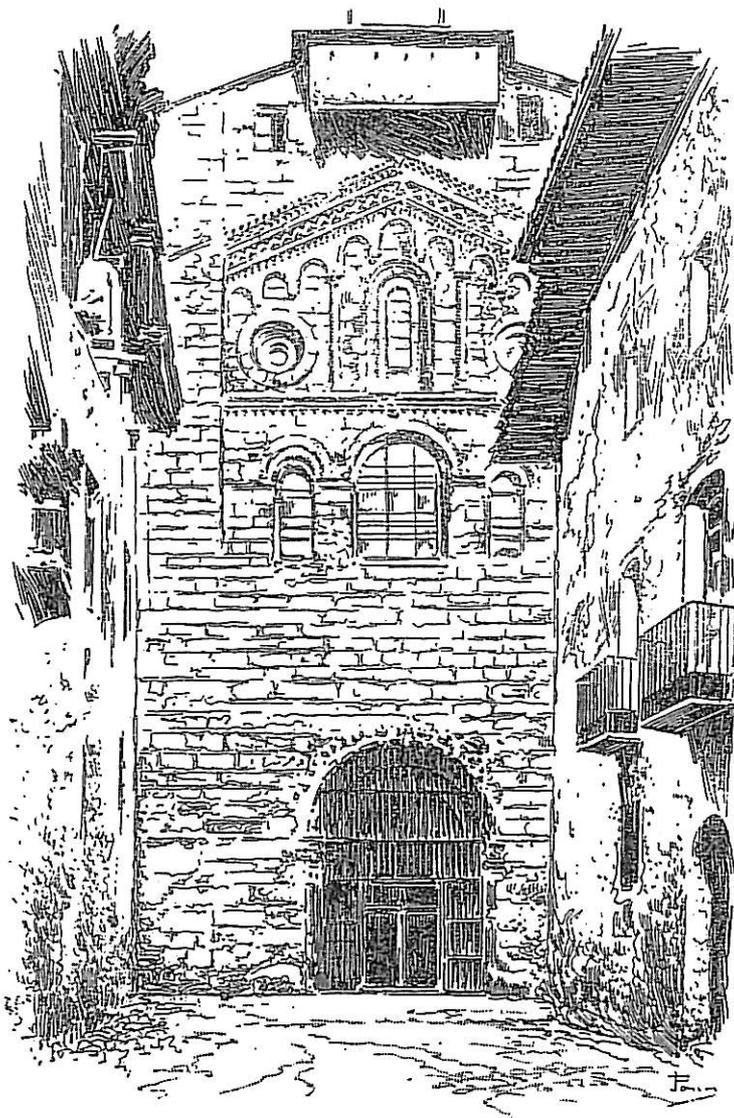
toda ella, al extremo de tener que evitar los liberales el encuentro con los carlistas, recogieron éstos sobre 4,000 fusiles, 10 cañones, 200 caballos y gran cantidad de dinero.

A causa de carecerse de tropas suficientes y de haberse negado autorización para hacer una campaña vigorosa en las poblaciones contra las Juntas y agentes carlistas, el general Izquierdo, que ejercía el mando superior del distrito, se vió obligado á reiterar al Gobierno su dimisión para no hacerse responsable de lo que sucedía. Reemplazóle Serrano Bedoya.

Corto fué el mando de Bedoya, que, si se distinguió en algo, fué sólo en perseguir á la asociación internacional obrera, que nada tenía de carlista, pero que hallándose en pugna por los principios que sustentaba, con la clase capitalista, fué disuelta por el general, como asimismo cuantas sociedades obreras ó de trabajadores había en el Principado.

Muchas de estas asociaciones profesaban ideas republicanas; pero, no viniendo á los planes del Gobierno y generales conspiradores que el republicanism tomara nuevo impulso, se las inutilizó.

Substituyó á Serrano Bedoya el general López Domínguez.



SEO DE URGEL — Fachada de la Catedral.

Con osada astucia se apoderó Tristany de la ciudad y fuertes de la Seo de Urgel, guarnecidos con 56 cañones, haciendo además prisionera una gran parte de la guarnición cuando ésta caminaba en retirada á Puigcerdá. Los voluntarios republicanos supieron eludir el encuentro con el enemigo buscando refugio en Andorra.

Un entusiasta defensor del absolutismo comunicó al hermano del cabecilla Tristany un plan completo para apoderarse de la Seo sin disparar un tiro y con sólo 200 hombres, á pesar de ser la Seo plaza fuerte.

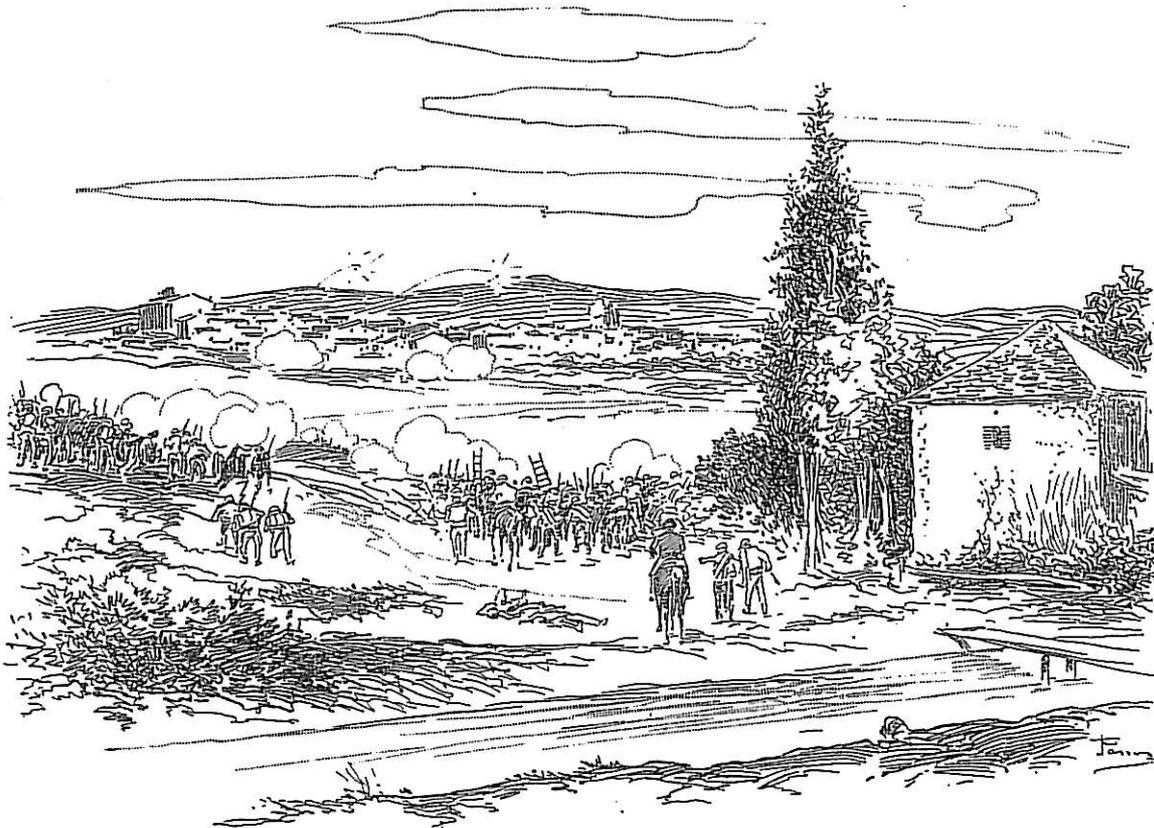
Estudió Tristany el plan; lo halló aceptable y á la hora y día que en él se decía, 12 de la mañana del 16 de Agosto, se apoderó de la Seo sin contratiempo alguno que vencer.

El éxito de Tristany animó á Don Carlos, que ordenó á Savalls emulara lo hecho por su compañero de armas apoderándose de Puigcerdá.

No tardó Savalls en caer sobre ella sitiándola y atacándola con gruesa artillería. Intentáronse asaltos que fueron rechazados; los sitiadores apelaron al incendio. Resistió por espacio de algunos días la ciudad, hasta que López Domínguez acudió en su auxilio.

A pesar de las excelentes posiciones que ocupaba el enemigo para impedir el paso á las fuerzas que acudieran en socorro de la plaza, fueron vencidos los carlistas retirándose desordenadamente, unos hacia la Seo y otros en dirección á Ripoll.

Duró el sitio desde el 21 de Agosto hasta el 5 de Septiembre por la tarde, en que hicieron su entrada las tropas libertadoras.

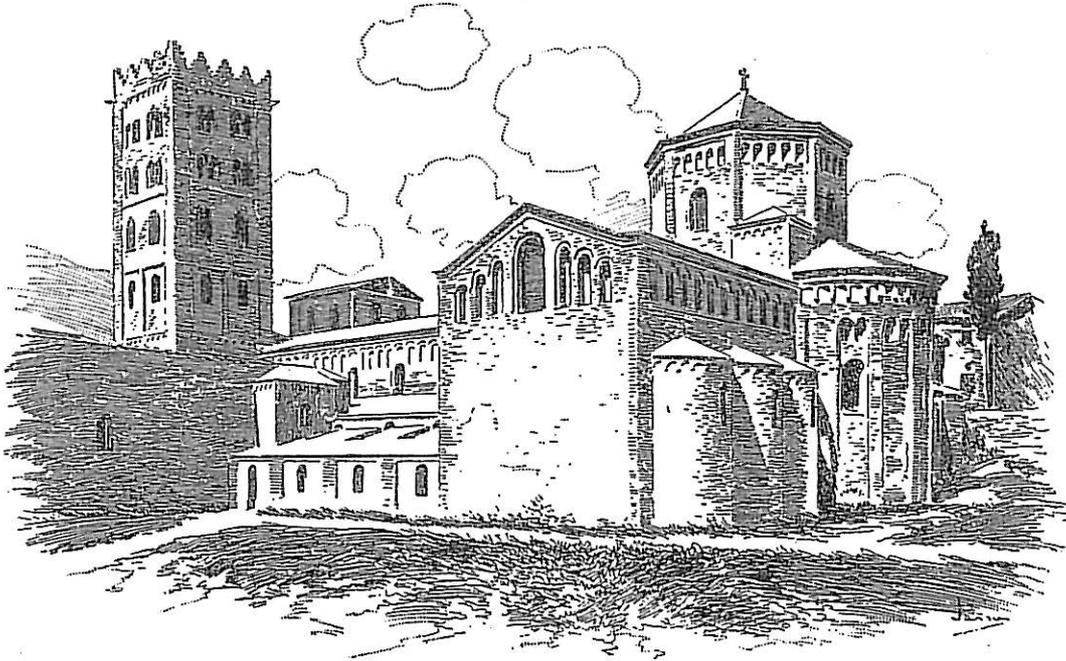


Desde el 21 hasta el 2 lanzaron los sitiadores sobre la plaza 747 proyectiles sin causar una muerte; sólo algunas heridas y contusiones.

El gobernador militar, señor Molera, contribuyó con su ejemplo á la defensa, en la que tomaron parte las mujeres.

Mal dirigida la acción por Savalls, hubo momentos en que éste se consideró perdido. A favor de la niebla, dos batallones liberales habían rebasado la línea enemiga dejándola á retaguardia. En ella se hallaba Savalls, quien al verse entre dos fuegos escapó protegido por los que le acompañaban y que dieron sus vidas por salvar la de su cabecilla.

Relevó López Domínguez la guarnición de Puigcerdá, que á los títulos que ostentaba añadió el de «siempre invicta» que le fué concedido.



Cataluña. — Monasterio de Ripoll.

Tras de un día de descanso marcharon las tropas á la Pobla de Lillet y de allí á Berga, sufriendo mucho el soldado en el camino por el temporal de aguas.

La acción más importante de las reñidas en Cataluña entre liberales y carlistas fué la de la sierra de Grau de Llusanés.

En aquella acción el deseo de matar fué mutuo, pues sabíase de antemano que no había cuartel. Se necesitó más valor para perdonar ó salvar la vida que para perderla en el combate.

Regresaban las brigadas Esteban y Cirlot de relevar la guarnición de Berga, asediada constantemente por los carlistas.

Acudió Don Alfonso al encuentro, entablándose una terrible lucha que llegó á sostenerse cuerpo á cuerpo. Hubo quien, falto de municiones, se agarró á su contrario y á mordiscos le puso fuera de combate.

Cinco horas duró aquel sangriento bregar. Un batallón liberal se vió en un momento prisionero y libre; lo mismo sucedió á otro carlista, que estuvo á punto de ser copado.

Más por cansancio y falta de municiones que por vencimiento de unos ú otros combatientes, cesó la lucha.

Formaron ambos ejércitos en columna en el mismo campo de batalla, sembrado de cadáveres y heridos; dirigiéndose los liberales á Prats, con un largo convoy de heridos, quedando aún bastantes entre los muertos.

Los carlistas se dirigieron á Alpens. Enorme fué la cifra de las bajas con relación al número de combatientes: á 12,000 alcanzaron los últimos; pasaron de 2,000 los muertos y heridos.

Habíanse hecho tan poderosos los carlistas, que solían hostigar á las columnas; vigilaban sus movimientos, aprisionaban á los rezagados, perseguían á los confidentes, y cuando en alguna acción emprendían sus enemigos la retirada, se echaban sobre los fugitivos acuchillándolos, como les sucedió á los voluntarios republicanos de Tordera.

Las partidas de Cataluña y algunas de las que operaban por el Centro se componían en su mayoría de aventureros con ribetes de latrofaciosos.

La del cura de Flix, la del canónigo Pedro Abril, la del eclesiástico Mejino, la del capellán Giménez y tantas otras, así como las del Maestrazgo, Aragón y Valencia tenían por objetivo vejar á los pueblos con saqueos y contribuciones.

Queriendo Don Alfonso y Lizárraga poner mano en tales cosas, se encontraron con que habían de debilitar necesariamente las fuerzas del carlismo, pues los que militaban en las partidas, antes que someter su conducta á nuevas reglas preferían irse á sus casas. No era extraño; componíanse de hombres de sentimientos depravados y de una moral política acomodaticia.

El mismo Santés, que tan admirado fué por los suyos merced á sus atrevidas excursiones, acusado de vergonzosas faltas, desapareció de la escena por haberle reducido á prisión sus mismos correligionarios; igual sucedió al inmoral Villalain y á tantos y tantos jefes y cabecillas.

Sitiada Olot por los liberales, á poco de la derrota de Nouvilas, y obstinados en recobrarla, iba á caer pronto en su poder.

Para evitarlo, el cabecilla Tristany mandó á Serrano Bedoya un oficio en el que le conminaba con el fusilamiento de los prisioneros de Castellfullit si los liberales no levantaban el sitio de Olot.

No hizo caso del aviso Serrano Bedoya, y entonces Savalls ordenó se cumpliera la amenaza.

Reunidos en el café de Vallfogona el titulado coronel Bosch y otros varios jefes carlistas, examinaron la lista de prisioneros y, entre trago y trago de aguardiente, decidieron quintarlos.

Al día siguiente, 17 de Julio, fueron fusilados los sentenciados cerca de San Juan de las Abadesas.

Perdieron la vida 1 jefe de ejército; 2 capitanes; 10 subalternos de tropa, 1 de carabineros; 100 individuos del ejército y 75 carabineros.

A los que salvaron la vida, á más de encerrarlos á veces en inmundos calabozos, se les obligaba otras á largas jornadas sin darles apenas de comer, siendo con frecuencia apaleados por sólo el placer de hacerlos sufrir.

Estos actos de barbarie fueron enérgicamente condenados hasta por los mismos carlistas.

Sin haber logrado Don Alfonso cortar los abusos que se proponía, atravesó desde Solana el campo de Tarragona y aunque ya tenían las autoridades liberales noticias de la expedición, ésta se efectuó sin novedad.

Pasó Don Alfonso el Ebro por Flix con un batallón de zuavos que crearon los jefes carlistas, por halagarle, pues Don Alfonso en su juventud había sido zuavo



San Juan de las Abadesas.

pontificio; otro batallón, formado de desertores y prisioneros liberales, una batería de montaña y el 5.º escuadrón de Cataluña.

Seguido siempre de su esposa, sostuvo un combate en Gandesa, en el que demostró su impericia militar. Dobles en número los carlistas y en excelentes posiciones, no consiguieron ninguna ventaja, por carecer de los más rudimentarios conocimientos estratégicos.

En la acción de Alcora les sucedió lo mismo. Recorrió Don Alfonso diversos pueblos de las provincias de Castellón y Valencia; pasó á Segorbe revistando en Chelva las fuerzas, que ascendían á 8,500 infantes y 600 jinetes, número muy superior á las de los liberales, que sólo tenían una columna para operar en todo aquel vasto territorio.

De Valencia se encaminó Don Alfonso á Teruel, donde se le incorporaron las partidas de Marco, Madrazo y Villalain. Trató de tomar Teruel, pero Teruel se

defendió con bizarría, demostrando así sus arraigados sentimientos republicanos, y si hubo carlistas que abrieron boquete en la muralla exterior y otros que llegando á las casas del arrabal, colocaron sobre la muralla dos escalas, al notar el vecindario se echó á la calle y á tiros puso en huida á los invasores, que tuvieron algunos muertos y varios prisioneros.

Culparon los carlistas de la derrota á la cobardía de sus gentes y á sus divisiones, y como éstas crecieran, Don Alfonso acordó prender á Marco y á Pallés, nombrando comandante general de Aragón á Villalain.

Contra tales medidas protestaron unos cuantos carlistas exigiendo de Don Alfonso que se pusiera en libertad á los detenidos y que se revocara el nombramiento de Villalain, pues no le reconocerían por jefe. A todo se vió obligado á ceder Don Alfonso.

Necesitándose llevar numeroso convoy á Morella y Alcañiz, se puso á la cabeza de las tropas que habían de conducirlo don Romualdo Palacios, capitán general de Aragón.

Los carlistas intentaron impedirlo en las posiciones de la Pobleta, y caso que llegase á Morella, bloquearlo.

Trabóse el combate, que fué duro, y, vencidos los carlistas, los liberales entraron en Morella, cuya guarnición les recibió con entusiastas aclamaciones.

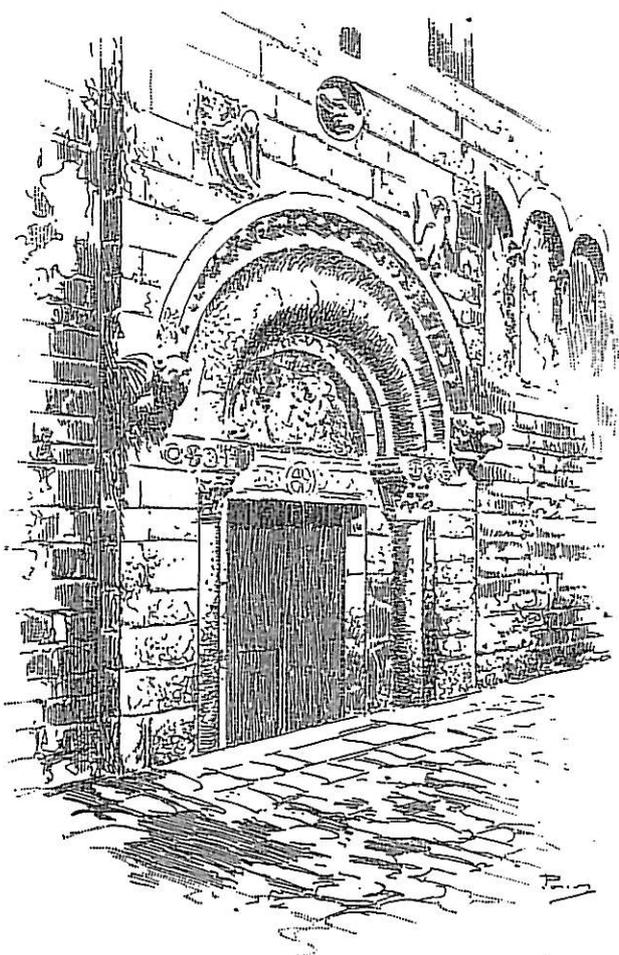
El general López Domínguez dió nueva organización al ejército de Cataluña.

Derrotados los carlistas en Castellar de Nuch, se corrieron al llano imponiendo contribuciones á los pueblos y llegando hasta muy cerca de Barcelona.

Algunos de los pueblos tomados por los carlistas fueron recuperados por los liberales, que tuvieron un encuentro con el enemigo en Castellón de Ampurias.

Aquella acción fué una de las más sangrientas que registra la historia de la campaña en Cataluña. Los liberales fueron vencidos. Toda la impedimenta del brigadier Moya y dos cañones Krupp quedaron en poder de Savalls, que con este triunfo aseguró de nuevo su prestigio harto quebrantado desde su derrota de Olot y Puigcerdá.

Peor cada vez la situación del Principado, tuvo López Domínguez al finalizar el año 1874 que crear el somatén armado obligatorio en los pueblos del bajo Llo-



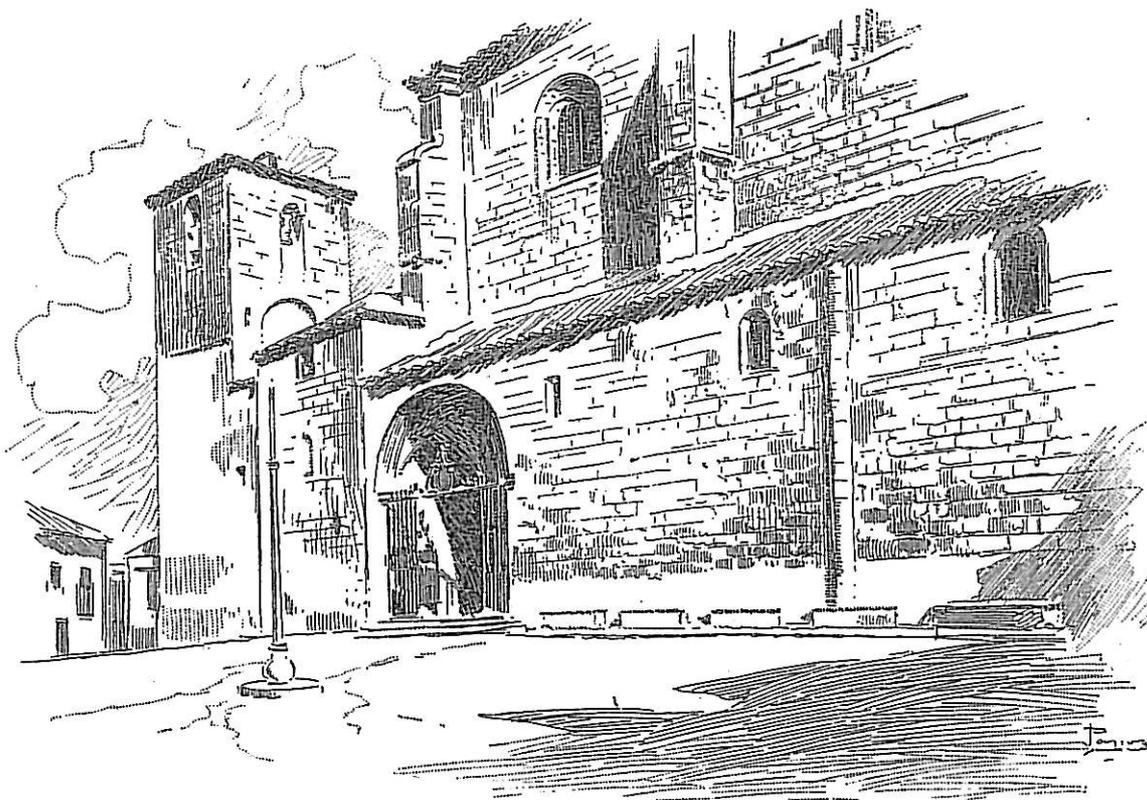
CATALUÑA (Barcelona).

Fachada de San Pablo del Campo.

bregat, llano de Barcelona y costa de Levante. También organizó milicias locales en muchas poblaciones.

A fin de sacar provecho de tan lamentable situación, trató Don Alfonso de unificar las operaciones del Centro y Cataluña, pero tuvo que desistir de su propósito por la resistencia de los catalanes á unirse á sus correligionarios del Centro. Este hecho produjo entre los carlistas nuevas y más graves disidencias.

Los partidarios de Don Carlos se apoderaron de Albacete por capitulación, sin haber sido grande la resistencia de sus defensores.



ALBACETE — Parroquia de San Juan Bautista.

Aumentaba en el Centro el número de los carlistas merced á la pasividad del Gobierno que, llevando al Norte un gran contingente de tropas, dejó casi abandonada la parte central de España. Y gracias á que los carlistas, limitándose á obrar por sí y ante sí, carecían de unión para efectuar operaciones importantes.

Cucala invadió á Liria; Vallés intimó la rendición á Castellón de la Plana estableciendo el bloqueo y cortando las aguas.

Y Santés, antes de caer en desgracia, efectuó nuevas excursiones merodeando en cuatro provincias á la vista de las columnas, recogiendo muchos miles de duros y ganados de todas clases, llevándose rehenes y haciendo padecer á los moradores de las comarcas, en el corto tiempo de sus correrías, más que sus correligionarios en todo el período de la anterior guerra.

También cayó en poder de los carlistas la importante ciudad de Vinaroz,

toda murada, con reductos avanzados y cañones y con 600 hombres de guarnición.

Como les era imposible á los carlistas la conservación de la ciudad, la abandonaron, nó sin antes llevarse 7 piezas de artillería, 800 fusiles, 300 escopetas y multitud de pertrechos de guerra. También exigieron el pago de tres trimestres de contribución.

Vallés impidió que su compañero Cucala entrara á saqueo. Verificólo en Amposta.

En Sueca entraron también los carlistas. En peligro Requena, solicitó auxilio; acudió la brigada Calleja á prestárselo, mas los carlistas corrieron á cortarle el terreno. En el encuentro desplegó Calleja con oportunidad su caballería mientras

la artillería hacía fuego. Se apoderó de los enemigos súbito espanto, siendo atropellados los infantes carlistas por sus escuadrones. Próxima la derrota de los carlistas, Cucala se lanza á la cabeza de su gente contra el enemigo; retrocede éste y los carlistas ocupan las posiciones de los liberales. Cucala quedó gravemente herido en la acción.



General Despujol.

Batió con acierto y denuedo á los batallones aragoneses carlistas el general Despujol sorprendiéndolos en Caspe. Les causó más de doscientas bajas. En vista del fracaso se disolvieron los carlistas. Grandes esfuerzos hizo Marcos para que no hicieran tal; pero entre su gente había elementos disolventes y traidores.

Acudió después Despujol contra Cantavieja, de la que se habían apoderado los carlistas, convirtiéndola en cuartel general y escuela de instrucción.

Comprendiendo Despujol que no tomaría la plaza, decidió retirarse sin intentar asalto ninguno.

Desde Valencia envió Weyler alguna caballería contra las partidas que recorrían los términos de Alicante y Murcia.

En Domeño, sostuvo Weyler un rudo combate desalojando de sus posiciones al enemigo.

Cerca de Borriol, tuvieron los liberales un encuentro con las partidas de Cucala y Vizcarro.

Chiva fué invadida por los carlistas.

Más de 10,000 hombres llegaron á sumar en el Maestrazgo y Valencia los partidarios en armas de Don Carlos.

Contrariado Don Alfonso por el fracaso de Teruel, maduró un plan que le permitiera tomarse el desquite y apoderarse de la ciudad de Cuenca.

Desde la correría de Santés hallábase la población temerosa de una nueva sorpresa.

Estos justificados temores hicieron solicitar del Gobierno al brigadier señor Laiglesia, gobernador militar de la plaza, el envío de 1,200 combatientes para defenderla en tanto pudiese ser socorrida.

Estimó el Gobierno que con 560 soldados de todas las armas y 4 cañones bastaba para la defensa de la ciudad. Los pobladores, por su parte, crearon un cuerpo de 270 voluntarios, no todos armados convenientemente, al frente de los cuales se puso el alcalde don Hilario Lozano.

Al saberse en la población que los carlistas se hallaban á pocos kilómetros de la ciudad, los que habitaban la parte baja desalojaron sus casas refugiándose dentro del recinto fortificado. Se reconcentraron en la Plaza Mayor las autoridades; se distribuyeron las fuerzas convenientemente; se avisó al Gobierno y al capitán general del distrito con tanta oportunidad, que á poco fué cortado el telégrafo.

Para atacar á Cuenca reunió Don Alfonso las fuerzas de Castilla, el Maestrazgo y Valencia; una batería de montaña y sobre 300 caballos.

Sin hallar obstáculo alguno en su marcha llegó el ejército enemigo frente á la ciudad, la noche del 13 de Junio.

Ocuparon los carlistas los suburbios abandonados por sus moradores y desde sus posiciones, que fortificaron abriendo aspilleras en las casas que ocupaban, empezaron el ataque al amanecer.

Extendido el fuego por toda la línea, fué rechazado con denuedo. Continuó el ataque hasta el obscurecer, en que, previa la petición de parlamento, intimaron los carlistas la rendición. Contestada negativamente, prosiguió el fuego toda la noche avanzando terreno el enemigo mientras los defensores construían barricadas para oponerse al avance.

El 14, muy de mañana, intentan los carlistas un asalto general, á tiempo que su artillería arroja multitud de granadas sobre la plaza.

Son rechazados los asaltantes, como lo fué también un cuerpo de zuavos que con increíble audacia atravesó el Huécar, por cerca de su desembocadura en el Júcar, á fin de atacar á la ciudad por la parte opuesta á donde se hallaban sus defensores.

Intentan los carlistas el asalto por otros puntos y nada lógran tampoco.

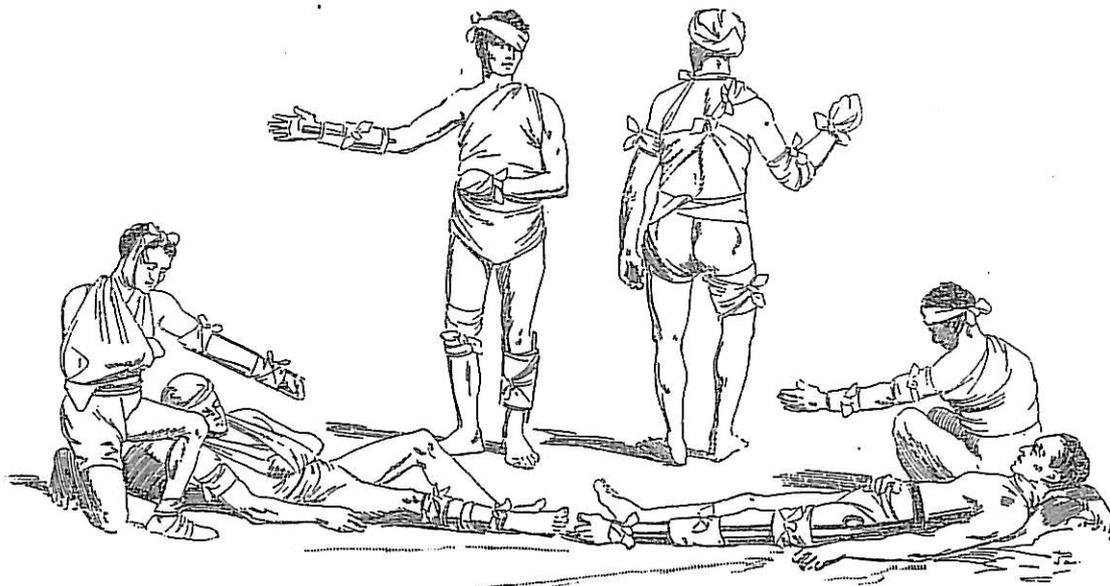
Viendo entonces lo infructuoso de sus tentativas, acércanse á Don Alfonso algunos oficiales manifestándole la conveniencia de una retirada antes de que les llegue auxilio á los sitiados.

Don Alfonso responde que ¡adelante! y Villalain, encargado del sitio, circula esta orden entre los suyos:

«A todos los jefes y oficiales de la línea de ataque: Autorizado por S. A. R. el

Infante, general en jefe, ordeno á todos los jefes y oficiales que atacan la ciudad rebelde que, en el término de una hora, avancen, taladren é incendien, si es preciso, los edificios que sea conveniente hasta desalojar al enemigo; y de no verificarlo, será pasado por las armas sin contemplación el jefe ú oficial que no cumpla, previo los auxilios espirituales.»

No se había aún quebrantado el espíritu de los defensores á pesar de tan larga y continua lucha; puesta la esperanza en un pronto socorro, resistían con arrojo,



Vendaje conocido por *Pañuelo Prusiano*.

cuando algunos moradores de la ciudad, de ideas y sentimientos carlistas, se ponen en inteligencia con sus correligionarios, los sitiadores, indicándoles uno de los puntos vulnerables de la ciudad.

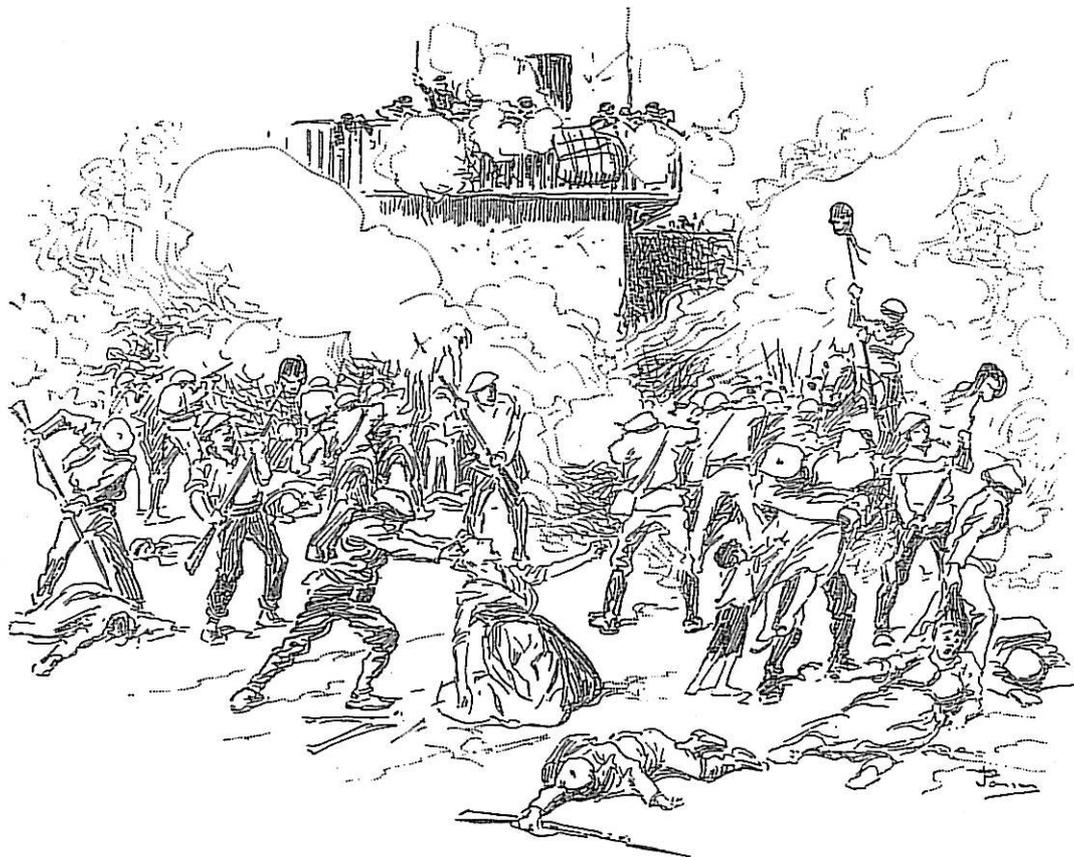
Penetran por allí los carlistas y llegan á la calle de la Moneda.

Lúchase con valor por aquella parte, engrosadas las filas enemigas, se hace imposible toda resistencia, ante lo cual el gobernador de la plaza pide parlamento.

Cesó el fuego; pero alguien de aviesas intenciones esparce la voz de que los carlistas no dan cuartel. Mándase romper inmediatamente el fuego; gritan los enemigos ¡alto; que habrá cuartel! Se origina la consiguiente confusión y los escasos combatientes que se hallan en estado todavía de defender la plaza, se agrupan en torno del general Iglesia, viéndose en breve cercados y prisioneros; no hubo, pues, lugar á capitulación alguna.

Dueño de la ciudad el ejército enemigo, extiéndose por calles y plazas; viola, asesina, saquea, persigue como fiera á débiles mujeres, á indefensos mozalbetes. Los que huyendo de la ciudad se habían refugiado en la campiña, al tornar á la población son muertos á cuchilladas; por sospechosos son fusilados pacíficos ciudadanos. Se satisfacen ruines venganzas personales; se incendia y se asesina

por sólo el placer de destruir; hasta un convento de monjas hubo de sufrir los desmanes de la soldadesca. Cegados los carlistas por el delirio de la destrucción nada les contiene; cometen los crímenes más espantosos y los excesos más abominables.



Y mientras esto sucede, Don Alfonso y su esposa, Doña María de las Nieves, felicitan á sus voluntarios por su triunfo y heroico comportamiento.

Inpercedera será esta triste página de la historia, é indeleble quedará en el corazón de todo hombre honrado el recuerdo de una de las hazañas más abominables del carlismo.

El 19, abandonó la ciudad parte del ejército del Pretendiente llevándose consigo, aparte de un rico botín, 4 piezas de artillería, 800 fusiles y carabinas y gran cantidad de municiones, 800 prisioneros y rehenes, hechos en la ciudad, 700 de los cuales fueron á poco rescatados por la columna del coronel señor Lasso y Cobo.

Tres días más tarde dejaron las restantes fuerzas carlistas la ciudad de Cuenca.

Hallándose Cuenca muy cercana á Madrid pudo y debió ser auxiliada. El general Soria Santa Cruz, en cumplimiento de las órdenes recibidas, desembarcaba el 16 en la estación de Minaya con 3,500 hombres; dos jornadas habríales bastado para llegar á Cuenca, pero él empleó tres días en andar los 40 kilómetros escasos que median desde la estación de Minaya al pueblo de Honrubia, donde

se le unieron las fuerzas de Araoz y Fajardo, que, con las suyas, sumaban en total 7,000 hombres, con 6 piezas de artillería rodada.

Soria Santa Cruz llegó por lo tanto á Cuenca cuando ya la habían evacuado los carlistas.

Por aquella inexplicable tardanza, Soria Santa Cruz fué sometido á un Consejo de guerra que le absolvió.

Satisfecho Don Alfonso por el triunfo de Cuenca, resolvió ir de nuevo sobre Teruel. Reunió en Jérica gran parte de los carlistas de Valencia y el Maestrazgo, lo que dió un contingente de 13 batallones, 300 caballos y 4 piezas.

Llegó Don Alfonso á la vista de la plaza el 1.º de Agosto. El batallón de Lozano y la partida del cura de Flix ocuparon por sorpresa parte del arrabal; rompió el fuego la artillería y fué contestada por los defensores.

Sabedor Don Alfonso de que una columna enemiga acudía en socorro de la plaza, levantó el sitio para caer sobre Alcañiz, á pesar de hallarse guarnecida, fortificada y artillada. Los sitiadores fueron rechazados con algunas pérdidas, retirándose acto seguido hacia Valencia.

Nombrado Pavía general en jefe del ejército de operaciones del Maestrazgo y Valencia, compuesto de 4 divisiones, cada una de 8 batallones, con su correspondiente dotación de artillería, caballería y cuerpos auxiliares, marchó á Morella por la Cogulla y la Pobleta. Tuvo un encuentro con los carlistas, á quienes derrotó.

Relevó Pavía la guarnición de Morella, corrió después á Valencia en busca de Don Alfonso que había tomado posiciones en Vistabella esperando á su enemigo, y cuando el general se disponía á atacarle, tuvo noticia de que Jovellar iba á relevarle.

Entre todos los jefes de batallones carlistas, ninguno más estimado de Don Alfonso que un ex capitán del ejército liberal, procedente del colegio de Toledo, llamado Miguel Lozano.

Fiando en la pericia militar y valor de Lozano, encargóle Don Alfonso que realizase una larga expedición por las provincias de Alicante y Murcia.



Miguel Lozano.

Salió Lozano el 14 de Septiembre de Chelva con 500 infantes y 40 jinetes, atravesó el Gabriel, penetró en Casa Ibáñez, Alcalá del Júcar; cruzó el ferrocarril por Bonete, donde sorprendió un tren de mercancías, hizo apearse á todos los empleados, mandó soltar la máquina á todo vapor en dirección de Almansa y ofició al jefe de estación lo siguiente:

«Dios, Patria y Rey.—Ejército Real del Centro.—Sexta brigada.

» En lo sucesivo, todo empleado de la línea férrea de la estación como del movimiento que se encuentre á una hora de dicha vía, después de recibir los auxilios espirituales será pasado por las armas.

» Las estaciones, materiales y demáse fectos serán completamente destrozados, si circulan trenes.

» Dios guarde á usted muchos años.— *Alpera, 11 de Septiembre de 1874.*—El jefe de la brigada, MIGUEL LOZANO.—Señor jefe de la estación de Alpera.—El capitán, PÍO HERNÁNDEZ. »

En Pozo Cañada sorprendió al tren mixto de Cartagena inutilizando parte de la vía. Embarcó en el mismo tren su infantería, siguió á Torroba y á Hellin, inutilizó el ferrocarril, marchó á Agramont después de destruir los coches de que se valiera y el puente de hierro bajo la cañada de la Rambla; fusiló en Alcantarilla al bagajero de Isso. En Puebla de don Fadrique, uno de sus sargentos mató á uno de los médicos del partido por desobedecer la intimación de ¡alto!

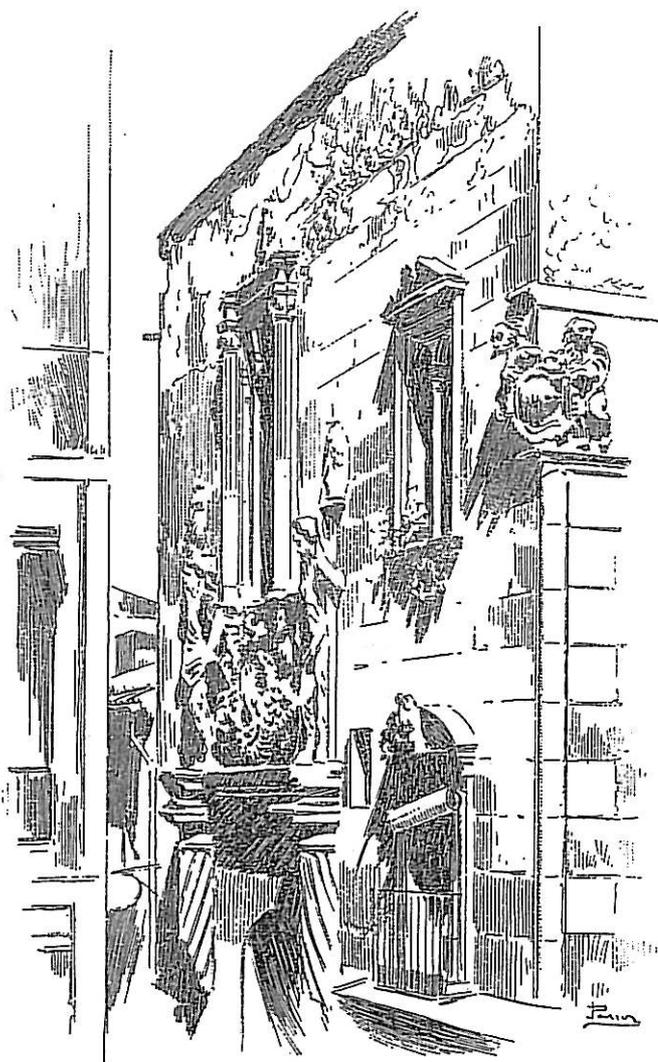
El 27 de Julio, llegó á Lorca, donde presidió la función de noche del teatro, cediendo la música de su brigada para que diese un concierto en la feria.

Después recorrió varios pueblos más; cruzó los ríos Munda y Segurá por el puente de Agramont, sorprendió el tren de mercancías de Murcia y el correo de Madrid, descansó en Jumilla, su pueblo natal, que le abrió las puertas y le recibió con estruendosa ovación.

En Novelda, fué recibido á tiros por los voluntarios republicanos, en Aspe y Elche se le unieron más de 200 voluntarios y en Orihuela le recibieron con repique de campanas.

Cerca de Fortuna, fué cañoneada su retaguardia por los liberales; hizo frente á su enemigo, mas la caballería carlista, tras de ser acuchillada, quedó prisionera.

Algo quebrantado, siguió Lozano á Blanca, llegando á Cieza el 12 de Octubre, donde tuvo un encuentro con una columna liberal perdiendo en la acción 80 hombres.



MURCIA — Palacio de Riquelme.

Pasó á Yecla y Pozo Cañada, donde fusiló á cuatro empleados ocupados en reponer la vía. En Bogarra, fué sorprendido por el destacamento liberal allí acantonado; huyó con algunos de los suyos á Villanueva de la Fuente, seguido de cerca hasta el límite de la provincia de Albacete.

Viéndose abandonado de la fortuna, teniendo sobre sí criminales fusilamientos y ya muy mermada su gente, reunió Consejo de oficiales notificándoles que habiendo dado palabra á Don Alfonso de no regresar al punto de la partida



mientras así no se le ordenara, se proponía ir al Norte á dar cuenta á Don Carlos de su expedición.

Renunciaron á seguirle la mayor parte de sus voluntarios y, acompañado de algunos de sus oficiales, se dirigió á Linares, donde fué conocido y preso. Muchos de los que le acompañan se entregaron voluntariamente.

Condenado á muerte por un Consejo verbal, fué fusilado Lozano en Albacete, el 3 de Diciembre.

Muchas solicitudes de indulto se dirigieron al Gobierno, á las que no accedió éste por ser Lozano reo de varios fusilamientos. Sus compañeros fueron condenados á reclusión perpetua.

En un mes había recorrido Lozano cuatro provincias. En cuantas poblaciones estuvo, se apoderó de los fondos públicos, sacó contribuciones, cogió rehenes y se llevó municiones y vituallas. Con el dinero de que se apoderó socorrió no pocos conventos. Ascendió lo recaudado á unas trescientas mil pesetas.

A causa de los punibles excesos cometidos por los suyos, dejó Cucala triste recuerdo de su paso en una de sus lucrativas expediciones.

Siete días duró la que llevó á efecto el 20 de Septiembre, pasando por poblaciones tan importantes como Onteniente, Alcoy y Almansa.

No satisfecho Don Carlos de las operaciones de su ejército del Centro, decidió para darle mayor movilidad, separarlo del de Cataluña, ambos unidos entonces bajo la dirección suprema de Don Alfonso.

A este fin, otorgó Don Carlos el mando del ejército del Centro á Eustaquio Díaz de Rada. El nombramiento fué recibido por los carlistas con marcado disgusto, no olvidados aún de lo de Oroquieta.

Tuvieron Rada y Don Alfonso su primera entrevista en Alcora.

Expuso Rada al hermano del Pretendiente su plan de campaña, consistente en formar de las tropas del Centro una división bastante fuerte para invadir el bajo Aragón, aproximarse al Moncayo y amenazar por retaguardia al ejército enemigo del Norte.

No estando Don Alfonso conforme con lo propuesto por Rada y disgustado por la desatención de que había sido objeto, pidió licencia á su hermano para marchar al extranjero.

Le impuso esta resolución el desprecio que en la corte de Don Carlos se hacía de sus servicios y consejos y las dificultades que para ejecutar cualquiera operación se le creaba.

Concedida que fué su licencia, marchó Don Alfonso á Gandesa, despidiéndose de sus tropas con la siguiente orden del día:

«Gandesa, 20 de Octubre de 1874.—S. M. el Rey, mi augusto hermano, por Real decreto de 9 de Agosto último, ha separado el ejército de Cataluña del de el Centro.

» Reconociendo que esta medida no es sólo contraria á los intereses de ambos ejércitos, sino que al mismo tiempo embaraza todas mis operaciones militares y destruye los planes que tenía proyectados para acelerar el triunfo de nuestra causa, expuse al rey los perjuicios que debía causar esta medida, una vez puesta en ejecución, y la imposibilidad en que me hallaría entonces de continuar al frente de vosotros.

» Al cabo de dos meses de ansiedad recibo de S. M. la autorización para ausentarme.

» Aunque verdaderamente afligido, debo partir; pero lo hago con la conciencia tranquila, puesto que he trabajado por la religión, por la patria y por la causa real. Después de vencer las mayores dificultades, he organizado este ejército, separando de él los malos jefes para substituirlos con otros que el país y el ejército conocían y estimaban; y he realizado importantes expediciones que han recorrido las provincias donde aún no se habían visto tropas carlistas.

» Esperando la resolución del rey, no he podido en estos últimos tiempos trabajar con mi actividad acostumbrada, ni cortar de raíz ciertas intrigas, harto conocidas y perjudiciales á nuestra causa.

» Con la autorización del rey, me retiro á esperar el momento en que se consideren mis servicios útiles á la causa de Dios, de la patria y del rey, que he defendido desde el principio de la lucha y que defenderé siempre, en la confianza de que vosotros proseguiréis la lucha con constancia hasta el día del triunfo, que Dios, seguramente, os concederá en recompensa de vuestros sacrificios.—El teniente general en jefe, ALFONSO DE BORBÓN.»

Grave daño moral causó Don Alfonso á la causa del carlismo al vindicar su conducta en el documento anotado. Es éste, más que la despedida de un general á sus tropas, un memorial de agravios del que, herido en su dignidad, hace ver á su ejército y al país que, aun habiendo obrado siempre con lealtad y rectitud, se ve no obstante postergado por ruines intrigas palaciegas.

Demostró Don Carlos con su proceder respecto á su hermano, y Don Alfonso con su habitual ligereza al publicar documento semejante, que no eran ambos de aquellos sesudos varones de recto é imparcial juicio cual se requiere para la gobernación de un país.

Antes de su partida regaló Don Alfonso á Cucala un cañón y confirió el mando interino del ejército del Centro á Velasco, por estar expedido el nombramiento de Díaz de Rada para servir á las órdenes de Don Alfonso.

De 13,000 infantes, 800 caballos y algunos cañones se componía el ejército que mandaba Velasco.

Al tomar el mando del suyo, en 25 de Octubre, el general Jovellar se apresuró á concentrar en el Maestrazgo dos divisiones, para ocupar, como lo hizo, las fortalezas de los carlistas.

Guardia destruyó en Villahermosa la fundición y parque de artillería carlista, apoderándose de 4 cañones y varios efectos; Araoz demolió las obras de Vista-bella; Dabán destruyó los hospitales de Ayodar y de Cuevas de Cañar y se apoderó en Peñagolosa de 3 cañones y gran cantidad de municiones.

Velasco hizo cuanto pudo en su defensa, y de haber estado mejor ejecutada una sorpresa que preparó en Bechi contra su enemigo, los liberales hubieran salido mal librados de ella.

El ataque de Velasco á la brigada Despujol estuvo bien combinado; dividida la brigada en Culla, Arés y Villafranca del Cid, y aislada de las restantes fuerzas que operaban en el Maestrazgo, cayeron por distintos puntos, sobre los liberales, las partidas de Cucala y Gamendi.

Inferiores en número las tropas de Despujol se vieron obligadas á abandonar el pueblo, dejando en poder de los carlistas algunos prisioneros y la brigada de equipajes.

Acosados por todas partes y en peligro de ser envueltos, dió á la desesperada una brillante carga la caballería liberal y puso en desordenada huida á la gente de Cucala, logrando de este modo la columna seguir á Morella.

Adversa á Velasco la suerte en cuantas operaciones emprendiera y á pesar de haber moralizado sus tropas y aumentado su armamento y organización, fué

substituido por Lizárraga, que tomó el mando de las fuerzas carlistas el 6 de Diciembre.

Quedó Velasco de comandante general de Valencia y el Maestrazgo, cargo que antes ejerciera.

Eran las fuerzas liberales que mandaba Jovellar de 25 batallones, 12 escuadrones, 4 baterías Plasencia y 2 compañías de ingenieros.

Ordenó Lizárraga expediciones á las provincias de Guadalajara y Cuenca y á los pueblos de Calatayud y Daroca.

Envió el dinero recaudado por Lozano en su expedición para la compra de 4,000 fusiles y una batería Whitworth, recorriendo en seguida el Maestrazgo y Valencia.

Decretada por Lizárraga la destrucción de los ferrocarriles, comisionó partidas para que la realizasen, lo que no pudieron conseguir en muchos puntos por la activa vigilancia y constante persecución de que fueron objeto.

Propúsose Lizárraga conseguir por el terror lo que no hubiera podido conseguir por otros medios.

Su afán de moralidad le creó gran número de enemigos, siendo objeto por parte de éstos de graves acusaciones. Hasta el mismo Cucala, carlista resuelto, se le puso en frente.

Al finalizar el año 1874, no podía decirse que estuviesen del todo pacificadas las regiones de Galicia y Asturias, Andalucía, Extremadura y las dos Castillas; pero tan grave quebranto había sufrido la causa del carlismo en esas regiones, merced á lo desacertado de su dirección, que casi sin esfuerzo alguno por parte del Gobierno era de esperar la pacificación.

En Extremadura y Andalucía continuaban los agentes carlistas haciendo todo género de esfuerzos para aumentar el empuje de la guerra civil. En Castilla la Nueva no llegó á ofrecer la guerra gravedad alguna. Las partidas se sucedían unas á las otras; las correrías de Villalain no dieron otro resultado que vejar á los pueblos y el escandaloso proceso que se formó á aquel cabecilla.

La que tuvo más importancia de todas, si bien efímera vida, fué la partida que organizó y capitaneó el distinguido joven don Amador Villar, procedente del cuerpo de ingenieros, que con suma actividad y no común inteligencia supo efectuar atrevidas expediciones burlando el encuentro con los liberales.

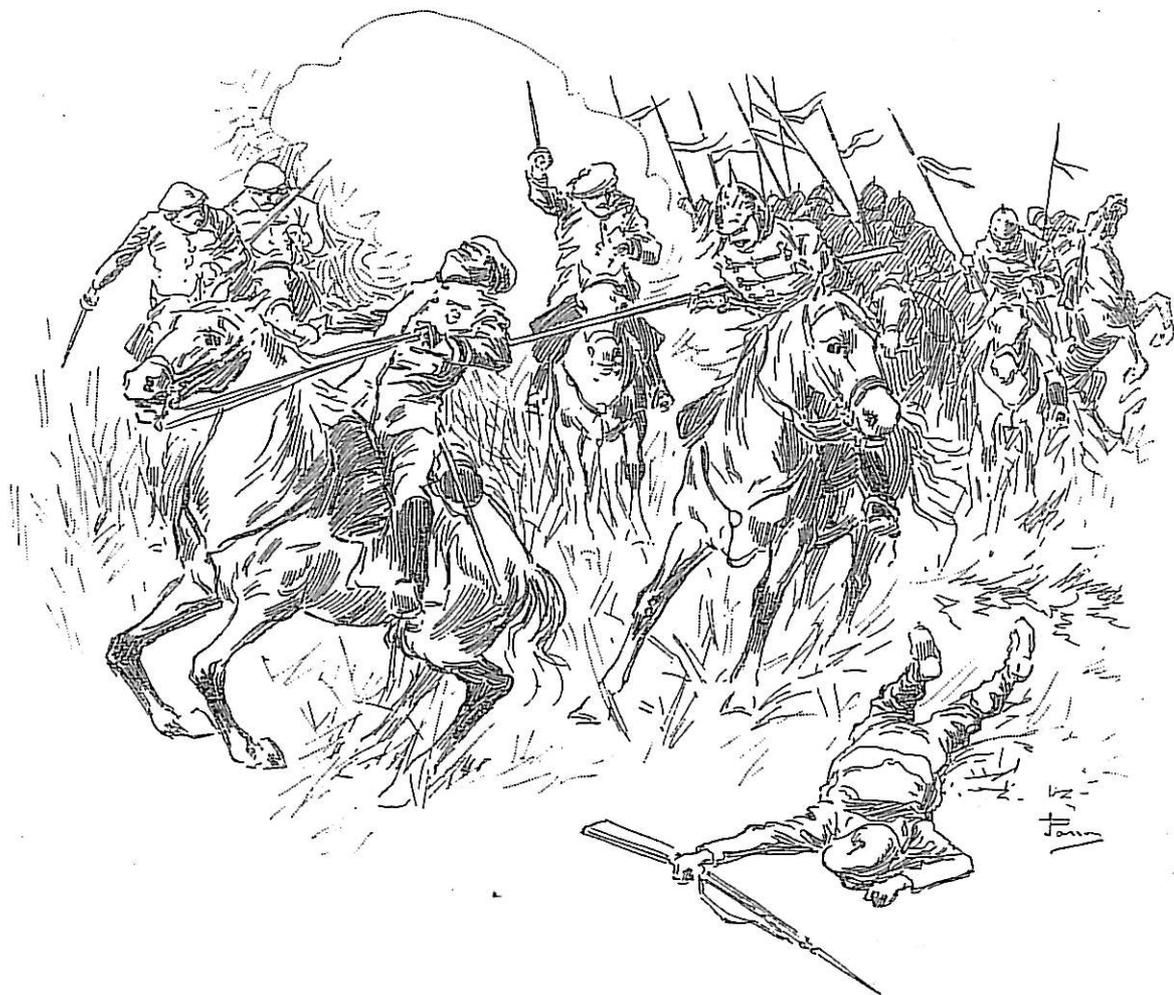
Penetró en Quintanar de la Orden y otras poblaciones jamás visitadas por los carlistas en anteriores guerras, sin que fueran obstáculo á sus correrías el Guadiana, el Bullaque y el Guadalupe.

Con sus 400 caballos y sobre 500 infantes entró Villar en Calzada y en Moral de Calatrava, amenazó á Almagro, volvió á Moral, se asomó á Granátula y en los momentos de peligro encontró seguro asilo en los montes de Toledo y de Oropesa.

En Piedrabuena tuvo un serio encuentro con la columna de Melguizo, en el que salió destrozado. Los lanceros de Calatrava cargaron con ímpetu sobre los car-

listas poniendo en dispersión su infantería y haciendo prisionera la caballería en número de 200 hombres.

Contribuyó á este desastre la traición de muchos de los que componían la partida, que acusaban á Villar de alfonsino y, sobre no quererle obedecer, aten-



taron á la vida de varias de las personas del séquito de Villar. Dejando éste al cabo su vida aventurera, se internó en Portugal.

Un respetable contingente de fuerzas carlistas operaba en la región de Castilla la Vieja. Ascendía su número á 3,000 infantes y 200 caballos. Muchos de aquellos parciales eran mozalbetes que por toda arma empuñaban un palo.

Bastantes de estos reclutas iban á engrosar las filas carlistas de Vizcaya, lo que produjo frecuentes reclamaciones por parte de los que entendían que cada región debería tener su ejército propio, esterilizando tan opuesto criterio los esfuerzos de las Juntas.

Iba poco á poco creciendo en Galicia y Asturias el movimiento carlista, á pesar de la carencia de armas. No obstante, perdía el carlismo en general cada vez más terreno, por la eficacia de la idea liberal, que iba penetrando hasta en los últimos confines de la Península, y por los mayores recursos de que pudo disponer el Gobierno.

Si al finalizar el año 74 la partida estaba ya ganada por los liberales aún había de correr el tiempo sin que la cuestión llegase definitivamente á resolverse.

Contribuía al mal estado de la causa del Pretendiente lo mucho que sus secuaces abusaron de las provincias que les eran afectas, especialmente de las del Norte, que estaban casi arruinadas y sus naturales cansados de la guerra.

El tesoro carlista hallábase apuradísimo. Para aliviar urgentes necesidades, se obligó á los voluntarios á ceder una parte de sus modestos haberes.

En cuanto al Centro y Cataluña, si las masas carlistas sentían entusiasmo por aquel género de vida y luchaban con denuedo, en cambio los jefes no podían tolerarse unos á otros, haciendo así ineficaces cuantos esfuerzos realizaban.

Era tan manifiesta la división entre los carlistas y tan grave la falta de disciplina de su ejército, que hasta dos ayudantes de Cevallos se permitieron caprichosamente acusar á su general de la derrota que sufrieron las tropas en la acción de Irún.

La acusación se abrió paso entre la masa carlista, llegando á decirse en alta voz que Cevallos había entregado al enemigo 3 batallones castellanos y la artillería, por una cantidad crecida de dinero.

Y no fué lo grave que semejante acusación se hiciera en público y por la masa, sino que hasta el periódico de Don Carlos. *El Cuartel Real*, recogió la calumnia de un modo insidioso en el siguiente telegrama:

«Habiéndose retirado el general Cevallos de las importantes posiciones que ocupaba, dejó el paso libre al enemigo, que, quemando y devastando todo, ha podido llegar hasta Irún.

»Las tropas que sitiaban esta plaza se han retirado con todo el material de guerra en el orden más admirable, sin haber perdido ni un solo pertrecho.

»S. M., á pesar de haber acudido al sitio del combate en cuanto tuvo conocimiento de haberse roto el fuego, encontró ya abandonadas las posiciones, que debían haber defendido el general Cevallos y el brigadier Caracuel, y cuya pérdida hizo insostenibles las demás.

»S. M. ha permanecido al frente de los batallones, nó sin grave riesgo de su persona, sin retirarse hasta que lo había verificado el último soldado. El espíritu del ejército inmejorable.»

Este telegrama, que se fijó en las esquinas, se comunicó á la vez oficialmente al extranjero.

Quiso Cevallos, después de dimitir el mando de comandante general de Guipúzcoa, ver al Pretendiente, mas no pudo conseguirlo. Abierto proceso en Consejo de guerra, conforme á la petición del interesado, resultó de la causa la inculpabilidad de Cevallos, declarándose además nulo y de ningún valor el telegrama que insertara *El Cuartel Real*.

Y que era de justicia el fallo lo demuestra el que Alemany, encargado del

sitio de Irún, aunque á las órdenes de Cevallos, solicitaba del Marqués de Valde-Espina, con urgencia, mayores fuerzas para efectuar el asalto:

« Cuando la Francia y la Europa nos están contemplando; cuando tan alto hemos puesto nuestro nombre en estos dos días de sitio, no vayamos á echarlo á perder ni á desacreditarnos, mayormente en la presencia de S. M. »



Francisco Alemany.

Elío, por su parte, decía á Cevallos:

« Que se tome á Irún; y nos conviene sea pronto, pues el honor de nuestras armas está muy comprometido, por estar á la vista de Francia, y caeremos en el ridículo más vergonzoso si la cosa no sale bien. »

Los legitimistas franceses, invitados por el Pretendiente al ataque de Irún, no sólo tuvieron ocasión de ver la desordenada huida del ejército sino también, como para encubrir su manifiesta ineptitud é inferioridad, apelaron los derrotados al arma hábilmente esgrimida de la calumnia con respecto de uno de sus más probos generales.

Al relajamiento de la disciplina contribuyeron no poco cortesanos y palaciegos, de que, al igual que los demás príncipes, gustó de rodearse Don Carlos.

Eran esos cortesanos y palaciegos gente tan dada á la intriga y de tal manera influía en el ánimo del Pretendiente, que el mismo Dorregaray, á consecuencia de haber otorgado su señor gracias fuera de propuesta, llegó á pedir una reforma en la servidumbre de Don Carlos.

A fin de inutilizar á Dorregaray hicieron creer los cortesanos al Pretendiente que el general trataba de coartar sus facultades.

El Duque de la Roca hubo de decir, doliéndose de lo que sucedía, que « en la Corte predominaba un espíritu de relajamiento de la disciplina y falta de educación militar y social, hasta el punto de permitirse á los ayudantes más subalternos juzgar á los generales ».

Bastó el hecho antes apuntado para que Don Carlos, que se hallaba ya descontento de Dorregaray porque no había tomado la ofensiva durante los últimos seis meses, cuando las circunstancias aconsejaban lo contrario, llamase á Mendiri y le dijese:

« He separado del mando al general Dorregaray y te he nombrado á ti para reemplazarle; ahora mismo vas á su alojamiento á comunicárselo y que te haga la entrega. »

Atendiendo Dorregaray á los amistosos requerimientos de Elío, no dejó las armas y aceptó más tarde el mando en jefe del ejército del Centro, como sucesor de Lizárraga.

No era muy del agrado de Mendiri el cargo que le confirió Don Carlos, y así lo expresa en uno de los párrafos de sus Memorias:

«No deseaba yo el mando en jefe, porque comprendía la imposibilidad de llevar la guerra á buen término, por causas que no debo referir; porque nuestro ejército, en cuyas filas había mucha canalla, carecía de una organización sólida, basada en los rígidos principios de la ordenanza, y toda reforma radical habría causado el descrédito del reformador; porque el país se hallaba cuasi exhausto de recursos por las excesivas exacciones que había recibido, y era de temer llegara un día, en que cansados los pueblos, cambiaran su entusiasta abnegación en una desconfianza perturbadora; y últimamente, porque el partido esperaba de mí mucho más de lo que un hombre podía hacer con los limitados elementos de que podía disponer, y yo no sabía hacer milagros para satisfacer sus exageradas exigencias...»

Mientras el carlismo caminaba á su ruina, Don Carlos se daba aire de gran Príncipe, y organizó para su entretenimiento su diminuta Monarquía. Ya que había jurado con extraordinaria ostentación los Fueros Vascongados y establecido por su voluntad las correspondientes diputaciones, constituyó un Tribunal Superior, compuesto de un presidente, seis oidores y un fiscal, dividido en dos salas, una de lo civil y otra de lo criminal, con arreglo á las leyes Recopiladas del antiguo Consejo de Navarra y á las antiguas Chancillerías.

Restableció el Tribunal Superior de Estella, creado por su abuelo, fijó la residencia de este Tribunal en Oñate, Encomendó



Cándido de Orbe.
Ayudante de Don Carlos.



José María de Orbe.
Ayudante de Don Carlos.

al Tribunal el trabajo de confeccionar varios proyectos de legislación. Abrió Don Carlos la universidad de Oñate; autorizó á la villa de Vergara, para instaurar en el seminario vasco-navarro, un colegio de primera y segunda enseñanza bajo la dirección del obispo de Urgel.

Estableció, por último, 22 hospitales para heridos y enfermos.

Mucho trabajó Don Carlos porque el Papa Pío IX le concediese resueltamente su apoyo; pero obrando el Pontífice con cautela, á fin de no comprometer sus intereses, no se aventuró á una protección resuelta, pues sabía de antemano que la causa carlista era una causa fracasada desde sus comienzos.

Lo único que hizo el Papa en favor del Pretendiente fué conceder la bendición apostólica á *La Caridad*, asociación benéfica fundada por Doña Margarita para bien de los heridos y enfermos.



Sello de la asociación carlista «La Caridad» para socorro de heridos.

Las concesiones ó privilegios otorgados al abuelo de Don Carlos por la Iglesia y que solicitó de nuevo para sí por mediación de algunas dignidades eclesiásticas, interesadas en favor del carlismo, le fueron á Don Carlos denegadas, como la del indulto Cuadregesimal, ó venta de las bulas pontificias.

Fracasado La Serna desde el desgraciado encuentro de Biurrum, corrió el Duque de la Torre á hacerse cargo del mando del ejército del Norte. Llegó el 10 de Diciembre.

Acordado con sus generales un plan de campaña que diese nuevo carácter y rigor á las operaciones, sólo esperaba el Duque á que sentase el tiempo para poner el plan en ejecución, cuando recibió la noticia de haberse sublevado en Sagunto en favor de la causa alfonsina el general Martínez Campos.

Creyeron los partidarios del hijo de Isabel II que la Restauración implicaba necesariamente la muerte del carlismo por la sola eficacia de haber substituído á una interinidad de Gobierno una solución permanente, beneficiosa para los intereses materiales y espirituales de la Iglesia.

Privado el carlismo de esta enseña, decían los restauradores, se verá obligado á reconocer su sin razón; pero solicitado Mendiri con insistencia á reconocer la nueva Monarquía, contestó en tono displicente:

«No transigiré con eso, que es la deshonor de España y la ignominia del ejército español, y hoy es una turba de *condottiers* con quien ningún caballero puede alternar sin mancharse.»

Al analizar estos hechos dice un concienzudo historiador: «¿Qué podía con efecto importarles, á quienes hablaban con tanta resolución los pujos monárquicos y católicos de los restauradores...? y peor era aún, que habiendo visto los

carlistas, como pocos días antes, el ejército nacional y sus jefes, se batían denodadamente por la República y por las libertades democráticas, al aparecer entonces aquellos mismos generales y soldados á las órdenes de la Restauración, ellos, voluntarios y creyentes en la causa, en cuyo nombre morían, consideraron á sus enemigos como despreciables mercenarios dispuestos á batallar por quien les asistiese con sus pagas y les respetara sus empleos. >

No obtuvieron por entonces mejor resultado las gestiones de paz hechas por el alto clero, ganado por el primer Gobierno de la Restauración á fuerza de concesiones.

El carlismo, pues, no perdió vigor ante la proclamación de Don Alfonso; por el contrario, cobró nuevos bríos, merced á haber reconcentrado en Valencia sus fuerzas para sublevarlas el general Jovellar, jefe supremo del ejército del Centro, y quedado en suspenso las operaciones en el Norte.

También favorecieron al carlismo las mudanzas hechas en el ejército liberal, unas con el fin de premiar servicios prestados á la Restauración, y otras por no inspirar confianza los generales, jefes y oficiales que habían servido con lealtad á la República.

Al tener noticia los generales Serrano y López Domínguez de lo acaecido en Sagunto, y del auxilio que parte del ejército prestara á los sublevados, apresuráronse á presentar las dimisiones de sus respectivos mandos.

El 2 de Enero de 1875 se hacía cargo el general Martínez Campos del ejército de operaciones de Cataluña, y ese mismo día hizo entrega el Duque de la Torre al general La Serna del mando que ejercía.

Ya en Cataluña, tomó Campos algunas disposiciones políticas sobre indulto á los desertores, neutralización de las vías férreas y abolición del sistema de represalias, fundando en cambio el de devolución de prisioneros, heridos y canjes periódicos.

Convenido por el Gobierno antes de salir Don Alfonso de París el itinerario de su viaje, hubo de sufrir éste una importante modificación, á consecuencia de haber entrado Savalls, el 10 de Enero, en Mataró y corridose por la parte de Manresa á fin de interceptar el paso á Don Alfonso, cosa que hicieron también los carlistas de Aragón. Fué por lo tanto indispensable el reembarco con rumbo á Valencia del nuevo Monarca y su comitiva.

Abandonada la persecución carlista en la parte central de España, ordenó Lizárraga á Gamundi y á Boet que se aporerasen de Guadalajara; Velasco y Cucala que recorrieran la línea de Valencia, mientras él con Vallés caían sobre Aranjuez para destrozar el ferrocarril é impedir con ello el paso de Don Alfonso á Madrid.

Hubo de desistir Lizárraga de tan audaz y arriesgada operación por haberle substituído en el mando Dorregaray.

Trató Dorregaray de poner orden en su ejército. Castigó los robos y crímenes que se cometían, ordenó fusilamentos y tomó cuantas medidas de represión juzgó convenientes.



Tipos de los carlistas del Norte.

En tanto, Don Carlos, al tener noticia de la proclamación de Don Alfonso, creyó de necesidad exponer al país en un documento la incompatibilidad de humores que existían entre los individuos de la familia, y desde su cuartel general de Deva lanzó el 6 de Enero la siguiente proclama:

«¡Españoles! La revolución que vive de la mentira, al proclamar rey de España á un príncipe de mi familia, pretende absurdas reconciliaciones entre la monarquía y la legitimidad.

»La legitimidad soy yo. Yo soy el representante de la monarquía de España.

»Y porque lo soy, rechacé con soberana energía las proposiciones indignas que los revolucionarios de Septiembre osaron presentarme antes de consumir

su obra de deslealtad nefanda. Desde entonces, sabe la revolución que yo no puedo ser su rey.

» Jefe de la augusta familia de Borbón en España, contemplo con honda pena la actitud de mi primo Alfonso, que en la inexperiencia propia de su edad, consiente ser instrumento de aquellos mismos que á la vez que á su madre le arrojaron de su patria entre la befa y el escarnio.

»Sin embargo, no protesto. Que ni mi dignidad, ni la de mi ejército permiten otro género de protestas que las formuladas con elocuencia irresistible por la boca de nuestros cañones.

»La proclamación del príncipe Alfonso, lejos de cerrarme las puertas de Madrid, ábreme por el contrario el camino á la restauración de nuestra querida patria. Porque no impunemente se ataca á la altivez española con un nuevo acto de pretorianismo; porque no en vano se hallan armados mis invencibles voluntarios; porque los que supieron vencer en Graul y Alpens y Monte-Jurra y en Castellfullit y Somorrostro y han sabido vencer en Abarzuza y Castellón y en Cardona y en Urbieta, sabrán evitar una nueva vergüenza á la magnánima España, y un nuevo escándalo á la Europa civilizada.

Zuavo de D.^a María de las Nieves.

» Llamado á matar la revolución en nuestra patria, la mataré, bien ostente la ferocidad salvaje de la impiedad más descarada; bien se oculte y se envuelva en el manto hipócrita de simulada piedad.

» ¡Españoles!

» ¡Por nuestro Dios! ¡Por nuestra España! Yo os juro que fiel á mi santa misión, sostendré sin mancha, en mis manos, nuestra gloriosa bandera. Ella simboliza los salvadores principios, que son hoy nuestra esperanza y serán mañana nuestra felicidad más colmada.—
Vuestro rey, CARLOS.»

Nombrado Jovellar ministro de la Guerra, le relevó en el mando del ejército del Centro el general don Genaro de Quesada.

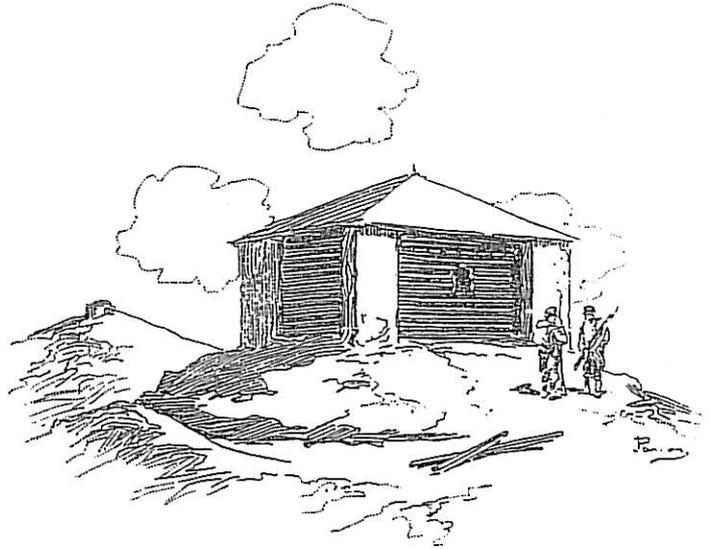
Apenas tomó Quesada posesión del mando, concertó con Dorregaray un canje de prisioneros. Siguió negociaciones con otros jefes carlistas á fin de atraerlos á Don Alfonso.

Tanto Quesada, en el Centro, como Martínez Campos, en Cataluña, fueron unos corruptores de conciencias. Verdad que lo mismo hicieron otros generales, varios gobernadores y algunos ministros. El propio Cánovas, tenido por tan severo

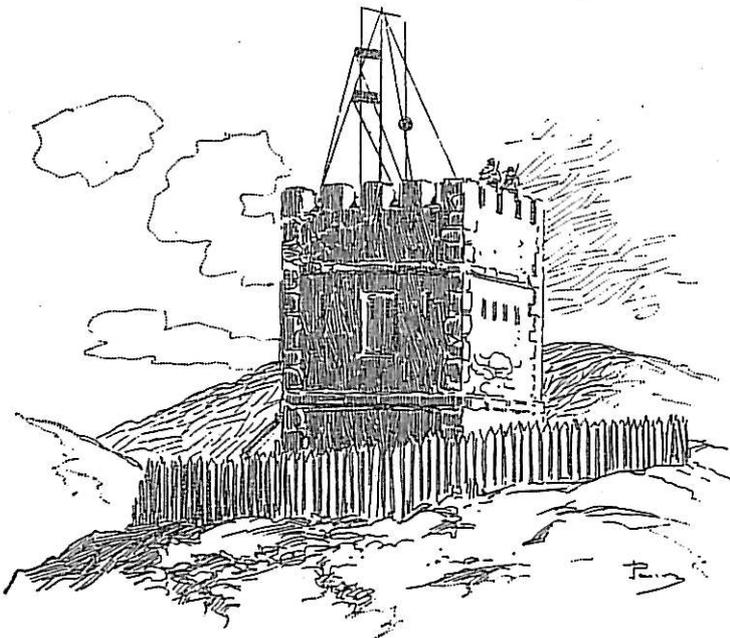
en moral social y política, no desdeñó entablar negociaciones con Cabrera, que terminaron por cierto muy á su gusto.

Tan repugnantes fueron los medios de seducción empleados por los restauradores, que se ofreció á los carlistas privadamente grandes sumas de dinero, reconocimiento de grados y empleos y hasta concesiones políticas.

Con motivo de un canje de prisioneros le fué remitido á Dorregaray, como al descuido, cierta manera de condiciones que se apresuró á devolver, diciendo que consideraba como una ca-



EJÉRCITO DEL NORTE
Blockaus de rails, cerca de Miranda.



EJERCITO DEL NORTE
Torre y telégrafo óptico de Quintanilla.

sualidad haber llegado á su poder aquella nota, ya que á hombres como él no se pretendería hacer tal ofensa.

No obstante, prosiguieron los trabajos de corrupción cerca de Dorregaray, no ya de un modo personal y directo, sino subrepticamente.

El gobernador de Valencia procuró entenderse, por mediación de un tal Joaquín Malleu, con el jefe de Estado Mayor de Dorregaray.

Así podía decir Malleu, dirigiéndose á un oficial carlista:

«Estáis perdido; pronto iréis á Francia. Ya ves, los tránsfugas del gobierno desempeñan los mandos más importantes, y te aseguro que la mayor parte de de ellos están sobornados.

» Juro haber visto en el gobierno de Valencia las firmas de Oliver y de Adelantado. Estos dos oficiales generales se comprometen á entregar las fuerzas de su mando.»

Los carlistas de Madrid, que tenían su policía particular muy introducida en las esferas de la política, escribieron á sus correligionarios:

«Por aquí anda un sujeto que dice llamarse Vicente Codino: es alto, rubio, con patillas y ha mandado hacerse un sello con el rótulo «Dios, Patria y Rey; comandancia general del reino de Valencia»; tiene pasaporte del ministro de la Guerra...

» Hoy ó mañana saldrá de Zaragoza un tal Félix, con una orden del ministro de la Gobernación para el gobernador de Zaragoza, á fin de que se le den 1,500 duros á cuenta de los 12,000 por que se compromete á entregar la plaza de Cantavieja. El Félix está en inteligencia con su teniente coronel, llamado Santos, que dice fué ayudante de Vallés. En la orden que lleva, se previene al gobernador, que se ponga de acuerdo con Félix para todo lo referente al asunto, y que cuando convenga, debe acercarse á Cantavieja Despujol, con fuerzas de su mando, á fin de favorecer la operación.

» Acaba de salir un comisionado con fondos para el Centro. Está en inteligencia con tres jefes. Si hay medio avísese á Dorregaray directamente sin interrupción de otros jefes.»

Estos trabajos de corrupción eran empleados por los hombres de la Restauración cuando disponían de un ejército más que nunca formidable, pues sólo el del Centro se componía de 33,099 infantes; 1,294 caballos; 772 mulos; 30 piezas montadas y 24 de montaña, y las fuerzas navales del Ebro y los Alfaques, compuestas de dos vapores y cuatro buques de vela; montando 13 cañones, y algunas guerrillas.

El número de las fuerzas dedicadas á guarniciones ascendía á 13,000 infantes; 718 caballos, 340 mulos y 30 piezas montadas.

Quedaban, pues, para operar 19,650 peones, 576 jinetes, 423 mulos y 24 cañones de montaña, mientras las fuerzas carlistas se componían de 10,000 infantes y 700 caballos distribuidas en la siguiente forma: En Valencia, 6 batallones al mando de Monet, que había establecido su cuartel general en Chelva. Tenía

Monet agregadas á sus órdenes las partidas de Javier y de Martínez. En Castellón Velasco y Cucala al frente cada uno de tres batallones; en Morella, Polo con un batallón; en Teruel Gamundi con seis, y entre Aragón y Castilla, Villalain con 1,000 hombres.

Todas estas fuerzas se hallaban mal armadas, y lo que era aún peor para los carlistas, tenían fusiles de 4 sistemas distintos, por lo que se hacía difícil provisionar á esas fuerzas de municiones.

Ofrecíase á la Restauración una circunstancia por demás favorable para dominar el carlismo.

Vencidos los revolucionarios, el orden interior se hallaba asegurado. La vida de los partidos había entrado en un período de normalidad, y regularizándose su disciplina tras de una época de agitación y turbulencia.

Por otra parte, las fuerzas del ejército empezadas á organizar por los Gobiernos del 73 y organizadas en definitiva por los Gobiernos del 74 habían aumentado considerablemente. Ascendía su número en la fecha de la proclamación de Don Alfonso á 200,000 infantes; 5,000 caballos y 96 piezas de artillería. Habíase cambiado el armamento y substituído el fusil Berdau por el Remington y los cañones de bronce por el Placencia.

Como debía Don Alfonso su Corona al ejército necesitaba, por lo tanto, mostrarle su consideración, así que tras de una breve estancia en Madrid de cinco días, salió el 19 de Enero para Zaragoza. De allí marchó á Tudela y de Tudela á Peralta, donde estableció por unos días su cuartel real, revistando el ejército.

Desde Peralta dirigió Don Alfonso la siguiente alocución á los habitantes de las provincias Vascongadas y Navarras:

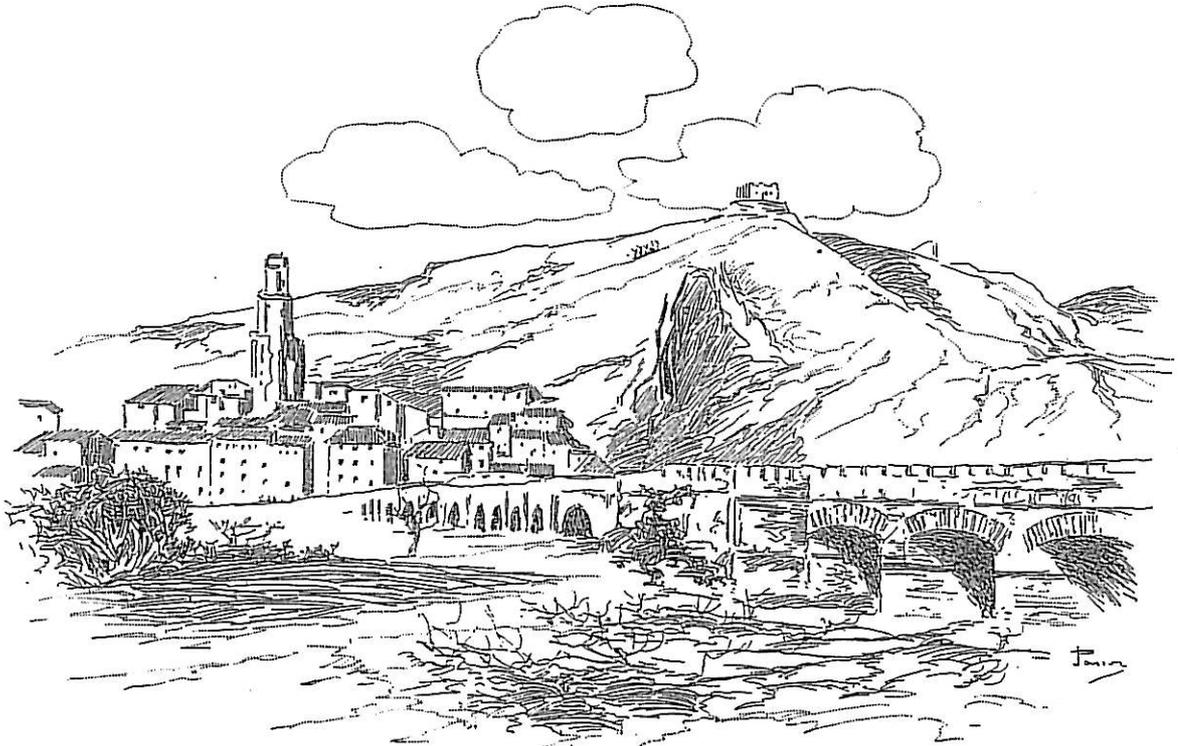
«Al volver á esta patria, hoy tan infeliz, aunque por igual querida de todos, ningún deseo se antepone en mi ánimo al de la paz. Todavía más que mi forzada y larga ausencia, me ha contristado en los últimos tiempos, el ver desgarrada, empobrecida, deshonrada á España por una guerra civil tan estéril como sangrienta.

»He subido al trono como quería, sin que hubiera por mi causa corrido ni una gota de sangre. Si disputáis el paso á mi ejército fuerza será pelear; pero veré la pelea con hondo dolor. Esos valles devastados ya; esos pueblos y caseríos ya hechos cenizas; toda esa tierra que con sangre de hermanos regáis ahora, la



Gamundi.

amo yo, como quien ha nacido en el suelo español, como quien ha pasado felicísimos días de su niñez entre vosotros, como quien os ha conocido pacíficos y libres, prósperos y alegres, dignos de envidia, en suma, para propios y extraños. A mí no me consentirán mis sentimientos de español, de verdadero Rey, ni estimular,



Peralta.

tolerar siquiera una guerra inútil, cual la que sostenéis vosotros contra todo el resto de la nación.

» ¿Qué motivos tenéis para proseguirla? Si acudisteis á las armas movidos de la fe monárquica, ved ya en mí el representante legítimo de una dinastía á la cual juraron en otro tiempo fidelidad eterna vuestros leales pechos, y que fué con vosotros lealtísima hasta su pasajera caída. Si ha sido la fe religiosa la que ha puesto las armas en vuestras manos, en mí tenéis ya un rey católico, como sus antepasados, y en todas partes recibido por los cardenales y los más piadosos prelados, como el reparador de las injusticias que ha experimentado hasta aquí la Iglesia, y una de sus más firmes columnas en lo porvenir; soy á la verdad, también, y seré siempre rey constitucional, pero vosotros que tanto amor tenéis á vuestras libertades venerandas ¿podéis abrigar el mal deseo de privar de sus legítimas y ya acostumbradas libertades á los demás españoles? No lo concibo ni espero.

» Todo, pues, me persuade á un tiempo, de que no está lejano el día en que soltéis de las manos las armas que hoy esgrimís ya contra el derecho monárquico que jurásteis contra la Iglesia misma, representada por sus príncipes y prelados, y contra la patria.

»Soltadlas, y me evitaréis el dolor de ver derramar en uno y otro campo sangre española. Soltadlas, y volveréis inmediatamente á disfrutar las ventajas todas de que, durante más de treinta años gozásteis bajo el cetro de mi madre, y como por encanto renacerán la prosperidad y la alegría en vuestras montañas. Los hijos volverán al seno de sus padres, los frutos de vuestros sudores serán de nuevo sagrados; y, en vez del estampido del cañón con que os convida ahora, oiréis por vuestros campos resonar el silbido de las locomotoras, que no ha mucho os brindaban constantemente con la riqueza y con todos los dones espléndidos de la civilización.

» Antes de desplegar en las batallas mi bandera, quiero presentarme á vosotros con un ramo de olivo en la mano. No desoigáis esta voz amiga, que es la de vuestro legítimo Rey.—ALFONSO DE BORBÓN Y BORBÓN.—*Peralta, 22 de Enero de 1875.*»

Reunido bajo la presidencia de Don Alfonso Consejo de generales, asistieron á él los generales Ruíz Dana, La Serna, Moriones, Jovellar, Primo de Rivera, Despujol, Terreros, Portilla, Morales de los Ríos y algunos más.

El jefe de Estado Mayor, señor Ruíz Dana, explicó sobre el mapa el plan acordado anteriormente en Castejón. Se rectificaron algunos detalles; redactó Ruíz Dana las instrucciones que se habían de observar en las operaciones y quedó acordado el plan de campaña, que era el mismo con ligeras variaciones que el que hubieron de aprobar el Duque de la Torre, Moriones y Ruíz Dana, autor del plan.

Comprendiendo el Gobierno de Don Alfonso que no era bastante el hecho de la Restauración para desarmar al carlismo, sino que se hacía necesario continuar la lucha, aconsejó al nuevo Monarca que hiciera suya la siguiente proclama:

«Soldados del ejército del Norte: No os pido hoy ni abnegación ni sufrimiento, ni mañana os pediré vuestra sangre, por ambición ó juvenil amor á la gloria. No; todos esos sacrificios los quiero para conquistar la plaza.

» He seguido con admiración, desde luego, vuestras penosas campañas, en las cuales habéis cumplidamente demostrado, que sois sucesores dignos de vuestros padres. Ahora vengo á vuestras filas con el deseo de hacerme también yo digno de los gloriosos Alfonsos, mis antepasados; y espero, si hallo ocasión, demostrar que lo soy. Pero esos que tenéis en frente son españoles al cabo, y antes de que á mi voz se empeñen nuevas batallas, les he dirigido, ya lo sabéis, palabras de



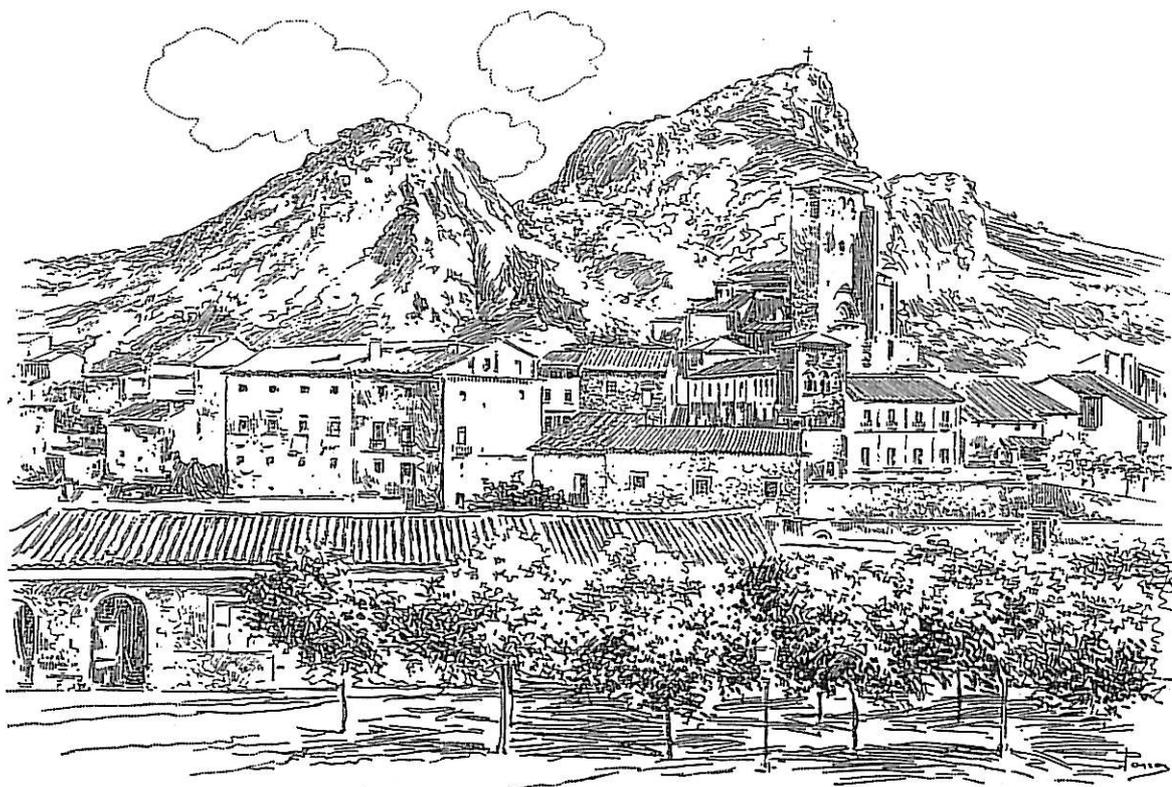
Terreros.

afecto y concordia. ¡Caiga la responsabilidad de toda la inocente sangre que se vierte aún sobre los que no han querido escucharlas!

» Al desoir las, empeñándose en prolongar esta funesta guerra, sin motivos ya ni pretextos siquiera, parecen desdeñar los fraternales lazos que con vosotros les unen tantos siglos há, y tener en poco vuestro valor.

» ¡Nobles hijos de las antiguas Coronas de Aragón y de Castilla! ¡Valientes vascongados y navarros, fieles, como debéis, á la patria! llegada es la hora de probar con las armas, á los que tal piensan, su indigno error.

» Desde esas cumbres en que vuestros contrarios se abrigan, á un tiempo os



ESTELLA — La Peña de los Castillos.

llaman el deber de soldados y el honor de españoles á decisivo combate. Empeñémosle, pues, y vencamos.

» Dios protegerá sin duda á los que pelean por la paz y por vivir pacíficos y libres en sus campos y hogares, no á los que esgrimen voluntariamente sus armas contra los derechos de su Soberano legítimo; contra los intereses de todas las otras provincias de la Monarquía, y la libertad de los demás españoles, y en suma, contra la patria.

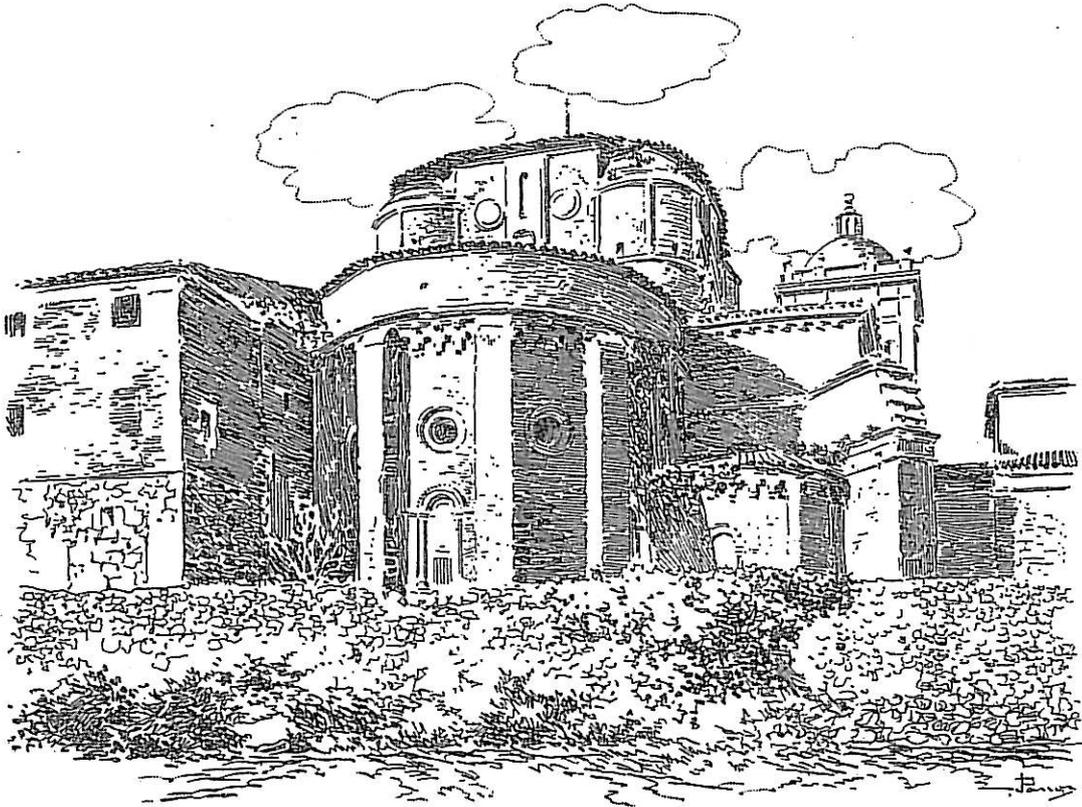
» Seguid confiados en vuestras banderas, que ella, como tantas veces, os conducirá á la victoria; y puesto que sois todos veteranos ya, tócaos á vosotros mismos enseñar á combatir y vencer á vuestro Rey.—ALFONSO DE BORBÓN Y BORBÓN.—*Peralta, 22 de Enero de 1875.*»

Continuaba ocupando el ejército las posiciones mandadas cubrir por Serrano, así que se hallaba concentrado en la ribera del Ebro, para romper el asedio de Pamplona.

Los carlistas se habían establecido en las abruptas posiciones que desde Estella al Carrascal aislan la capital de Navarra.

El anterior movimiento había de ser secundado por el general Villegas, jefe del ejército de la izquierda; por el general Loma en Guipúzcoa y por el general Salamanca en Vizcaya.

Como hemos apuntado anteriormente, el primitivo plan sufrió algunas mo-



NAVARRA — Ábside del Monasterio de Hirache.

dificaciones. Fué una de ellas el adelantar Villegas sus tropas á Villasana, de tal suerte que al proteger el Valle de Mena, sus habitantes, auxiliados por el comandante Castro, hubieron de luchar contra el enemigo, consiguiendo dejar limpia la comarca de carlistas.

Castro, sin embargo, á causa de haber avanzado mucho, infringiendo las instrucciones recibidas, se vió atacado de improviso por el enemigo que, mayor en número, puso á Castro fuera de combate, causándole además bastantes pérdidas.

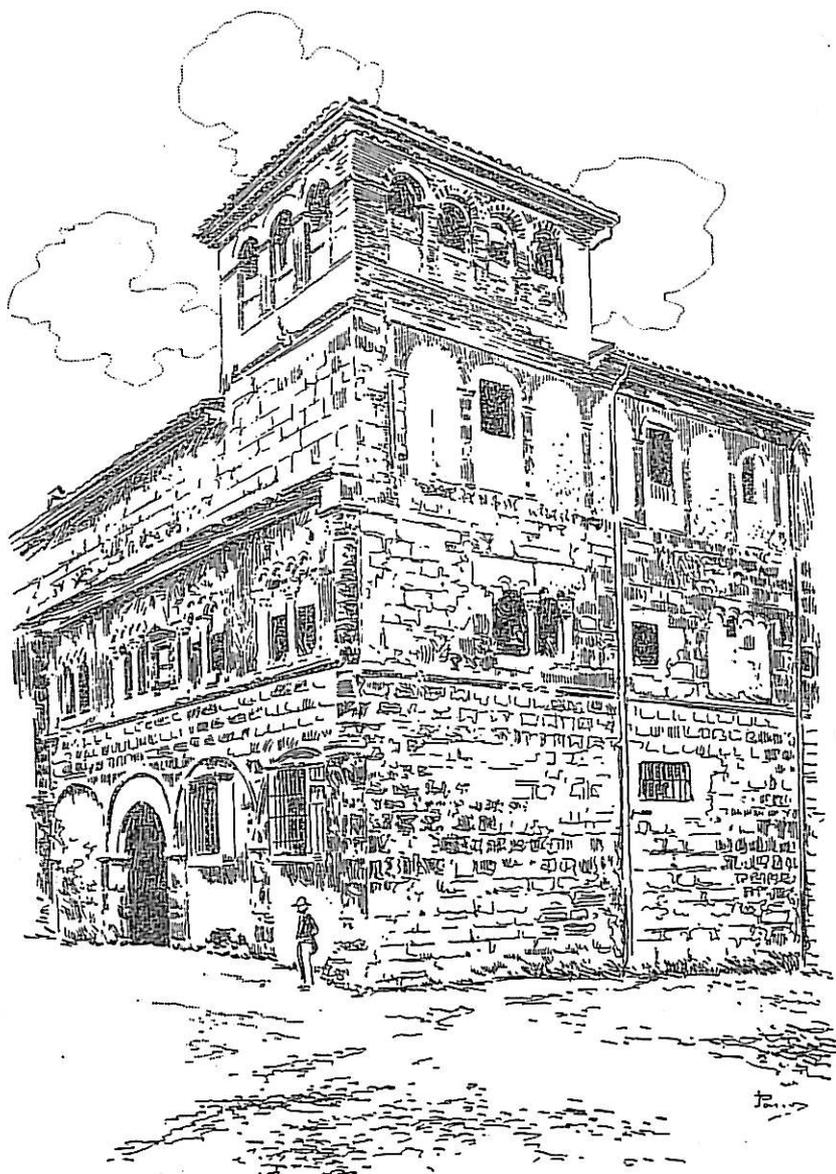
A fin de compensar Villegas el desastre sufrido, atacó á los carlistas con denuedo, autorizado para ello por el general La Serna.

Arrollado fué por Villegas el enemigo hasta los promontorios, entre cuyas

vertientes y faldas se asienta Valmaseda. Ya allí, y aprovechando la obscuridad de la noche, sorprendió Villegas de nuevo á los carlistas, cogiéndoles municiones, equipajes y caballos.

En su huida dejaron libre los carlistas el camino de Valmaseda, que ocupó Villegas el 11 de Enero.

Esta importante operación de la que nada se dijo en la *Gaceta*, pudiera haber



ESTELLA — Palacio del Duque de Granada.

servido para establecer la comunicación con Bilbao por el Cadagua y dar unidad á las tropas de Vizcaya y á las de la izquierda.

El objetivo de Cadagua debió ser, según un ilustre crítico militar, «el principio y modo de operar para dar fin á la guerra».

Más preocupado el Gobierno con la idea de llevar la guerra al corazón de Navarra, en vez de facilitar el objetivo de Cadagua, le hizo imposible, al separar del mando de Villegas parte de las tropas á sus órdenes, para llevarlas á Guipúzcoa.

Las fuerzas acumuladas en Navarra para tomar la ofensiva eran de 54 batallones, 6 regimientos de caballería y 106 cañones, distribuidas en tres cuerpos de ejército al mando, cada uno de ellos, de los generales Moriones, Primo de Rivera y mariscal de campo don Eulogio Despujol.

Formaban el primer cuerpo 20 batallones, de á 1,000 plazas; 2 regimientos de caballería de 600 jinetes; 36 cañones de acero á lomo y 3 compañías de ingenieros.

El segundo estaba formado de 20 batallones; 2 regimientos de caballería; 28 piezas de artillería rodada, 12 de á lomo y 4 compañías de ingenieros.

El tercero de 14 batallones; 8 escuadrones de caballería; 22 piezas rodadas, 8 de á lomo y 2 compañías de ingenieros.

Este poderoso ejército de 60,000 hombres púsose á las órdenes de Don Alfonso.

Consistía el fin de la operación en ocupar por lo menos la línea del Arga. «Para realizarlo había de dividirse el ejército en tres cuerpos, y mientras uno entretenía al enemigo en sus posiciones del Carrascal, los otros dos, por derecha é izquierda, envolverían al enemigo por las alas, cortando la retirada á los del centro é impidiendo á lo menos salvar la artillería de la manera siguiente: El cuerpo de la derecha operaría aislado remontándose por el río Irati hasta flanquear al enemigo y situarse á retaguardia del Carrascal y sobre la carretera del Perdón; y el de la izquierda, obraría por sorpresa á ocupar la carretera de Puente la Reina á Estella; mientras el del centro, amagando con fuerte cañoneo, tendría en jaqué al enemigo, sobre Artajona y Añorbe, pendiente de su ataque, y con una vigorosa persecución en cuanto flaquease, para dar lugar á su destino y poder coger entre los tres por frente y retaguardia al enemigo, si se obstinaba en sostenerse en sus atrincheradas posiciones.»

Comprendiendo los carlistas que los liberales les atacarían en toda la línea, circularon las órdenes precisas.

Don Carlos, con su cuartel general, acudió á su línea, extendida desde Estella hasta el Carrascal, con grandes atrincheramientos en Puente la Reina y Obanos, donde mandaba Pérula; en Añorbe y Tiebas, cuyas posiciones se hallaban á las órdenes de Zalduendo, y á más las fortificaciones de Estella, en que mandaba Agoriz.

El mando supremo de las fuerzas se hallaba á cargo de Mendiri.



Torcuato Mendiri.

Se componía el ejército carlista de 3 batallones navarros de 700 plazas; 3 alaveses de 500; 2 guipuzcoanos de 500; 4 castellanos de 480; uno y medio batallones navarros de 700; uno de Aragón de 360; 5 batallones navarros á 700; 2 alaveses; uno de Rioja de 450 y 2 cántabros de 260.

Sumaban en total 24 batallones y medio, con 13,400 hombres, 700 caballos y 24 piezas de artillería.

Dividió Mendiri su ejército del modo siguiente:

Tomó el mando Mendiri de 6,700 hombres, capitaneados por Pérula, Yoldi y Lergas. Para defender las posiciones desde Puente la Reina al Carrascal, Zalduendo con 2,400; y los 5,300 hombres restantes, á las órdenes de Argonz, desde Puente la Reina á Estella.

Los días 27 y 28 de Enero dedicáronlos los liberales á los movimientos preliminares á todo combate. Completado los racionamientos el 29, avanzó el 30 el primer cuerpo á Caseda y San Martín de Uux, á fin de envolver la izquierda carlista, ocupando Moriones el día 1.º de Febrero los montes de Avinzano é Izco, cuyas trincheras abandonaron los carlistas al enterarse del movimiento envolvente de los liberales.

Tomó el segundo cuerpo por sorpresa la ermita de San Cristóbal. Las posiciones del monte Esquinza las tomó sin resistencia Primo de Rivera.



Oteiza.

Sin más que un ligero combate y algún disparo que otro de cañón, ocuparon los liberales Oteiza y los pueblos de Lácar y Lorca.

Hasta aquí todo iba bien, y al movimiento, realizado con precisión; sólo faltaba un empuje general y los carlistas podrían salvarse; pero no sin perder todas sus posiciones y su artillería.

Mas el general Despujol, encargado del tercer cuerpo, en vez de atacar con denudedo las posiciones de Añorbe y Tirapu, se limitó á un tiroteo insignificante, y cuando le pareció conveniente, en vez de mantenerse firme en su terreno, para distraer la atención del enemigo, hizo alto el fuego y se volvió á Artajona.

Esta grave falta de Despujol, que achacó á no haber podido vencer los obstáculos que le opusieron los carlistas, fué causa de que el enemigo pudiera comunicarse entre sí con entera libertad, cortándose así la debida correspondencia entre Moriones y Primo de Rivera.

Acostumbrados los carlistas á creer hasta entonces inexpugnables sus atrinchamientos, al verse rebasados por las tropas liberales, creyeron haber sido traicionados. Esta creencia, y la circunstancia de hallarse mal pagados, sin el necesario vestido para contrarrestar los rigores de la estación y víctimas de toda suerte de privaciones, determinaron en los secuaces del Pretendiente un tal estado de ánimo, que muchos amenazaron en voz alta con arrojar el fusil y tornar á sus hogares.

Hasta el mismo Mendiri, á pesar de su respetabilidad, se vió apostrofado de traidor por alguno de los suyos, en presencia de Don Carlos.

Otro lamentable error cometieron los liberales; dejaron incumplidas las instrucciones que marcaban que por todo el Perdón se pusiera el primer cuerpo en comunicación con el tercero, aun cuando el enemigo se hubiese retirado de sus posiciones, como lo hizo.

Hallaron así los carlistas expedito el paso del Arga por los puentes allí próximos, y pudieron salvar su artillería, lo que consideraron como milagroso.

No obstante, la pérdida de Esquinza significaba para el ejército del Pretendiente una grave contrariedad, pues se hacía insostenible la posición de parte de las fuerzas en Puente y valle de Ilzarbi.

Viendo esto Mendiri, expuso á Don Carlos lo que consideró más oportuno, diciéndole:

«La pérdida de Esquinza nos ha obligado á abandonar la línea de Puente á Carrascal; pero estando prevista en mi plan esta eventualidad... mi opinión fué, si llegara este caso, atacar al enemigo con todas nuestras fuerzas. Mi pensamiento ahora es atacar á Lácar, donde se halla situada una brigada de 4 batallones de la división de vanguardia del ejército enemigo.»

Cortadas por los liberales las comunicaciones con la corte de Don Carlos y el cuartel general, el pavor embargaba el ánimo de los carlistas. Reunió Don Carlos en Cirauqui consejo de generales, acordándose concentrar las fuerzas sobre la izquierda del enemigo, y hacer un esfuerzo ofensivo, desesperado, para destruirla.

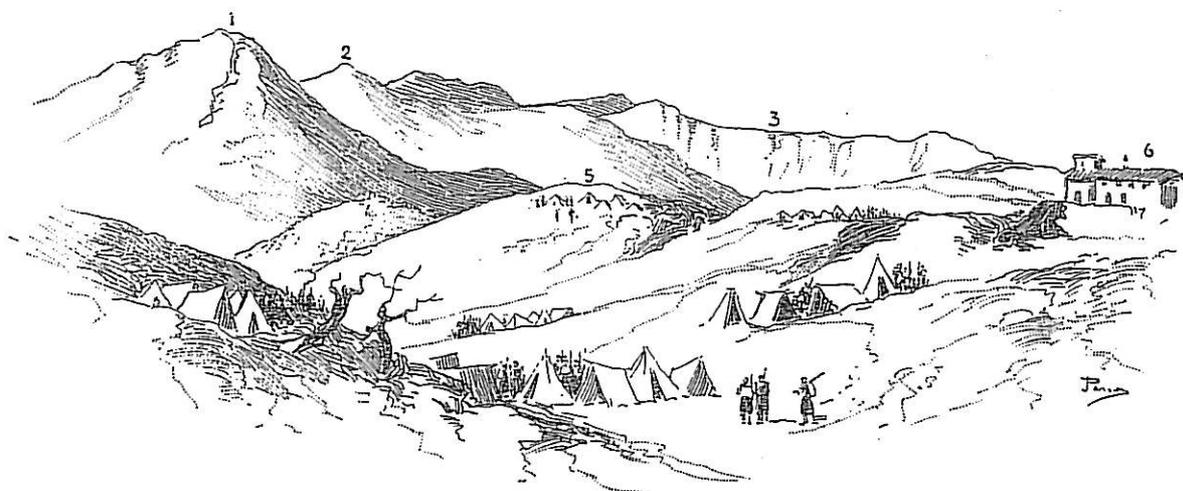
El grandísimo flanqueo que habían hecho los liberales á uno y otro lado de Puente la Reina y el quietismo en que permanecía Despujol, permitió al ejército de Don Carlos reunirse sin dificultad sobre uno de los extremos.

Conforme á lo acordado, hicieron los carlistas blanco de su ataque al segundo cuerpo, que mandaba Primo de Rivera, y donde iba Don Alfonso.

La división Fajardo, compuesta de 8 batallones, un regimiento de caballería, 6 cañones y una compañía de ingenieros, ocupaba á Lácar y Lorca, pueblos próximos uno de otro y situados ambos en las vertientes de una montaña.

Ocupaban Esquinza el cuartel general y la división La Portilla, compuesta de 7 batallones y 2 compañías de ingenieros.

El cuartel real y el resto de las fuerzas se hallaban en Oteiza. En las estribaciones de Esquinza, hacia Oteiza, sirviendo de enlace entre ambos puntos, en el



MONTE ESQUINZA — 1. Monte Jurra. — 2. Monjardin. — 3. Sierra-Urba. — 4. Reducto Cáceres. — 5. Reducto *Marqués del Duero*. — 6. Ermita de San Cristóbal.

cerro denominado de Muniain, había 4 compañías del regimiento de Tetuán, el batallón de reserva de Cáceres, una batería de montaña y una compañía de ingenieros.

Creyendo Primo de Rivera asegurado el éxito por la facilidad con que hasta entonces se habían realizado las operaciones, olvidó encargarse a los generales a sus órdenes que guardaran las precauciones indispensables ante el enemigo. Por su parte, el general Fajardo, que con sus fuerzas ocupaba el pueblo de Lorca, no se cuidó de establecer las debidas avanzadas en los altos de Murillo y Alloz, próximos a Lácar.

Del mismo descuido participó el brigadier Bargés que, á fin de que los soldados distrajeran su ocio, ordenó que las músicas de los regimientos tocasen en la plaza de Lácar, sin comprender que en la confianza estaba el peligro, y tomando como única precaución la de situar un pequeño destacamento en una de las iglesias del contorno.

Tenia á sus órdenes Bargés 2 batallones del regimiento de Asturias y 2 de Valencia de los más aguerridos y distinguidos en anteriores acciones.

Completaban la brigada 4 piezas de montaña, mandadas por un comandante, y una sección de ingenieros con su capitán.

Debido á la falta de precauciones ya anotada, pudieron los carlistas efectuar una sorpresa de tamaña gravedad é importancia. No sólo derrotaron importantes fuerzas del ejército liberal, sino que hasta lograron introducir el pánico en toda la división.

Hubieron de dar aviso los centinelas de Lácar y de los altos de Esquinza de

que á lo lejos se veían fuerzas armadas, mas tan obcecados hallábanse los jefes de que no podían ser enemigos, que creyeron desde luego ser aquellas fuerzas parte del ejército de Despujol, llegadas de Puente la Reina.

Sólo el brigadier Bargés; más cauto que otros generales, dispuso, para prevenir una equivocación, que la artillería á sus órdenes rompiese el fuego, ordenando á la vez á la infantería que se parapetase en las casas.

No obstante el nutrido fuego de cañón, los carlistas siguieron avanzando sin preocuparse de las bajas que sufrían.

Organizáronse en columnas de ataque á unos 1,600 metros de Lácar; en la carretera de Alloz se ocultó la caballería encargada de secundar, cuando fuere preciso, la acometida. Seis piezas de artillería fueron colocadas en los altos.

Componíase cada columna de 3 batallones, á las órdenes de Pérula, Valluerca, Ituraldiz y Cavero.

Sumaban las fuerzas liberales 4,000 infantes, 2 piezas y bastantes caballos.

A la vista ya de Lácar desplegaron los carlistas sus columnas y se precipitaron á la carrera sobre el pueblo, resueltos á vencer ó morir.

Si impetuoso fué el ataque, no fué menos formidable la lucha de los que resistieron. Verdad es que nuevos batallones enemigos, mandados por Argonz, descendieron á la carrera desde Murillo; á fin de cortar á los liberales toda retirada.

No acertaron á contener tan vigorosa acometida aquellos mismos batallones liberales que en anteriores acciones supieron demostrar al enemigo su arrojo y bravura. Poseídos de pánico, gritaron entonces con desesperación, «¡estamos vendidos! ¡sálvese el que pueda!», y huyeron los unos á la desbandada, mientras los otros se dejaban acuchillar como cobardes.

Algunos soldados y jefes del regimiento de Valencia llegaron hasta quitarse el uniforme, á fin de ver si presentándose en calzoncillos lograban confundirse con los paisanos; pero de nada les sirvió.

Únicamente las tropas de Asturias, hicieron frente largo rato al enemigo, tratando de contenerle en su avance, hasta que viéndose cercados siguieron el ejemplo de sus compañeros, huyendo los menos y rindiéndose los más.

En revuelta confusión huyó aquel disperso ejército. Soldados, oficiales y jefes marcharon á todo correr en dirección á Lorca en busca de un refugio.

Al oír el general Fajardo, en Lorca, el ruido de las descargas, se puso á la



Francisco Cavero.

cabeza del regimiento de Gerona y marchó en busca del enemigo. En vano intentó Fajardo contener á los que huían, repartiendo á derecha é izquierda fuertes sablazos, muchos de los que dieron sobre individuos vestidos con uniformes de estrellas.



Contagiadas de pánico las fuerzas de Fajardo, abandonaron á su general, que se retiró solo á Lorca.

Aunque el comportamiento de Fajardo como soldado fué bizarro, dejó empero mucho que desear como general.

Hay que agregar á su anterior impremeditación la de no haber usado de la caballería para contener la desbandada de sus tropas y haber caído entonces sobre Lácar en los momentos en que los carlistas, ebrios de sangre, divididos en pequeños grupos ó á veces aislados, se entregaban á toda clase de crímenes y excesos.

Uno de los jefes carlistas dijo respecto de este hecho «que si después del triunfo hubiese caído sobre Lácar alguna fuerza enemiga, la victoria de los carlistas se habría convertido en derrota veinte veces mayor que la de la brigada Fajardo».

Fué tal la indisciplina que á la sazón reinara en las filas del Pretendiente que viéndose Mendiri, que había pedido mandar en persona el ataque á Lácar para responder así á los calumniosos rumores de los suyos, en la imposibilidad de hacerse obedecer, se encaminó á Estella.

Como los fugitivos de Lácar entraran en Lorca en esa lastimosa actitud de un ejército derrotado, el regimiento de León, contaminado del miedo, abandonó el pueblo. Sólo cumplieron su deber las fuerzas de caballería, artillería, ingenieros y unos cuantos soldados de infantería, las cuales fuerzas pusieron en salvo, marchando hacia Esquinza, todo el material de guerra existente en Lorca y gran número de heridos. Hubo, en medio de aquel desastre, un episodio digno de ser narrado.

Los vencedores de Lácar se acercaron al cerro de Muniain, situado en una de las vertientes del Esquinza, con objeto de tomarlo.

Defendía el cerro don Pedro Mediavilla con las fuerzas á sus órdenes, el cual desde aquella eminencia había visto cuanto sucediera en Lácar. A pesar de no haber recibido Mediavilla instrucciones, pero resuelto á morir cumpliendo su deber, avanzó sus tropas.

Formó con su batallón dos columnas, dando el mando de una de ellas al comandante don Epifanio Alday y reservándose él la otra. Dió instrucciones al capitán de ingenieros y al de artillería y aguardó el ataque, que no se hizo esperar.

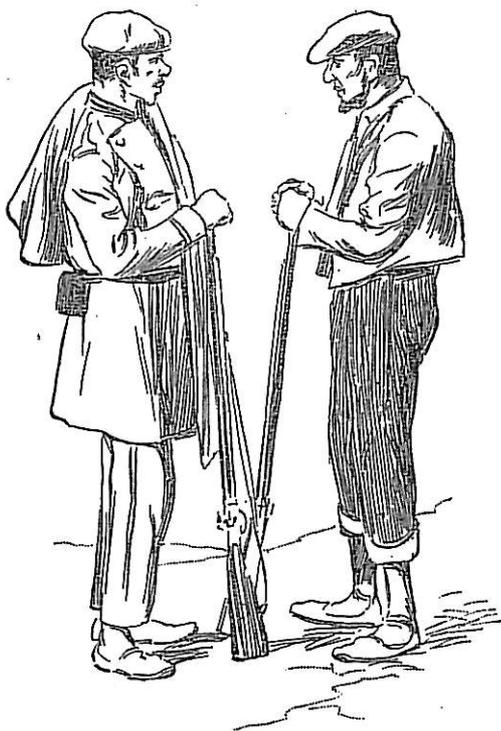
Dieron los carlistas tres asaltos, llegando en dos de ellos á mezclarse con los liberales. Fueron rechazados, pero acudieron nuevas fuerzas carlistas, que llegaron hasta las puntas de las bayonetas de los defensores de Muniain.

Bregaban los combatientes en la obscuridad de la noche con denodado empeño. Peleóse cuerpo á cuerpo, siendo horrible la mortandad. De nuevo fueron rechazados los invasores y de nuevo emprendieron el ataque hasta ser al fin vencidos y perseguidos.

Hubo en la lucha actos de verdadero heroísmo personal, cual el realizado por el joven alférez don^e Julio Romero Marcheut, que, casi un niño, hallándose solo, acosado y envuelto por gran número de carlistas, se defendió hasta perder la vida. Era el fuego á quemarropa; pero nada

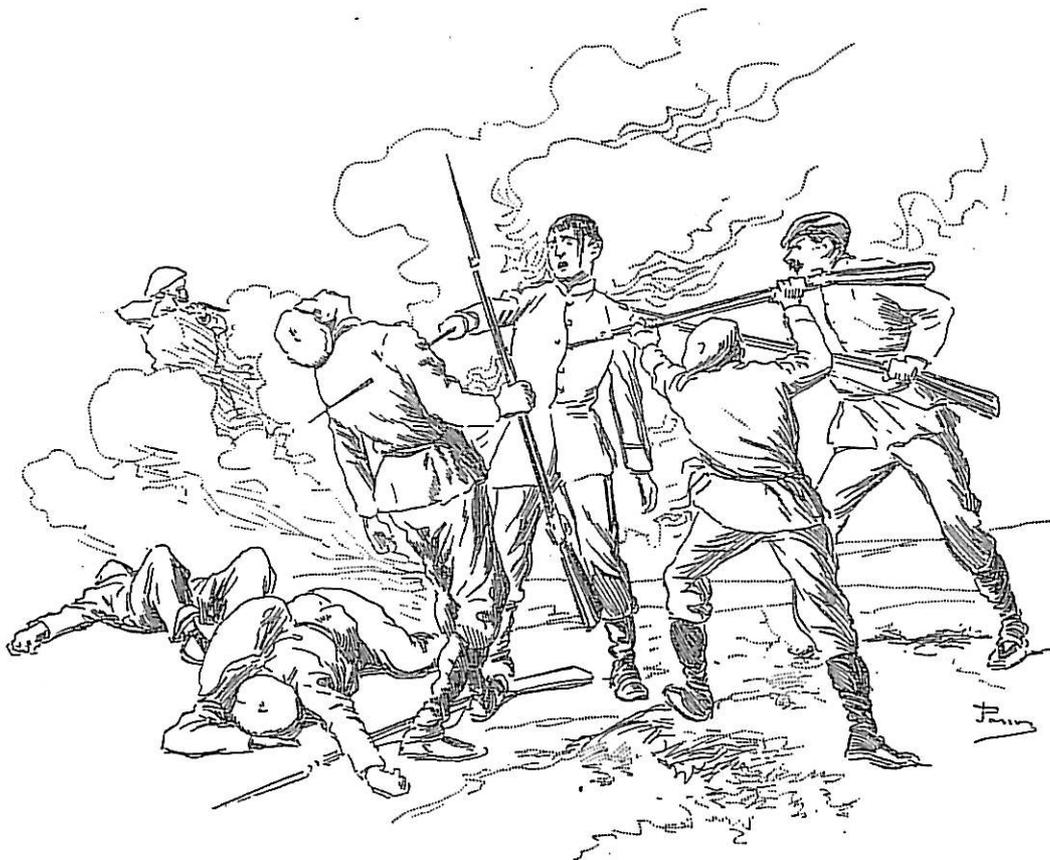


Oficiales carlistas.



Infantería carlista.

le intimidaba; la sangre que arrojaba de cinco heridas de bayoneta no le hizo tampoco desfallecer; por fin, herido mortalmente de un balazo, se desplomó al suelo, no sin haber matado antes á dos de sus adversarios, herido al tercero y arrancado á otro la carabina.



El comandante señor Alday y el capitán de ingenieros señor Hernández, encontraron la muerte en la refriega. Mediavilla fué herido de un bayonetazo; su caballo recibió hasta 27 balazos.

También un valeroso carlista, mezclado entre sus enemigos, mató á tres de éstos é hirió al jefe, al que hubiese muerto, á no haber sido por un gastador que le quitó la vida, el cual quedó tan mal herido en la contienda que murió aquella misma noche.

Sobre doscientos muertos quedaron en el campo de batalla.

Sin el descuido de Primo de Rivera y sin el absoluto olvido, por parte de Fajardo, de cuanto la ciencia militar aconseja, la operación realizada por Mendiri en Lácar hubiera necesariamente fracasado y quedado deshechas las fuerzas carlistas.

En la media hora que duró el combate se hizo dueño el enemigo de 3 piezas, 4 cureñas, 20 cajas de artillería, 1,247 fusiles, 337 prisioneros y las cajas y oficinas del regimiento de Asturias. Los muertos pasaron de 800, casi todos de los liberales.

En el parte oficial decía Mendiri: «He concurrido á más de 120 hechos de

armas, y nunca he visto tanta heroicidad como en la batalla de ayer... ¡Llor á los bravos que en uno y otro campo han sucumbido! No es posible que los héroes de la antigüedad pudieran elevar á tan alto grado el mérito de sus acciones guerreras, que nos dejaron consignadas en la Historia.»

También mereció encomios de Mendiri el hecho de armas de Muniain.

Tal impresión causaron en Esquinza y Oteiza las acciones de Lácar y Lorca, que el pánico se hizo general.

En Oteiza se mandaron cargar los equipajes para huir y salvar á Don Alfonso, á quien, al efectuar una exploración el día antes del combate de Lácar, advirtieron los cañones enemigos lo temerario de seguir adelante. Se presentó en Monte Esquinza, y al despertar en su alojamiento de Villatuerta se vió atacado por sus enemigos, llegados de Cirauqui.

Tan nutrido era el fuego carlista, que cayeron heridos al lado de Don Alfonso el comandante señor Torrijos y un músico. También lo fué el caballo de su ayudante, el general Espina.

Fué duramente censurada por monárquicos y cortesanos la conducta de los que expusieron la vida de Don Alfonso.

No podían los carlistas, á pesar del triunfo de Lácar, borrar el efecto producido por el abandono, sin combatir, de las formidables posiciones sobre el Carrascal.

Los mismos secuaces de Don Carlos no se hacían ya ilusiones y esperaban la derrota definitiva, juzgando los bélicos arrestos del Pretendiente como baladronadas oratorias; así que, ningún efecto produjeron entre los suyos las nuevas promesas que de un próximo triunfo les hiciera desde Estella el 5 de Febrero:

«En las llanuras, á pecho descubierto, habéis arrollado al enemigo, cayendo sobre él como un torrente. En las llanuras de Castilla le buscaremos pronto, y allí, como aquí, venceremos, porque Dios está con nosotros, y las bendiciones de la España cristiana nos acompañan...

» Con la ayuda de Dios y con vuestro valeroso esfuerzo venceremos al enemigo hasta llegar á Madrid; tened confianza en vuestros jefes, porque son dignos de ella; no déis oídos á las calumnias de nuestros enemigos, que os hablan de convenios y traiciones, porque no transigiré jamás con la revolución y porque en el campo de la lealtad no son posibles las traiciones.»

El resuelto comportamiento de Mediavilla contribuyó á que en el ejército liberal renaciera un tanto la calma.

Sin embargo, en el Consejo de generales celebrado el 4 de Febrero en Puente la Reina, se tomó un inexplicable acuerdo, que vino á ser complemento necesario de los errores hasta entonces cometidos.

Los generales La Serna y Ruíz Dana sostuvieron en el Consejo la conveniencia de continuar el movimiento; Moriones y Jovellar estimaron, por el contrario, ser bastante el éxito obtenido con haberse asegurado el paso á Pamplona por Puente la Reina y el Carrascal.

Como hubo empate en la votación, se consultó al Gobierno, el cual aprobó la

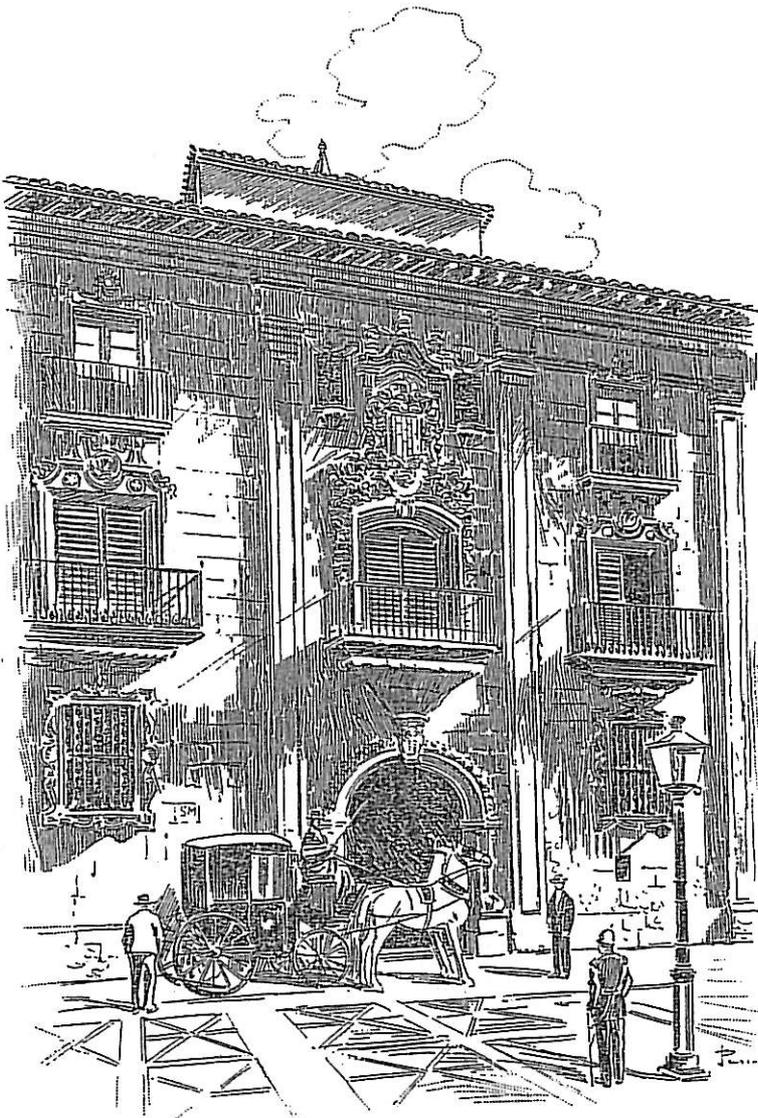
suspensión de todo movimiento y la vuelta de Don Alfonso á Madrid, pasando antes por Pamplona y Logroño.

La insensata determinación del Gobierno redujo al ejército á una cobarde defensiva, tanto más, cuanto que el movimiento mejor meditado de toda la campaña era sin género de duda el que se venía ejecutando. Y esto, apenas era explicable para la Restauración, desde el punto de vista social y político, pues con ello se evidenciaba que ni la Restauración era la paz ni el desarme del carlismo, como se había pretendido hacer creer á los pueblos. Y cuenta que los alfonsinos atacaron á los carlistas con los sesenta y tantos mil hombres que les

dejaron, perfectamente equipados y municionados, los Gobiernos del setenta y cuatro.

Con motivo de la derrota de Lácara se incoó una sumaria, en la que se escribieron más de 4,000 folios. Algunos de los generales cometieron la injusticia de cargar la culpa de la derrota sobre soldados y oficiales, cuando la responsabilidad era sólo de Primo de Rivera y Fajardo.

Corta fué la estancia de Don Alfonso en Pamplona. Bloqueada por los carlistas desde primeros de Septiembre del 74, había sufrido un largo asedio, en el que se consumieron todos los recursos. Se agotó la carne hasta para los enfermos. La autoridad mandó que evacuaran la plaza cuantos no tuviesen medios conocidos de subsistencia, que eran muchos cientos de personas; ciegos, cojos y pobres de solemnidad.



Palacio de Espartero (Logroño).

Siendo esto aún insuficiente, se pensó en expulsar de la ciudad á casi todo el vecindario, medida que no llegó á tomarse, merced á haberse levantado el sitio por el abandono de las posiciones enemigas sobre el Carrascal y Puente la Reina.

Los comestibles llegaron á adquirir precios exorbitantes; vendióse la carne

de ganado menor, en los primeros meses del asedio, á 5 pesetas el kilo; la de caballo y burro á 3; el tocino á 5'50; el vino á 10 la arroba; el par de gallinas á 15; los pichones á 5; los huevos á peseta uno; los corderos á 45; el bacalao á 5'50 kilo; las patatas á 5 arroba; el petróleo á 5'20 el litro, y así todo lo demás.

Desde Pamplona marchó Don Alfonso á Logroño, donde visitó á Espartero. De Logroño fué á Burgos, Valladolid y Avila, y de esta última población á Madrid, haciendo su entrada el 13 de Febrero.

Antes de haber tomado Quesada el mando del ejército del Centro, ya había Jovellar limitado el terreno en que operaban los carlistas, obligándoles á reconcentrarse en el alto Maestrazgo.

Esta reconcentración hizo creer la importancia de Cantavieja, pues aunque no era una gran plaza fuerte, ofrecía alguna defensa, pudiendo servir de base de combinadas operaciones.

Hallábase Dorregaray en Villafranca del Cid, y allá se encaminó Jovellar con el propósito de batirle.

Chocaron ambos contendientes; generalizóse el fuego; dieron los guías del Centro dos brillantes cargas á la bayoneta, obteniendo momentáneas ventajas, y viendo Dorregaray que su infantería se hallaba escasa de municiones, púsose á la cabeza de ella y dió dos nuevas cargas á la bayoneta que hicieron retroceder á los liberales; pero, reforzados éstos, lucharon con tal denuedo que obligaron á retirarse á los enemigos en completa dispersión.

Sobre 300 bajas tuvieron ambos contendientes. Perdió la vida en la acción el importante jefe carlista Villalain.

Después de esta derrota era imposible que los secuaces del Pretendiente se opusieran á la marcha de los liberales sobre Cantavieja, máxime cuando Martínez Campos, que había acudido de Cataluña, se prestó á coadyuvar á la operación, apoderándose de los fuertes de Flix y Miravet, que dejó guarnecidos.

Grave era por entonces la situación del carlismo en las provincias del Centro, y peor fuera si el general Quesada, en vez de valerse de las malas artes de la seducción para aniquilar á su enemigo, hubiese combatido abiertamente con él. Otra fuera su gloria y otro el provecho para la causa liberal.

El mismo Dorregaray reconocía la gravedad de la situación, cuando el 14 de Febrero escribía á Don Carlos «que los pueblos donde había de operar estaban



Villalain.

arruinados, por ser muchos los que en tres meses habían pagado trece trimestres de contribución y una cantidad aún mayor por raciones; que la hacienda carlista se hallaba en el más repugnante caos; que era nula la organización civil, y tan mala la militar, que apenas unos cuantos tenían una ligera idea de sus deberes y obligaciones; que la moral de los voluntarios había llegado al punto de desbandarse á la vista del enemigo, y que habiendo en cuenta la dificultad de reanimar aquellos soldados, le pedía encarecidamente le enviara dos batallones navarros para que les sirvieran de ejemplo. Terminaba diciendo que la mayor parte de los jefes carlistas más habían hecho la guerra al país que al enemigo».

No obstante lo narrado, puso su empeño Dorregaray en arreglar las cosas del mejor modo posible. Así fué que organizó los gobiernos y las comandancias militares y las administraciones de correos. Uniformó á los jefes y oficiales, haciéndoles que usaran las divisas de sus respectivos empleos. Fundó el colegio militar del Centro. Artilló el castillo de Mirabet y la plaza de Cantavieja. Estableció maestranzas y fundiciones; una Academia práctica de ingenieros y otra de administración militar en Vistabella. Creó una regular Sanidad militar y un Cuerpo jurídico é intentó establecer un clero castrense, habiendo además conseguido aumentar su ejército en más de 2,000 hombres.

En Aragón tuvo menos que organizar, por marchar mejor allí los negocios carlistas.

Después de la acción de Villafranca del Cid, celebró Dorregaray Consejo de jefes, á los que expuso la crítica situación en que se encontraba el ejército, derrotadas las fuerzas, sin poderlas racionar y sin municiones, por lo que era preciso acordar una solución inmediata.

Conformes todos los jefes en marchar al Norte para cambiar de armamento y regresar de nuevo al Centro, discutieron por dónde había de emprenderse la marcha.

Se acordó que fuera por el alto Aragón; dándose aviso á Cantavieja y al Collado para que clavaran los cañones, salieran de los fuertes los hombres de armas y se incorporaran á las fuerzas que habían de quedar operando, que eran dos batallones de Aragón, distribuidos en partidas.

Marchó el ejército carlista del Centro á Cataluña, pasando á trece horas de Navarra, donde habían acumulado los liberales las enormes fuerzas que ya hemos dejado anotadas.

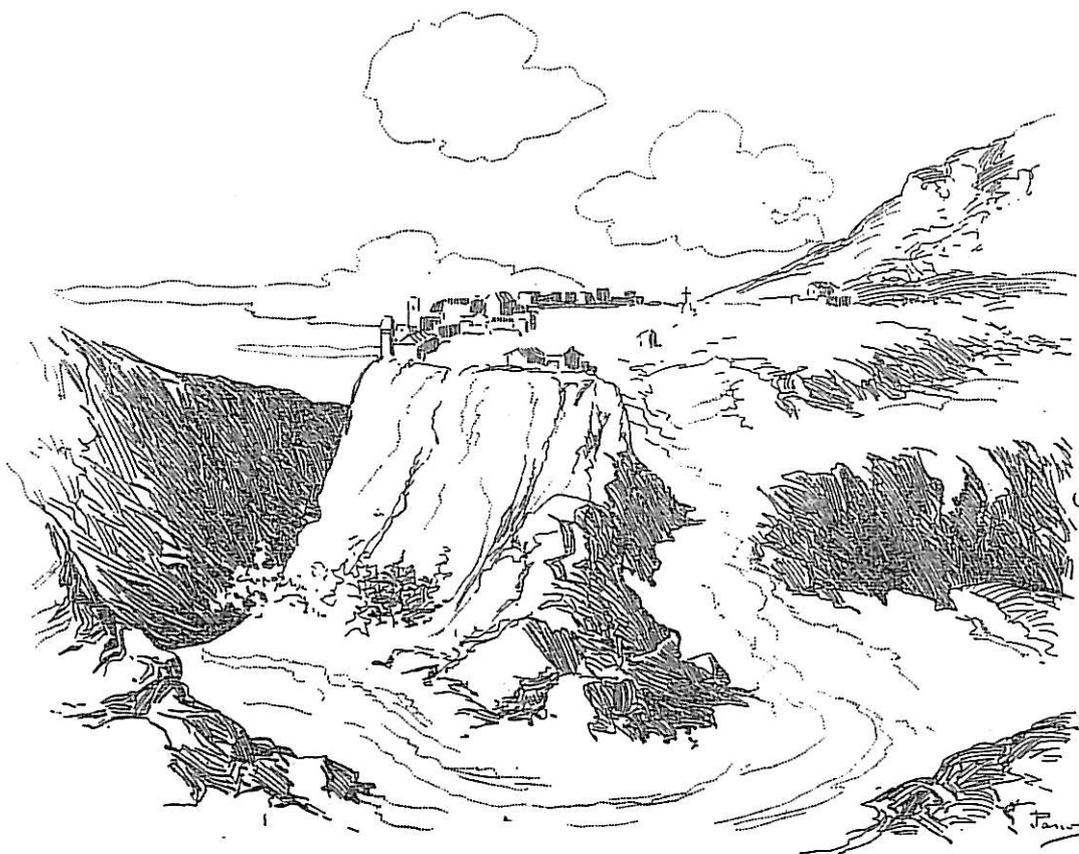
Perseguidos los carlistas en su marcha, ni se acertó á cortarles el paso ni á alcanzarles, abrigando el Gobierno, sin embargo, la necia esperanza de que la brigada de Lérida, que nada sabía, se le hubiese ocurrido situarse sobre el Noguera Ribagorzana, á fin de cortar el paso al enemigo.

Como la persecución no obedecía á un plan, tuvo necesariamente que ser un fracaso, que cuidaron muy mucho de ocultar, tanto el Gobierno como los generales alfonsinos.

De aquel fracaso se desquitaron los liberales, tomando la plaza de Canta-

vieja, que capituló á los siete días de sitio. La toma de Cantavieja produjo 200 bajas al ejército liberal, que arrojó sobre la plaza unos 3,000 proyectiles.

En la capitulación se estipuló que los rendidos serían canjeados en cuanto los carlistas tuvieran prisioneros con quienes rescatarlos, pudiendo vivir los jefes y oficiales en Zaragoza ó Valencia.



TERUEL — Villa de Cantavieja.

También el fuerte del Collado, construido en una alta cónica montaña del pueblo de Alpuente, en la provincia de Valencia, cayó en poder de los liberales, que se apoderaron de dos cañones y 327 prisioneros.

Fué Martínez Campos en Cataluña un gran corruptor de conciencias carlistas. Más político que soldado, y más soldado que general, procuró Martínez Campos atraerse «á sus casi correligionarios», según él decía, empezando por conceder á los carlistas las consideraciones y respeto que hasta entonces no habían tenido de ejército beligerante.

Esta consideración de beligerancia, que ni Europa ni Gobierno alguno anterior á la Restauración concedió nunca al carlismo, dió mucho que decir, por evidenciarse á las claras las corrientes de aproximación entre alfonsinos y carlistas.

Contribuyeron mucho á tales corrientes de armonía las opiniones políticas de Cabrera, notablemente modificadas, como ya hubimos de hacer notar en los comienzos de la guerra.

Hallábase Cabrera en relaciones con Don Alfonso desde antes de su proclamación como Monarca, y cuando el hecho se realizó continuó esas relaciones don Rafael Merry del Wal en representación del Gobierno, hasta que se firmó el 11 de Marzo el acta que integra copiamos:

«El día 11 de marzo de mil ochocientos setenta y cinco, á las seis de la tarde, se reunieron en el cuarto n.º 38 del Hotel Mirabeau, situado en París, Rue de la Paix, n.º 8, ocupado por el Excmo Sr. General D. Ramón Cabrera, los Excmos. señores Duque de Santoña, Marqués de Manzanedo, y D. Rafael Merry del Wal, comisionados por el gobierno de España para negociar con dicho General Cabrera las bases de una fusión política del partido carlista y los demás partidos monárquicos, bajo el reinado de D. Alfonso XII; y los Sres. Excmos. Sr. D. Francisco Paseja de Alarcón, D. José Indalecio Caso, D. Julio Nombela, D. Rafael Homedes y Cabrera y D. Juan de Dios de Tovar y Cabrera, amigos y auxiliares los tres primeros, sobrino el cuarto, y Secretario el quinto del General, que también se hallaba presente:

» El Excmo. Sr. Merry leyó la comunicación que, con el Excmo. Sr. Duque de Santoña, dirigían, en nombre del Gobierno de S. M. al Excmo. Sr. Capitán General D. Ramón Cabrera, comprendiendo las bases de una fusión generosa y patriótica, proyectada por dicho Gobierno y el mencionado General, en beneficio de la Nación y del partido carlista.

» El Excmo. Sr. D. Francisco Paseja de Alarcón leyó la respuesta á dicha comunicación, formulada por el Excmo. Sr. General Cabrera y acto continuo, con la emoción propia de quien lleva á cabo un hecho trascendental, de quien da á la Patria todo lo que tiene, firmó el ilustre General su respuesta, que es un explícito reconocimiento de Don Alfonso XII como rey de España.

» Un abrazo del General con los representantes del Gobierno, sancionó la fusión anhelada, y despertó en los circunstantes la dulce esperanza de que aquel abrazo, repetido más tarde por todos los españoles, realizará la fraternidad salvadora de la Patria.

» Los representantes del Gobierno de S. M. y las personas allegadas al General fueron los primeros en dar el ejemplo. El acto solemne y trascendental, para bien del País y gloria de los que á él han contribuido, terminó haciendo todos los circunstantes fervientes votos por la felicidad de la Nación.

» Y para que en todo tiempo conste y sirva de grato y honroso recuerdo á los sufrascritos, levantan este acta, de la que cada uno conservará copia, y la firman en París á 11 de Marzo de 1875.—EL DUQUE DE SANTOÑA, MARQUÉS DE MANZANEDO; RAMÓN CABRERA; RAFAEL MERRY DEL WAL; RAFAEL HOMEDES; FRANCISCO PASEJA DE ALARCÓN; JULIO NOMBELA; JUAN DE DIOS TOVAR; J. I. CASO.»

De ulterior trascendencia fué el acto realizado por Cabrera. Minado el partido carlista por el antagonismo personal y la discordia, no era posible que dejase de repercutir en él á la larga lo hecho por uno de los caudillos que más notoriedad é influjo alcanzaron entre los secuaces del Pretendiente.

De nada había de servir á Don Carlos considerar á Cabrera como rebelde y exonerarle de todos sus títulos y honores. Antes bien, ello estimuló al antiguo caudillo á procurar por todos los medios que amigos y disgustados dejasen para siempre las filas carlistas

Al hacerse público el reconocimiento de Don Alfonso, como Rey de España, por Cabrera, se concibieron esperanzas de paz. En muchos pueblos de Navarra firmáronse sendas exposiciones pidiéndola, y hasta llegaron á circular alocuciones, procurando demostrar los males que la guerra ocasionaba á la Nación.

No habiendo producido el convenio el número de defecciones que se esperaba, prosiguieron los trabajos de seducción por parte de los agentes del Gobierno, á tal punto, que se intentó levantar en las fronteras vasco-navarras algunas partidas que pasaran en armas la frontera, pidiendo paz y fueros, á semejanza de lo hecho por Muñagorri, con mejor fortuna, en la anterior guerra.

Para ayudar á la formación de estas partidas ordenó el Gobierno á Quesada, en los primeros días del mes de Mayo, que hiciera una operación sobre las líneas enemigas que permitiera á los cabreristas una acción desembarazada sobre la frontera, pues de haber caído en poder de los partidarios de Don Carlos hubieran sido, cuantos formaban esas partidas, pasados por las armas.

Limitó Quesada su acción á mover la brigada Goñi; pero de forma que no se alejase de Pamplona, merced á lo cual pudo Don Carlos en persona recorrer desahogadamente las comarcas donde habían de operar los cabreristas, resultando, por lo tanto, que las órdenes del Gobierno se vieron incumplidas, por lo que los cabreristas regresaron de nuevo á Francia sin haber podido llevar á cabo nada de cuanto se prometieron.

Se procuró también hacer extensiva á Cataluña tan indigna farsa, que de no haber sido descubierta á tiempo por los carlistas les causara grave daño.

Al comunicarle Savalls á Don Carlos lo que sucedía le dijo:

«Sin duda, aprovechándose del estado afligidísimo en que se encuentra Cataluña, por la falta de dirección militar y política y del mal acierto por la lentitud del que tiene el mando superior, he descubierto una especie de conspiración basada con Cabrera, que podría ser de funestísimas consecuencias, dado el cambio de la situación del Gobierno enemigo, y en la que vienen trabajando desgraciadamente algunos jefes.»

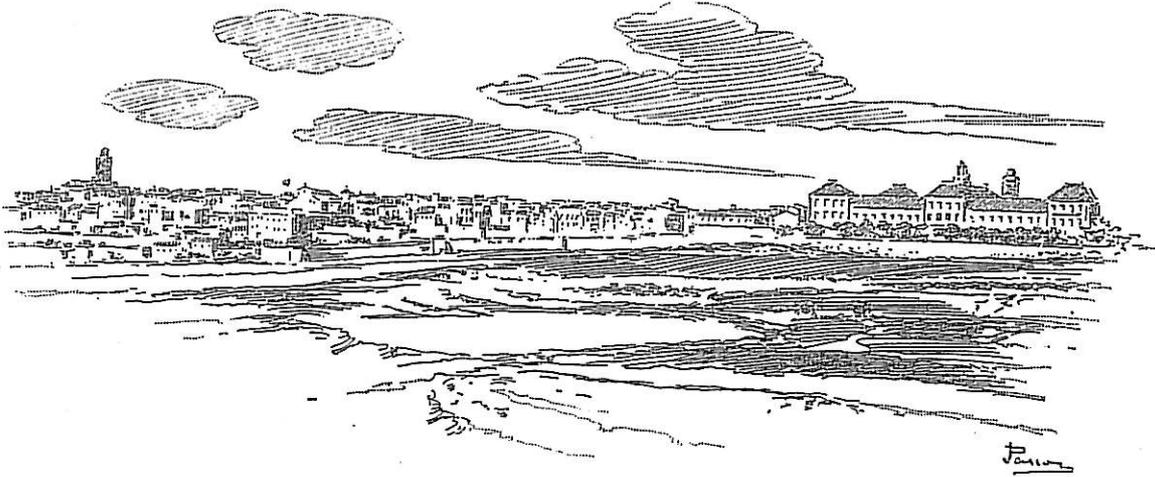
En otra comunicación decía el mismo Savalls al Pretendiente:

«Convencidos los liberales de la imposibilidad de atraer á nuestros voluntarios con dádivas y palabras, tratan de hacer ver que nuestros batallones se presentarán por compañías á indulto, por lo que pagando á infinidad de perdidos liberales, piensan vestirlos con el modelo de nuestro uniforme é introducirlos en poblaciones de tanta importancia como Barcelona, Gerona y Mataró.»

La división entre los carlistas catalanes subsistía á la proclamación de Don Alfonso, lo cual no les impidió protestar con energía ni atacar á Balaguer

el 1.º de Enero y á Cervera el 5, si bien era su objetivo desguarnicionar á Lérida.

Como ya hemos dejado anotado, intentó Savalls oponerse al desembarco de Don Alfonso en Barcelona, y si no lo consiguió, hizo por lo menos que variase su ruta el Monarca para hacer su entrada en Madrid.



Cervera.

Por este tiempo cayó Savalls sobre Mataró, retirándose con el mayor orden cuando á la vez Tristany se apoderaba de la importante y rica villa de Grannollers, que invadió de noche. Los invasores cometieron actos de feroz barbarie y crueldad, y antes de abandonar la villa saqueáronla á su sabor y recogieron no escaso botín de guerra.

Tras rudo combate en Prades, consiguió Weyler salvar á Vendrell, muy apretada por los carlistas.

Y mientras esto sucedía, Martínez Campos, que había intentado en vano á fines de Enero recuperar la villa de Olot, de la que era dueño el enemigo, firmaba con Tristany el 13 de Febrero el tratado de Suria para la seguridad de heridos y enfermos, y por cuya virtud dejó el jefe carlista la provincia de Tarragona.

Convínose en el tratado el mutuo respeto y auxilio para los enfermos y heridos entre ambas partes beligerantes, y también que los pueblos quedaran libres de establecer hospitales á fin de aliviar la suerte de aquéllos; que los heridos y enfermos pudiesen á la vez tomar libremente baños minerales cuando los necesitasen; que los gastos ocasionados por unos y otros en los hospitales, se satisficieran con puntualidad por las cajas del ejército de que procediese, y que una vez restablecidos no se les pusiera impedimento para marchar á sus respectivos ejércitos, sirviéndoles de salvoconducto hasta la primera fuerza que encontraran de su campo, el alta del hospital ó el certificado del alcalde del pueblo.

Con ser tan humanitario el tratado, no significaba otra cosa que la concesión de beligerancia al enemigo. Bien es verdad que Martínez Campos estaba obligado, como decía, á sacar triunfantes las *tres cuartas partes de la boina carlista*, pues.

creían los restauradores que el carlismo tenía razón en gran parte de sus pretensiones.

Consecuente con este criterio, decíale Martínez Campos al Gobierno:

«El descontento cunde en las clases conservadoras, y empiezo á notar algo de vacío. Va pasando lo que dije al Gobierno del 3 de Enero del año pasado, que me costó un castillo, sin que por eso dejara de ser exacto. El elemento conservador desconfía y los indiferentes, que estaban gozosos porque creían la paz próxima y ahogadas las exageraciones revolucionarias, están asustados.»

La cuestión del mando superior de las fuerzas carlistas en Cataluña, produjo nuevos disgustos y ahondó las divisiones entre los jefes y sus respectivos partidarios.

Nombró Don Carlos general en jefe á Tristany, y para el cargo inmediato inferior á Savalls, encargándoles olvidaran toda rencilla y combatieran con actividad á los liberales.

Meses antes hubo de otorgar el Pretendiente á Lizárraga la jefatura del ejército carlista del Principado, de cuyo cargo no había aún tomado posesión Lizárraga. Llegó éste por entonces á Cataluña á posesionarse del mando, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que sin su conocimiento se le había depuesto y nombrado en su lugar á Tristany!

Reclamó el perjudicado y Lizárraga fué llamado al Norte.

Semejante resolución desagradó á Savalls, quien instó á Lizárraga á continuar en Cataluña, hasta tanto que el Pretendiente resolviera el asunto.

Fueron del mismo parecer que Savalls varios conspicuos carlistas, enemigos de Tristany, porque habían recibido de éste graves ofensas.

Resuelto el pleito por Don Carlos, Savalls se vió nombrado general en jefe, quedando Lizárraga á sus órdenes.

Pronto adquirió Savalls gran ascendiente entre los suyos, cuando con fuerzas considerables y los necesarios aprestos del sitio se encaminó á Puigcerdá para tomarla, sosteniendo en Bañolas una empeñada acción con la columna del brigadier Cirlot, en la que tras de siete horas de enconada lucha quedó victorioso. Las pérdidas excedieron de 200 hombres entre ambos contendientes. Se distinguió en la acción el jefe carlista señor Morera, joven de 24 años, que había servido en Cuba á la revolución en el ejército liberal, pasándose luego á filas del Pretendiente. Por su heroico comportamiento fué á ascendiendo brigadier.

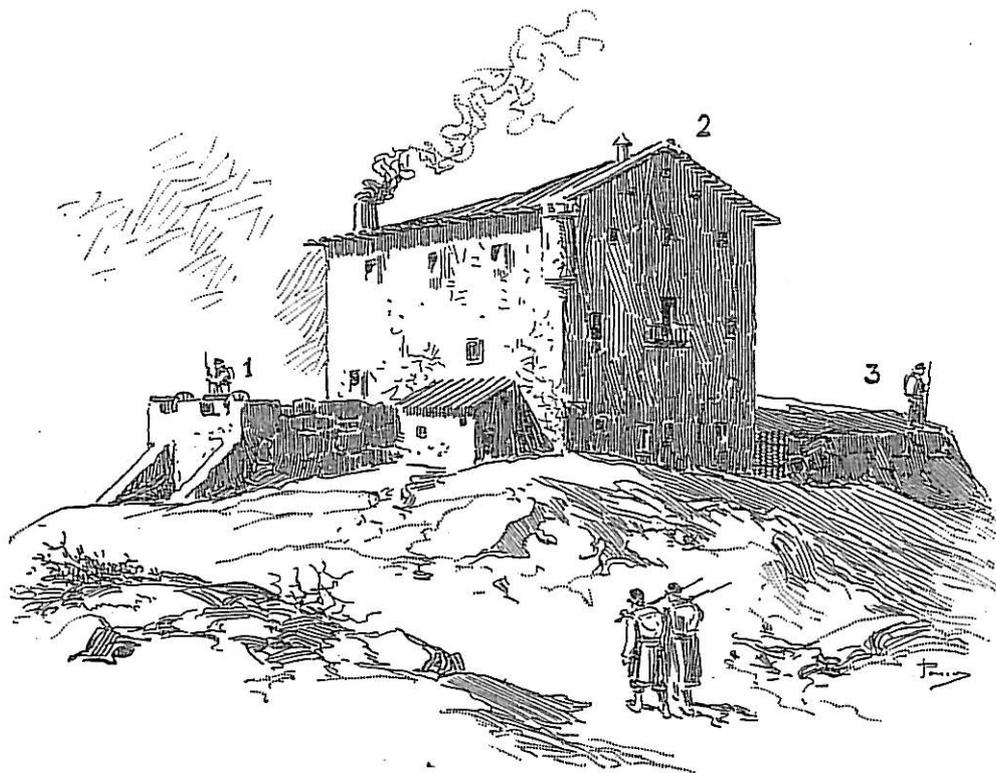
Iba Savalls á continuar su camino cuando le detuvo la noticia de que Martínez Campos avanzaba sobre Olot, resuelto á apoderarse de la villa, que por su excelente posición estratégica es uno de los puntos más importantes de Cataluña.

Llegó Martínez Campos al valle de Bas, al frente de 9,500 infantes, 440 caballos y 16 cañones Plasencia.

Distaba el valle de Bas de la villa de Olot seis kilómetros aproximadamente. Después de empeñadas operaciones, cedieron los carlistas al empuje de las tropas y se fueron retirando hacia la ciudad para mejor defenderla.

Tras varios ataques, porfiados y sangrientos, quedó Olot el 21 de Marzo en poder de los liberales, siéndoles necesario, para sostenerse, levantar grandes obras de fortificación, á causa de haber sido de nuevo bloqueada la ciudad por los mismos que acababan de evacuarla.

El ataque á Olot fué una operación estratégica, pues los liberales supieron convertir en posiciones bien artilladas á Olot y Castelfullit, desde donde hacían



OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT

Casa Costa. — 1. Batería. — 2. Casa-cuartel. — 3. Defensa de la salida.

frecuentes salidas á Bañolas, á fin de recibir los convoyes necesarios para el abastecimiento de ambas plazas.

Proseguían los trabajos de seducción de Martínez Campos, que tanta fama le dieron después de su heroica acción de Sagunto.

Con motivo de haber quedado sin recoger en el ataque á Olot muchos muertos y heridos de ambos ejércitos, establecióse para retirarlos una manera de armisticio.

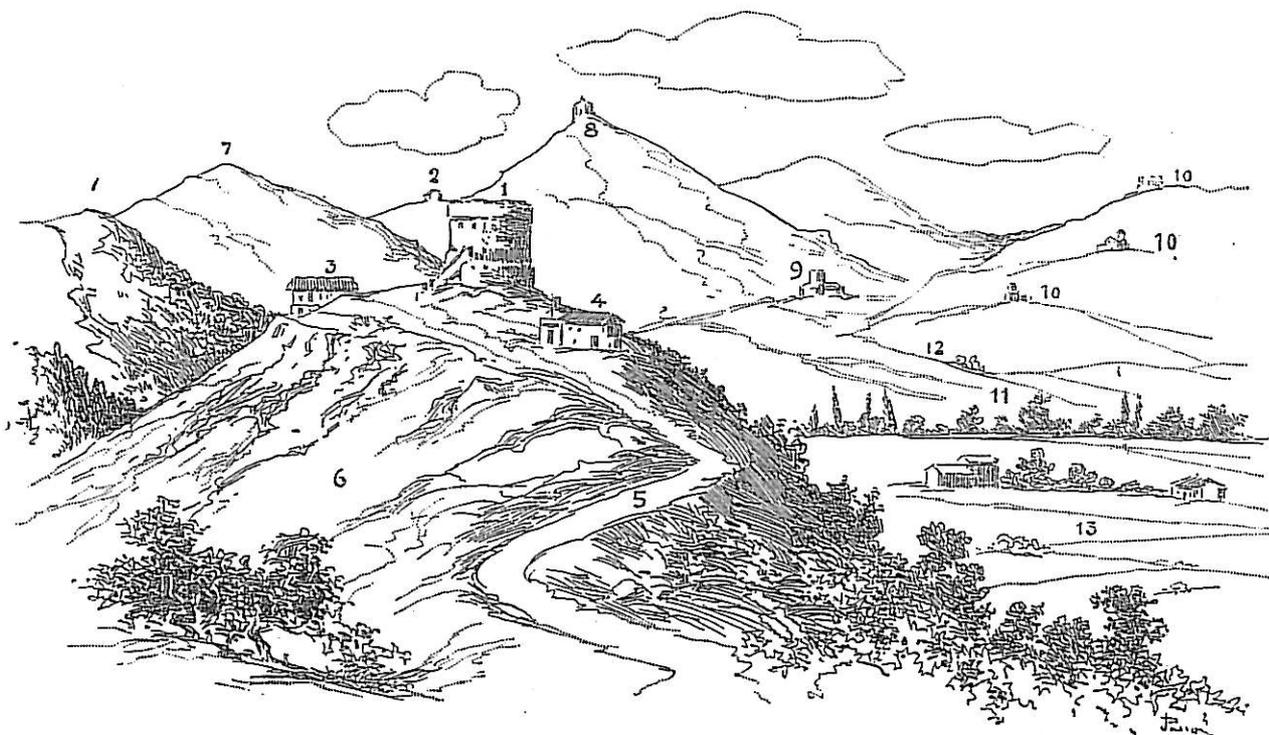
Fraternizaron carlistas y liberales, invitando algunos de los últimos á los primeros á entrar en su compañía en la población, para lo cual ordenó Martínez Campos que cuantos carlistas desearan pasar á la villa, á fin de recoger sus equipajes ó á cualquier otro asunto, pudieran hacerlo.

Aprovecharon este permiso muchos carlistas, tanto jefes como soldados, los cuales aceptaron sin titubear los obsequios de sus contrarios.

Así las cosas, el jefe de Estado Mayor de Savalls, dijo á éste que había llegado á su noticia que Martínez Campos quería conferenciar con él.

Nogóse Savalls á ello, diciendo: «No quiero tratos con pillos.»

Insistió Morera, apoyado por Argila y Lizárraga, ambos seducidos por los agentes del Gobierno y de Martínez Campos, diciendo que aquella entrevista serviría, á lo menos, para conseguir una suspensión de hostilidades, tan necesaria en aquellas circunstancias para proveerse de municiones, de que tan es-



OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT

Fuerte de Monte Olivete: 1. Torre artillada con cañones Krupp. — 2. Faro para iluminación, en caso de ataque durante la noche. — 3. Blockaus. — 4. Cocinas. — 5. Camino de Olot. — 6. Monte. — 7. Posiciones de la Piña. — 8. Ermita de San Julián. — 9 y 10. Baterías y campamento de los carlistas. — 11. Río. — 12. Camino de Ridaura. — 13. Valle de Olot.

casos andaban los carlistas. Y ello era verdad; pues para convertir las granadas, ya disparadas, en proyectiles sólidos, hubieron de rellenarlas de tierra.

Otras muchas razones adujo Morera, que conocía personalmente de Cuba á Martínez Campos, y á no pocos de los jefes y oficiales de su Estado Mayor, para convencer al general carlista, logrando al cabo que firmase con Lizárraga la siguiente carta:

« Excmo. Señor don Arsenio Martínez Campos.—*Ridaura, 24 de Marzo de 1875.*

» Muy señor nuestro y leal adversario: Hemos recibido esta tarde noticia de que deseaba usted celebrar una entrevista con nosotros, y como, caso de tener lugar, ha de ser en días muy solemnes para la religión, rogamos á usted que mande, si persiste en su deseo, suspender los trabajos de fortificación y toda clase de hostilidades.

» Si, como esperamos, no tiene usted inconveniente, por nuestra parte se darán las órdenes oportunas para que cesen las hostilidades, y acudiremos al Hostal de la Corda el día y hora que usted designe.

» Con este motivo se ofrecen de usted seguros servidores q. b. s. m.—SAVALLS.
—ANTONIO LIZÁRRAGA.»

Martínez Campos se apresuró á contestar:

« Excmos. señores don Francisco Savalls y don Antonio Lizárraga. — *Olot, 25 de Marzo de 1875.*

» Muy señores míos y de toda mi consideración: Al salir de los Oficios he recibido la atenta carta de ustedes, que no he contestado antes por la indicada razón. Desde luego, y en vista de la solemnidad del día, he mandado cesar el fuego y suspender los trabajos, conforme á la indicación de ustedes.

» A mucha honra tengo el saludarles á ustedes y verles personalmente; deseaba, sí, entenderme con alguno de ustedes dos; porque, habiendo sabido que había en el ejército de ustedes, variación en los mandós, necesitaba saber de boca autorizada si seguía el convenio que he celebrado con el Excmo. señor don Rafael Tristany, y además ver de arreglar un pequeño incidente; pero no me atrevía á molestar á ustedes personalmente.

» Indiquen ustedes hora, y acudiré al Hostal de la Corda, si les es á ustedes posible hoy ó mañana; yo no llevaré conmigo más que mis cuatro ayudantes y cinco ordenanzas y el jefe interino de Estado Mayor.

» Aprovecha la ocasión de ofrecer á ustedes el testimonio de su consideración, su seguro y atento servidor q. b. s. m.—ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS.»

El Viernes Santo se celebró en el Hostal la famosa conferencia, de la que sino salió un acuerdo definitivo, se vió por lo menos que el terreno estaba abonado, y la semilla en él lanzada por Martínez Campos, había de fructificar en breve.

Asistieron á la entrevista, Martínez Campos, Savalls, Lizárraga y Morera.

Los primeros en acudir fueron los carlistas, y cuando Martínez Campos, que se había hecho esperar, disculpó su tardanza por la larga duración de los Oficios religiosos, respondió Savalls con acritud: «¡Hipócritas, todos esos liberales!» Y encarándose con Martínez Campos. «Vaya, que ustedes saben cubrirse con el manto de la religión cuando les conviene.»

Sino era pertinente al caso el juicio de Savalls, era exacto por lo menos.

A pesar de carecer de informes verídicos para puntualizar con toda exactitud lo tratado en la conferencia, no por esto se ignora que Martínez Campos procuró ganar á su causa y á cualquier costa á Savalls y Lizárraga, sin hacerles un explícito ofrecimiento de cosas que, por ser demasiado personales, no eran para tratadas por los mismos interesados.

En el transcurso de la conversación, dijo Lizárraga á Martínez Campos, con un tanto de ingenua sencillez, que la guerra civil podría terminarse proclamando allí mismo á Don Carlos como único rey legítimo de España.

A lo que hubo de responder Martínez Campos lo que en distintas ocasiones había ya dicho:

« Llevo tres cuartas partes de boina; pero compromisos sagrados no me permiten hacerlo. Unanse ustedes á mí, y ambos ejércitos juntos acabarán para siempre con lo que resta de la revolución, y darán días de paz y de ventura á la patria. »

También ofreció Martínez Campos á Savalls la villa de Camprodón, como depósito de prisioneros, hospital, etc.; á condición de no poder entrar ni refugiarse en ella las tropas carlistas.

Terminada la conferencia, acompañó Morera á Martínez Campos á Olot, y estuvo con el general en amigable consorcio hasta llegar la noche, en que regresó á su alojamiento.

De su entrevista con Martínez Campos dió cuenta Savalls á Don Carlos en los siguientes términos:

« Martínez Campos solicitó una entrevista conmigo y el general Lizárraga, la



OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT

Ermita de San Francés, fortificada: 1. Rectoria: cuartel para una compañía y habitación del jefe.—2. Iglesia y torre.—3. Otro cuartel.—4. Cementerio.—5. Ermita de la Virgen: puesto avanzado durante el día.—6. Camino de Olot.

cual tuvo lugar el Viernes Santo, habiendo durado una hora poco más ó menos.

» En ella se trató de los compromisos otorgados por el señor general Tristany y respecto al establecimiento de hospitales y depósito de prisioneros, tocando de paso la cuestión política; pero por nuestras contestaciones pudo observar nuestra decisión de vencer ó morir por la causa de S. M.

» Notamos su abatimiento, confesando francamente que estaba arrepentido de

su obra en favor de Don Alfonso y que el gobierno era impotente para terminar la guerra ante nuestra decisión y constancia, concluyendo por decir que él abrigaba los mismos sentimientos que nosotros, y que si en su mano estuviera, sería el primero en proclamar á S. M...»

No por haber dado cuenta Savalls de su entrevista con Martínez Campos consiguió que la mayoría de sus correligionarios dejasen de sospechar de su fervor carlista, creyendo, como creían, que era aquello el prólogo de una bien meditada traición. Afirmó esta sospecha el haberse hecho público los ofrecimientos que en nombre del Gobierno le hizo á Savalls, anteriormente, una prima suya, la señora de Massot, de familia liberal.

El Gobierno, por su parte, no se recató tampoco para censurar la conferencia, mas no por el hecho en sí, sino por la sobrada publicidad que se había dado á los trabajos de seducción.

Para acallar Savalls toda posible censura, ordenó el día después de su entrevista con Martínez Campos que fuesen pasados por las armas cuantas personas entraran ó salieran de Olot, lo cual era añadir la injusticia á la falsía, ya que andando los tiempos había de ser Savalls uno de los que traicionaran la causa.

No menos incorrecto fué el proceder de Martínez Campos, pues habiendo permitido antes de la entrevista sacar cuantos efectos se quisieran de la villa, revocó la orden al tener conocimiento de la dictada por Savalls.

Del bando que publicó entresacamos los siguientes párrafos, que más parecen destinados á justificar su entrevista con los jefes carlistas que á prohibir con rigor un hecho tenido por inconveniente:

«Habitantes de Olot.—Ayer, al celebrar una entrevista con el jefe de las fuerzas carlistas, tuve por objeto humanizar la guerra; mi pretensión era, que no se impusiera pena de la vida á los paisanos que obedeciendo á la autoridad ó á la fuerza, prestasen los auxilios pedidos.

» No sólo no conseguí mi objeto, en que tan interesado estaba el buen nombre español y la conveniencia de las poblaciones rurales de Cataluña, sino que hoy ha recibido el alcalde de esta villa un escrito de don Francisco Savalls, imponiendo pena de la vida á todo el que salga de este pueblo desde mañana á las doce del día, y dictando el bloqueo.

» Impotente el enemigo para arrojarnos de esta población, quiere hacer pesar sobre los vecinos de ella la ira de su vencimiento: no se atrevió á defenderla; os abandonó y ahora quiere castigaros; comparad la diferencia de conducta, y deducid vosotros mismos la consecuencia...»

Disgustado Lizárraga con Savalls por creerse con mayores méritos para ser el jefe, renunció el cargo de jefe de Estado Mayor, ocupando su puesto Alberto Morera.

Mientras Savalls se dió á recorrer su distrito, quedó Lizárraga con sólo 2,000 hombres frente á Olot, permitiendo semejante inacción á los liberales disfrutar á sus anchas de las posiciones conquistadas á poca costa en medio de la Alta Montaña.

Aprovechando tan favorables circunstancias, salió Martínez Campos de Olot, llegó á Barcelona, y por Gerona y San Quirico de Besora entró en Ripoll, por Prat de Llusanés y Borreda á Berga; cruzó la alta cordillera del Cadí, practicó un reconocimiento en la Seo, recorrió la Cerdaña, y por Berga y Manresa volvió á Barcelona.

Esta notable marcha, en la que no tuvo encuentro alguno con los carlistas, fué objeto de no pocos comentarios, por juzgarse imposible que la hubiese realizado, sin ningún tropiezo, de haber querido evitarlo el enemigo.

Del éxito alcanzado por Martínez Campos, culpó Savalls á Lizárraga, y Lizárraga á Savalls. Y la verdad es que si Lizárraga no supo batir á Martínez Campos en las alturas de Ripoll, tampoco Savalls, al frente de todas sus fuerzas, hizo por cortar la retirada á su enemigo.

Después de sostener Savalls la acción de Breda, disculpándose con Don Carlos de su anterior pasividad, á causa de que los 21 batallones de que hablara Tristany al resignar el mando, eran más bien 21 compañías desorganizadas y cuyos individuos se hallaban desnudos y faltos de recursos, pues se les adeudaba dos meses de sus pagas, tuvo Savalls otros encuentros con los liberales, sin que cedieran los carlistas en sus actos de audacia, como el de invadir 30 hombres el pueblo de San Andrés de Palomar, en que entre 12,000 almas, no hubo un par de docenas de arriesgados ciudadanos que opusieran resistencia á aquel exiguo número de invasores.

Cierto era que las fuerzas carlistas en Cataluña, además de estar desorganizadas, carecían de buena dirección. Constaba el ejército de 8,365 infantes, 498 caballos y 22 cañones de montaña. Sin embargo, este mismo pequeño ejército, obtuvo valiosos triunfos; pero el mal que minaba á los carlistas consistía en sus eternas discordias y su poco escrupulosa y nada honrada administración. Así, los más distinguidos auguraban desastres en no lejano tiempo.

Tenían razón los que tales augurios hacían, porque era imposible que en medio de un país esquilado por habersele cobrado muchos trimestres adelantados de contribución y destruidose gran parte de su riqueza, pudiese existir un ejército como el carlista que, si acostumbrado á las privaciones y á desafiar todos los rigores y peligros, había de vivir necesariamente á cargo de los pueblos donde operaba.

Algunas ventajas parciales consiguieron los liberales por aquel tiempo. Ga-



José B. Moore.

mir, en Tarragona, castigó duramente en Aleixar al cabecilla Moore, haciéndole 250 prisioneros.

En Santa Coloma de Farnés, el coronel Bononza y después Arrando, tuvieron un encuentro con fuerzas de Savalls.

El general Macías, nombrado segundo cabo de Barcelona, salió á campaña operando con éxito.



Santa Coloma de Farnés.

Mola, en San Feliu de Codina, y el Fijo de Ceuta en Santa Perpetua, hicieron huir al enemigo.

En el Bruch resultaron los carlistas vencedores al atacar un convoy de potros, custodiado por un batallón del Príncipe y 300 hombres de la guarnición de Igualada.

En Santa Lucía, Albiñana, La Bisbal, Vallbona y otros puntos, chocaron también liberales y carlistas.

Desde Castelltersol, se encaminó Savalls por Esparraguera y Martorell á Molins de Rey, enclavada á doce kilómetros de Barcelona.

Replegáronse los defensores á la iglesia. Permanecieron los carlistas en la población, hasta que, organizada en Barcelona una fuerte columna, al mando del general Macías, atacó á los invasores, y batiéndose en las calles hizo desocupar la villa á los carlistas tras rudo combate.

Durante su estancia en la villa impusieron los secuaces de Don Carlos fuertes contribuciones. A tiempo de abandonarla se apoderaron de un rico botín, y á

poder disponer de 48 horas, pensamiento tenían de intentar un golpe de mano sobre Barcelona, donde infundían temor sus atrevidas aventuras en el llano de la capital.

El temor del vecindario de Barcelona era hasta cierto punto justificado, dada la audacia y valor de los carlistas y la carencia de voluntarios de la libertad que en tiempos de la República la defendían.

Obstinados los carlistas en apoderarse de Molins de Rey, acudieron de nuevo á atacarla, empeñándose rudo combate, teniendo por necesidad que capitular la guarnición y los voluntarios, los cuales por negarse á ingresar en las filas del Pretendiente, fueron llevados prisioneros á la Alta Montaña.

Blanes se vió también ocupada por los carlistas tras de empeñada lucha. Olot fué de nuevo asaltada, siendo los asaltantes rechazados por la artillería.

El *Noy de Modolona*, don José March, en connivencia con los carlistas, se echó al campo al frente de una partida federal, á poco disuelta.

Y tan grave era la situación de Cataluña á los seis meses de la Restauración, que preguntado Martínez Campos por el Gobierno, respondió:

«Las clases acomodadas me exigen que Arrando, con una columna, permanezca en las cercanías de Barcelona, ante el temor de que la invadan los carlistas aprovechando una alteración de orden público, producida por los republicanos y obreros.»

Y en otra comunicación decía metiéndose á censor del Gobierno y haciendo á la vez una severa crítica de la campaña militar, llevada á cabo por sus compañeros de armas:

«No me parece digno para el ejército español que en el Norte, en el Centro y en Cataluña, estemos todos á la defensiva...

» Cuando en Sagunto levanté la bandera de Alfonso XII, creí que en el Norte tomaríamos una poderosa iniciativa. A S. M., á vucencia y al Gobierno, me he ofrecido para ir al Norte, para llevar al Consejo de generales el peso de mi convicción y tomar la ofensiva; pero mis ofrecimientos no han sido aceptados.»

Terminaba Martínez Campos encareciendo las ventajas logradas por la toma de Olot, y el mérito de haber vencido las dificultades que ofreciera.

«Son, decía, estas montañas posiciones más fuertes que las que rodean á Estella; las defensas de Castellfullit, Santa Pau, el Grao y Oix eran terribles trincheras de legua y media de largo y de dos metros de ancho, delante de los escarpados y con fuegos convergentes...»

Martínez Campos no había conseguido mejorar las cosas de como las dejara López Domínguez, á pesar de sus triunfos militares como la toma de Olot, marcha por la Alta Montaña y trabajos de seducción.

Tampoco los carlistas hicieron nada de provecho. Sus frecuentes algaradas por los pueblos, sus combates y sus audacias no eran suficientes para contrarrestar los gérmenes de disolución que se iban apoderando de todos.

El mismo Savalls decía á Don Carlos el 29 de Mayo:

«La situación afligidísima en que se encuentra este Principado, en su parte administrativa, hace embarazoso por todos conceptos el mando superior, en términos que es del todo imposible quedar airoso ante V. M., organizar el ejército y disciplinarlo, pues ni la diputación ni la intendencia hay medio de que cooperen...»

No carecía el carlismo de partidarios entusiastas dispuestos á dar su vida y bienestar por la causa, pero faltábale en cambio una dirección acertada...»

En vez de fortalecer por todos los medios la acción de sus jefes, entregábanles los carlistas al descrédito y la censura, que aun cuando justificada, en la mayoría de los casos, debiera de haber sido comedida ante sus enemigos.

Así el ex diputado carlista señor Vidal y Llovatera, negaba capacidad á Savalls, considerando su política terrorífica dictadura, ejercida cínica y escandalosamente, y en cuanto á su administración económica, juzgábala organizado latrocinio.

Y á continuación presentaba como en esquema un triste cuadro de la obra realizada por Savalls, diciendo:

«Bajo el punto de vista moral, imperan la blasfemia, el robo, el asesinato, la violación, el adulterio y la impiedad, llevada al cinismo y paseada con triunfal escándalo desde las villas y los pueblos hasta las más solitarias cabañas.

»Desde el último alférez que manda una ronda, hasta el capitán general, todos están autorizados para cobrar contribuciones, cuyos fondos nadie sabe cómo se invierten, entre quiénes y para qué sirven. Cinco arrobas de oro parece que recogió cierta expedición al Ampurdán, y á los dos días siguientes se debían á las fuerzas reales de 25 á 30 socorros á cada soldado...»

Procuraba Savalls sincerarse de los cargos que le hacían, cargando la culpa de todo sobre su antecesor Tristany.

En cambio, Lizárraga acusaba á Savalls, mientras Castells culpaba en términos durísimos á Tristany.

Por su parte, la Diputación catalana carlista solicitaba de Don Carlos que extirpase de raíz los gravísimos males que pesaban sobre aquellas provincias, si se quería que la sangre vertida no fuera estéril.

Para mejor informar al Pretendiente, la Diputación envió á su secretario; Lizárraga á su capellán, don Bonifacio Marín, y Savalls á su jefe de Estado Mayor.

Así don José Palau, aconsejaba á Don Carlos llamara á Savalls, á pretexto de asuntos de importancia, para hacer posible su destitución; y á la vez le pedía la remoción del comandante de mozos, del jefe de carabineros y del comandante de armas de Ripoll, acusados los tres de hechos reprobables.

Con el fin de atraerse Savalls aquella parte de la opinión catalana que le era hostil, á consecuencia de profesar ideas republicanas federales, ó de la que sin tener un criterio definido en política deseaba, no obstante, ver elevada en alto grado la personalidad de Cataluña por medio de preceptos legales que ya tuvo,

y de los cuales fué violentamente despojada, promulgó el 1.º de Julio los Fueros catalanes, tal como los aprobara Felipe V, y cuyo reconocimiento hiciera anteriormente Don Carlos. Las disposiciones promulgadas decían así:

« 1.º La incorporación del Principado, lo mismo que los demás Estados de Aragón, Valencia y Mallorca, á la Corona de Castilla, es por vía de una unión federativa que le permite conservar su antigua naturaleza, así en leyes y privilegios como en territorio y gobierno.

» 2.º La religión única es la católica, apostólica, romana.

» 3.º El rey de Castilla no puede ser reconocido por conde de Barcelona si antes no jura en las Cortes generales guardar y defender los fueros del Principado.

» 4.º La sucesión en el condado de Barcelona está vinculada en la sucesión masculina de sus soberanos.

» 5.º Deben celebrarse Cortes generales en Cataluña cada año.

» 6.º La recaudación y administración de los impuestos corre á cargo de la Diputación general de Cataluña.

» 7.º No está exento del tributo general persona alguna, sea quien fuere. Debè pagarle el mismo rey y su familia.

« 8.º No hay quintas en Cataluña; todos los habitantes son soldados de la patria, y deben tomar las armas cuando ésta peligre, ya por la invasión extranjera, ya por verse amenazada en sus fueros y privilegios.

» 9.º La Diputación general de Cataluña consta por ley inviolable de tres individuos, elegido uno por cada Estamento, de los tres de que se componen las Cortes.

» 10. Los Municipios se rigen independientemente por las leyes municipales y privilegios especialmente concedidos de conformidad á las necesidades de cada cual.

» 11. No se conoce en Cataluña el impuesto de papel sellado, ni hay obligación de alojamientos.

» 12. En la administración de justicia todos los jueces y oidores de la Audiencia serán hijos del país.

» Estos son los más notables fueros que regirán, como todos los demás en Cataluña, salvas las modificaciones que la época reclama, y serán discutidos por el rey en las Cortes catalanas.— *Campo del honor, 1.º de Julio de 1875.*—El capitán general, FRANCISCO DE SAVALLS.—(Hay un sello: Dios Patria y Rey.)—Capitanía general de Cataluña.»



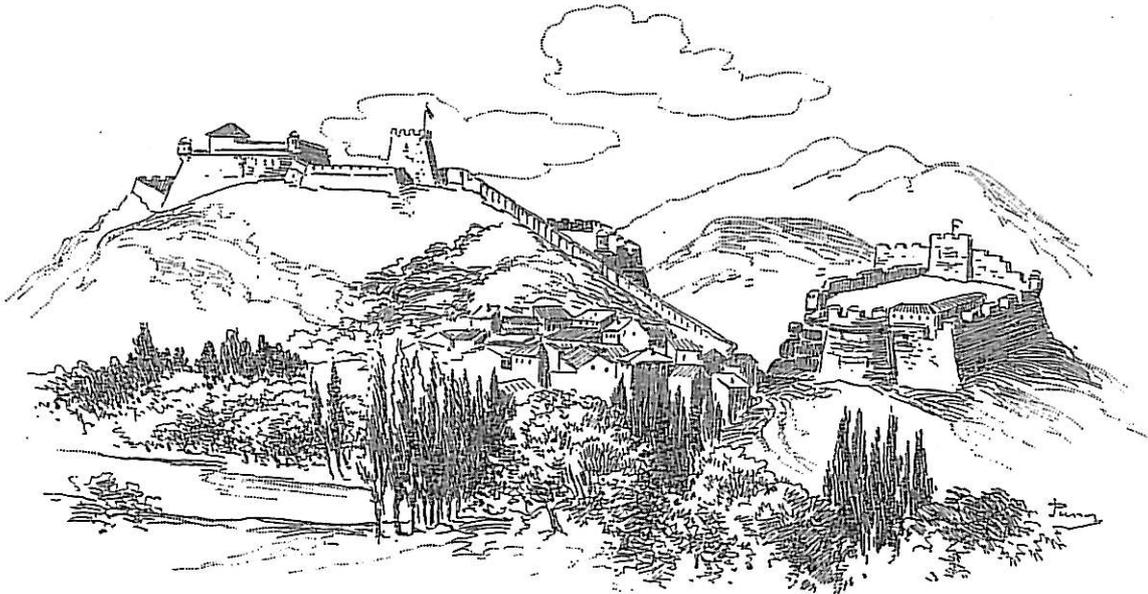
Mariano de la Coloma.

Considerando Martínez Campos que la conquista de la Seo de Urgel sería el golpe más decisivo y seguro para destruir al enemigo, realizó los aprestos suficientes para lograrlo, ya que sus trabajos de seducción no daban los resultados que apeteciera.

Tenía la fortaleza de la Seo más nombre que importancia; artillada con monumentales cañones, pero ineficaces ante la artillería moderna carecía, por lo tanto, de medios adecuados de defensa.

«La posición de la ciudad á la derecha del Segre, rodeada por todas partes de elevadas montañas, próxima la inmensa sierra del Cadí, que esconde en las nubes sus gigantescas moles, y defendida sólo por una vieja tapia aspillerada, no podía ofrecer seria resistencia.

Limitábase su defensa á tres fuertes que, á modo de centinelas, se hallaban enclavados sobre igual número de cerros de una pequeña cordillera.



Castillos de la Seo de Urgel.

Eran los tres fuertes la ciudadela, el castillo y la torre de Solsona, unidos entre sí por un camino que había sido cubierto. En un declive, entre la ciudadela y el castillo, se asienta Castellciutat, que si la paz permitió construir moradas hasta las paredes de los fuertes, la guerra las destruyó.

A su espalda y á tiro de fusil de los fuertes yérguese la sierra del Cuervo, que los domina en absoluto.»

Atentos á sus naturales condiciones de defensa, ni liberales ni carlistas se habían cuidado nunca de erigir en la sierra del Cuervo un fuerte que protegiese los otros tres, así que cuando Martínez Campos puso sitio á la Seo, esta excelente posición no tenía más que una mala torre para su defensa, ni contaba con otra obra de fortificación que unas cuantas zanjas.

Después de vencer no pocas dificultades, estableció Martínez Campos el sitio. El día 21 de Julio se rompió el fuego entre una y otra parte. Trabáronse combates parciales que continuaron en los días sucesivos hasta el 1.º de Agosto.

Este día se inició desde el amanecer un terrible cañoneo, avanzando los liberales una batería hasta las Taulerías para batir á Solsona, que se halla á distancia de 400 metros.



Al ver esto Lizárraga, á cuyo cargo corría la defensa de la Seo y sus fuertes, concentró sobre la batería de avance de su enemigo casi todos los fuegos, queriendo de este modo apagar los del contrario, pero disparó con tal precipitación cañones, obuses y morteros, que apenas si hizo daño alguno.

Enfilaron los liberales nuevas baterías que desmantelaron la fortaleza, á pesar de lo cual resistieron con arrojo sus defensores, dispuestos á hacerla volar antes de abandonarla.

Hubo una corta tregua de descanso, continuando el cañoneo los días siguientes.

A los graves contratiempos que cada vez en mayor número iban sufriendo los carlistas, se añadió el de acabárseles las espoletas para granadas Krupp. Obviaron en parte el contratiempo arrancando, de las granadas que lanzaban los liberales y no reventaban, las espoletas, las cuales usaron para sus granadas.

El combate general empezó el día 11. Los cañones sitiadores arrojaron proyectiles en tal abundancia que envolvieron en fuego á los sitiados, y aunque és-

tos hicieron heroicos esfuerzos con su artillería para contrarrestar el fuego enemigo, era tan abrumadora la superioridad de la artillería liberal, que no les fué posible lograr su propósito.

Mientras la artillería cañoneaba á los carlistas, la infantería se lanzaba sobre las posiciones del Cuervo, de las que se apoderó, aunque con sensibles pérdidas.

Dueños los sitiadores de las posiciones del Cuervo, se acercaron á Castellciutat, donde fueron cogidos al descubierto por los carlistas, que les ametrallaron.

Casi á la vez era atacada por los liberales la torre de Solsona, que aun cuando defendida con bizarría, quedó en su poder.

Grandes incendios se produjeron en Castellciutat, por lo que poseído de terror el vecindario, corría de un lado á otro, viendo sus casas derruidas, en busca de un refugio que pedían con lágrimas y gritos de desesperación las mujeres y los niños, negándose los carlistas á abrir las puertas de los fuertes.

Continuó el cañoneo los días 12 y 13, haciendo los liberales en la ciudadela y el castillo grandes destrozos.

Alentó á los sitiados la esperanza de ser socorridos. Creció su esperanza dos

días después al atacar por sorpresa el cabecilla Castells las baterías de la sierra de Navinés.

El 17 continuó el bombardeo, incendiándose de nuevo Castellciutat.

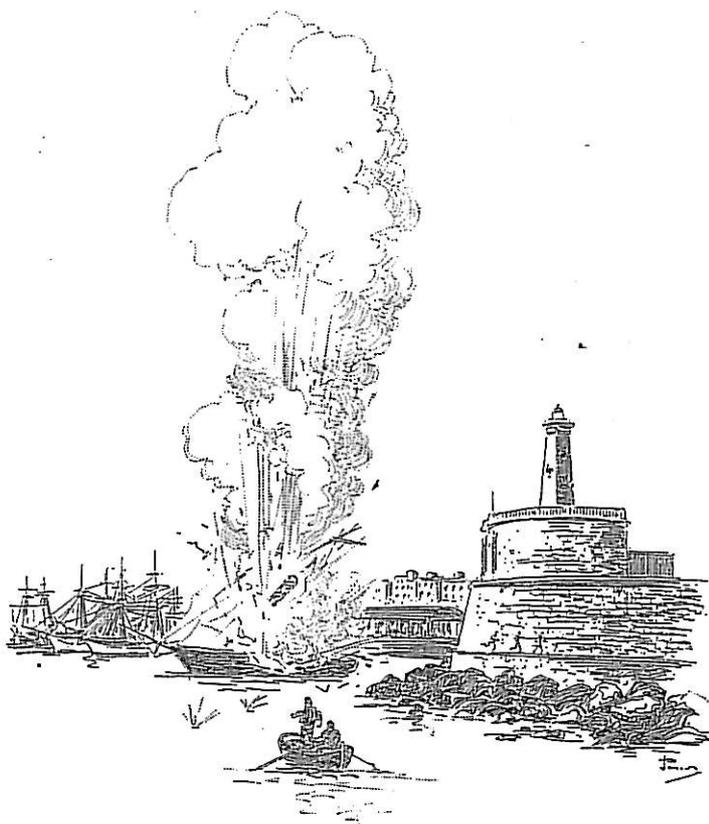
Un accidente fortuito estuvo á punto de suspender el fuego de los sitiadores.

Hallábase en el puerto de Barcelona el vapor *Exprés*, cargando municiones para el sitio, cuando se produjo una voladura que inutilizó el cargamento. Este accidente causó muchas víctimas y dejó casi sin municiones las piezas de sitio.

Los liberales dedicaron entonces su esfuerzo á los trabajos de mina, que no dieron resultado.

Una de las bombas arrojadas por los sitiadores penetró por la chimenea del cuartel. Causó dos muertos y siete heridos y produjo tal impresión, que el obispo José Caixal, por indicación de Lizárraga, pronunció un sermón á fin de reavivar los decaídos ánimos.

No disminuyeron las deserciones en Castellciutat, del que se apoderaron al cabo los liberales.



Comprendiendo Lizárraga la imposibilidad de una resistencia de muchos días, confiaba sólo en que Savalls y Dorregaray, que había acudido á Cataluña con su ejército, batiesen á Martínez Campos y quebrantasen sus fuerzas en una acción.

Sin embargo, el tiempo transcurría, y ni Savalls ni Dorregaray molestaban á los sitiadores.

Bien es verdad que Savalls, como general en jefe, había fijado á Dorregaray la circunscripción donde tenía que operar, ordenándole á la vez que para nada se acercase á la Seo.

No era necesario este mandato para que Dorregaray lo cumpliera, pues de tal suerte carecían los suyos de todo, que hasta resultaba temeridad obstinarse en batir al enemigo.

Las municiones eran por demás escasas; carecía de calzado para los suyos y hasta de la necesaria manutención.

No obstante, contraviniendo las órdenes recibidas, atacó á Martínez Campos por la retaguardia, sin lograr resultado alguno positivo.

Ya en poder de los liberales Castellciutat, la gravedad de la situación aumentó. La pérdida de aquel punto imposibilitó á los carlistas de tener agua. En la población sólo había para cuatro días, y en la ciudadela para dos.

Interrumpida la comunicación entre el castillo y la ciudadela, era vana toda esperanza de salvación. Lizárraga, por lo tanto, se reconoció vencido.

No por ello se aminoró su energía. Alentó á todos con su ejemplo; ordenó que se incendiase el pueblo para caer sobre el enemigo, y mientras la población ardía por dos partes, sostenían sitiados y sitiadores mortífero fuego.

Por la lengua de la Sierpe intentaron los liberales asaltar la ciudadela; pero fueron rechazados con grandes pérdidas.

Sin embargo, como la desconfianza cundía entre los carlistas, varios de ellos comenzaron á hablar de capitulación.

Conjuró Lizárraga la discordia, mas el bombardeo arreciaba con tal intensidad, que pronto Castellciutat se vió convertido en ruinas.

No teniendo ya los carlistas dónde guarecerse, decidieron los liberales arrojarlos á bayonetazos, lo que no lograron, á pesar de los actos de heroísmo y valor realizados.

Viendo Martínez Campos la tenaz resistencia de la ciudadela y el castillo, comprendió la necesidad de levantar el sitio, á trueque de perder algunos cañones;



José Caixal.

pero los trabajos de seducción que se llevaron á cabo aumentaron la discordia entre los defensores de la plaza, y cuando menos lo esperaba Lizárraga, presentaron al enemigo con poderes de los sitiados el coronel Segarra y Francisco Hernando.

Discutidas las condiciones, se vió Lizárraga obligado á una capitulación que iba siendo ciertamente una necesidad, ya por el estado ruinoso de la ciudadela y el fuerte y la falta de agua, ya por el abatimiento que pesaba sobre el ánimo de las tropas del Pretendiente.

No obstante, pidieron éstas un plazo de 24 horas antes de rendirse, en la esperanza de un pronto socorro; transcurrido el plazo, y cuando la sed y el hambre habían producido general decaimiento, se firmó la capitulación el día 26, que con arreglo á las leyes de la guerra fué de las más honrosas.

A los 40 días de comenzado el sitio se firmó la capitulación, así concebida:

« Don Joaquín Jovellar y don Arsenio Martínez de Campos, tenientes generales y generales en jefe respectivamente de los ejércitos del Centro y Cataluña, y don Antonio Lizárraga, mariscal de campo del ejército de Cataluña, han pactado, en vista de la brillante defensa que ha hecho la guarnición carlista de los fuertes de la Seo, denominados Ciudadela, Castillo y Torre de Solsona, que agotados todos los medios sin recibir socorro, que ha quedado sin agua por la ocupación del pueblo de Castellciutat, que ha sufrido numerosas bajas, y que tiene las obras de la Ciudadela completamente destruidas y perdida la Torre de Solsona, las bases siguientes para la rendición de los dos primeros fuertes:

» 1.^a La guarnición quedará prisionera de guerra, haciéndosele los honores en Castellciutat, y formando pabellones entre Castellciutat y la Seo.

» 2.^a Los señores jefes y oficiales conservarán los equipajes y todos los efectos de su propiedad.

» 3.^a Serán incluidos en los canjes con arreglo á las bases que hoy existen ó existieran en lo sucesivo.

» 4.^a Las fuerzas del castillo pasarán en seguida á la Ciudadela, donde permanecerán hasta mañana á las siete, que se hará entrega de ésta.

» 5.^a En el castillo quedará el segundo jefe ó el que se designe; un oficial de artillería y otro de administración para hacer entrega de los efectos.

» 6.^a Los presos por delitos comunes se entregarán con las causas.

» Y para que consten, lo firman en la *Seo de Urgel, el 26 de Agosto de 1875* — JOAQUÍN JOVELLAR. — ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS. — ANTONIO LIZÁRRAGA. — El capitán Secretario, FRANCISCO HERNANDO.»

El 27, desfilaron los capitulados batiendo marcha, con banderas desplegadas y armas terciadas, que dejaron en los pabellones designados al efecto.

Quedaron, pues, prisioneros, incluso el obispo, Lizárraga, 148 jefes y oficiales, 877 individuos de tropa y 108 heridos.

Los carlistas que habían desertado durante el sitio, eran en número de 130.

A muy sugestivas interpretaciones se prestó la conducta de Savalls con moti-

vo de su pasividad en socorrer á la guarnición de la Seo, máxime cuando había escrito á Don Carlos al serle conocidos los proyectos de Martínez Campos:

« El enemigo quiere atacar los fuertes de la Seo de Urgel; si los que la guardan tienen alma y se resisten solamente quince días, estoy convencido de que no los tomarán. »

Aviso al que contestó el Pretendiente, el 27 de Julio desde Tolosa:

« La conservación de la Seo nos es absolutamente precisa, cueste lo que cueste. Si necesitas eficaz apoyo para rechazar al enemigo, ponte de acuerdo con Dorregaray, y disponed entre ambos los medios más convenientes para castigar á aquél terriblemente.

» Querer es poder para quien tiene fe y lealtad. A estas virtudes debemos nuestras glorias. Debes, pues, á todo trance impedir al enemigo que se apodere de aquella plaza, y espero que lo harás así, aunque sea á costa de dolorosos sacrificios. Esta victoria será la que más te honre. Que Dios te ayude. Tu afectísimo. — CARLOS. »

Días más tarde, el 8 de Agosto, escribía Savalls desde Ripoll á Don Carlos pidiéndole tres ó cuatro millones de cartuchos y de 40 á 50 mil duros, recursos que juzgaba suficientes para que los fuertes de la Seo fueran la fosa de todo el ejército liberal, añadiendo esta consoladora esperanza al reseñar las operaciones por él dispuestas:

« Martínez Campos no tendrá otro remedio que meterse en Andorra ó entregarse. »

Nada de extraño tiene que dada por Savalls esta seguridad á Don Carlos y convencido éste de que Savalls no había hecho lo que debiera por socorrer á la Seo ni á Dorregaray, le separase de su cargo en previsión de un funesto descalabro.

Nombrado Dorregaray capitán general de Cataluña, llamó á Savalls dos días antes de firmarse la capitulación, pidiéndole municiones, algunos víveres y zapatos para los suyos, sin conseguir que Savalls hiciera caso de sus órdenes.

Para dar cuenta de estos hechos y de su resolución de acudir en auxilio de la Seo escribió Dorregaray á Lizárraga, mas la carta en que esto le anunciaba cayó en poder de Martínez Campos, que la envió después á su destino.

En tanto que esto sucedía, Don Carlos decía á Savalls:

« Me prometiste salvar la Seo y concluir con Martínez Campos si la plaza resistía quince días. Lizárraga resiste como bueno, Castells ha hecho algo, ¿serás



José Pascual (a) Josepet de Vilanova.

tú el único que no contribuya á la salvación de esa fortaleza? Espera en los hechos tu respuesta, tu rey,—CARLOS.»

Sirvió de contestación al Pretendiente la noticia de haber capitulado la Seo, de donde, enterado ya Don Carlos de cuanto había sucedido, escribió á Savalls lo siguiente:

«Querido Savalls: Después de la rendición del Castillo y de la ciudadela de Urgel, necesito dictar disposiciones urgentes y bien meditadas á la vez.

»Difícil es conciliar ambos extremos, porque la urgencia apenas da tiempo á la meditación. Por eso he pensado llamarte y oírte; porque nadie como tú debe conocer la situación de Cataluña. Quiero, pues, que vengas; y que vengas inmediatamente. Sal de ahí tan pronto como esta orden mía recibas, y no te detengas en el camino. Ven pronto sin pérdida de un solo instante.

»Que no te detengan tampoco las operaciones militares por importantes que sean. Más que todo, importa que vengas á verme sin demora.

»Resigna el mando en el general Castells y ven en seguida.

»Te aguarda con verdadera impaciencia tu affmo., CARLOS.—*Real de Marina, 3 de Septiembre de 1875.*»

La sospecha que sobre sí atrajo Savalls por su inexplicable conducta, tenía hasta cierto punto su fundamento, pues de haber facilitado á Dorregaray los medios que necesitaba, hubiera podido éste, con sus 20 batallones y 3 escuadrones y en combinación con las fuerzas de Savalls, hacer á Martínez Campos lamentar un desastre.

Necesitaba Campos á diario municiones y aprovisionarse, y para ello le fué preciso organizar un sistema de convoyes escoltados por columnas, no muy numerosas.

Obligados los convoyes á pasar por desfiladeros casi infranqueables, hubieran podido ser aprisionados y deshechos por el enemigo, si Savalls se lo hubiese propuesto; pero ni Savalls ni Dorregaray intentaron impedir siquiera que Martínez Campos y Jovellar aprovisionaran diariamente al ejército sitiador.

Por otra parte, tan feliz fué la marcha de Martínez Campos sobre la Seo, que ya queda anotado que por entonces se dijo, y acrecen esta sospecha los datos históricos recopilados hasta el día, que contó para su realización con la connivencia de los carlistas; sólo así se explica que hallándose en Orgañá, Oliana y Pous los generales Dorregaray, Adelantado, Alvarez, Boet y Gamundi con los batallones del Maestrazgo, Aragón y Valencia, á la sazón regularmente municionados, pudieran dejar á ambos generales enemigos paso franco sin disputarles el terreno. Y si á esto se añade el haber encontrado Lizárraga clavado un obús, obstruido un cañón y rota la maquinaria de hacer cartuchos, no son de extrañar ni la desconfianza de Don Carlos ni las graves inculpaciones que entre sí se hicieron los carlistas.

Savalls culpó á la Diputación catalana de no haber podido acudir en socorro de los sitiados por faltarle recursos y municiones; Lizárraga, dijo que había con-

fiado siempre en que las fuerzas de Savalls y Dorregaray no dejarían pasar á Martínez Campos y á Jovellar por los terribles desfiladeros que tenían que atravesar, máxime habiendo sitios donde sólo dos compañías eran suficientes para impedir el paso al más formidable ejército; pero aun en el caso de que lo hubiesen logrado, tendrían que haberse establecido en una zona alejada de su base de operaciones, en un país escaso de toda clase de recursos, donde los carlistas podrían con facilidad haberles sitiado cortándoles toda comunicación.

«Además, añadió Lizárraga, me hacía tener por irrealizable el propósito de Martínez Campos, el conocer de antemano que la artillería de sitio sólo podía ser transportada por Francia.»

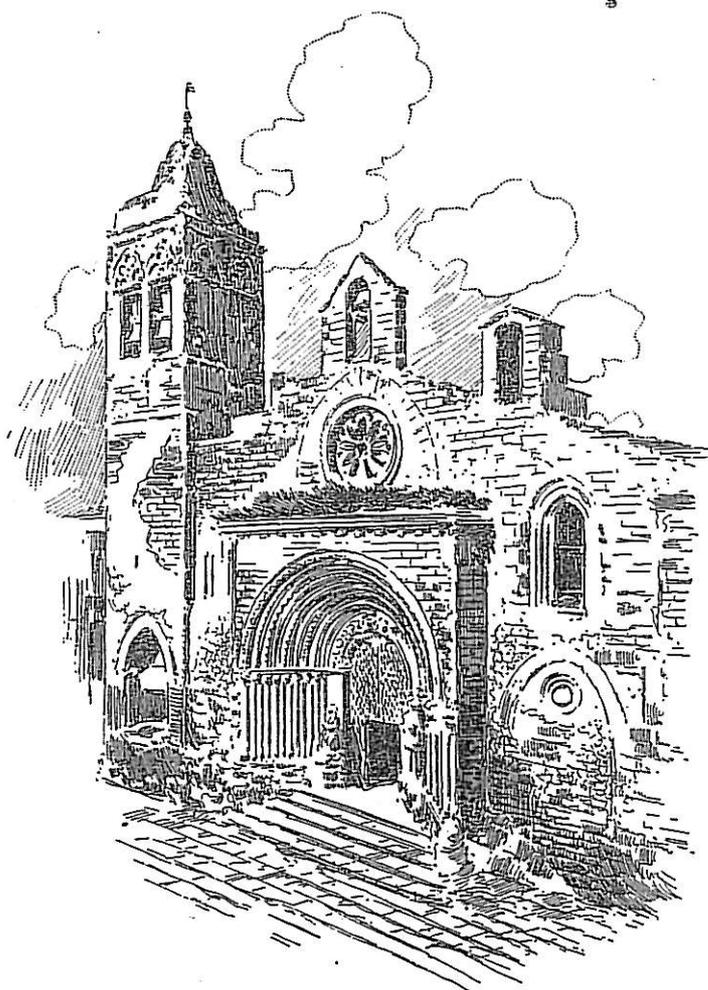
Como la disculpa de Savalls fué considerada por Don Carlos sin fundamento serio, ordenó destituirle y que se le formara sumaria, reemplazándole Castells en el mando, el cual, según dijo, «quedó encargado de dar sepultura á un cadáver, pues no otra cosa era el ejército en aquel entonces».

Entregado por Savalls el mando á Castells, subió á Ripoll á pedir á la Diputación recursos y municiones, dispuesto á fraccionar sus tropas en partidas y volver á la guerra de guerrillas.

Como la Diputación no proporcionase á Savalls lo que había pedido, lleno entonces de ira, atacó á una columna enemiga para obligarla á tirotearle y recoger luego las vainas, como lo hizo, á fin de hacer cartuchos.

Después de cinco horas de combate, recogió 39,000 vainas, que transformó en cartuchos. Mucho hizo Castells con los escasos medios con que contaba por lograr una victoria decisiva, mas sus esfuerzos se estrellaron ante la abrumadora fuerza del enemigo.

Formaban el ejército liberal 59 batallones de línea, 3,000 caballos, 3 batallones de francos, 12 tercios de rondas volantes, un batallón de ingenieros, un regimiento de artillería de á pie y 68 piezas. Daban estas fuerzas un contingente de 53,000 hombres.

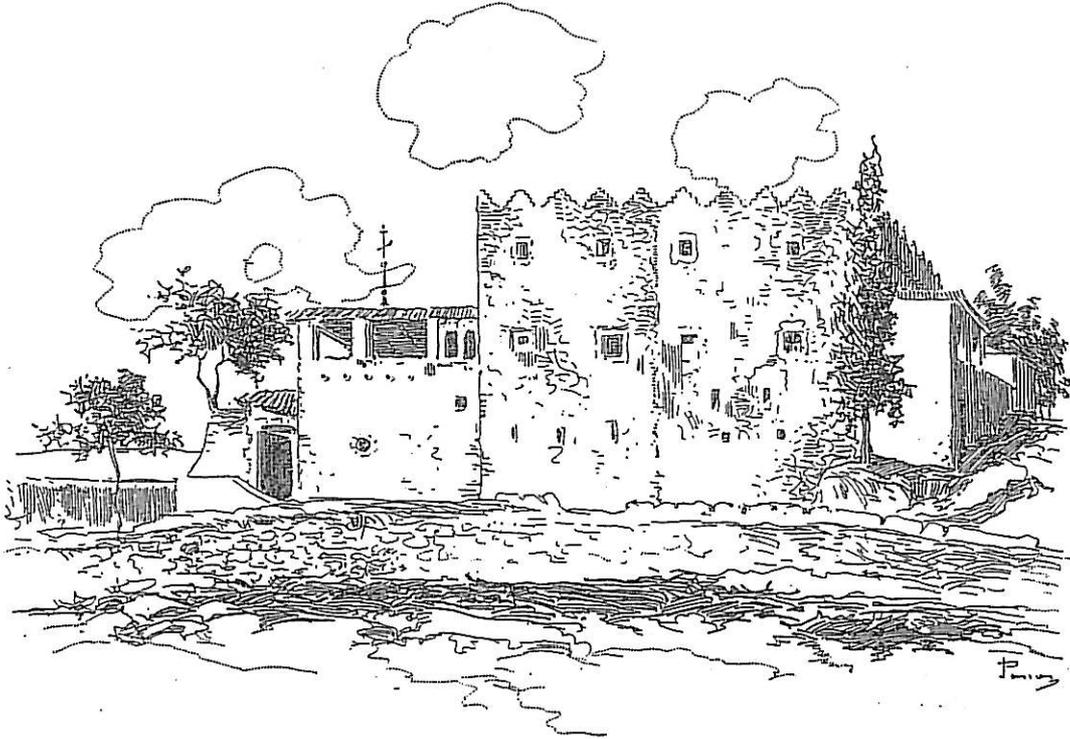


CATALUÑA — (Agramunt). Iglesia parroquial.

No obstante, Castells presentó batalla á Jovellar, esperándole en las terribles posiciones de Oliana; pero no aceptada por Jovellar, atacó entonces Castells, en Agramunt, á parte de la brigada de Eurile, haciéndole 114 prisioneros.

En la Pobla de Lillet obligó por sorpresa á rendirse á 125 militares.

Se empeñaron otras varias acciones, mereciendo citarse las de la Nau, Montesquiu y la Sellera.



Castillo de Montesquiu, donde encerraban los carlistas á los prisioneros del ejército de Cataluña.

Ordenó Martínez Campos, que ya había distribuído convenientemente sus fuerzas, fortificar y guarnicionar á Ripoll, Solsona, Tremp, Calaf, el desfiladero de Casa Massana, Martorell, Besalú, Bañolas, Aines y otras muchas poblaciones, á cual más estratégicas.

Las guarniciones de los puntos fortificados hacían salidas á 4 y 5 leguas de distancia, dominando el país.

Se armó á los liberales del Ampurdán y de la marina, y moviéndose en una y otra dirección, las columnas no daban punto de reposo al enemigo. Así Martínez Campos pudo presentarse de improviso con sólo su escolta y Estado Mayor en poblaciones dominadas antes por los carlistas.

Verdad que el más formidable enemigo de los secuaces de Don Carlos lo constituían sus divisiones y desconfianzas. Faltaba fe en los jefes, y la palabra ¡traición! repetíanla todos los labios.

Debido á esto aumentaron las deserciones. En los meses de Agosto y Septiembre se presentaron á indulto 2,891 voluntarios carlistas.

A consecuencia de esta descomposición, las fuerzas de Dorregaray se desbandaban.

Había ido Dorregaray á Cataluña por ser arriesgada la vida de los suyos en el Centro, no sólo por operar en combinación contra Martínez Campos y Jovellar, sino por lo que ya hemos anotado, su carencia de armamento y municiones y tener que vivir sobre un país exhausto de medios para sostenerle.

Don Carlos, por otra parte, no podía tampoco auxiliarles, y otro tanto les sucedía á las diferentes Juntas carlistas, cuyos recursos eran cada vez menores.

A una ó varias partidas sueltas les hubiera sido fácil vivir, pero no á un ejército de 13,000 hombres como el de Dorregaray, que precisaba á diario muchos miles de raciones para su subsistencia, aparte de los haberes correspondientes.

Vista su situación, pensó Dorregaray marchar á las Provincias y reunió en consulta Junta de generales y jefes.

Boet y algún otro expusieron el efecto moral que semejante determinación produciría entre los voluntarios, nada dispuestos á abandonar un país que conocían al detalle y donde los más de ellos tenían familias y amigos.

No prevaleció este consejo, así que Dorregaray, acompañado de Gamundi y Boet con las fuerzas valencianas y aragonesas, de Alvarez con las del Maestrazgo y de Adelantado con las de Valencia, pasó el Ebro por Caspe y penetró el 3 de Julio en el Alto Aragón.

Para convencer á su gente, hizola creer Dorregaray que aquella operación tenía por objeto librarse de Jovellar, el cual días antes, avanzando por Castellón, los había empujado hacia el Ebro, donde Martínez Campos se hallaba en acecho, librándose la batalla de Monlleó en las cercanías de Villahermosa, y de la cual salieron derrotados los carlistas.

«Vamos, dijo Dorregaray á su gente, á reunirnos con los nuestros del Norte, armarnos y municionarnos allí y volver por la provincia de Soria al Centro.»

Para mejor disfrazar su propósito, llegó á Sariñena, destruyó el ferrocarril de Zaragoza y entró en Barbastro y no siguió á Huesca por haberle cerrado el paso Delatre; retrocedió hacia Cataluña, pasó el Segre, y el 13 de Julio entró en la provincia do Lérida.

Del lado de Dorregaray se separó entonces el cabecilla Agramunt, con un batallón y un escuadrón de la brigada de Gandesa, y esquivando el encuentro con los liberales entró en Navarra sin perder un hombre, burlando así á Quesada.

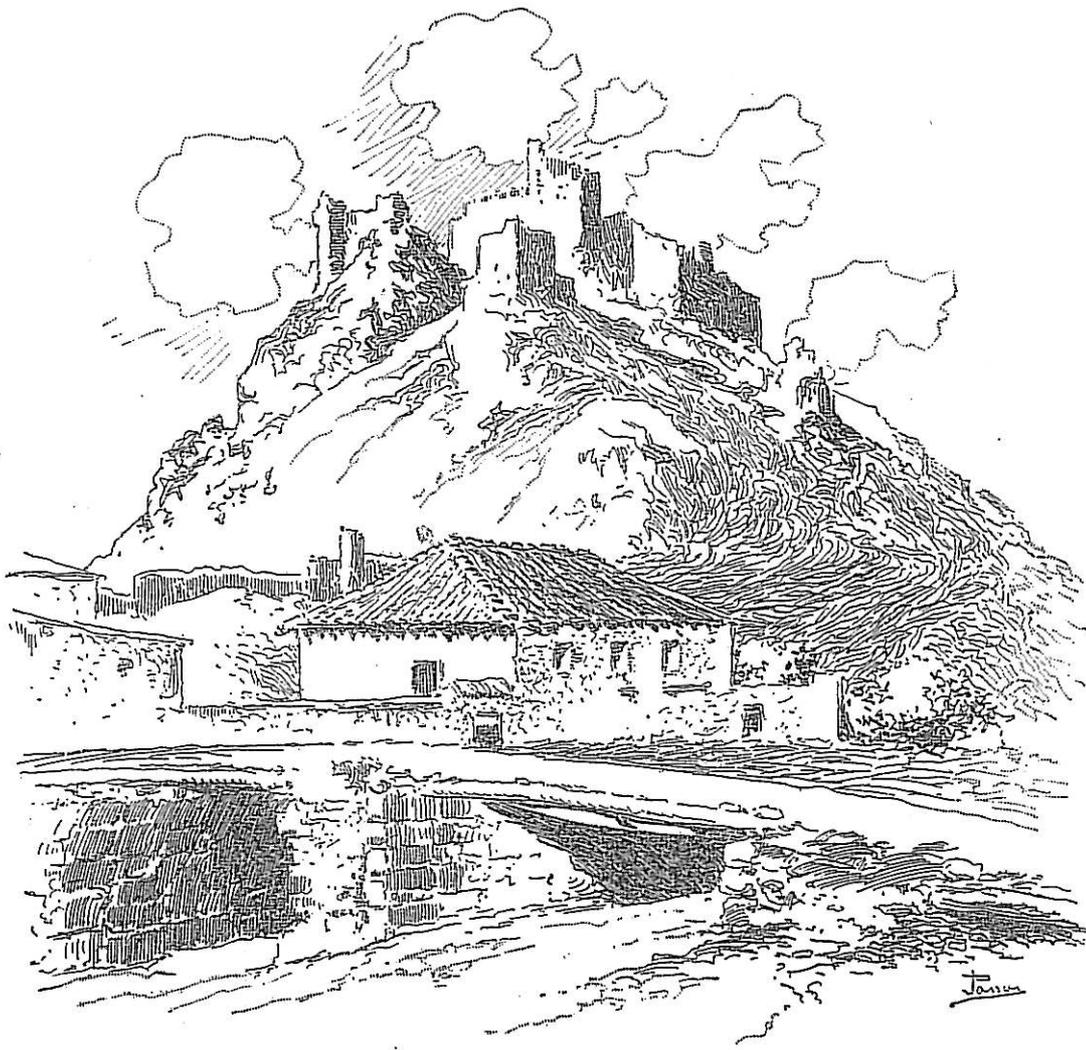
Creó Dorregaray al entrar en Cataluña que sus correligionarios le facilitarían recursos para llegar al Norte, pero se engañó.

Bien pronto le hizo ver la realidad el escaso afecto que Savalls le profesaba, quien desoyó las órdenes de Don Carlos, que le había escrito el 26 de Junio:

«Sobre mi leal ejército del Centro han caído numerosas fuerzas enemigas con ánimo de aniquilarle. Es necesario, pues, apoyarle decidida y eficazmente, y al efecto es mi deseo, que inmediatamente marches sobre las fuerzas de Martínez Campos con todas las que tú puedes disponer después de cubiertas las primeras

y absolutas necesidades del servicio en esas provincias de tu mando. Tu acción no debe limitarse á seguir los movimientos de aquél; sino que debe extenderse á ayudarle, aun pasando al Centro si fuere preciso...»

Como Savalls era hábil, procuró ocultar su desafecto por Dorregaray, diciendo en la orden del día de 25 de Julio, al tener noticia de haber pasado el Ebro las



SORIA — Castillo de Osma.

fuerzas del Centro, «que aquella operación se hacía para desbaratar los planes de Jovellar y comparsa; que como buenos carlistas pelearian juntos hasta derramar la última gota de su sangre; que aguardaba al enemigo con la punta de las bayonetas, esperando por la intercesión divina una victoria completa, pues la guerra era santa y justa y debía gritarse: ¡vencer ó morir!»

Mas si de esta suerte se expresaba en público, decía en privado, contestando á cartas de Dorregaray:

«Es materialmente imposible que los dos ejércitos podamos vivir en este Principado, teniendo en cuenta la falta de municiones, que V. E. habrá ya notado, y que difícilmente se puede remediar.

» Sería una gran satisfacción para mí poder tener al valiente ejército del Centro á mi lado, con el cual de seguro batiríamos al enemigo, á no ser por la falta mencionada; pero, amigo, tal como estamos, si permanecemos juntos, temo un desastre que puede ser fatal para la causa que defendemos.

» Referente á lo que me dice de los 2,000 fusiles, como no existen, al menos que yo sepa, es imposible entregárselos. »

Convencido Dorregaray de que no podía contar con Savalls y abandonado por lo tanto á sus propias fuerzas, dióse á correr Cataluña, limitada su libertad de acción por el perseguimiento de que fué objeto.

Marchó á Solsona, y desde allí, por cerca de Calaf, se encaminó por Pino al santuario del Milagro, donde se pusieron á las órdenes de Savalls las divisiones del Maestrazgo y Valencia.

A las de Castells se puso la división de Aragón con el cuartel general.

Por no estimar Savalls conveniente la aglomeración de tantos hombres en el santuario, tomaron á Solsona, y tras de algunos encuentros con la columna de Weyler y otras fuerzas pasaron á la provincia de Gerona.

En una de aquellas marchas desertó el cabecilla Cucala. Días más tarde hicieron lo mismo el hijo menor del citado cabecilla, seguido de 20 jinetes, el factor Andreu, que se llevó consigo bastante dinero, y varios otros carlistas de menos renombre.

Puso de manifiesto esta traición que los trabajos de seducción emprendidos ha tiempo por el Gobierno y Martínez Campos iban dando sus frutos.

A pesar de tales ejemplos de deslealtad, aquellas masas carlistas, llenas de fe y de abnegación, seguían adictas á su bandera sin que la desnudez, el hambre y otras vicisitudes fueran suficientes á quebrantar su entusiasmo.

Llenos de entereza, soportaron hasta descalzos marchas peligrosas y penosísimas, y extraviados á veces por pérfidos ó torpes guías, se internaron en Francia, donde bien á su pesar hubieron de entregarse á las autoridades francesas, que á ello les intimaron, más solícitas con el Gobierno de Don Alfonso, que con los de la República.

Uno de aquellos traidorzuelos, el cabecilla Arbolero, pagó con la vida su deslealtad.

Francia, en tanto, había consentido que tropas españolas marcharan por su territorio para poder con mayor facilidad presentarse ante el enemigo y batirle donde le conviniese.

Todo era, pues, confusión y desorden en el ejército de Cataluña, sobre la cual había acumulado el Gobierno las tropas del Centro, libre ya de ese cuidado, haciendo así imposible la vida de los carlistas en la región catalana.

Llegada la hora de la disolución, las fuerzas que habían operado en el Centro tuvieron por precisión que desbandarse.

Renegando del instante en que abandonaron las comarcas, donde durante tantos meses subsistieron, del que allí les condujo y de sus correligionarios de Cata-

luña por el poco eficaz auxilio que les habían prestado, muchos de los que componían el ejército de Dorregaray aceptaron el indulto ofrecido por el Gobierno; pero los más de ellos prefirieron emigrar antes que reconocer por su legítimo Rey á Don Alfonso.

Dorregaray marchó al Norte; Adelantado, muy enfermo, pasó á Francia; Alvarez quedó en Camprodón, lugar de asilo, á curarse una herida; y á la vez que estos generales, se separaron del ejército muchos subalternos.

Las divisiones de Valencia, el Maestrazgo y la de caballería se encaminaron al Alto Aragón por la provincia de Huesca, á fin de internarse en Navarra.

Perseguidos de cerca por los liberales viéronse en grave aprieto, hasta que empujados hacia el Pirineo internáronse en Francia.

Solamente Boet, ostentando excelentes cualidades militares, se sostuvo con sus batallones aragoneses hasta fines de Octubre; pero al cabo hubo de penetrar con los suyos en la vecina república, no sin haber efectuado hábiles movimientos y sostenido varios combates.

Antes de acogerse á indulto, prefirieron aquellos valientes aragoneses la triste suerte de la emigración. Era cada vez, por lo tanto, más crítica la situación de Castells.

Sin embargo, había hecho frente á Chacón en el puente de Miralles, cerca de Berga.

Acosado por varias columnas, tuvo por necesidad que dividir sus fuerzas, esquivar los encuentros para unir sus tropas con oportunidad y caer de improviso sobre los liberales, como lo hizo el 20 de Octubre en Espinalvet, atacando al batallón de América y destrozándole.

En otra sorpresa, en la Poble de Lillet, obligó á rendirse á más de un centenar de hombres de la reserva de Barcelona.

No eran estos triunfos suficientes á evitar la muerte del carlismo.

Presentábanse á indulto muchos jefes, emigraban otros, siendo el dinero repartido en fuertes cantidades por los agentes del Gobierno, el más poderoso auxiliar de la descomposición de las huestes del Pretendiente.

La Diputación expuso á Don Carlos la triste situación que allí se atravesaba, situación que se hizo aún más crítica á consecuencia del somatén general que dispuso Martínez Campos, y al que concurrieron casi todos los pueblos de Cataluña, cansados de una lucha que les aniquilaba y empobrecía.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo Castells en contra del somatén general y vanas sus amenazas de fusilar al que le dispusiese en cada pueblo. Abandonado á sus escasos medios, muy mermada su gente y falto del apoyo de los pueblos, vióse obligado Castells á penetrar en Francia, acompañado de Moore y algún otro.

Así pudo anunciar, el 19 de Noviembre, Martínez Campos, la conclusión de la guerra civil en el antiguo Principado, diciendo en una alocución:

« Hemos llegado á la paz, haciendo una guerra de nación civilizada, como prometí en mi alocución de 5 de Enero.



Martín Miret.

» Reportemos las ventajas que nos promete el porvenir, siendo cuerdos y olvidando que hemos estado divididos, y de este modo la esforzada Cataluña, dedicando toda su actividad, todos sus esfuerzos á la unión, á la industria y á la agricultura, volverá á ocupar el puesto á que tiene derecho; volverá á ser uno de los primeros pueblos del mundo...»

No podían el Gobierno restaurador ni el general Martínez Campos vanagloriarse de su triunfo.

La conclusión de la guerra en Cataluña debióse principalmente á los trabajos de seducción, que vertió el oro á manos llenas entre los concupiscentes y los traidores.

Los elementos que había logrado reunir el carlismo eran muy superiores á los de la guerra de los siete años, y si ahora como entonces quedó el carlismo deshonrado, no lo fué por carecer de las altas virtudes de valor, fe y constancia. La masa carlista fué siempre leal; los que no estuvieron á la altura de su misión ó delinquieron, fueron los jefes.

Había que intentar el último esfuerzo para salvar la causa de Cataluña, y en el Centro, y á este fin, con más ilusiones que conocimiento exacto de lo que sucedía, confirió Don Carlos plenos poderes á Tristany, Marco, Segarra y Boet. Pronto, sin embargo, hubieron de convencerse de lo contrario los que alentaban tan engañosas esperanzas.

Al llegar Tristany á Tolosa para entrar en Cataluña, supo que Miret andaba en tratos con Martínez Campos.

Desconfiando Tristany de Miret, nombró comandante general de Barcelona á Vila de Viladrau, que ordenó circular la alocución por Tristany escrita:

«¡Catalanes! Otra vez estoy en medio de vosotros. S. M. el Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado nombrarme capitán general de este Principado, y aquí me tenéis dispuesto á todo, hasta el sacrificio, en aras de la felicidad de la patria.



Vila de Viladrau.

» ¡Catalanes! ¡Mis compañeros de combate, arriba!

» Resuene por valles y montañas el terrible ¡desperta ferro!, que ha sido en todos tiempos el grito de guerra de los esforzados hijos de Cataluña.

» Al grito de ¡desperta ferro! los antiguos almogávares, cuya sangre lleváis, pasearon triunfantes nuestros pendones por el Oriente. Al grito de ¡desperta ferro! nuestros padres destrozaron en las montañas del Bruch el ejército de Napoleón I.

» ¡Desperta ferro! pues, valientes catalanes, y á vencer ó morir por Dios, por la Patria y el Rey.

» Que la Historia no diga nunca, con razón, que los catalanes apetecieron el sosiego cuando España necesitaba su sangre y sus recursos.

» ¿Seréis menos valientes, menos resueltos que nuestros hermanos del Norte?

» Yo, que os he visto en cien combates, sé que á nadie cedéis en valor, abnegación y sufrimiento.

» ¡A la lucha, pues, mis antiguos y valerosos voluntarios! El Rey espera mucho de vosotros. Al lado de su majestad, donde he desempeñado un honroso puesto, he visto el ejército vasco-navarro, grande por su valor, admirable por su organización, sublime por su heroísmo.

» Ese ejército podrá resistir y vencer él solo á la revolución; pero ¿habéis de dejarle toda la gloria? ¡No, y mil veces no! Nosotros debemos formar la vanguardia en la marcha sobre Madrid; nosotros y nuestros hermanos del Centro debemos disputar la gloria del triunfo al ejército del Norte, y á eso vengo.

» Yo he visto al Rey ebrio de entusiasmo en medio de los combates; entonces, volviendo á mí sus ojos, me preguntaba: «¿Son así los catalanes?» Yo le contestaba que sí; vosotros debéis demostrarle que no le engañaba.

» ¡A las armas, pues, catalanes! A las armas, y que no caigan de vuestras manos hasta ver al Rey en el trono de sus antepasados.

» Así lo espera vuestro capitán general y paisano.—RAFAEL TRISTANY.—
Cuartel general de Castellfullit de Boix, 16 de Noviembre de 1875.»

Todo el lirismo de esta proclama no fué suficiente á despertar de nuevo el bélico ardor y entusiasmo de los pueblos. No en vano había hecho ver la realidad á los catalanes la incompatibilidad de las teorías absolutistas con el espíritu político moderno.

Aunque Tristany firmaba su proclama en Castellfullit, no por eso había logrado pasar la frontera. Necesitaba para ello ser auxiliado por algunas partidas, mas el país no respondió á su llamamiento, á pesar de que las circunstancias parecían propicias, por lo castigados que estaban los pueblos, á los cuales se les exigía los cupos correspondientes á las últimas quintas decretadas.

Muchos fueron los sacrificios de todo género hechos por Marco, Boet y Segarra, á fin de renovar la guerra en Aragón, mas sólo lograron formar algunas partidas, que una vez resuelta la cuestión en el Norte se disolvieron por órdenes de sus jefes el 1.º de Marzo de 1876.

Igual fracaso obtuvo la Comisión que se nombró para arbitrar recursos y

levantar partidas en las provincias de Toledo y Ciudad Real, Comisión que presidía el beneficiado de la catedral de Toledo, Victoriano Aguado.

El último de los carlistas en rendir las armas fué el cabecilla Segarra, que dió bastante que hacer á las columnas, á causa de su intrepidez y arrojo en los combates. Tenían razón los carlistas en culpar de la disolución del ejército del Centro á Dorregaray, por haberse obstinado en dejar aquellas comarcas, sin comprender que todo ambiente nuevo le había de ser desfavorable.

Había luchado hasta entonces con todo género de vicisitudes y consiguió vencerlas, pues los trabajos de seducción empleados por Quesada no dieron resultado alguno. Tampoco hizo nada de provecho don Rafael Echagüe al substituir el 27 de Febrero á Quesada, ya que su circular ordenando que las familias de los individuos que perteneciendo al reemplazo de entonces sirvieran en las filas del Pretendiente pagasen una multa de 2,000 pesetas por mozo, y en su defecto los pueblos de su naturaleza, no restó un solo hombre á las filas carlistas.

Si Echagüe fué para Dorregaray un enemigo de quien tuvo poco que temer, menos pudo importarle aún don Manuel Lassala, substituto de Echagüe.

Bajo el mando de Lassala se libró la importante acción entre Alcora y Lucena.

Componían las fuerzas liberales las brigadas Montenegro, Chacón y Morales; mandaba los carlistas Dorregaray.



Batiéronse con arrojo ambos contendientes, dándose y sosteniéndose repetidas cargas á la bayoneta, y si de la lucha se originó la dispersión de algunas fuerzas carlistas, terminó el combate sin ventaja para los liberales, por haberse retirado del campo de batalla.

Sobre 600 bajas, entre muertos y heridos, tuvieron ambos ejércitos.

Dorregaray se atribuyó la victoria, cuando dijo á los suyos en una orden del día:

«Ya estaréis convencidos de que la organización que os he dado y los jefes que os dirigen son causa de que siempre vayáis á la victoria.»

Por su parte, Montenegro dijo ser suyo el triunfo.

Al dar cuenta Dorregaray á Don Carlos del hecho de armas referido, decía:

«Cuento nada más que con 1,500 hombres, y como 500 tienen fusiles Berdan, para los que no hay un solo cartucho, de aquí que no hayan podido entrar en fuego más que 1,000 hombres, la mayor parte con fusiles lisos y miniés, y habiendo escasez de municiones.»

En otra comunicación, añadía:

«Si se me mandan 10,000 fusiles, respondo con mi cabeza que dentro de mes y medio estoy en Madrid...»

Este y otros hechos de armas favorables á su causa debieran haber hecho comprender á Dorregaray que no era tan crítica su situación como supuso é hizo creer á los suyos.

Si por acaso temió la defección de algunos de los jefes de su ejército, sugestionados por los ofrecimientos de los agentes del Gobierno y el ejemplo de Cabrera, tuvo en cambio fehacientes pruebas de lealtad de los más importantes cabecillas, tales como Gaminde, Alvarez, Oliver y tantos otros cabreristas, que no sólo hicieron en público protesta de fe á la causa, sino que hasta enviaron á Don Carlos las cartas que para convencerles les escribieran los agentes alfonsinos.

El ejemplar escarmiento que hizo Dorregaray, el 6 de Mayo, en las personas de los cabecillas Joaquín Codina y Manuel Monet, acusados del delito de traidores, debiera por otra parte haber calmado sus recelos.

Así, pues, no se explica satisfactoriamente el empeño de Dorregaray de dejar libre el campo á su enemigo, cuando la única dificultad que se oponía á su permanencia en aquellas comarcas, que era la falta de municiones, había de encontrarla con creces donde quiera se dirigiese, pues ese y no otro fué siempre el problema capital del carlismo, nunca resuelto.

* * *

La dura lección recibida en Lácar hizo permanecer á la defensiva al ejército liberal del Norte.

Verdad que los carlistas, con haber sido los vencedores, hicieron lo propio.

No hallándose conformes los generales La Serna y Ruiz Dana, con el acuerdo tomado por sus compañeros en el Consejo celebrado en Puente la Reina, presentaron la dimisión de sus cargos, que fué aceptada por el Gobierno.

Reemplazó á La Serna don Genaro Quesada, que mandaba á la sazón el ejército del Centro.

Como Terreros no aceptó el cargo de jefe de Estado Mayor, ocupó ese puesto el general O'Ryan, tras de una breve interinidad del brigadier Asin.

Substituyó Bassols á Moriones. El mando del segundo cuerpo se confirió al general Echavarría y á Loma el tercero. Al general Despujol se le ordenó marchar al Centro.

El plan de Quesada redujose por entonces á estar á la defensiva y fortificar su línea, en cuyo trabajo se ocuparon también los secuaces del Pretendiente.

Tanto liberales como carlistas, procuraron impedirse mutuamente los trabajos de fortificación, cañoneándose ambos ejércitos y tiroteándose las avanzadas. El soldado se movía sólo para conducir convoyes, ó en los relevos de fuerzas é instrucción.

Componíase el ejército del Norte, al hacerse cargo del mando Quesada, de 96 batallones, de los que 51 eran de línea; 10 de cazadores, 13 de reserva y 22 de provinciales.

La caballería sumaba ocho regimientos, 14 baterías montadas, 6 de montaña, 21 compañías de ingenieros y algunas fuerzas irregulares, como las contraguerrillas de Navarra, la de Miranda, la de Mena, los Forales de Vizcaya, los miqueletes de Guipúzcoa y la guardia civil y carabineros.

Constaban los batallones de 1,100 plazas y 950 fusiles los de línea y reserva; de 1,200 plazas y 1,500 fusiles los de cazadores, hallándose todos ellos con el completo de su fuerza.

Era el total, pues, del ejército de 96,000 infantes, 4,000 caballos y 120 piezas.

El carlista reunía 2,602 generales, jefes y oficiales; 30,794 individuos de la clase de tropa. Incluyendo la Administración y Sanidad Militar, clero castrense, cuerpo jurídico y Veterinario, sumaba 33,860 hombres, 1,808 caballos y 794 mulos. La artillería tenía un servicio de 85 piezas. La fuerza de



O'Ryan.



José Ignacio Echavarría.

la división de Castilla, que operaba también en las Provincias, se componía de un batallón de Guías, y de los batallones del Cid, Arlanzón, Burgos, Cruzados y Palencia y un regimiento de caballería, arrojando un total de 355 individuos de las clases de jefes á cadetes inclusive; el de tropa de 3,057 y 456 caballos.

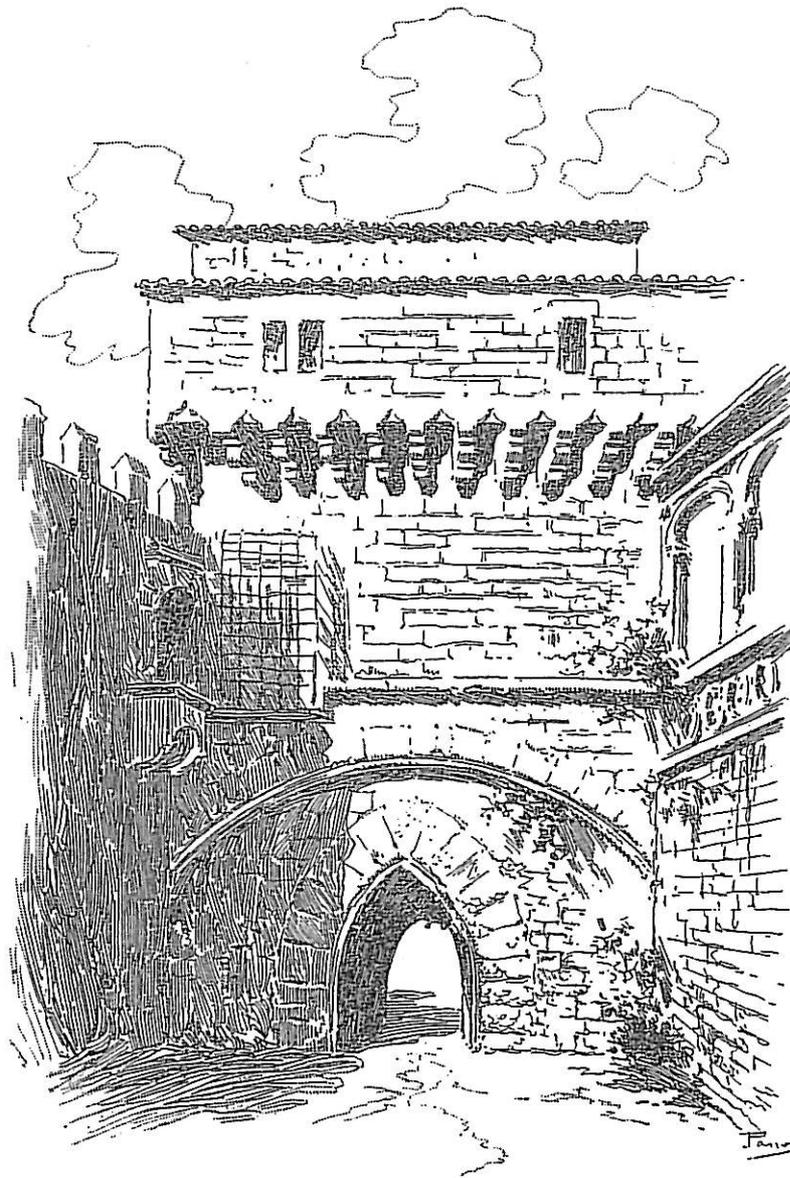
La diferencia más apreciable de estos datos no estaba precisamente en el número comparativo de ambos ejércitos, sino en el armamento y municiones; pues

mientras á los liberales les era fácil aprovisionarse de municiones por ser de un mismo modelo su armamento, el de los carlistas era, en cambio, de distintos calibres y sistemas, lo cual colocaba al ejército del Pretendiente en manifiesta inferioridad con respecto á su enemigo.

Al numeroso y bien preparado ejército liberal había que agregar los mozos de positivo ingreso que produjo la quinta de aquel año, que ascendió á 40,000 hombres.

Después de una salida para revistar sus tropas, regresó Quesada á Tafalla, desde donde conferenció con el ministro de la Guerra.

Aconsejó éste á Quesada, que reforzara el cuerpo del general Villegas, mas habiéndole preguntado Quesada si creía conveniente que abandonara su línea, respondió el ministro que en ningún caso convenía que dejara las posiciones de Esquinza, Puente la



Tafalla. — Torreón de entrada del Palacio.

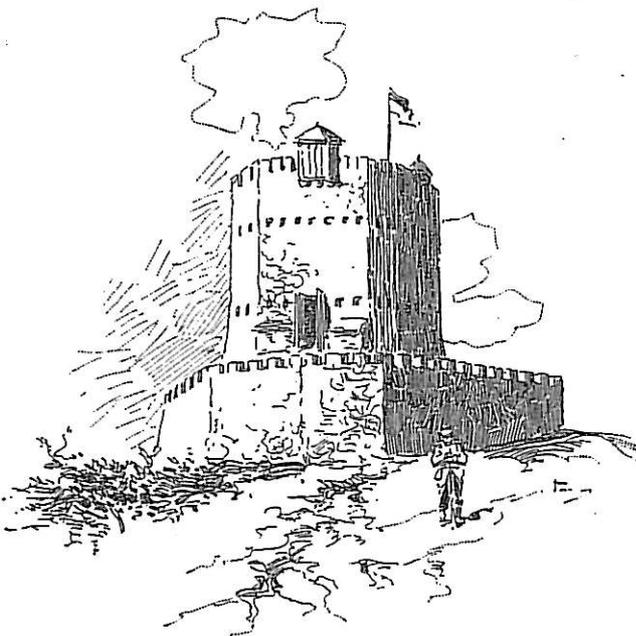
Reina y Añorbe; así que el general en jefe ni mandó refuerzos á Villegas ni acudió á formar una columna en Miranda, según se lo aconsejara el ministro, alarmado con la noticia de que los carlistas iban á tomar la ofensiva.

Después de esto, pasó Quesada á Madrid á conferenciar con el Gobierno. Volvió á poco al Norte con el encargo de fortificar, no ya las tres posiciones indicadas en la conferencia por el ministro, sino la sierra del Perdón, Mendigorria, Oteiza y otros puntos, hasta el número de diez y siete.

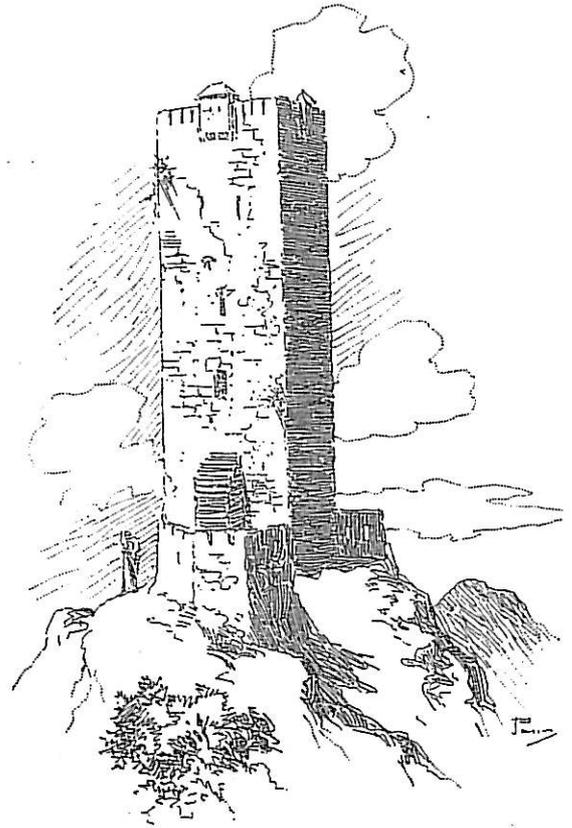
A este fin, dispuso que los parques de Burgos y Pamplona enviasesen los útiles precisos; ordenó que el de de Zaragoza construyera un blockaus y que de Tudela, Palencia y Madrid, le mandaran clavazón y madera y pipas para agua.

Pidió también ingenieros civiles para construir los algibes necesarios. Se hizo por contrata, con 332 carros; mandó construir caminos y acopió víveres, nombrando, por último, una Comisión facultativa encargada de estudiar la dotación que se había de poner en los fuertes.

Componía el artillado del puerto Eolo, un cañón de 16 centímetros y 2 de á 12, con 200 disparos por pieza. Lo guarnecía un oficial, 16 artilleros y 2 compañías de infantería, con 100,000 cartuchos de fusil, á la orden del gobernador, que tenía telégrafo y 4 telegrafistas para comunicar con los demás fuertes. Había agua, leña y ración en los depósitos para 30 días; un sanitario con su botiquín para la asistencia facultativa y autorización para castigar á los pueblos limítrofes si por acaso excusaran el diario racionamiento á la guarnición.



Torreón de Tuyo en la línea militar de Miranda de Ebro á Vitoria.



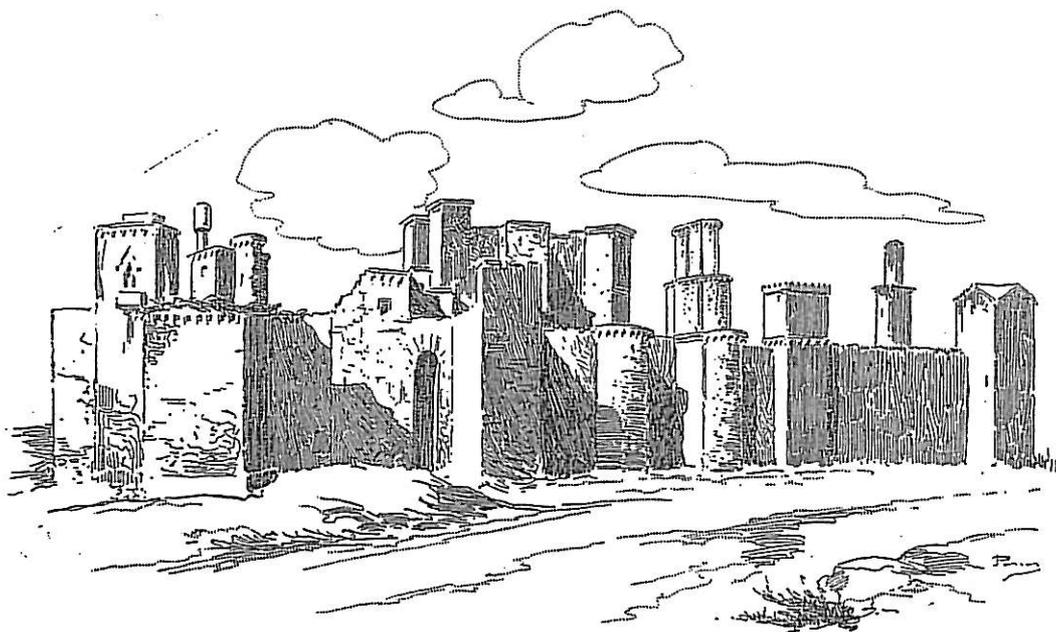
Torreón del castillo en la línea militar de Miranda de Ebro á Vitoria.

En esta ordenada previsión se gastó grandes sumas, y como por otra parte la construcción de los fortines exigía trabajos extraordinarios, pues sólo la reparación de los daños causados por las lluvias reclamaba continuas reposiciones, los hospitales llenáronse de enfermos, mientras el soldado se desmoralizaba á causa de aquella inmovilidad enervante.

La de las posiciones conquistadas exigía mucha tropa. A los 32 batallones extendidos desde la Costa á Navarra, ocupados en guarniciones, hubo que agregar otros 8 batallones, restados del primero y segundo cuerpo de ejército y 28 piezas de gran calibre para defensa de las fortificaciones construidas.

Habiase calculado que los trabajos de

fortificación no se terminarían hasta el mes de Julio, por lo que las operaciones durante todo aquel tiempo redujéronse á combates sin importancia, promovidos las más de las veces por la necesidad de los forrageos y aprovisionamientos consiguientes.



NAVARRA — Castillo de Olite, ocupado por tropas de la nación.

Una de aquellas operaciones se redujo á enviar una brigada á Lorca, que, no hallando al anemigo, cargó las acémilas de sacos de trigo y tejas, por lo que el genio burlón del pueblo calificó aquella operación de *Batalla de las tejas*.

Los procedimientos de atracción que había acordado el Gobierno eran bien manifiestos.

A fin de contrarrestar Mendiri los efectos del tributo impuesto á los pueblos y familias que tuvieran voluntarios en la facción, se le ocurrió imponer el mismo tributo á las familias que tuvieran individuos de su seno en el ejército liberal.

Sabedor Quesada de lo que Mendiri proyectaba, pactó con el jefe carlista la supresión de ese tributo.

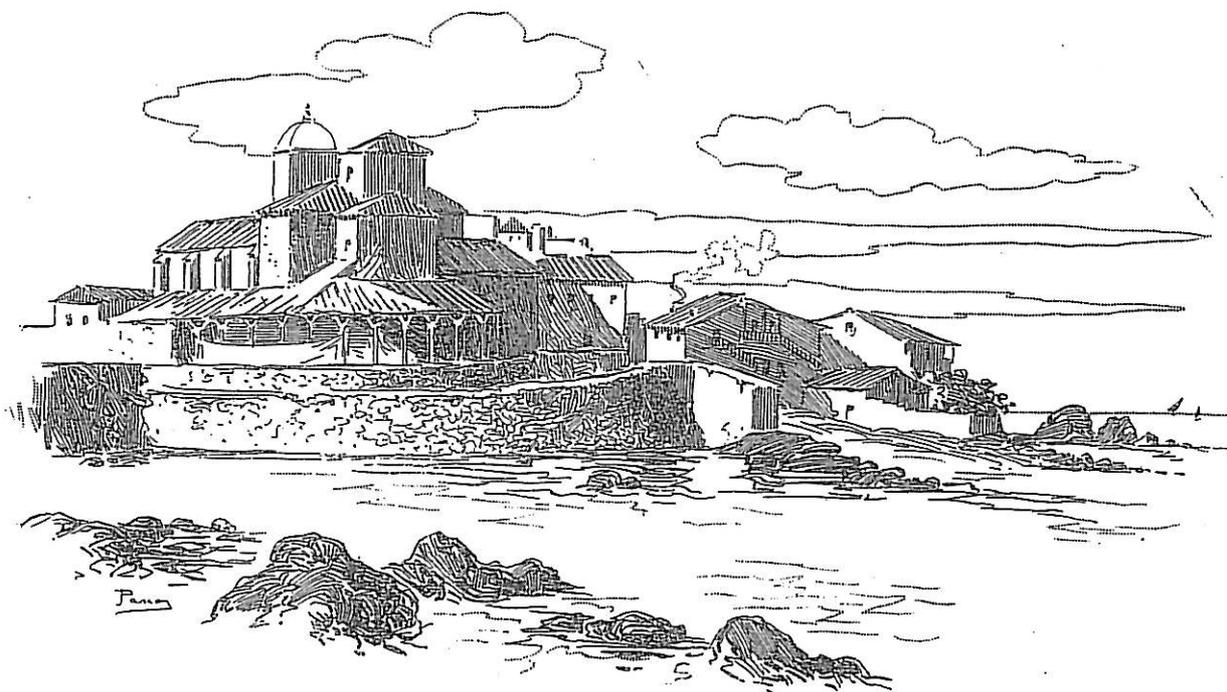
En este pacto se comprometieron también ambos generales á respetar el libre tráfico de personas y productos del país. Y si bien esta medida humanizó un tanto la guerra, tuvo en cambio el inconveniente de mejorar la situación de los carlistas, para quienes dejaron las líneas enemigas de ser obstáculo en lo relativo á aprovisionamientos y confidencias.

Otra de las medidas adoptadas, y que favoreció mucho á los secuaces del Pretendiente, fué la relativa á otorgar permiso á guipuzcoanos y vizcaínos para que pudiesen pescar libremente en sus costas, con lo cual se aseguraba la subsistencia de las facciones.

También, á semejanza de lo hecho por Martínez Campos en Cataluña, se

ofrecieron gratificaciones variables entre cuatro y treinta duros á los voluntarios carlistas que abandonando sus filas se presentasen solos con armas y caballos.

A la vez se levantó la pena de destino á Ultramar á los desertores y se concedió un tercio de paga á los oficiales carlistas que reconocieran á Don Alfonso. Esta concesión se hizo extensiva con el haber de media paga del empleo que



VIZCAYA — Vista de Santurce.

dijeran tener á cuantos jefes ú oficiales carlistas se presentaran, y el abono de un jornal seguro á los soldados.

Llegó á ser tal la condescendencia de Quesada para con los carlistas, que Mendiri no tuvo inconveniente en oficiar al jefe liberal pidiéndole que cesara el cañoneo de las villas de Cirauqui, Artazu y Villatuerta, por ser poblaciones indefensas y no entrar en el ánimo de los carlistas defenderlas, y además, porque ello interrumpía la libre circulación acordada.

Pareciendo duro á Quesada el bombardeo, acordó el bloque de la costa, y justamente cuando se establecía ó cruzaban al menos las aguas de Vizcaya y Guipúzcoa los buques de guerra, se llevó á cabo en Bermeo un nuevo desembarco de 2,000 fusiles de aguja, 4 cañones, sables, cartuchos y otros efectos.

Servía por este tiempo como auxiliar del ejército liberal de Navarra el esforzado don Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, al mando de una contraguerrilla, formada por don Tirso á consecuencia de un hecho inaudito, realizado por los carlistas en Estella.

Inspiraba á Lacalle un sentimiento de irreconciliable aversión contra los partidarios del absolutismo, así que, en cuantas ocasiones pudo, sentó con dureza la mano sobre sus enemigos.

Los carlistas, por su parte, siguieron idéntico procedimiento, resultando de ello una guerra despiadada y sin cuartel entre los dos bandos.

La noche del 29 de Mayo, sorprendió el *Cojo de Cirauqui* en San Martín de Unx á un sargento y diez soldados carlistas, que hallaron la muerte en lucha noble y franca.

Como el rencor entre contraguerrilleros y carlistas era mucho, corrió la especie de que el *Cojo* había sorprendido indefensos á aquellos once voluntarios y los había asesinado.

Negó Lacalle el supuesto, mas los carlistas decidieron tomar venganza, fusilando once inocentes prisioneros, ajenos en un todo á la contienda.

Reclamó Quesada; exigieronle los carlistas, como base para negociar, la inmediata entrega del *Cojo de Cirauqui*, y Quesada les contestó prometiéndoles castigar á los delincuentes si los hubiera, pasando por la humillación de brindarles con la formación de un expediente indagatorio que se instruiría con asistencia de un representante de Don Carlos.

No aceptaron los carlistas, y entonces Mendiri, en obediencia á una orden del Pretendiente, fusiló el 7 de Abril ocho prisioneros de los once sentenciados á igual pena.

A este bárbaro crimen siguió una comunicación á Quesada, diciéndole que hubieran sufrido análoga suerte otros ocho prisioneros más en satisfacción de otros tantos asesinatos cometidos por el *Cojo de Cirauqui*, si Don Carlos no hubiese interpuesto su clemencia.

Previa una larga y minuciosa investigación, quedó al fin demostrado que los once carlistas muertos en San Martín de Unx lo habían sido en buena lid; esto es, defendiéndose de sus enemigos.

En vista de los apremios de la opinión, que clamaba por la paz, y á quien habían pretendido hacer creer los restauradores que la proclamación de Don Alfonso traería al país ese beneficio, resolvió el Consejo de ministros dirigir por sí la guerra, sobre la base del plan acordado en Consejo de generales durante el Gobierno anterior.

A este fin, pidióse á Quesada, el 16 de Abril, un dictamen sobre el plan general de operaciones y el particular de su ejército.

Como retardara Quesada la contestación, le envió Cánovas el 27 del mismo mes un oficial de su secretaría con una carta encareciéndole la pronta respuesta y preguntándole si podía «prometer al Gobierno dar un golpe á los carlistas, para restablecer dentro y fuera de España el prestigio de la monarquía restauradora. Y en caso contrario, si le era posible enviar parte de sus tropas al Centro».

Contestó Quesada en una Memoria, insistiendo en la necesidad de proseguir los trabajos de atrincheramiento, declarando á la vez que los lazos de la disciplina habíanse aflojado un tanto.

«No conviene, añadía en la Memoria, aumentar las fuerzas del ejército del

Norte, pues para tomar la ofensiva con éxito se necesitan refuerzos tan considerables que el gobierno no tiene medios de proporcionarlos.

» Es necesario hacer al enemigo cuanto daño sea posible. Bloqueo absoluto de la costa entre Portugalete y San Sebastián, destruyendo las lanchas é impidiendo la pesca.

» Sistema absoluto de bloqueo por tierra. Aprovechamiento ó quemas constantes de los productos del país en cuanto sea posible, al frente de nuestras líneas.

» Medidas administrativas para echar dentro de las líneas enemigas los deudos y parientes, que estando á espaldas de las nuestras, tienen los hombres validos en el ejército carlista, todo lo cual expongo, hablando con la franqueza de un soldado leal á su patria y á su rey.»

Procuraba Quesada apoyar lo expuesto, consignando en carta particular que la situación del general Blanco en Guipúzcoa hacía imposible se redujeran sus fuerzas; que la del general Loma era tal, que había manifestado su resolución de resignar el mando si se le privaba, según se le indicó, de la brigada Prendergast.

« Mi situación, decía Quesada, no me permite desprenderme de ninguna columna, siéndome por esta causa imposible concurrir á reforzar el ejército del Centro.

» Si se abandona las obras empezadas todo se perderá, y probablemente también la campaña.»

Si el ejército liberal del Norte permanecía en una inacción incompatible con sus poderosos medios, á pesar de la opinión contraria de Quesada, en no menos inactividad hallábanse los carlistas.

No obstante, como se hacía difícil la subsistencia para ellos en las provincias vasco-navarras, donde íbase ya careciendo de todo, la necesidad les impuso una expedición al centro de Castilla la Vieja, á partir de Valmaseda, expedición que había de ser dirigida por Mogroviejo.

Sabedor el general Villegas de lo que se proponían los carlistas, y ante la seguridad de ser acometido por fuerzas considerables, pidió refuerzos á Quesada.

Negóse Quesada á facilitárselos, y entonces Villegas recorrió con idéntica pretensión al ministro.

Reforzada la división Villegas por orden del ministro con 4 batallones de Guipúzcoa y el regimiento de Albuera, acantonado en Burgos, salió Villegas al encuentro de los carlistas, obligándoles á retroceder á Vizcaya.

Igual desfavorable resultado tuvo para los partidarios del absolutismo otro intento de expedición detenida por Loma, que desde Guipúzcoa marchó por mar á Santander, para desde allí unirse con Villegas.

Sin embargo, los carlistas, en la acción de Casada, quedaron árbitros de Sangüesa y Lumbier. También se apoderaron del fuerte de Aspe, con su guarnición, y de algunas otras fortalezas.

El grave mal que por entonces sufría el carlismo consistía en su falta de recur-

soa. No era extraño; las fuerzas vasco-navarras gastaban, según ya queda anotado, más de un millón de pesetas mensuales. Añadiendo los sueldos de altos empleados, generales, correos, telégrafos, hospitales, comisiones, talleres, fábricas, comandancias, etc., exigían en total un gasto de cerca de 22 millones de pesetas al año, que con el coste de municiones, vestuario, calzado y material de guerra, ascendía á 8 millones de pesetas más, lo cual era un gravamen insopor- table para aquellas comarcas, esquilmas por las contribuciones desde hacía 3 años y privadas durante ese período de toda industria y de todo comercio.

Por lo tanto, si los carlistas habían de prolongar la guerra, necesitaban buscar fondos en otra parte, y como ya no los encontraban en el extranjero, de aquí la necesidad de las expediciones á Castilla, que fracasaron.

Tal era la situación del carlismo, á pesar de lo poco que hacían los restaura- dores para extinguirlo.

Así decía Mendiri: «esta guerra de zapa nos mata»; pero, no obstante, debiendo hallar su salvación en la ofensiva, seguía obstinado en permanecer á la defensiva.

Alegaba Mendiri como disculpa de su inactividad la creencia de que el país vería con desagrado el que abandonase sus posiciones, pues enemigo de los libe- rales como era, no querría que su territorio fuese ocupado por sus contrarios.

Entendía, además, que la pérdida de Estella, consecuencia obligada del aban- dono de sus posiciones, humillaría al carlismo ante Europa, que tenía Estella por una plaza inexpugnable.

Apremiado Mendiri por don Carlos para que cesara en su inacción, proyectó varios movimientos, que no se llevaron á cabo, á consecuencia del eterno anta- gonismo entre los jefes, y muy particularmente con Argonz, que reclamaba para sí la gloria de la derrota de los liberales de Lácar.

El fracaso del plan de los cabreristas, puestos á las órdenes del Gobierno para simular defecciones, determinó la llamada á Madrid, con urgencia, del general Quesada.

Creyése por todos que Quesada sería relevado, mas el Gobierno le respetó en su puesto por indicación de Don Alfonso.

Gozaba Quesada de la omnimoda confianza del Monarca, lo cual sirvió para que el Gobierno diese por buena la táctica del general de permanecer á la de- fensiva en el Norte, en contra de lo que la opinión pública reclamaba y de la acerba crítica de gran número de militares.

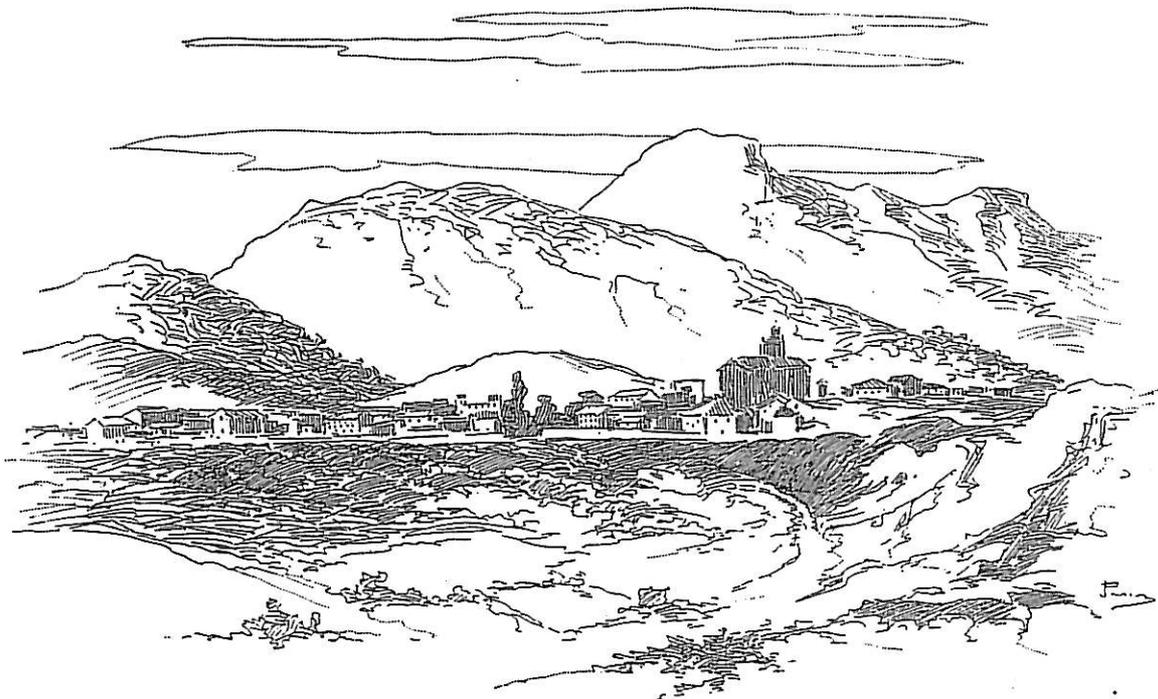
Valido del apoyo de Don Alfonso, pudo Quesada decir al Gobierno:

«Mientras no estén en situación de bastarse á sí propias las obras de defensa de Esquinza y del Arga, no empeñaré combates inútiles para conquistar posicio- nes que habrían de ser abandonadas en seguida. Y añadía: el territorio enemigo es invulnerable por su frente para las fuerzas de que dispongo.»

Durante la interinidad de Loma, por ausencia del general en jefe, las operacio- nes efectuadas por los carlistas les fueron de tal modo ventajosas, que pudieron cañonear impunemente San Sebastián, Guetaria, Pasajes, Fuenterrabía é Irún,

lo que dió motivo á una serie de escaramuzas marítimas y terrestres sin importancia.

Cuando los canjes verificados en el Centro y Norte parecían llevar la guerra por corrientes más humanas, las medidas de extremo rigor adoptadas por el Gobierno, por consejos de Quesada, diéronla un tan marcado carácter de ferocidad y barbarie, que hubimos de ser justamente censurados por el extranjero.



Irún.

Mucho contribuyó también á que tuviese la guerra ese carácter de ferocidad peculiar de toda lucha civil, las recomendaciones de Cabrera que perfiló, con algunos pormenores, las medidas del Gobierno.

Eran éstas declarar sin efecto el convenio relativo al libre tránsito de las carnes, cereales y demás frutos del país.

Se prohibió á los carlistas pescar en el litoral por ellos poseído, y á consecuencia de esta prohibición, el jefe de las fuerzas navales, brigadier Barcáiztegui, facultado por el Gobierno, declaró que todas las embarcaciones de pesca y lanchones dedicados al tráfico, pertenecientes á los pueblos de la costa comprendidos entre Bilbao y Fuenterrabia, serían apresadas, y sus tripulantes considerados como prisioneros de guerra.

En cumplimiento de esta orden, la marina de guerra, cual si no fuese otra su misión, se dió á la tarea de perseguir y aun de cañonear á indefensos pescadores, muriendo sin gloria de un balazo el 26 de Mayo en un reconocimiento practicado sobre Zumaya, Deva y Motrico el brigadier Barcáiztegui, jefe las fuerzas marítimas del Norte.

En vista de lo que acaecía, la diputación carlista de Vizcaya ofició á la de Guipúzcoa excitándola á que exigiese con ella de Don Carlos «la adopción de medidas extremas, rigurosas y categóricas, que obligasen al enemigo á obrar con humanidad y como lo reclaman las leyes de la guerra, haciéndosela sólo á los combatientes y no á los que no luchan con las armas é imponiéndoles por el terror á cesar en ese infame sistema de guerra que inauguran».



V. Sánchez Barcáiztegui.

No se contentó el Gobierno con las medidas relatadas; llevó su sistema hasta el límite máximo de la arbitrariedad, vulnerando los principios fundamentales de toda moderna Constitución política, esto es, el respeto á los bienes de las personas alzadas en armas con el poder constituido.

Así pues, el Gobierno del señor Cánovas, además de desterrar los tachados de carlismo, cualquiera que fuese el lugar donde se hallaren, ordenó embargar los bienes á los que estuviesen en la facción, dictando de paso medidas encaminadas á procurar, por cuantos medios fueran posibles, que las familias de los individuos pertenecientes al

ejército carlista pasaran á vivir á territorios dominados por los suyos, con el fin de hacer de este modo más difícil su sostenimiento.

Estas medidas resultaron aún más inicuas por los procedimientos que para ponerlas en ejecución adoptaron las autoridades inferiores.

Aparte de las vejaciones y atropellos de todo género cometidos contra pacíficos ciudadanos, muchos de los cuales fueron caprichosamente tachados de carlistas, los destierros que se decretaron excedieron de 13,000, y de un millar más la de los embargos hechos.

Los lamentos de las familias carlistas emigradas llevaron á su campo la exasperación, que se tradujo, como era natural, en medidas de rigor análogas á las del Gobierno.

Ordenó Mendiri, en 16 de Junio, el embargo de los bienes de los individuos no afectos á la causa absolutista que radicarán en el país dominado por las fuerzas del Pretendiente, pasando á ser propiedad de las provincias donde existieran; y los que consistían en montes y plantíos, que se explotaran para el corte de maderas y elaboración de carbones, destinándose una parte á la indemnización de los perjuicios causados á las familias carlistas por las medidas del Gobierno, y repartiéndose la otra entre los voluntarios que hubiesen servido con lealtad en el ejército; imponiéndose á los correligionarios que por salvarse del pago de las

contribuciones hubieran reconocido á Don Alfonso, el reintegro á los carlistas fieles del total de las cantidades que por dicho concepto se hubiese pagado por recargos, desperfectos y daños; además de treinta reales por cada día, en concepto de indemnización á los que hubieran estado presos por no haber satisfecho la contribución.

Ordenó á la vez Mendiri que de las comarcas ocupadas por los carlistas se expulsase á igual número de personas ó familias liberales que el Gobierno de Madrid desterrara, ocupándose bienes por el duplo del valor que se tomara á los carlistas, considerándose á los administradores ó compradores de los bienes de los que estuvieran en la facción como ladrones en cuadrilla, que serían fusilados en cuanto fuesen aprehendidos, sin más tiempo que el necesario para prepararse á morir como cristianos.

Eran considerados también como cómplices de robo en cuadrilla cuantos funcionarios judiciales y demás dependientes de la Administración auxiliasen al Gobierno en las medidas dictadas, aplicándose la pena de 200 palos y confiscación de sus bienes.

Encargáronse del cumplimiento de las anteriores disposiciones las partidas volantes.

Considerando el Gobierno de Madrid de poco rigor aún las medidas adoptadas, y queriendo sin duda sobrepujar á los carlistas, mandó que se incendiaran las mieses, salvando á algunas su verdor; que se prendiera á los ayuntamientos y mayores contribuyentes por no satisfacer los pedidos que la Administración militar hacía á los pueblos, ordenándose la incautación de cuantos víveres se hallaren, distribuyéndolos entre las tropas y destruyendo los que sobraran.

Se ordenó, además, que fuesen entregados á los tribunales de justicia, como reos contra la propiedad, los que adquiriesen por sí ó por tercera persona, ó tomasen parte en las ventas de bienes confiscados por los carlistas, decretándose la expatriación de cuantos tuviesen á su padre ó hijos en las facciones.

De aquí que *El Cuartel Real*, periódico oficial de Don Carlos, dijese:

«Se nos ocurre que á virtud del decreto de 29 de Junio, Don Alfonso debía ser expulsado de Madrid, por tener parientes en las filas carlistas; y la Infanta Doña Isabel, cuñada de S. A. el Conde de Caserta, también debía estar ya entre nosotros por el mismo motivo.»



Don Alfonso de Borbón.
Conde de Caserta.

Era justo el comentario, pues el Gobierno, haciendo de mejor casta á la real familia que á las del resto de los españoles, establecía una enojosa excepción en favor de la primera.

La misma pena de extrañamiento hacíala extensiva el Gobierno á quienes habiendo pertenecido á comités ó Juntas carlistas, no se presentasen en el improrrogable término de 15 días.

Por último, se establecían rehenes por las prisiones que efectuaran los carlistas, destinándose los productos y rentas de los bienes embargados y que se embargasen á indemnizar los daños causados en la localidad ó provincia en que radicasen, y á cubrir otras atenciones.

El general Quesada dictó, por medio de un bando, el 12 de Julio, las reglas precisas para el exacto cumplimiento de las disposiciones acordadas por el Gobierno.

A este propósito confirmó lo prevenido respecto al bloque del país carlista, ordenando la aprehensión de las cosechas recolectadas en el país enemigo, estuvieran ó nó almacenadas.

Y si por acaso se careciese de medios fáciles de transporte, se procediese sin consideración alguna á su inmediata destrucción, á fin de disminuir así los recursos del enemigo.

He aquí los términos de esta disposición:

« Art. 5.º En las excursiones que las tropas de este ejército y contraguerrilleros hagan por país ocupado habitualmente por el enemigo, los jefes dispondrán la recolección de cosechas, estén ó no almacenadas, trasladándolas á pueblos que ocupemos constantemente, para entregarlas á la Administración militar, que con ellas suministrará á las tropas; y cuando no haya medio de trasportarlas, se deben destruir, talar ó quemar, sin consideración alguna, para disminuir los recursos de las fuerzas enemigas, en la inteligencia que si la ejecución de estas medidas generales pudiera en algún caso perjudicar á la defensa de alguna plaza, suspenderán todo procedimiento y me darán cuenta. »

Tan enérgica y viva fué la protesta de los perjudicados en sus particulares intereses por las medidas de referencia, que Don Carlos, haciéndose eco del clamor de los organismos oficiales del partido, dirigió á su primo Don Alfonso la siguiente carta que evidencia en el punto concreto de la manera de hacer la guerra el proceder de carlistas y restauradores.

« Mi querido primo Alfonso: No vacilo en llamarte así, precisamente porque te combato en los campos de batalla, cumpliendo con un deber de conciencia y porque eres, como yo, Borbón.

» Por eso me decido á escribirte, pues no puedo presenciar sin dolor, que lo que no hicieron el duque de Aosta y la república, lo hagas tú, príncipe español y cristiano, ó, por mejor decir, te obligan á hacerlo aquellos mismos que perdieron á tu pobre y bondadosa madre.

» Los que te aman sinceramente se aterrarán al ver que se hace de tu nombre

bandera de desolación; y tú mismo, cuando te encuentres á solas con tu conciencia, te espantarás al considerar que siendo de la raza de Luis XVI, has podido involuntariamente recordar con tus decretos la raza execrable de sus verdugos.

» Como rey y como jefe de nuestra familia en España, debo advertirte que por ese camino tu nombre se mancilla y España se deshonorra. Los que tales actos te aconsejan, con vanas esperanzas de triunfo, te engañan miserablemente. Así no se concluye con nosotros; así brotarán carlistas por todas partes, como brotaban cristianos con la sangre de los mártires.

» Mal conocen á España tus desdichados consejeros. ¿Cuándo los españoles se han dejado dominar por el terror? No llevó tan lejos el desconocimiento de nuestro carácter nacional el príncipe extranjero que también ocupó fugazmente, antes que tú, el trono á que Dios me ha destinado.

» No: no hay en nuestras guerras civiles y extranjeras ejemplo de crueldad semejante. Tú mismo no podrías contemplarlo sin horror.

» Millares de familias arrojadas brutalmente de sus hogares; madres que al ver á sus pequeñuelos arrastrarse penosamente por los campos, con los pies desgarrados, les enseñan á maldecir tu nombre; ancianos enfermos; gentes inermes é inofensivas, vienen aquí á implorar un abrigo y á pedir el pan que los tuyos les han arrebatado.

» Si el ser rey de partido impone esos terribles sacrificios, te compadezco sinceramente. Yo, que he venido á ser rey de todos los españoles, dejo á tus partidarios vivir tranquilamente en mis dominios bajo la egida de la ley común. ¿Por qué te empeñas en obligarme á entrar en el fácil camino de las represalias?

» Recuerda al menos que eres español, y piensa, si puedes, que con tu nombre se ha decretado el robo, el incendio y el saqueo de la Patria, de esta Patria querida, cuyo carácter distintivo es su indomable resistencia á toda tiranía.

» Alfonso: entre el humo de los combates, á la cabeza de un pueblo libre que lucha conmigo por la gloria de España, por sus libertades, por la religión y por mi derecho, tengo absoluta confianza en mi triunfo, porque España no puede perecer entre gobiernos de aventura, y porque el heroísmo de tantos españoles que por mí combaten me garantiza la victoria; pero en todo caso, yo tendré siempre la satisfacción de haber cumplido siempre con mi deber. Mas, ¿qué te sucederá á ti, si después de advertido, no abres los ojos á la luz, ni escuchas la voz de la conciencia y del patriotismo?

» Piensa en Dios, que ha de juzgarnos á todos; piensa en tu nombre, que consignará la historia; piensa en la Patria, que es nuestra madre común.— Tu primo que te quiere, CARLOS. — *Cuartel Real de Tolosa, 21 de Julio de 1875.*»

Mientras carlistas y restauradores olvidaban en su encono hasta las leyes de la guerra, que determinan que para poder apropiarse una cosa por derecho de conquista es menester que esa cosa pertenezca al enemigo, no á las personas que viven en territorio enemigo, el soldado de uno y otro bando, convertido en incendiario por orden de sus jefes, entregábase á inicuas tropelías.

Las tropas organizadas, las partidas volantes ó las cuadrillas de foragidos, seguros de no ser inquietados, talaban los campos, incendiaban las mieses, se apoderaban de las cosechas encerradas en los graneros y abrían en las bodegas las espitas, dejando derramar el vino y los aceites. Era su único propósito el de hacer daño; con este fin corrían campiñas y poblaciones, llevando la ruina por doquiera.

Tienen los carlistas en su abono, para no ser tan acerbamente censurados como Quesada y el Gobierno, el haber adoptado tan inicuo procedimiento para contrarrestar las medidas de rigor de su enemigo.



Así pudo decir un carlista de los de más prestigio entre los suyos á Quesada, en 16 de Agosto:

«¿Qué se propone el Gobierno de Madrid desterrando millares de familias, maltratando á todos los que simpatizan con la causa carlista, embargando y vendiendo sus bienes en pública subasta, incendiando sus hogares y talando sus campos?

»¿Qué se propone usted, mi estimado amigo, sirviendo y apoyando con las armas aquellas medidas extremas, sin ejemplo en los fastos de esta nación hidalga? Concluir la guerra en su favor en un plazo breve. ¡Ah! ¡qué funesto error! Por estos medios, la guerra se prolonga indefinidamente, empobreciendo y

deshonrando á España, y á la larga, el triunfo será de aquel que con más abnegación y constancia soporte los sufrimientos; y en esto, creo que convendrá usted conmigo, nadie aventaja al partido carlista.

» Si todos somos españoles, luchemos noble y esforzadamente cada uno en pro de sus principios, pero quitemos á la guerra el carácter cruel que hoy se le ha dado, escarneciendo todo principio de moral y justicia.

» Nosotros lamentamos hondamente los procedimientos del gobierno de Madrid, y puedo asegurar á usted que ha de costarnos mucho trabajo imitarle.»

No debió ser así, cuando Don Carlos ordenó el 31 de Julio que se expidiese á Pérula la siguiente orden reservada, que pone de manifiesto la vileza de la intención y los procedimientos solapados de que solían valerse los carlistas.

« Completamente autorizado, te digo, que de un modo verbal y por medio de ayudantes de tu confianza, comuniqués las órdenes secretas de que en el combate no haya cuartel; que se maten cuantos enemigos se encuentren. Son facinerosos.

» No publiques en manera alguna la guerra sin cuartel, pero hazla, y únicamente ten consideración con las clases y tropa heridos.

» Esto no excluye las capitulaciones, que se observarán religiosamente; pero en el combate deja sentir todo el rigor de nuestra justa indignación.

» En todos los documentos oficiales firmados por ti, que resalte la generosidad, y se atribuyan los atropellos á causas ajenas á la voluntad decidida de S. M. y la tuya, aparentando en ocasiones determinados castigos, y que aparezca por todos los medios imaginables se procura la guerra humana y civilizada.»

En medio de aquellas inhumanidades que se decretaban, tanto por el Gobierno de Don Alfonso como por orden del Pretendiente, el canje de prisioneros era el único que daba cierto aspecto de guerra civilizada á la contienda.

Con anterioridad á los hechos referidos habían comenzado las conferencias para ver de llegar á convenir los canjes.

Intervinieron en esas conferencias el presbitero don Gonzalo García Guerra y el abogado don Ricardo Font de Mora, comisionados en Septiembre del 74 para discutir el particular con el hermano de Don Carlos, jefe á la sazón del ejército carlista del Centro.

No habiéndose llegado á un acuerdo, el entonces presidente de la Comisión central de abogados para la protección y defensa de presos y prisioneros carlistas, don Luis de Trelles, escribió á Dorregaray pidiéndole no se prescindiese de su intervención en tal asunto; y de vuelta á Madrid, tras varias conferencias, firmó en 18 de Febrero de 1875, como comisionado general de canjes de prisioneros carlistas, un tratado con don Marcelo de Azcárraga, subsecretario del ministerio de la Guerra, en nombre del Gobierno.

Se especificaban en él las reglas que habian de regir en los canjes, ya establecidos de antaño, y realizados conforme á la buena voluntad de los cabecillas y jefes de columna.

Firmado el convenio, se acordó darle cumplimiento, y primero en Valencia y el Maestrazgo, en 4 de Mayo, y luego en Aragón, y en 16 de Junio en el Norte, comenzó á cumplirse con toda regularidad.

Llenábanse las formalidades reuniéndose carlistas y liberales, que las más de las veces fraternizaban sin que por ello perdiera la guerra el carácter de bárbara crueldad, ya anotado.

Censurado Quesada, á la vez que por su inacción por las órdenes que dictara, procuró descargarse de culpas echándolas sobre el Gobierno, lo cual no era justo, pues el Gobierno se atuvo en un todo á cuanto le aconsejara el mismo Quesada.

Así, el Gobierno autorizó al general en jefe para que hiciera sentir al país enemigo el peso de la guerra, haciendo vigoroso el bloqueo, privándole de toda clase de recursos y facultándole en todo caso para entablar negociaciones de paz.

Consignaba el Gobierno en su comunicación, que las presentaciones verificadas con arreglo al convenio de Cabrera y á la Real Orden de 6 de Abril último no habían producido más ventajas que la adhesión de algunos jefes y oficiales, que á nadie habían arrastrado, ni habían ejercido influencia en la manera de hacer la guerra, á pesar de lo cual, muchos de ellos fueron más atendidos por sus servicios especiales para la paz, que otros que constantemente habían sido liberales y derramado su sangre por la libertad.

Autorizaba el Gobierno también á Quesada para ofrecer á los jefes y oficiales que se presentasen con fuerzas aproximadas á sus respectivos empleos, el reconocimiento de sus grados y empleos para cuando terminara la guerra, y mientras tanto la mitad del sueldo que les correspondiera.

En cuanto á los fueros de las provincias exentas, estando dispuestas á depone las armas y á reconocer á Don Alfonso y su Gobierno, podía tratarse con ellos sobre la base de concederles los beneficios del convenio de Vergara, según la ley de 25 de Octubre de 1839, como prenda de paz, dentro de un plazo que no excedería de dos meses desde aquella fecha.

Ningún general en jefe tuvo nunca mayores atribuciones que Quesada, y, sin embargo, fueron notorios sus fracasos, pues en menos de cuatro meses varió de plan de campaña otras tantas veces, á pesar de que siendo Vitoria excelente base de operaciones y dueño él como lo era de San Sebastián y Pamplona, y contando además con formidables medios de acción, no se aventuró á operaciones serias y de casi seguro éxito.

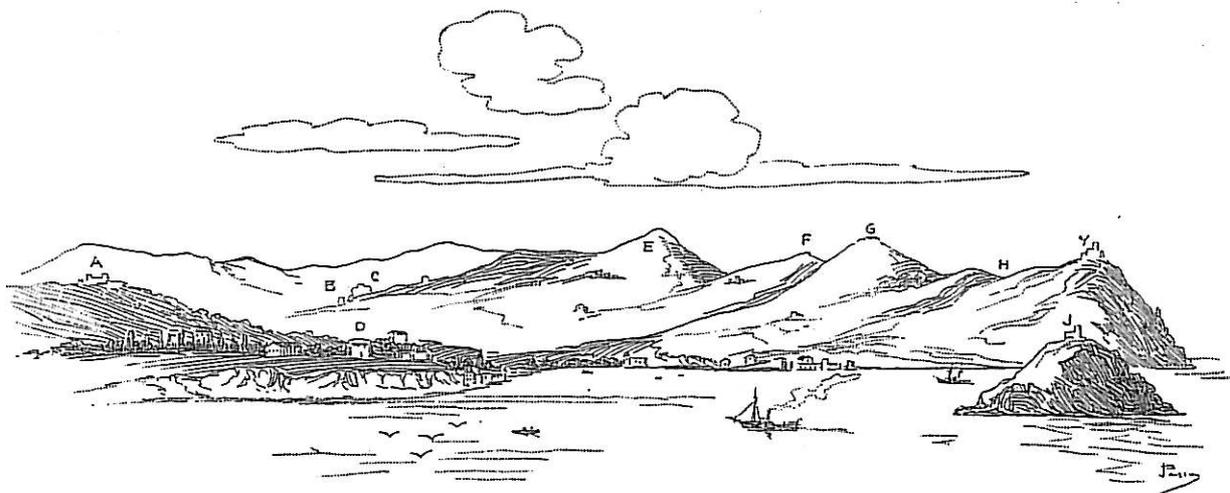
Aferrado á sus opiniones, ideó un plan que causó el asombro del elemento militar y civil, y fué el abandono por el ejército de la línea del Oria, muy molesta á los facciosos, constante peligro para Azpeitia y á la vez para el país en que dominaban.

Cundió el disgusto entre la opinión al tenerse noticia de la pérdida del pueblo y fuerte de Astigarraga, á consecuencia de haber dejado sus posiciones, de orden de Quesada, el general Blanco.

La evacuación del fuerte de Astigarraga, efectuada en 3 de Junio, debióse á

un convenio entre el jefe del destacamento, compuesto de fuerzas de carabineros, y los carlistas.

El abandono de la línea del Oria y pérdida de Astigarraga permitió á las huestes de Don Carlos aproximarse á San Sebastián y atacarla con mayor probabilidad de éxito.



SAN SEBASTIAN — *Vista panorámica de las posiciones del ejército y de los carlistas en las alturas inmediatas á la ciudad (tomada desde la entrada del muelle).* — A, Fuerte de Lugariz; B, Venta Ziquiñ; C, Bateria de los carlistas; D, Torreón de la Antigua; E, Monte Arratsain; F, Quinto Pico; G, Fuerte Hernández; H, Monte de Igueldo; I, Fuerte de la Farola; J, Isla de Santa Clara.

Habiendo Quesada, por tan impremeditada operación, estrechado su círculo, llegó á verse el ejército liberal encerrado en la línea del Ebro, y atacadas con dureza poblaciones tan importantes como Bilbao, Vitoria, San Sebastián y Pamplona.

Los carlistas arrojaron sobre Guetaria 4,616 bombas y granadas, sembrando el incendio y la destrucción y teniendo que abandonar el pueblo las cuatro quintas partes de sus moradores, por la falta de medios de subsistencia.

Auxiliados los defensores por la escuadra, voluntarios liberales y hasta por gran número de mujeres, sostuvieron el empuje de los carlistas, que se vieron precisados á levantar el sitio, continuando el bloqueo hasta que acudió el brigadier Mariné, á fines de Enero de 1876. Empezó el sitio el 13 de Mayo del año anterior.

Jamás habían sido los carlistas dueños tan en absoluto, como bajo el mando de Quesada, de las provincias vasco-navarras, á pesar de ser el ejército liberal cerca de cuatro veces superior en número al carlista.

En tanto que Quesada no tomaba ninguna providencia, fiel á su plan defensivo, en el campo carlista todo eran divisiones, desconfianzas y recelos.

Mendiri fué substituido por Pérula, á causa de habersele dicho á Don Carlos que Mendiri estaba en tratos con el Gobierno para entregarse con 8 batallones de la división navarra.

Con objeto de averiguar la verdad de esta delación, envió Don Carlos á Estella á su ministro de Gracia y Justicia, don Pablo Díaz del Río, teniendo el Pretendiente que reconocer la fidelidad de Mendiri.

No por esto cesó la desconfianza y prevención contra el general en jefe carlista. Cierta día, un sacerdote, amigo de Mendiri, le visitó; encerróse con él en una habitación aislada, y sacando de improviso un Cristo de metal, le hizo jurar por él, el absoluto secreto de cuanto había de decirle, que se redujo á manifestarle



que bajo secreto de confesión le habían declarado ser verdad la delación hecha á Don Carlos.

Indignado Mendiri, exigió al sacerdote la presentación en Estella del calumniador. Después dió parte á Don Carlos de cuanto le había sucedido, denunciándole una conjuración militar que contra él se tramaba. Designó como comprometidos en ella á varias personas importantes del carlismo. Exigió del Pretendiente el inmediato castigo de los conspiradores.

Ante los movimientos de las fuerzas enemigas decidió Mendiri, mientras Don Carlos daba respuesta á su carta, distribuir 5 batallones al mando de Mogrovejo desde Subijana á Nanclares, lamentando la falta de caminos que le impedían colocar algunas piezas de artillería en una altura sobre el cementerio de Nanclares.

Era su plan trasladarse con fuerzas suficientes á Treviño, para defender aquella línea, sobre la que habían acumulado los liberales fuerzas suficientes para dejar libre el paso á Vitoria.

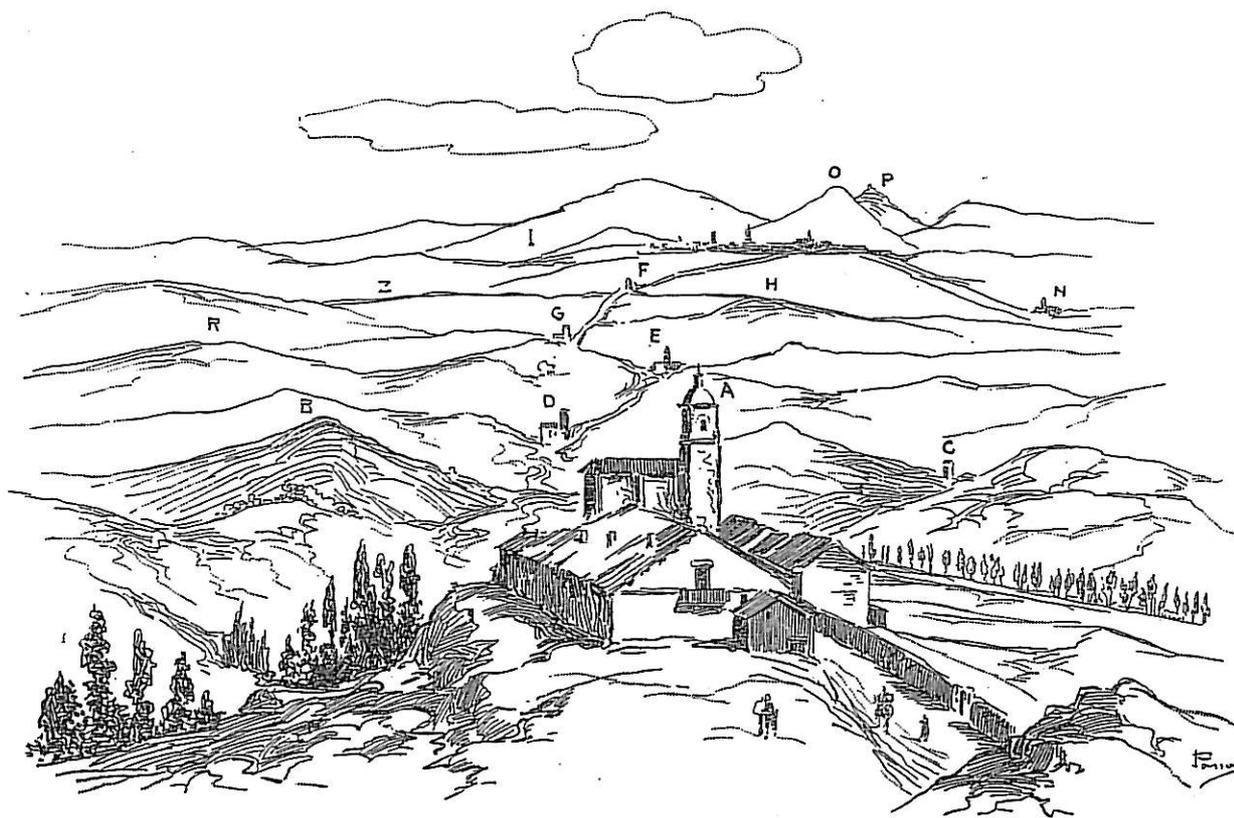
Hallábase Mendiri en esos trabajos cuando recibió *El Cuartel Real*, donde leyó los decretos reemplazándole por Pérula, al que se nombraba jefe de Estado Mayor General, por tomar Don Carlos el mando personal y directo del ejército.

Como desagravio, se le confería á Mendiri el cargo de director general de infantería.

Molestó grandemente á Mendiri tan reservada destitución, á pesar de que el Pretendiente le había escrito aquel mismo día 1.º de Julio, diciéndole:

«Te he dado un sucesor en el mando del ejército del Norte, y espero que ni tu reputación ni tu nombre quedarán ofendidos, porque tu sucesor soy yo...»

Cinco días después, hizo Mendiri entrega del mando al Pretendiente, quien varió en un todo el plan de campaña de Mendiri, quedando, por lo tanto, en manifiesta inferioridad estratégica el ejército carlista respecto de su enemigo.



Panorama del Llano de Alava. — A, Villarreal; B, Pino de Chuliando; C, Nafarrete; D, Urbina; E, Luco; F, Gamarra; G, Miñano; H, Altos de Araca; I, Beloño (carretera de Francia); N, Arriaga (carretera de Bilbao); V, Vitoria; O, Alto de Gomecha; P, Paso de la Puebla; R, Altos de Arlabán; Z, Río Zadorra.

Apremiado Quesada por constantes peticiones del Gobierno á fin de que obtuviese una victoria ruidosa con la que calmar los anhelos de la opinión y restablecer fuera de España el prestigio de la Monarquía restaurada y su Gobierno, se determinó á operar, circulando al efecto el 10 de Junio las órdenes oportunas.

Hubieron de ser tantas las modificaciones que hizo Quesada en su plan de campaña, que consistía en marchar sobre Santa Bárbara de Oteiza, que, en vista

de que los días transcurrieran, el Gobierno, creyendo ser más conveniente el objetivo de Vitoria, hubo de indicárselo así al general en jefe.

Aceptó Quesada la indicación y, renunciando á sus proyectos, marchó á socorrer á la capital alavesa.

Ensoberbecidos á la sazón los carlistas cual nunca lo estuvieran, comenzaron á hostilizar á los alaveses muy de cerca, ocupando los llanos cercanos á la ciudad.

A fin de que cesara aquel estado de cosas y para castigar tamaña osadía, formó Quesada en Miranda una división que denominó expedicionaria del Ebro, compuesta de 8 batallones, una batería montada, una de montaña, 3 escuadrones y una compañía de ingenieros, al mando del brigadier Tello.

Para auxiliar á la división expedicionaria del Ebro ordenó Quesada al general Loma guarnecer el valle de Mena y acudir con el resto de sus tropas en ayuda de Tello.

Quedó Quesada en Navarra hasta ver la terminación de los fuertes y almacenes de su campo atrincherado.

Indefenso el camino de Vitoria, entró Tello en la ciudad con su fuerza, sin haber sido molestado por el enemigo y dejando sus tropas bien escalonadas para recibir los convoyes.

Esparcida por algunos pueblos la brigada Muriel, enviada por Loma, los carlistas, que lo supieron, acudieron desde Viergol, al mando de Carrero, á sorprender á su enemigo.

Aislaron el batallón Reserva de Oviedo, que ocupaba á Carrasquedo, y le destruyeron.

En seguimiento de los fugitivos llegaron los carlistas á Medianas, donde se hubieran apoderado de la artillería, caja y oficinas sin la serenidad del capitán Caviedes, teniente Molezum y alférez Gálvez Cañero.

Las restantes fuerzas de la brigada Muriel se replegaron sobre Mercadillo al amparo de las fortificaciones que se construía á la sazón, quedando los carlistas dueños del campo, de varios heridos y de más de 200 prisioneros.

Para averiguar quién fuera responsable del desastre se incoó sumaria.

Loma culpó á Muriel por falta de pericia; y Muriel á Loma por la manera en que dejó colocadas las fuerzas.

La muerte de Muriel, á consecuencia de los disgustos que le ocasionó la derrota, puso término al proceso.

El brigadier Tello, agredido por fuerzas enemigas más considerables en número que las suyas, se volvió á Miranda, quedando aislada de nuevo Vitoria, aun cuando ocupadas las Conchas de Tuyo.

El ejército liberal resultaba, por lo tanto, vencido en la línea del Oria, en Casada y en el valle de Mena.

Eran impunemente cañoneados Pamplona, San Sebastián y Guetaria. El fuerte de Aspe se había perdido, y las tropas obligadas á concentrarse sobre Navarra sin osar salir de allí.

Esto ocurría á los cuatro meses de mando de Quesada, y, sin embargo, era tal el favor de que gozaba con Don Alfonso, que á pesar de que la opinión le señalaba como único responsable de todo y de que ni los ministros se atrevían á defenderle, continuó al frente del ejército.

Lo único que se atrevió á hacer el Gobierno por entonces, fué llamarle al telégrafo, resultando de la conferencia, que Quesada telegrafara el 28 de Junio al ministro de la Guerra diciéndole: «Mañana atacaré al enemigo en sus posiciones.»

A este fin dispuso que siete batallones del segundo cuerpo de ejército, uno del primero, dos baterías montadas, cuatro secciones de montaña y siete escuadrones, marcharan á reforzar á Tello en Miranda, hacia donde se encaminó Quesada con la brigada afecta al Cuartel general.

Ya unidas estas fuerzas, mandó á las de Navarra y la Izquierda que hiciesen una demostración ante el enemigo para entretenerle, con el objeto de pasar más desembarazadamente á Vitoria.

No obstante, aquella marcha sufrió otro aplazamiento, pues modificando Quesada de nuevo su plan, decidió pasar á Vitoria por la Sierra de Tuyo, entre los ríos Zadorra y Bayas, con el propósito de caer en el valle de Nanclares, bien para subir á la Sierra de Badaya, bien para caminar por la carretera que va por el valle á Vitoria, desde Salina á Añana, aprovechando la circunstancia de hallarse los carlistas contenidos por los cañones de los generales Loma y Villegas por la izquierda, Catalán y Córdoba en Navarra, y Blanco desde San Sebastián.

El proyecto de Quesada era irrealizable por los accidentes del terreno, que no tuvo ó no quiso tener en cuenta el general.

Sobre no ser posible que las tropas bajasen reunidas desde la Sierra de Tuyo al valle de Nanclares, á causa de ser éste muy estrecho, había el inconveniente de que el valle se hallaba dominado por las vertientes de la Sierra de Badaya, ocupadas por los carlistas, haciéndose imposible toda retirada, caso de necesidad.

Ante semejante peligro, el general Tello, arrostrando las consecuencias de su grave determinación, acercóse á Quesada rogándole la reforma de la operación ordenada por él.

No consiguió Tello su propósito, mas preocupado Quesada por lo que hubo de indicarle su subordinado, consultó la opinión de otros jefes, cediendo al cabo ante los razonamientos que adujeron, haciendo entonces circular las órdenes inmediatas para que el ejército no siguiese adelante.

He aquí cómo un historiador da cuenta de estos sucesos:

« Dió Quesada orden para el movimiento de las tropas.

» Esta siempre delicada operación retrasó la salida de los cantones, verificándola á las siete la brigada Pino con orden de reunirse en Villaluenga al general Tello, quien se anticipó con la brigada Alarcón, destacando dos batallones á reconocimiento.

» Ya en camino, el general jefe de Estado Mayor, general señor O'Ryan, se

acercó al coronel Ciria, y le dijo éstas ó parecidas palabras:— «Usted, que tiene con el general en jefe el prestigio de una antigua amistad, dígame por Dios mire lo que hace, porque antes de complacer á otros está su propio honor, el del ejército, y tal vez el afianzamiento de la dinastía.» El coronel Ciria, dícenme que contestó:— «En momentos tan supremos, el único prestigio para hacer variar estudiadas resoluciones, es el que proporciona el elevado cargo de jefe de Estado Mayor General, y teniendo en mucho el buen nombre y fama de mi general, no me es dado otro camino que acatar sus órdenes y arriesgar mi propia vida en defensa de aquélla que tanto aprecio; y si alguna vez en situaciones difíciles y en el seno de la confianza me he permitido llamar la atención acerca de la desgracia que la suya propia acarrearía al ejército, no es oportuno el consejo ni me creo con título para darlo.»

> Siguiendo la marcha hasta Villaluenga, y detenidos allí aguardando un flaqueo, se acercó el general Tello á Quesada, y con las salvedades de la más profunda subordinación, le expresó lo temerario que era atacar al enemigo, compuesto de 14 batallones, con siete no completos de que podía disponerse, la situación en que un fracaso pondría al ejército, cuya derrota envolvería la desolación del país y la preponderancia carlista.

> Apoyaron á Tello el general O'Ryan y el brigadier Manrique, mayor general de artillería, y su comandante general interino.

> Oyó Quesada las razones, pesó las consecuencias y ordenó la retirada.

> Acercándose entonces el coronel Ciria dijo: «Gran sacrificio acaba de realizar el general en jefe, y quiera el cielo no se traduzca este hecho en perjuicio de su alto crédito.» A lo cual contestó Manrique: «Aquí estamos nosotros para decir en todas partes que desistir hoy del avance de las posiciones enemigas, es salvar la monarquía y las vidas de la gente aprontada para el combate.»

Volvió á insistir el Gobierno cerca de Quesada, por lo que éste decidió de nuevo operar.

Aun cuando los carlistas amagaban entonces una expedición á Castilla, que hubiera podido interrumpir la vía férrea, ordenó Quesada á Loma que concurriera á Miranda con 8 batallones, 2 baterías y un escuadrón del tercer cuerpo, y aumentando sus medidas de acción con otros 8 batallones, de que se desprendió el general Echavarría, con cuyas fuerzas, 31 batallones, 7 escuadrones, 3 compañías de ingenieros, los voluntarios de Miranda y 36 piezas, emprendió Quesada su marcha por la carretera de Bilbao para tomar la que va por Nanclores á Vitoria, hacia donde se había encaminado por el valle de Losa el general Loma.

Conferenciaron ambos generales, después de lo cual Quesada regresó á Miranda, mandando se acantonaran las tropas de Loma en Bergüenda y Salinas de Añana, de cuyo último punto se hizo desalojar el 5 de Julio á un batallón carlista que lo ocupaba.

Habiendo el general Tello en su anterior marcha á Vitoria ocupado el desfila-

dero de Tuyo, y manteniéndose en la Puebla, fué relativamente fácil la aglomeración del ejército liberal sobre el centro y derecha de la línea carlista.

Desorientados éstos, reunieron sus tropas hacia la izquierda de la línea liberal, sobre la Sierra Badaya y entre los ríos Zadorra y Bayas.

Esta posición nada estratégica que variaba en absoluto el plan ideado por Mendiri permitió á Quesada pasar á Treviño el 7 de Julio, sin el menor contratiempo, pues los obstáculos que halló en su camino fueron sólo unos cuantos disparos hechos por unas partidas volantes, que causaron 27 bajas á la brigada Pino y 10 á la de Alarcón. Las restantes fuerzas llegaron á Vitoria sin novedad, quedando abierto el paso, por lo tanto, á la capital alavesa.

El escribano Pérula, aunque hombre valeroso, carecía de conocimientos tácticos, y á ello se debió el grave error que queda anotado.

No fueron de menor importancia los que cometiera Quesada al colocar la brigada Tello en la extrema izquierda, tan separada del resto del ejército que era imposible acudir en su auxilio, y el ordenar que marchase esa brigada por las estribaciones de la Concha de la derecha, unida á la Puebla, para contribuir al movimiento sobre Treviño.

Merced á haberse apartado Tello del camino que le designara Quesada, no tuvo que lamentar un serio descalabro.

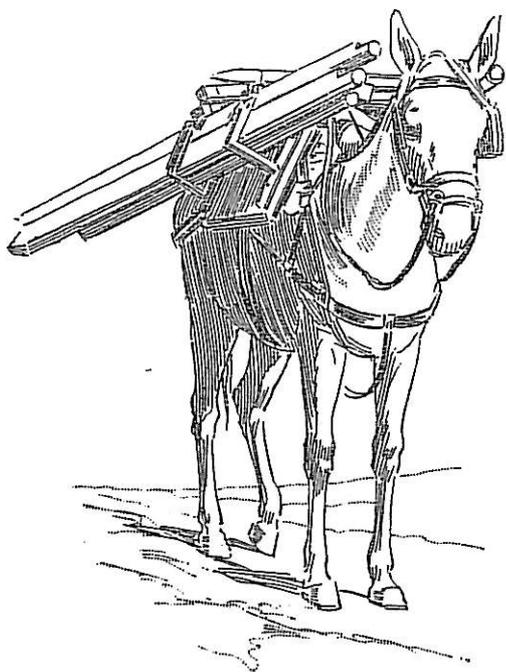
Conocedor del terreno y comprendiendo cuánto daño podía hacerle el enemigo ocupando las crestas por cuyas faldas se le ordenara marchar, se anticipó á los carlistas y ocupó los altos.

Convencido el enemigo de la inutilidad de atacar la derecha liberal, que ya había vencido los obstáculos para llegar á Vitoria, encaminóse contra Tello, que sólo disponía de 4 batallones, una batería de montaña y 115 caballos en frente de un número considerable de fuerzas enemigas.

Pidió Tello auxilio á Loma y se dispuso mien-



EJÉRCITO DEL NORTE
Parque de campaña.



EJÉRCITO DEL NORTE
Tren de puente.

tras tanto á resistir á Pérula, el cual llevaba en su vanguardia á Montoya.

Atacó Tello á su enemigo antes de que se repusiese de la fatiga de una marcha acelerada, adquiriendo la lucha un carácter de desesperado encarnizamiento al iniciar los carlistas un vigoroso ataque de frente, llegando las guerrillas de ambos ejércitos á mezclarse y á luchar á bayonetazos.



Simón de Montoya:

Logroño y Soria no cedían; mas habiendo agotado este último batallón sus municiones y siendo imposible relevarlo en aquellos momentos, el ejército liberal empezaba á ceder el terreno, cubierto de muertos y heridos.

En tan difícil trance, supo el coronel Contreras, jefe de la caballería, por los heridos que se dirigían á la Puebla, donde Contreras estaba, la situación apurada de sus compañeros, y marchando con sus soldados llegó al lugar del combate.

Tello ordena entonces á Contreras que personalmente cargue con sus lanceros al enemigo, y puesto Contreras á la cabeza de 98 jinetes para dar ejemplo á los suyos, carga á fondo, arrollando y acuchillando las guerrillas enemigas y sus reservas y sembrando el campo de cadáveres, mientras los que habían salvado la vida, huyendo despavoridôs, se precipitaban por los más ásperos barrancos. Aquella carga, modelo de arresto militar, dió con justicia prestigio á Contreras hasta su muerte.

Mientras Soria se municionaba, reemplazábanle otros batallones, así que no quedaba á Tello fuerza alguna de reserva. Rehechos los carlistas, intentan un último y desesperado esfuerzo para arrollar á sus enemigos, y batiéndose diez contra uno hubieran conseguido su propósito, si en aquel momento no llegaran en auxilio de Tello dos batallones enviados por Loma, los cuales amenazando el flanco izquierdo carlista impiden la retirada de Tello, que ya había comenzado á iniciarse.



J. Contreras y Martinez.

Los carlistas dejaron el campo con todo orden.

Sobre 800 bajas entre muertos y heridos tuvieron ambos combatientes en aquella acción.

Tal fué el resultado de la batalla de Treviño, que no debe merecer ese nombre por no haberse librado en Treviño, sino en Zumelzu.

En la orden del día, dada en la Puebla de Arganzón por Contreras, decía el coronel á su regimiento:

« En el día de ayer, el regimiento de caballería del Rey, primero de lanceros, ha añadido una página más á su brillante historia.

» Noventa y ocho caballos de los escuadrones segundo y cuarto, cargaron á las masas enemigas por las crestas de las montañas, compuestas de 7 batallones que arrollaban nuestra escasa infantería.

» Este corto número de valientes restableció el equilibrio de la lucha, sembrando el campo de cadáveres y permitiendo que á su abrigo se rehiciera la in-



SORIA (Burgo de Osma). — Desfiladero de Peña-Tajada.

fantería. Continuando á vuestro frente, dimos repetidas cargas, sin que hiciera desmayar vuestro valor, ni la lluvia del plomo enemigo, ni la punta de sus bayonetas.

» Señores oficiales y soldados, estoy contento de todos; y vuestra mayor satisfacción es la pública notoriedad.

» Hechos como éste se comprán á mucha costa. El capitán del cuarto escuadrón, don Enrique Torres, muerto en el campo de batalla, los soldados Antolín Ruiz y Martín Iguacel, muertos de la misma manera, 18 heridos, 10 caballos

muertos, incluso el mío, y 26 heridos, que hacen un total de 53 bajas, son la deuda conque el regimiento ha pagado su honor.

»En el campo de batalla severos y valientes; en el silencio de nuestras casas, encomendemos á Dios á nuestros compañeros, que los habrá acogido en su seno y colocado en el lugar de los valientes.

—El coronel, CONTRERAS.»

Como la Monarquía necesitaba un triunfo ruidoso para su mejor afianzamiento, dióse por parte del Gobierno y los monárquicos extraordinarias proporciones á la llamada batalla de Treviño.

Como por otra parte la Restauración carecía de generales á la altura de los de la Revolución necesitó inventarlos; de aquí los desmedidos elogios prodigados á Quesada.

Honrado fué el general en jefe del ejército del Norte con toda clase de distinciones y se llegó hasta á hacerle protagonista de hechos heroicos, en los cuales no había intervenido, pues ni presencié el combate ni oyó siquiera los disparos de la fusilería.



Enrique Torres y Cañamas.

El siguiente riguroso hecho histórico refleja la exactitud del anterior comentario.

En la exposición de pinturas de 1881 figuró un cuadro, propiedad del general Quesada, representando la batalla de Treviño, y en él aparecía Quesada, entre los fragores del combate, dirigiendo personalmente la acción.

Hablando Don Alfonso con Contreras acerca del cuadro que éste no había visto, y describiéndoselo el Monarca, respondió Contreras: «Pues eso no es la batalla de Treviño, sino un cuadro de familia.»

De todos modos, este heroico hecho de guerra nada hubo de resolver, pues los carlistas aumentaron su pujanza.

Dueños segulan siendo de toda Navarra, excepto de Pamplona, dueños de Alava, menos de Vitoria; Vizcaya era por ellos recorrida á su antojo, y en Guipúzcoa el poder de los liberales hallábase limitado á San Sebastián, Guetaria, Hernani, Fuenterrabía é Irún, que por cierto eran impunemente cañoneados.

Dos días después de la acción de Treviño, tomó Quesada la carretera de Pamplona, llegó á Salvatierra, encontró al enemigo en posiciones y se retiró.

Hizo lo mismo al encaminarse á Villarreal, donde, y son sus palabras, «habiéndolo conferenciado con los conocedores del país, adquirió el conocimiento de un probable fracaso si atacaba de frente las posiciones enemigas». Merced á lo cual

resolvió, « no volver á buscar al enemigo, mientras no hubiere un motivo fundado para variar su opinión ».

Por suerte para la causa liberal, la derrota de las armas carlistas era ya evidente en el Centro y Cataluña, donde la guerra se había terminado; y en el Norte hallábase tan trabajada, que el triunfo definitivo resultaba una quimera.

No obstante, podían envanecerse los carlistas de haber ganado mucho terreno en el Norte desde la proclamación de Don Alfonso, pues si es cierto que se vieron obligados á operar dentro del círculo limitado de las provincias vasco-navarras, como ya queda expuesto, y á manera de bloqueados, no lo es menos también que Quesada se hallaba en la misma situación, en cuanto que sólo le era posible emprender movimientos por su retaguardia.

A la batalla de Treviño siguió la de Lumbier. El general Reina, de orden del ministro de la Guerra, en telegrama de 14 de Noviembre, debía atacar la línea de Alzuza á San Cristóbal, desde cuyas posiciones molestaban los carlistas á Pamplona, que al fin se vió libre, por lo que los pamploneses celebraron el éxito con luminarias y campaneo.



ÁLAVA — Puebla de Arganzón.

En auxilio de los liberales, atacados en Lumbier, acudió Reina, Rodríguez Espina, venido desde Puente la Reina, y la brigada Araoz, que acudió desde Berdún.

A pesar de la naturaleza de las fuertes posiciones de la ermita de la Trinidad, atacaron los liberales de frente, no pudiéndolas tomar tras 4 horas de porfiado

combate y de haber sido protegidas las primeras fuerzas con otras de refresco, teniendo al fin que retirarse con grandes pérdidas.

Dueños los carlistas de la sierra de Leire, era imposible desalojarles de sus posiciones; aunque inferiores en número, como ocupaban las alturas que rodean á Lumbier, desde ellas hicieron mortífero fuego sobre su enemigo.



Eduardo Bermúdez Reina.

Casi á la vez eran rechazados los carlistas al asaltar el reducto de Alfonso XII en Monte Esquinza.

Indemnizáronse los liberales de la derrota de Lumbier, con la toma por los coroneles Polavieja y Lacalle de la sierra de Toloño, por la cual avanzó Quesada apoderándose de San León, de Peñacerrada y de Bernedo, cuya defensa tenía recomendada Don Carlos, sorprendiendo Quesada la guarnición carlista del pueblo de Pipaón y quebrantando así el espíritu del carlismo, muy confiado en que nada tenía que temer por aquella parte.

Pérula había manifestado á Don Carlos anteriormente la imposibilidad de sostener líneas extensas, anunciándole á la vez que

la situación de la causa era gravísima, que el país estaba cansado y que las diputaciones no ayudaban, por lo que era necesario reconcentrar las fuerzas.

Don Carlos le alentaba y le pedía un plan amplio, extenso, diciéndole que á su juicio lo que había de hacerse era «destrozar una columna ó un cuerpo de ejército, echarnos sobre él á lo Lácar, á la bayoneta; así economizaremos sangre y municiones é infundiremos terror. Esto conseguido, no debemos parar; es preciso dar golpe sobre golpe, con resolución, con confianza en Dios».

Para reanimar el espíritu de los suyos, harto fatigado de tan larga campaña, publicó Don Carlos, el 23 de Noviembre, desde Durango una alocución, diciendo que había llegado la hora tan deseada, víspera de grandes batallas, y que la revolución, guiada por un príncipe, iba á intentar el último esfuerzo.

Recordaba á continuación pasadas glorias y añadía:

«Pues bien; á corazones tan esforzados no se debe ocultar la verdad, que crecerán vuestros alientos al compás que arrecien los peligros.

»Ciento, doscientos mil hombres, tal vez, arrojará Madrid sobre estas provincias; vengan en buen hora. Con soldados como vosotros sólo se cuenta el número de enemigos después de la victoria; vengan en buen hora, que contra vuestros pechos se estrellará su feroz ímpetu, como se estrellan contra el innoble peñasco las rugientes olas del mar embravecido.

> A los que procuren desanimaros, despreciadlos; á los que intenten sembrar entre vosotros la desconfianza, denunciadlos á vuestros jefes para el castigo. Esperando la hora del combate, santificad vuestro corazón elevándolo á Dios, á Dios, por quien combatimos, y que, una vez más, con su brazo todopoderoso anonadará á vuestros enemigos tan soberbios.

> Torpes manejos han hecho estériles las fatigas de nuestros hermanos de Cataluña y del Centro; pero pronto se oirá en sus ásperas montañas el grito de ¡desperta ferro!, y en sus cumbres tremolará de nuevo nuestra bandera inmaculada. Las demás provincias de España agitanse para auxiliarnos, que pruebas recientes tienen de nuestra abnegación y de nuestro patriotismo.

> Voluntarios, adelante. Penalidades sin cuento nos esperan. Hambre, frío, desnudez, cansancio; las sufriré con vosotros. Las grandes causas necesitan inmensos sacrificios; pero venceremos, yo os lo aseguro.

> Voluntarios, con vuestra constancia salvaréis las santas creencias de nuestros



NAVARRA (Pamplona). — La Taconera.

padres; salvaréis á España; salvaréis la monarquía, salvaréis nuestras antiguas libertades.

> Al combate, voluntarios; pensad que si vivos, ceñirán nuestras frentes la corona de los héroes; la palma gloriosa de los mártires cubrirá el sepulcro de los que peleando por Dios, por la Patria y por su Rey, mueran en los campos de batalla.—Vuestro rey y general, CARLOS.>

A la vez, estimuló Don Carlos á las diputaciones vascongadas y navarras á que enardecieran el espíritu público; pero como las prácticas políticas y administrativas de estas corporaciones eran corrompidas, carecían de fuerza moral para ello.

Con frecuencia estas diputaciones se decían entre sí las mayores crudezas, viviendo constantemente en pugna, á pesar de que el peligro y las circunstancias debían de imponerlas todo género de sacrificios. En su absurdo proceder llegaron á veces hasta negarse mutua ayuda, lo que dió ocasión á más de un desastre.

Unióse á esto el que Don Carlos dejó exhaustos á los pueblos á fuerza de exigirles sacrificios para sostener un número considerable de gentes por demás inútil.

A fin de darse aires de Monarca y de que dominaba una parte del territorio nacional, aunque pequeña, estableció ministerios, direcciones, un tribunal superior, una universidad y muchas otras oficinas inútiles, sin otro objeto que el de honrar con cargos á tantas gentes incapaces para guerrear y á las que se pagaba crecidos sueldos y se las concedía asistentes y caballos, cuya subsistencia exigía raciones y alojamientos.

La Corte de Don Carlos abundaba en mayordomos y gentiles hombres, y más aún en ayudantes de todas clases.

Para la custodia del Pretendiente se formó un escuadrón de los más escogidos, que jamás entró en fuego. Entre su séquito figuraban los Príncipes de Nápoles y Parma.

A semejanza de Don Carlos, tenían igualmente sus generales un cuerpo numeroso de Estado Mayor.

Muchas de aquellas ficticias dignidades de altos palaciegos y empleados fueron respetadas posteriormente por los primeros Gobiernos de la Restauración.

Tan numeroso como inútil personal tenía por necesidad que dividirse en camarillas, las cuales, merced á sus intrigas, quebrantaron no poco la causa del carlismo.

Cediendo á los rumores del personal afecto á la persona de Don Carlos, mandóse formar causa á Mendiri por el abandono de la línea de Puente la Reina á Carrascal, y si bien se desistió de semejante propósito por no tener Mendiri la menor responsabilidad en aquel hecho, de tal suerte no volvió á conquistar su perdida fama, que habiendo Don Carlos suprimido la dirección que le confiriera para desagraviarle en parte de su destitución del mando en jefe del ejército, vino á quedar en situación por demás desairada.

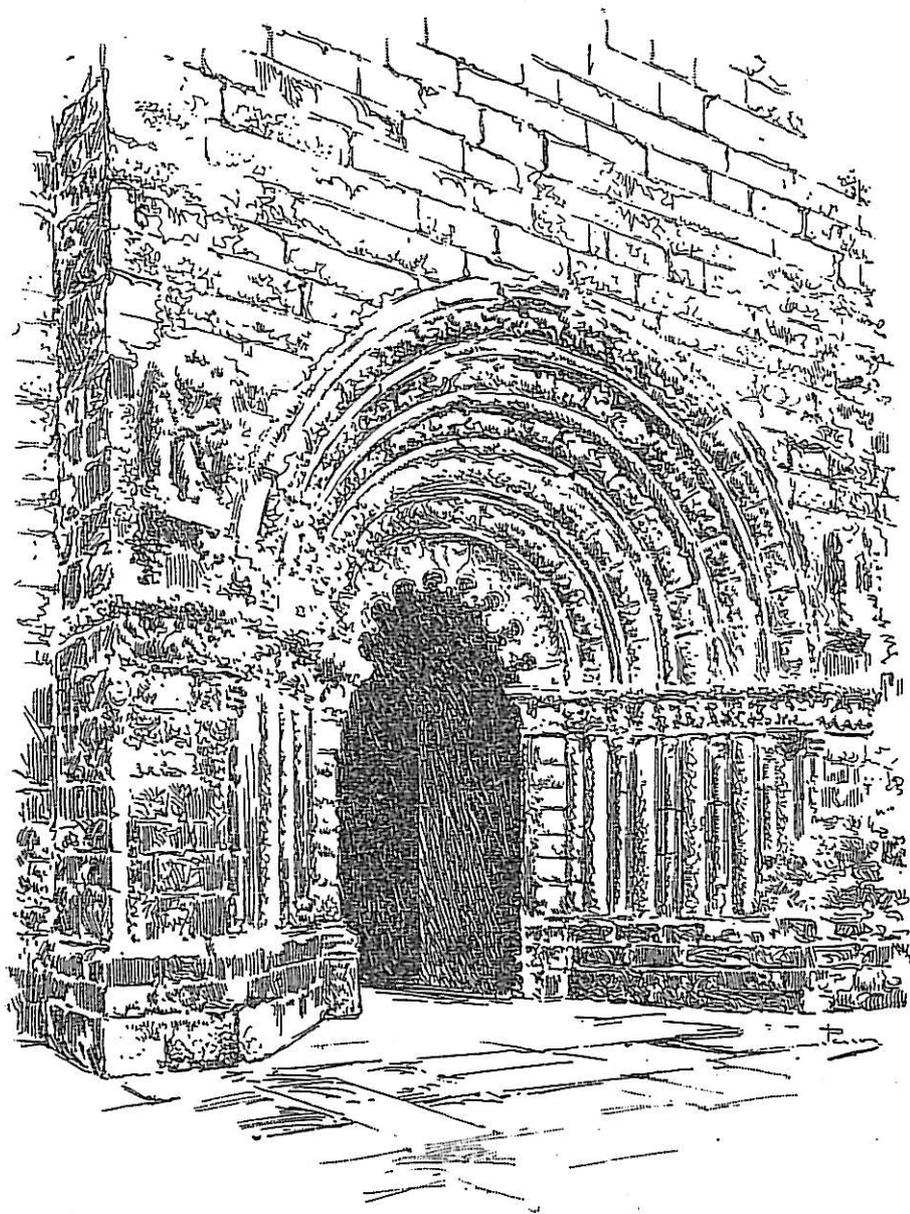
Quejóse Mendiri por escrito y de palabra de semejante preterición, consiguiendo al cabo que se le señalase de cuartel alguno de los pueblos de las Amézcoas, donde se carecía de todo y la temperatura era crudísima.

Reclamó Mendiri y se le destinó á Echarri-Aranaz, mas temiendo á sus enemigos, pasó á Vera para ir á Francia, renunciando antes sus títulos, empleos y condecoraciones, haciendo no obstante profesión de fe absolutista.

Cuando regresó á Santisteban á esperar la contestación de Don Carlos á su renuncia, supo que el segundo batallón de Navarra, acabado de llegar, pedía á gritos por las calles su cabeza.

No habiendo sido hallado por internarse de nuevo á Francia, prendieron á su asistente.

La separación de Mendiri de su campo sin licencia del Pretendiente, la estimó



NAVARRA (Puente la Reina). — Portada de Santiago.

éste falta grave, por lo que le ordenó volver á las Provincias á responder de los cargos que se le hicieran.

Sin moverse de Francia, explicó Mendiri su conducta, y si se retiró la orden llamándole á España, expatriado siguió mientras se le sumariaba, con motivo de la inversión de unos bonos.

El resultado de la causa demostró la inculpabilidad de Mendiri; pero evidenció en cambio una multitud de escándalos y abusos.

Y cuando ya terminada la guerra pidiera Mendiri inútilmente á Don Carlos un autógrafo suyo en que le manifestara que nunca dudó de su lealtad, reconoció á Don Alfonso y se retiró á Behovia.

Graves eran las preocupaciones que por entonces pesaban sobre el Gobierno de Madrid. Las relaciones diplomáticas entre los Estados-Unidos de Norte América y España habían perdido un tanto su cordialidad, merced á que desde la proclamación de Don Alfonso la república norteamericana tornaba á prestar público y eficaz auxilio á los cubanos, alzados en armas contra el Gobierno de la metrópoli.

Y era más de notar esta actitud de los Estados-Unidos, cuanto que en tiempos de la República habían los anglo-americanos retirado casi en absoluto su protección á los insurrectos.

Dolidos los periódicos afectos al régimen de lo que sucedía, hablaron de no consentir «tamaña vergüenza», lanzando amenazas y extemporáneas bravatas.

En tales circunstancias recibió el general Quesada ua carta de Don Carlos para Don Alfonso; carta que se apresuró Quesada á enviar á su destino y que los carlistas insertaron en sus periódicos.

La carta decía así:

«A mi primo Alfonso:—La actitud del Presidente de los Estados-Unidos puede estimarse como un preludio de guerra, si no reconoces la independencia de Cuba.

»De que España haya llegado á tal ignominia, responde la revolución que representas: sin ella no hubiera nacido esa rebelión parricida. Reinando yo, jamás alcanzará fuerzas; que el legítimo derecho del que manda es el único que puede reformar sin imposiciones, ceder sin mengua, refrenar sin ira, gobernar sin pasión. Pero se trata de la integridad de la Patria, y todos sus hijos deben defenderla; que cuando la Patria pelagra desaparecen los partidos; sólo quedan españoles.

»Si la guerra llega á estallar, te ofrezco una tregua por el tiempo que dure la lucha contra los Estados Unidos. Pero entiéndase bien, que la única causa de la tregua que te propongo es la guerra extranjera, y que mantengo incólumes mis derechos á la corona, como la seguridad de ceñirla.

»Más allá de los mares carezco de territorio que dominen mis armas, y no puedo mandar á Cuba mis leales voluntarios; pero defenderé estas Provincias y el litoral cantábrico; armaré en corso á los indómitos hijos de estas costas donde nacieron El Cano, Legazpi, Churruca; perseguiré el comercio marítimo de nuestros enemigos, buscándolos, quizá, hasta en sus mismos puertos.

»En el caso de guerra extranjera, ¿aceptas la tregua que te ofrezco? ¿Nombraremos entonces representantes que la regularicen? ¿La desechas? Será testigo el mundo de que la España católica ha cumplido hidalgamente con su deber. ¿Prefieres demandarla al enemigo que te amenaza? Humíllate en buen hora;

quizá alcances respiro momentáneo; pero en breve te suscitará buscados conflictos, y se perderá Cuba para la Patria, quedándote la deshonra de haberte humillado, y la vergüenza de haberte humillado inútilmente.—Tu primo, CARLOS.»

Como la guerra entre los Estados Unidos y España no llegó por entonces á estallar, huelga todo comentario sobre la habilísima carta de Don Carlos.

Reconocida por el Gobierno la necesidad de su plan de campaña y la reorganización del ejército del Norte, llamó el Gobierno á Madrid á los tres generales en jefe del ejército del Centro, Cataluña y Norte: Jovellar, Martínez y Quesada.

Tras varias conferencias resolvióse, de común acuerdo con el Consejo de ministros, que las fuerzas de Cataluña y Centro pasaran á reforzar las del Norte, constituyéndose dos ejércitos: el de la derecha, al mando de Martínez Campos, y que ocuparía Navarra, y el de la izquierda, á las órdenes de Quesada, destinado á las Provincias Vascongadas y distrito militar de Burgos.

El ejército de la izquierda ó de Quesada se dividió en tres cuerpos, al mando de los generales Echavarría, Moriones y Loma; subdividido en tres divisiones de reserva, de Alava y de Vizcaya, á las órdenes de Pino, Maldonado y Buriel. El total de fuerzas de este ejército era de 88,000 infantes, 4,000 caballos, 54 piezas de artillería rodada y 70 de montaña.

El de la derecha ó de Martínez Campos se dividió en dos cuerpos, al mando de Blanco y Primo de Rivera, una división de reserva, á las órdenes de Prendergast y una brigada de caballería á las de Jaquetot. Ascendía el total de este ejército á 45,000 infantes, 3,000 caballos y 56 cañones.

Constituía, pues, el ejército liberal del Norte, 35 regimientos, 54 batallones sueltos, 7 contraguerrillas, 11 regimientos y 8 escuadrones sueltos de caballería, 108 piezas de artillería rodada, otras 108 de montaña y 3 regimientos de artilleros, 2 regimientos y 4 compañías de ingenieros, 4 compañías de transportes y un tren de puentes, sumando el total de estas fuerzas 133,000 infantes, 7,000 caballos y 216 cañones.

El ejército carlista del Norte sumaba el 31 de Diciembre de 1875, 32,976 hombres, incluyendo la Administración y Sanidad Militar, Cuerpo jurídico y Veterinaria, 1,769 caballos, 680 mulos, sin contar las fuerzas de Rioja, Calabria, As-



Miñones de Álava.

turias y Aragón, ni las existentes en los hospitales. Su artillería ascendía á 80 piezas de campaña y 29 de plaza.

Mandaban estas fuerzas un capitán general, 2 tenientes generales, 7 mariscales de campo, 35 brigadieres, 62 coroneles, 92 tenientes coroneles, 2,063 de comandante á alférez y 2,137 sargentos.

El armamento de los carlistas era muy inferior, como ya queda dicho, al de los liberales, y eso que por aquellos días acababan de recibir los facciosos 4,500 fusiles y abundante cartuchería.

Fué un grave error del Gobierno dividir el ejército, aunque, en verdad, impuesto por la conveniencia de no dar preferencia en el mando á ninguno de los dos generales, Martínez Campos y Quesada; error nacido de exigencias del favoritismo y, por lo tanto, más censurable aún.

A punto estuvo de promover esta división de mandos serios conflictos, pues mientras á los soldados del ejército del Norte se les asistía con 50 céntimos en metálico é igual cantidad de etapa, llegó á ser la escasez tan grande, que en el mes de Diciembre, cuando estuvieron ambos ejércitos reunidos, la generalidad de los cuerpos del Norte no pudieron recibir socorro, mientras á las fuerzas procedentes de Cataluña llegaban con puntualidad para el abono de una peseta diaria y tenían en pagaduría existencias bastantes para todo el mes de Enero.

Esto aparte, hubo entre Quesada y Martínez Campos rozamientos; muchos de los cuales trascendieron á las operaciones militares, sin que el Gobierno se atreviera á imponerles un correctivo por tan anómala conducta.

De acuerdo con el Gobierno, ambos generales publicaron un bando para que en lo sucesivo no se molestara á nadie por sus opiniones carlistas. Los preceptos de este bando decían así:

«Artículo 1.º Las familias ó personas que por órdenes anteriores, dictadas por mí ó por otras autoridades, fueron expulsadas de su residencia habitual en estas provincias, quedan, por regla general, desde esta fecha, autorizadas para regresar á sus hogares, exceptuándose sólo aquellas que sufran sentencia de tribunales ó que por su señalada actitud en favor de la causa carlista se consideren perjudiciales en el punto de su abandonado domicilio, reservándome en estos casos dudosos acordar lo más conveniente, debiendo consultárseme al efecto.

»Art. 2.º Las autoridades locales de las cuatro provincias en que ejerzo el mando, quedan encargadas del cumplimiento de esta disposición, sin poner obstáculos para que se lleve á efecto; pero si hubiese quien abusara de esta concesión será expulsado nuevamente ó sufrirá mayor castigo, según las circunstancias y órdenes vigentes.»

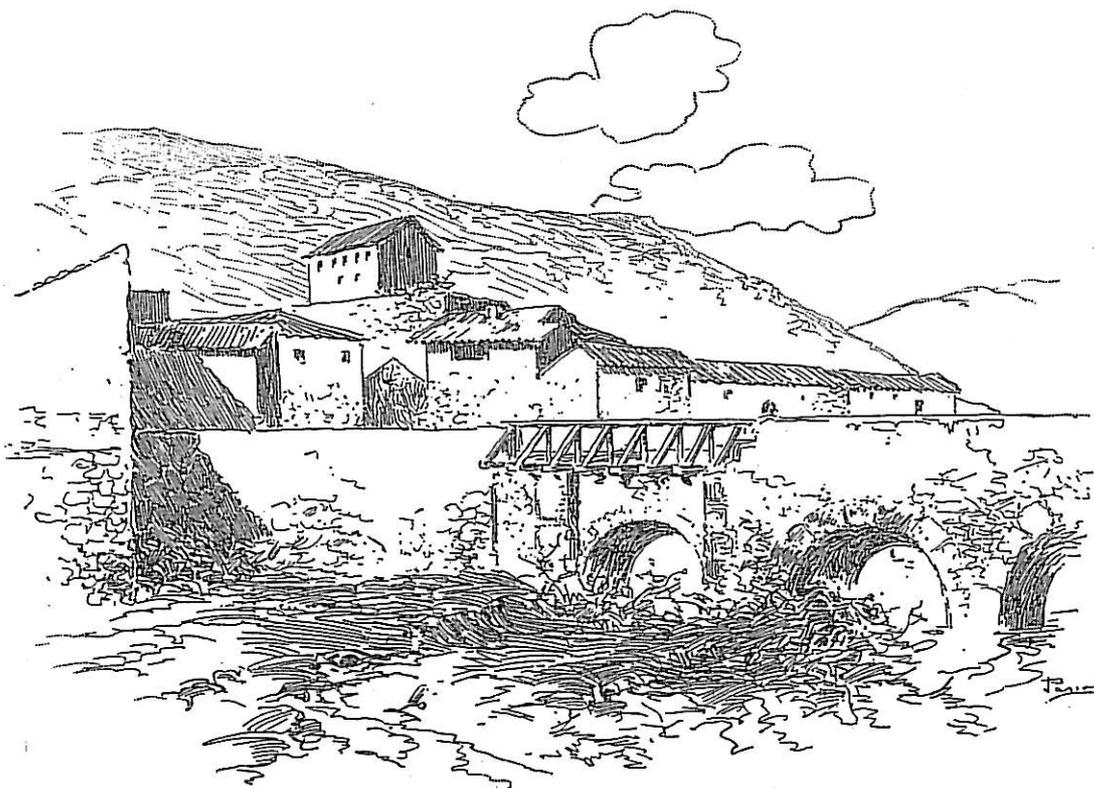
Las fuerzas que el Gobierno acumuló en el Norte constituyeron para los carlistas demostración de la necesidad en que se hallaban de hacer un supremo esfuerzo si pronto no querían sucumbir.

El grito que dió en nombre de Don Carlos *El Cuartel Real* fué el de «Confianza y á vencer.» Revistó el Pretendiente las más importantes posiciones que ocupaban sus tropas, preparándose así á la lucha.

Marchó por la izquierda de su línea hasta el monte Garate, visitó la fábrica de fundición de Azpeitia, fué á Estella, dirigió una insignificante operación militar contra las fuerzas liberales que ocupaban el monte de San Bartolomé y pueblo de Baigorri, ascendió al fuerte de Santa Bárbara de Oteiza y escribió á Elío una carta en la que decía:

«Al llegar estos momentos críticos doy gracias al cielo por proporcionarme á mí y á mi ejército la ocasión de patentizar que somos dignos sostenedores de Dios y de la Patria.

» Pero si llegan hasta tu retiro noticias funestas de mi campaña no desmayes, mi viejo soldado. Las grandes causas sufren á veces grandes reveses. Semejantes



PAMPLONA — Puente de Huarte y alturas de Miravalles.

al altivo cedro, se doblan á impulso del huracán, pero no se rompen, para levantarse después con majestuosa gallardía.

» Si perdemos una batalla, buscaremos sobrada revancha. Un triunfo definitivo sin contratiempos, no tiene gloria. La virtud es tanto más meritoria cuanto más grande ha sido la lucha. Lucharemos, pues, amigo mío, y venceremos, porque Dios está con nosotros. Ruégale que no me abandone mientras yo le ruego que conserve tu vida.»

Regresó Don Carlos por Alsasua á Tolosa, y recorrió por último los puntos avanzados de la línea de Guipúzcoa.

La opinión liberal, en tanto, extrañada de la duración de la guerra, discutía y proyectaba distintos planes de campaña, y hasta los oficiales del ejército, en los cuerpos de guardia, hacían lo propio.

Varios fueron los proyectos recomendados por la prensa y remitidos al Gobierno, entre ellos uno del ingeniero civil don Pedro P. de Lasala, gran matemático y conocedor de la materia; el cual proyecto mereció serio examen y sincero aplauso de cuantos tenían el deber de estudiarlo.

Tan buen acogimiento como el de Lasala mereció un proyecto presentado por el capitán de artillería don Baldomero Villegas; plan ó estudio que fué aprohijado por Quesada.

Reducíase el plan de Villegas á « comenzar la ofensiva estratégica sobre Vizcaya y Alava, por el ejército de la izquierda, que debía llevar la atención principal, ayudado por el ejército de la derecha y las tropas de Guipúzcoa, que amagarian al contrario con el solo fin de retenerlos en las líneas de Navarra y Guipúzcoa ó para ocuparle posiciones principales si se abandonasen; seguir de esta manera por Guipúzcoa á la frontera, y para terminar caer sobre el enemigo con todas las fuerzas sobre la fortaleza de Navarra ».

Eran tantos y tan grandes los elementos acumulados para combatir al carlismo, que Pérula, reconociendo su inferioridad y la de los medios de que disponía

para resistir y combatir á enemigo tan formidable, rogó con insistencia á Don Carlos que le substituyese, reemplazándole el Conde de Caserta, Don Alfonso de Borbón y de Hapsburgo, hermano del ex rey de Nápoles, é hijo en segundas nupcias de Don Fernando II y de la Archiduquesa María Teresa.

Para jefe de Estado Mayor, nombró el Pretendiente á un señor Brea, uno de los artilleros que se pasaron al carlismo cuando la reforma de Ruiz Zorrilla.

De la comandancia general de Navarra se encargó Pérula.

Carasa y Rodríguez continuaron en la de Vizcaya y Guipúzcoa. La división castellana quedó á las órdenes de Cervero; la alavesa á la de Ugarte.



Antonio Brea.

Apenas reforzado el ejército del Norte con los disueltos del Centro y Cataluña y en visperas de comenzarse las operaciones militares y de acuerdo con el Gobierno, dirigió Quesada á su ejército la siguiente alocución, en la que después de querer poner de relieve, sin conseguirlo, las ventajas obtenidas por la restauración de la Monarquía, recoge los clamores de la opinión considerándolos injustificados.

La exactitud de los hechos relatados dispensan al historiador de todo comentario referente á las apreciaciones personales del general Quesada:

« Soldados: Al cambiar su organización y nombre este ejército, según lo mandado en real decreto del día 14, he debido á S. M. el Rey y á su gobierno la señalada honra de continuar á su frente, á la que me prometo corresponder cumplidamente, puesto que os conozco y sé que puedo contar con vosotros.

» En estos momentos es conveniente y oportuno recordaros las ventajas obtenidas en la campaña del Norte dentro del año que termina, que son debidas principalmente á la influencia que ha ejercido la feliz y fácil restauración de la Monarquía legítima y constitucional, apoyada por la opinión pública, así como al valor y esfuerzo con que lucháis para cimentarla sólidamente.

» Las importantes operaciones que libertaron á Pamplona de su bloqueo al comenzar el año, os hicieron dueños del Monte Esquinza y del bajo Arga, cuya posesión fué llamado á asegurar al hacerme cargo del mando el 24 de Febrero.

» Durante los cuatro meses siguientes pude apreciar vuestras condiciones militares, que pusisteis de relieve, sufriendo en el campamento continuo, y sin relevo, los rigores del clima y las privaciones consiguientes, ocupados en el constante trabajo de fortificación y en el servicio penoso y arriesgado de trincheras, bajo el fuego del enemigo, que os acechaba y hacia correr vuestra sangre en combates parciales, sin lucimiento ni resultados brillantes.

» Sus partidas cercaban á Tafalla, causando víctimas á sus puertas, siendo difíciles y escasas las comunicaciones con Pamplona, en cuyo camino cobraban los portazgos y aduanas.

» Por Lumbier y Sangüesa, que ocupaban, mantenían relaciones fáciles y productivas con Aragón, y dominaban así la mayor parte de Navarra.

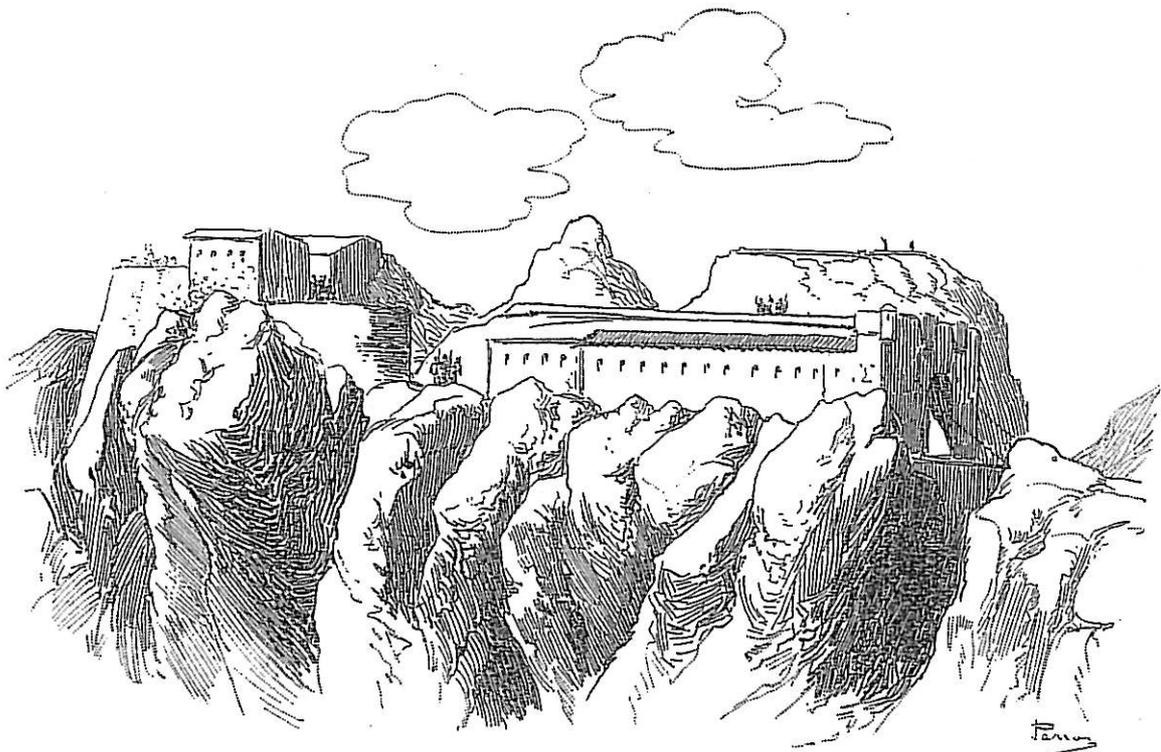
» Entretanto estrechaban el bloqueo de Vitoria, preparando los montes que la circundan para constituirlos en tal estado de defensa que fuesen impenetrables á nuestras armas; y la división del tercer cuerpo, que tenía su base de operaciones en Espinosa de los Monteros y Medina de Pomar, no podía impedir que los carlistas explotasen extensas y productivas comarcas, desde donde amenazaban siempre invadir las provincias del interior, que tenían en constante alarma.

» Así transcurrió un periodo de prueba, en el que la opinión, sin análisis serio y detenido, ávida de reposo al par que de emociones constantes, culpaba á este ejército porque no ganaba terreno sobre el enemigo, cuando tenía en todas partes atenciones que ocupaban sus fuerzas en la defensiva, sin quedar disponibles para operaciones agresivas, pues tal es la condición inevitable del sistema de líneas, lento, sí, pero ventajoso y seguro en su resultado.

» Pasó ya aquel penoso plazo, que para nadie lo fué tanto como para vosotros, y ahora podéis, tranquilos y confiados en el testimonio de vuestra propia conciencia, esperar el fallo de la opinión más exigente, seguros de que lo obtendréis favorable de todos los que con sana intención, sin preocupaciones ni móviles bastardos, aprecian y comparan la situación que teníais y la que ocupamos hoy, antes de llegar los refuerzos y sin haber ingresado los quintos en vuestras filas.

» Nuestro tercer cuerpo domina por completo los valles de Montija, Mena, Losa y Tovalina, amenazando siempre á Valmaseda y líneas enemigas de Vizcaya.

» Ocupamos, con leves excepciones, la provincia de Alava, privando de sus recursos al enemigo, así como la de los condados de Treviño y Rioja Alavesa, manteniendo por el Puerto de Herrera nuestras fáciles y cortas comunicaciones con Logroño; y está asegurado el paso de las Conchas, sin que los viajeros deban ya temer el fuego frecuente y vandálico que allí sufrían.



ALAVA — Fuerte de San León en Puerto de Herrera.

» En Navarra, constituidas sólidamente nuestras líneas del bajo Arga, Esquinza, Larraga, Lerín y Tafalla, las de Aragón é Irate, con Miravalles y San Cristóbal, dominamos todo el territorio comprendido entre ellas, siendo diarias y constantes nuestras comunicaciones hasta sin escoltas; de modo que sólo por excepción y en rápidas excursiones penetra en este territorio alguna corta fuerza enemiga.

» En Vizcaya se ocupó el Mazo de Serantes con ventaja reconocida, y nuestra reciente expedición á Murguía, Orduña y Barambio, sin ser inquietados, ha demostrado al país nuestra fuerza y superioridad incontrastable.

» Las condiciones de la artillería moderna y las especiales topográficas de Guipúzcoa, han favorecido el establecimiento de las baterías enemigas contra las poblaciones que ocupamos, sin que haya sido posible combatir las con ventaja. Se ha obtenido grande para nuestras armas arrojando á los carlistas de Montevideo, y recientemente de la importante posición de Urcabe, de reconocida utilidad para el porvenir, y que ha permitido establecer desde luego nuestras comunicaciones regulares con la frontera. La preferente atención con que se han enviado ahora numerosos refuerzos á aquella provincia, hace esperar que en breve plazo se verá libre de la penosa situación que viene soportando con valor admirable.

»Si tan satisfactorios resultados habéis obtenido hasta ahora, serán más decisivos cuando toda vuestra atención y fuerza han de concentrarse sobre Burgos y las Vascongadas preferentemente, cediendo la derecha de la línea en esta provincia á nuestros esforzados compañeros y camaradas del Centro y Cataluña, cuyas comarcas disfrutaban los beneficios de la paz, por su valor, decisión y acierto con que han secundado á los distinguidos generales que vienen hoy á su frente,



Lerín.

los que sabrán siempre conducirlos gloriosamente hasta obtener el triunfo decisivo.

» Con laudable emulación los secundaremos, estimulándonos noble y mutuamente; é ínterin llega el anhelado momento de que marchemos todos bajo el inmediato mando de nuestro amado monarca, será para mí tan honroso como grato que las operaciones nos permitan obrar en combinación y unidos bajo su gloriosa bandera, para abatir la que en sus montañas sostiene sin esperanza de triunfo el partido carlista, que causa la completa ruina de estas provincias, antes tan afortunadas.

» Soldados: con la fe y confianza que hasta ahora, aumentada por la que me habéis demostrado en varios combates, siempre ventajosos, os conducirá por la senda del honor y del deber, bajo la enseña del Rey Don Alfonso XII, vuestro general jefe, QUESADA.»

Eran tanto más de extrañar en Quesada estos alientos de triunfo de última hora, que á buen seguro no sentía, cuando en privado decía al Gobierno: «dadas las proporciones que ha alcanzado aquí la guerra, sólida organización con numerosa artillería el enemigo, su sistema general de atrincheramientos con obras

de la mayor importancia en los pasos obligados y difíciles, en este país tan frecuentes, no hay que pretender ni esperar nunca llamarlo á otro terreno para buscar en combates parciales probables ventajas, que siempre que se obtuviesen satisfarían la impaciencia pública; pero también con dureza juzgaría el menor revés, de tantas consecuencias en estos momentos...

» Sin cuerpos diferentes y bastantes numerosos para bastarse á sí propios, con medios de alimentarse y proveer á sus múltiples necesidades, no puede verse el enemigo seriamente amenazado, ni llamarle fuera de sus defensas á un combate en que no espere ventajas, que nosotros tampoco podemos hoy buscar, y si sólo probables desastres, si avanzamos inconsideradamente al territorio que tienen elegido y preparado para resistir »...

Al ir á comenzar las operaciones, las desavenencias entre Quesada y Martínez Campos estuvieron á punto de hacer fracasar el plan de campaña adoptado.

Había dispuesto Quesada un movimiento por Vizcaya y la línea de Cadagua, y no pareciéndole á Martínez Campos acertado, anunció su resolución de marchar sobre Estella.

Alarmado Quesada, dijole á Campos que no era aquél el instante ni la estación para realizar hecho semejante, á lo que contestó Martínez Campos, el 19 de Diciembre:

« Valido de la autorización que me concede, aunque V. E. sea el responsable en operaciones combinadas, y en ellas tome el mando, debo hacerle presente, que cuando estuvimos en Madrid y se trató de las operaciones que se podían emprender, fué en la hipótesis,

- 1.º: que el tiempo no había de permitir operar más que en determinadas zonas;
- 2.º: que los carlistas estaban desparramados;
- 3.º: que Guipúzcoa estaba seriamente amenazada;
- 4.º: que para cuando viniera S. M. (mediados de Febrero), estarían concluidas las operaciones preparatorias por un orden natural, y

5.º: que éstas eran inmediatas. Contábase también, á lo menos yo, con que podría operar algo; esta fué mi creencia, en todos los puntos que dejo indicados; cábeme la duda de si ha habido falta de comprensión en mí...»

Respondió Quesada recordando á Martínez Campos que, en sus conferencias con el Gobierno y el Rey y siempre, se había expuesto la conveniencia de emprender la campaña por su izquierda y que el movimiento sobre Estella era entonces tan aventurado, que debía esperarse con toda probabilidad un grave contratiempo si se emprendía.

No satisfecho Martínez Campos con la respuesta, escribió al presidente del Gobierno, don Antonio Cánovas, el 27 del mismo mes, y al ministro de la Guerra doliéndose de que le condenaran á un papel secundario, pues « el que yo amague la línea enemiga me parece más difícil y menos digno para el decoro mío y el de mi ejército, que el hacer alguna operación ».

Como la Restauración se lo debía todo á Campos, y como al mismo tiempo ha-

bía tenido buen cuidado de conservar íntegras las fuerzas que habían operado bajo sus inmediatas órdenes en Cataluña y en el Centro, no permitiendo que se mezclaran con las del Norte, como pretendía Quesada, á fin de que jefes y oficiales le debieran personalmente los ascensos y demás distinciones que solía prodigar con frecuencia, Martínez Campos, seguro de que el Gobierno no podía desautorizarle ni mucho menos oponerse á su voluntad, dirigió el 27 de Enero una comunicación oficial al ministro de la Guerra, en que decía:

«Dos operaciones hay tan sólo que hacer; el ataque al Guirguillano, y tal vez á Estella; y la del Baztán. La primera me seduce, es mi ilusión, la creo posible; pero temo se diga que ha sido una temeridad mía, que desapruéban V. E. y el general Quesada, y no me atrevo á emprenderla. La segunda debe merecer su asentimiento, porque fué la primera que se discutió, y se desechó por el mal tiempo; hoy le hace regular y la intento. Procuraré tomar á Velate, y si las nieves no lo impiden, bajaré al Baztán é iré á envolver el monte San Marcos. El general Primo de Rivera cañoneará el 30 al enemigo desde Oteiza á Puente, y si hay ocasión tomará Santa Bárbara de Oteiza, y tal vez es posible que pueda atacar á Santa Bárbara de Mañeru, si los carlistas, en vista de la marcha de Quesada, Moriones y mía, disminuyen sus muchas fuerzas en las inmediaciones de Estella.» Y como Martínez Campos había dicho al ministro aquel mismo día en otra comunicación «acepto la responsabilidad de este movimiento...» el Gobierno, por temor de que Campos contraviniera sus órdenes y se creara con este motivo un conflicto, pasó por alto la irrespetuosa osadía del sublevado de Sangupto.

Era reprehensible la conducta de Martínez Campos por parecer dictada por la soberbia y la vanidad de no quedar relegado á segundo término, máxime cuando 8 días antes de aceptar la responsabilidad de la operación que iba á emprender decía al Gobierno:

«El peligro de Guipúzcoa hoy no existe, pero no puede moverse Moriones á menos que yo cruce el Pirineo, y ahora no me atrevo por las nieves que pueden venir de repente; porque ignoro si hay víveres en la frontera, y porque desde la posición central de Izurzun pueden colocarse al costado de las fuerzas expedicionarias grandes masas carlistas.»

A pesar de ser las mismas las circunstancias que impidieran á Martínez Campos moverse el 19 de Enero, el 29 emprendió la marcha al Baztán, inspirándose en la que en 1873 había realizado con singular fortuna Moriones.

Con anterioridad á los hechos referidos habíase encargado á Moriones la tarea de iniciar la campaña y que apoyase á Loma sobre la línea del Cadagua, á fin de amenazar por retaguardia á los carlistas que ocupaban á Guipúzcoa.

Para el buen éxito de la operación dijo Moriones que necesitaba su cuerpo de ejército completa libertad de acción para salir del círculo que le ahogaba, dado que su situación era especial por no tener otro apoyo que la ciudad de San Sebastián ni otra comunicación que la insegura por mar, obligado á permanecer en un terreno reducido y encerrado en una línea enemiga, fuerte como pocas.

Añadía Moriones que nunca podía darse por terminado el estudio de aquellas posiciones, en las que el terreno impedía el desenvolvimiento de la menor maniobra, robustecido como estaba por numerosas obras de fortificación, muchas de ellas permanentes y en alturas inaccesibles, unidas por comunicaciones cubiertas y blindadas, y sembrado todo por innumerables trincheras y fosos, y todo tan hábilmente dirigido y ejecutado, que no había manera para las tropas de moverse, sin que no lo hicieran siempre á la vista y bajo el fuego cruzado del enemigo. He conocido, terminaba diciendo Moriones, varias situaciones críticas por las que ha pasado nuestro ejército en esta guerra, y no considero ninguna tan asfixiante y peligrosa como la actual.

Puestos de acuerdo Loma y Villegas, que continuaba al frente de su pequeño ejército, á fin de atender mejor las órdenes de Quesada, que mandó limpiar su retaguardia de enemigos, consideraron necesario como base de todas las operaciones de Vizcaya, establecer lo primero la línea del Cadagua á Bilbao, concertando un movimiento que consistía en extender su derecha sobre Viérgol y adelantar por la izquierda hasta Nava, con el objeto de estar encima de las líneas carlistas del Berrón y monte Celadilla, sobre Valmaseda; apoderarse de ésta, subir á la sierra de Ordunte, caer sobre Mollinedo y no parar hasta dominar la carretera de Valmaseda y Avellaneda, combinando estas operaciones, de doble movimiento envolvente, con la subida de fuerzas de Bilbao á la altura de Santa Agueda, corriéndose por la cresta á tomar posición en Galdames ó Triano sobre Sodupe.

De este modo se verían envueltos los carlistas; atacados por tres puntos á la vez y en gran peligro, por lo tanto, sin más retirada que hacia Galdames y Durango.

Ejecutado el movimiento preparatorio por orden de Quesada, lo fué de manera tan exacta como se había proyectado, quedando las tropas en los nuevos cantones y la línea avanzada ocupada por Villegas, después de algún fuego en las avanzadas del Berrón y en el ataque á la torre de Gipano, con algunas pérdidas.

La inclemencia de la estación obligó á suspender las operaciones durante ocho días, al término de los cuales abonanzó el tiempo, moviéndose entonces las tropas desde Alava, Mena y Bilbao, para caer simultáneamente sobre Vizcaya, y habiendo de marchar por caminos abruptos y por junto á las formidables posiciones de Celadilla, Llodio y Areta.

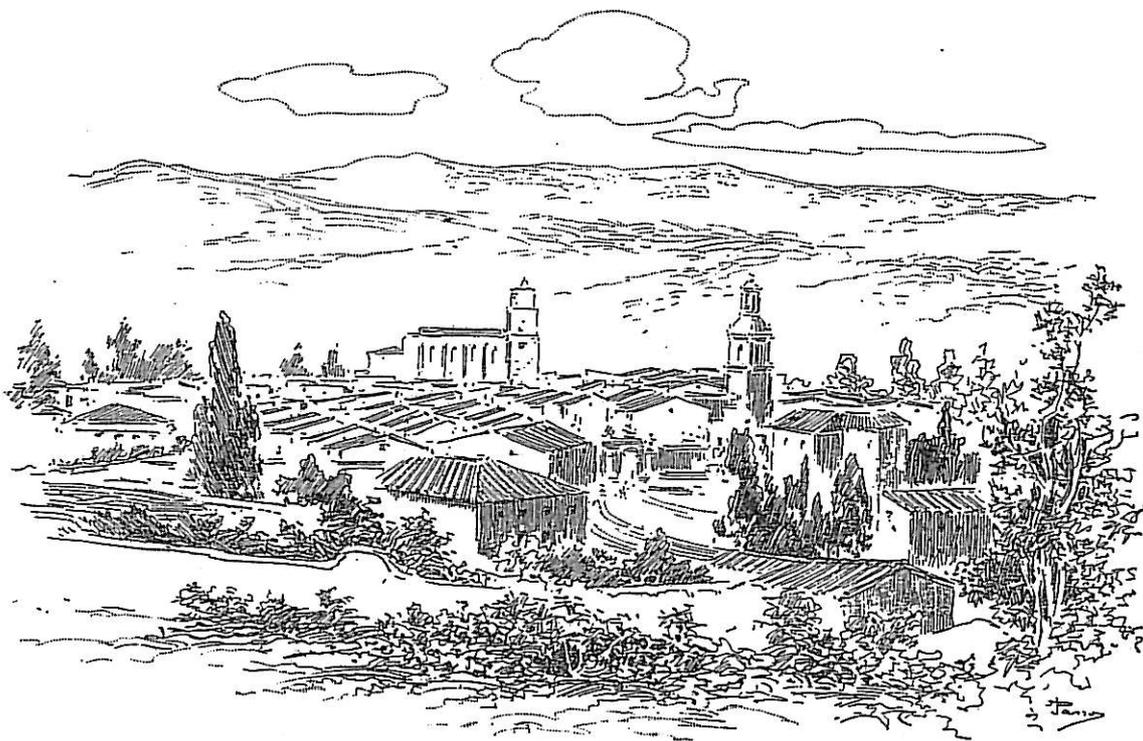
Loma, con una brigada, la de Goñi, quedó sobre Valmaseda, cuyas posiciones atacó Goñi, apoderándose del monte Celadilla; el general Espina, con la brigada Cotosielo, cruzó desde el valle de Mena al de Carranza, y amagó la derecha del enemigo; Cassola desde Bilbao se apoderó de Santa Agueda, las Cruces, San Felipe y Pílon de Azúcar, uniéndose estas fuerzas con las de Villegas, que situado en Güeñes y sobre Sodupe, y después de haber reunido, aprovechando la obscuridad de la noche, toda su división en la sierra de Carbonillo, acometió con rapidez y energía al enemigo, amenazando envolverla por la izquierda.

El cabecilla Carasa, que mandaba aquella parte de la línea carlista, al darse

cuenta de tan bien combinado movimiento, se retiró á Zornoza y sus inmediaciones, abandonando aquellas posiciones, cuajadas de reductos y trincheras, y ordenando á su segundo, Echevarri, que se retirase hacia Somorrostro y Ortuellas, quedando por lo tanto Valmaseda en poder de Loma sin otro incidente que un débil tiroteo.

El día 28 de Enero hizo la división Goyeneche, por orden de Quesada, un reconocimiento por Villarreal, mientras la brigada Córdova se apoderaba de dos piezas del enemigo, que por la necesidad de una rápida retirada no le fué posible defender.

Al día siguiente, dejando Quesada á la división Goyeneche por su derecha, amenazando al enemigo por terreno de Alava y con orden de asegurar aquel flanco, y situando al general Maldonado para no interrumpir sus comunicaciones, avanzó Quesada con la otra división del segundo cuerpo á Ochandiano, á la vez que encaminaba la división de reserva por Villaro y Miravalles sobre el valle de



Durango.

Arratia, quedando así enlazada la comunicación con Durango, merced á la toma de Ochandiano, Alarcón y San Antonio de Urquiola.

No hallaron otro medio los carlistas de defender la entrada de los liberales en aquella comarca, reconcentrados como estaban en Urquiola, que abandonar sus posiciones, apoderándose Goyeneche, sin resistencia, de tan estratégicas alturas, quedando así dueño el ejército liberal de las fortísimas posiciones que dominan los valles de Vizcaya y Alava, hasta la entrada de Guipúzcoa.

En su incomprensible huida no incendiaron los carlistas el puesto fortificado de San Antonio de Urquiola, ni aprovecharon la posición central del campo atrincherado de Areta, ni las de aquellas formidables defensas naturales, tras las que hubieran podido hacer pagar cara la victoria á su enemigo.

El 30 de Enero, ó sea un día después de haber tomado el ejército liberal los altos de Urquiola, llegó Villegas á Sodupe, apoderándose de dos piezas de artillería y otros efectos de guerra.

Dueño Villegas de Cadagua, por ser Sodupe centro de comunicaciones de Vizcaya y Alava, adelantó sus tropas á Güenes, Zubieta y Berrugal, tendiendo así la mano á Bilbao.

Para proteger el movimiento envió Quesada á Bilbao su división de reserva, saliendo él de Ochandiano con la primera división del segundo cuerpo en igual dirección.

Por haber equivocado los guías el camino, penetró Quesada en el valle de Arriata, cercado de enemigos, trabándose un combate en el que perdió la vida el comandante general de ingenieros, brigadier Verdú. De haber estado en aquella ocasión los carlistas medianamente dirigidos, hubieran sido para Quesada los resultados de la lucha



Alvaro de Sodupe.

aún más lamentables y funestos. No atreviéndose Quesada á moverse para evitar otra sorpresa, permaneció todo un día en el valle de Arriata, marchando luego á la ventura por los valles de Llantero, Zuaza, Gordojuela, Orozco, Llodio y Oquendo.

Siguió por Ceberio y Arrancudiaga á Miravalles, quedando así abierto el paso á Bilbao por el Cadagua y el Nervión, ó sea el establecimiento de la doble base Bilbao Vitoria, objetivo de la primera parte de las operaciones.

El 1.º de Febrero entraron en Bilbao, después de comunicarse ambos cuerpos de ejército, Quesada desde Miravalles, y Loma y Villegas desde sus posiciones del Cadagua.

Había Quesada ordenado á Moriones querrompiese la línea enemiga; pero comprendiendo éste, después de un reconocimiento, los grandes sacrificios de sangre que le iba á costar, decidió tomar las posiciones de Garate. Entreteniéndose con algunos amagos á los carlistas, envió á Guetaria al brigadier Mariné, embarcado sigilosamente en Pasajes, ordenándole que se apoderara de los altos que dominan el pueblo.

El 26 de Enero desalojó Mariné á los carlistas del monte de Garate. Para

coadyuvar á la operación, ordenó Moriones al general Morales de los Ríos que hiciera desde San Sebastián una demostración sobre las líneas de Arratsain, hacia Guetaria, á fin de desguarnecer de enemigos dicho punto; retener á los carlistas sobre San Sebastián y poder atacarlos por la retaguardia; embarcando Moriones con el grueso de sus tropas para reunirse con Mariné.

Cargó Morales de los Ríos, el 27 de Enero, sobre los enemigos, llegando hasta los fosos de los fuertes donde aquéllos se guarecían; pero cayendo de improviso los carlistas por retaguardia sobre los liberales, les obligaron á retirarse con más de 500 bajas entre muertos y heridos, entre los que figuraron el coronel Olazabal, y muerto el coronel don León Ortega.

Los carlistas perdieron á dos de sus jefes, los titulados coronel Blanco y teniente coronel Equiza y sobre 200 individuos de tropa.

La defensa hecha por los carlistas fué heroica en extremo. En Mendizorrotz y Arratsain se dieron cargas á la bayoneta; peleóse cuerpo á cuerpo, llegando las tropas de Morales de los Ríos en su arrojo á dominar el Bordacho, rodeándole, posición que había considerado Moriones inatacable.

Defendían el Bordacho unos cuarenta carlistas, y agotados los cartuchos y granadas de mano, se defendieron á pedradas, arrojando hasta las tejas, desoyendo toda propuesta de rendición. Auxiliados con oportunidad, rechazaron á su enemigo.

Al dar cuenta Morales de los Ríos á sus superiores de la derrota, dijo:

« Ha habido bravura en las tropas, poca inteligencia en algunos jefes encargados de los detalles, y olvido por parte de los jefes de brigada de las instrucciones que verbal y repetidas veces he dado. »

En efecto, la operación debía consistir sólo en amagar y no presentar batalla, como hicieron las tropas de Morales de los Ríos; por lo que la operación emprendida por Moriones fracasó, á pesar del refuerzo de tres batallones que recibiera y que no pudo utilizar.

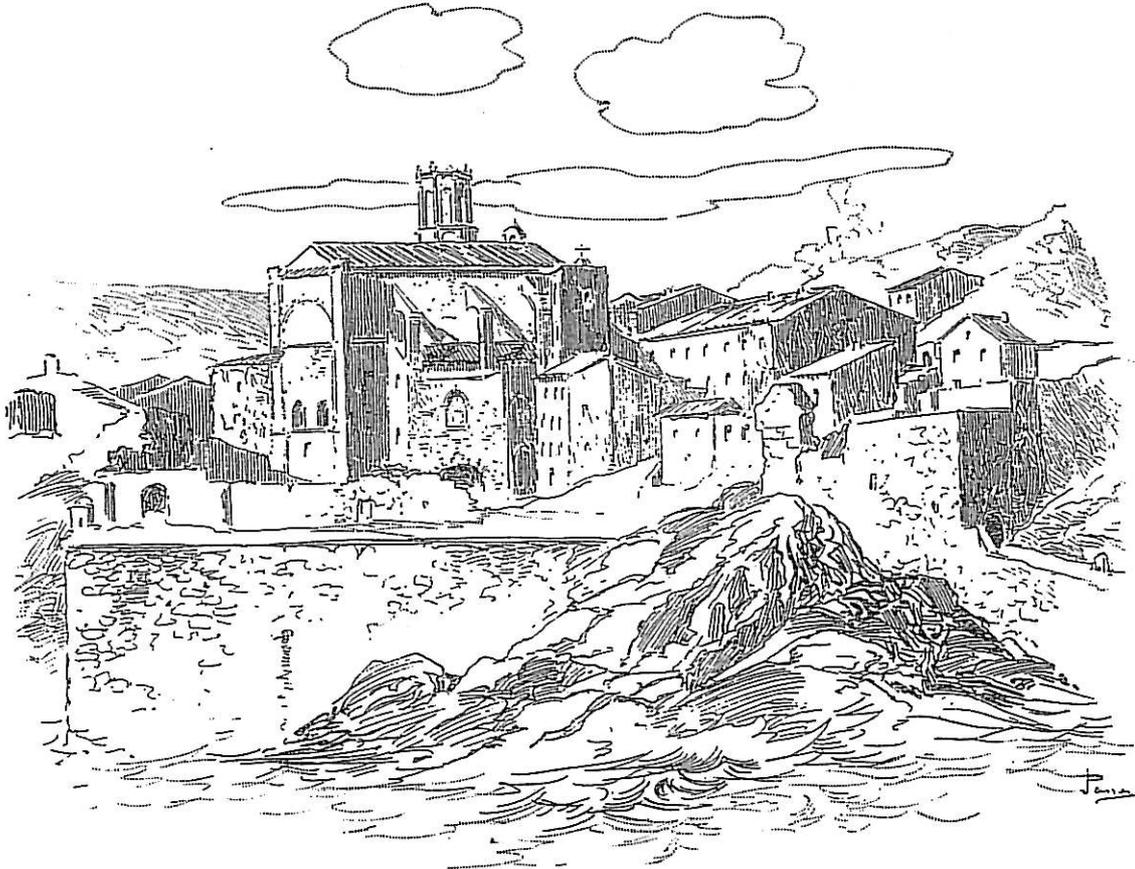
No habiendo podido los liberales apoderarse, como era su objetivo, de la derecha del Oria para comunicarse con las fuerzas que estaban en Guetaria, que operarían en el mismo sentido, á fin de conseguir un paso por el río, dueños los carlistas de aquellas posiciones y de la vía fluvial, comenzaron de nuevo á bombardear á San Sebastián y Hernani, hasta la madrugada del 6 de Febrero. El total de los proyectiles lanzados sobre la primera de dichas poblaciones ascendió á 2,177.

Ordenó Quesada á Moriones que avanzase sobre Cestona, para comunicarse con Loma, que se dirigía por Marquina á Elgoibar y Deva, mientras Quesada se encaminaba á Elgueta.

Contestó Moriones al general en jefe que se embarcaría para Guetaria, á fin de efectuar el movimiento que se le prevenía.

Consistía el plan de Moriones en llamar la atención de los carlistas sobre Garatemendi, por medio de ataques falsos á las posiciones de las Meagas é Inda.

mendi; embarcar de noche tropas en Guetaria, si el estado del mar lo permitía, que desembarcando en Pasajes y San Sebastián, y unidas á la tercera división, atacaran por sorpresa las posiciones centrales de la línea enemiga, apoyando así á las tropas que desde San Sebastián y por la carretera de Hernani marcharían sobre Santiagomendi.



Guetaria.

Vista la situación en que había quedado la división de Morales de los Ríos, hubo de abandonarse este plan y esperar, para combatir, los movimientos del ejército de la izquierda, que seguía avanzando.

Ya hemos dicho que el ejército de la derecha, que se reunía en Navarra, al mando de Martínez Campos, había iniciado su movimiento de avance el 29 de Enero, dirigiéndose hacia el Baztán.

Para facilitar esta marcha, ordenó Campos á Primo de Rivera que con todo su cuerpo de ejército y apoyado por la artillería hiciera ademán de atacar la línea de Estella, mientras él con su cuartel general, el cuerpo de ejército del general Blanco y la división Prendergast, racionados para tres días y llevando una ración de repuesto por individuo en las acémilas, y un tren de puentes y parque móvil, se encaminaba al puerto de Velate.

Durante la marcha, que se hacía por fuera de caminos y por bosques frondosos, siendo el estado del piso detestable, sostuvo Martínez Campos varios tiroteos con su enemigo.

Al llegar la noche, la división de reserva, que llevaba á su cabeza el material de puentes y el parque móvil, como no pudiera pasar del alto de Belzunegui, le fué forzoso acampar, ya de madrugada, no sólo para dar descanso á las tropas y al ganado, sino por lo intransitable del camino.

Unido esto á la contrariedad de haberse hecho imposible sorprender el puerto de Velate, como quería Campos, por estar guardado por algunos batallones carlistas, se alejó el general en jefe por la derecha; pernoctó la noche siguiente en Engui, Saigos y Zubiri, y á las nueve de la noche del otro día empezó á llegar la vanguardia á Elizondo, expuesta á serio fracaso, por no saber si en la población había ó no enemigos.

Grande fué el conflicto en que se halló entonces Martínez Campos, pues sus tropas carecían de víveres, por haberlos dejado abandonados en tan penosa marcha.

Dispersas las fuerzas liberales por la fatiga y el cansancio de cinco días de camino, quedaron las más de ellas errantes por los bosques, faltas de víveres y calzado, sin saber los unos de los otros, hasta que al cabo de dos días y tres noches resultaron reunidas al azar en el punto de su destino.

Comprendiendo Martínez Campos que no había otro remedio que avanzar á toda costa para proporcionarse víveres y calzado en Francia, se apoderó de Dancharinea sin disparar un tiro, por no violar el territorio francés, quedando así Martínez Campos dueño del Baztán. A la proximidad del general Blanco, abandonaron los carlistas la aduana de Urdax.

Frustrado el propósito de Campos, que era remediar la mala situación en que se hallaba Moriones, necesitaba que Moriones destacase algunas tropas para sacarle del mal paso en que se había metido. Y gracias á que los carlistas, bien fuera por los trabajos de seducción realizados anteriormente, bien por hallarse desconcertados, no aprovecharon la ocasión de echarse sobre las dispersas fuerzas liberales cuando caminaban á la ventura, en medio de un temporal de nieves, casi hambrientos y por caminos desconocidos, ya que el terreno favorecía la defensiva. En los carlistas se vió algo más que imprevisión. En Martínez Campos, una confianza ciega en una empresa que tenía más de aventura que de operación militar.

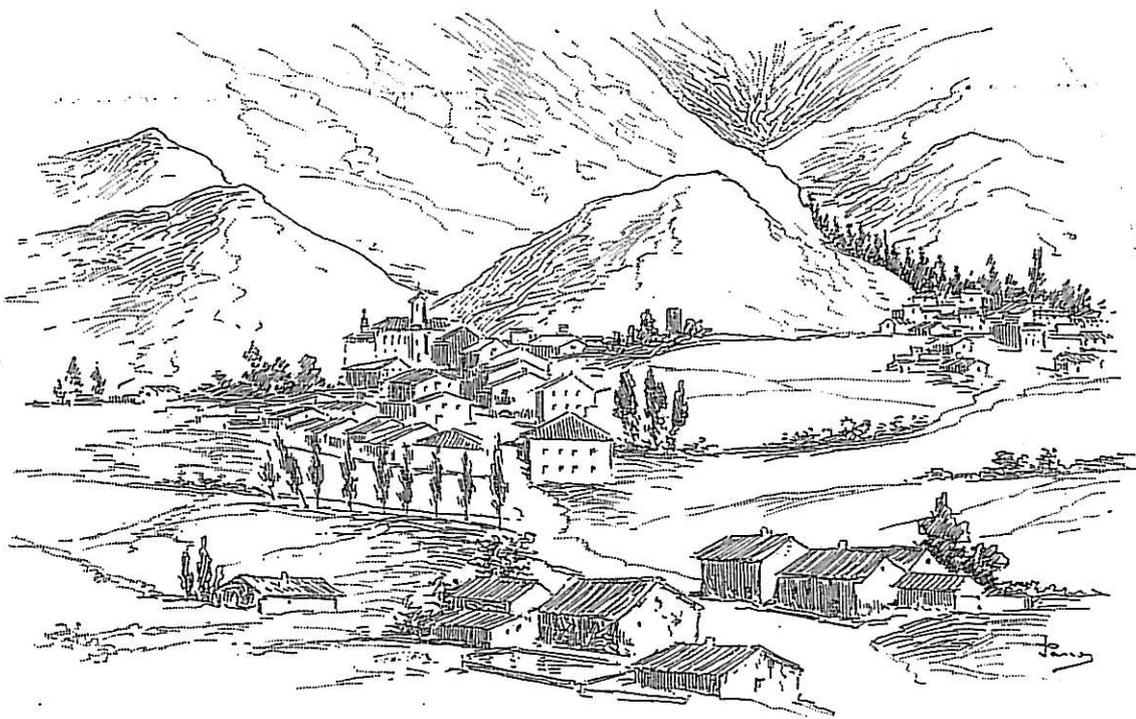
Fueron muchos los que enfermaron con motivo de aquella marcha, cuyos resultados hubieran sido desastrosos para el ejército de Campos, de no haber conseguido el Gobierno la benevolencia de las autoridades francesas, á fin de que facilitasen á nuestros soldados cuantos recursos se hicieran precisos, como el racionar y municionar á las tropas y dar asistencia á los enfermos.

A costa de muy sensibles pérdidas, logró Primo de Rivera apoderarse, el 30 de Enero, del fuerte de Santa Bárbara de Oteiza, mientras la brigada Arias adelantaba á Artazu; la de Molina, á Cirauqui y Mañeru; la de Albornoz, amagó á la Solana, pasando Lega por Leria y debilitando así al enemigo en su extensa línea.

La operación de Primo de Rivera tuvo de importante el mantener en jaque á

los carlistas, imposibilitándoles alejarse de Estella y de los atrincheramientos de su contorno. El plan, por lo tanto, acordado en junta de generales y el Gobierno, iba realizándose con fortuna, á pesar de los contratiempos sufridos y de los cuales no supieron ó no quisieron aprovecharse los jefes del ejército de Don Carlos.

Sabedor el Pretendiente de la entrada de Martínez Campos en el Baztán, llamó á Tolosa al Conde de Caserta, y en la conferencia que ambos celebraron el 2 de Febrero, se comprendió lo terrible de la situación en que se hallaban las fuerzas carlistas, teniendo al enemigo á retaguardia; y aunque se confió en que quedando aisladas las tropas liberales podía atacárselas con éxito, haciéndolas entrar en Francia, como Martínez Campos se fortificaba en Elizondo y había conseguido apoderarse de Dancharinea, no era posible la realización de semejante propósito.



Vera.

Corrió Caserta á unirse con Pérula, que estaba en Leiza, para atacar á Campos, ó contenerle al menos, y se situaron fuerzas en Vera, á fin de impedir que las fuerzas liberales de San Sebastián se diesen la mano con las de Martínez Campos; pero una abundante nevada estorbó las operaciones.

Hemos de consignar, en honor de la verdad, que las frecuentes y copiosas nevadas, propias de la estación y del clima, fueron más adversas á los carlistas que á los liberales, á causa de necesitar los primeros mayor movilidad que los segundos para la defensiva á que se veían obligados.

Llegaron Caserta y Pérula á Vera el 3 con dos columnas, reuniendo un total de 12 batallones, 2 escuadrones y 8 piezas.

De Vera marcharon Caserta y Pérula á Narbarte y Larrumbe á Peñaplata. Nuevas disensiones entre los jefes carlistas empeoraron la situación de su causa.

Resuelto Quesada á seguir sobre Guipúzcoa, para darse la mano con Moriones y caer sobre Navarra, mandó restablecer la vía férrea de Miranda á Bilbao.

A la vez, publicó varios bandos concernientes á la libre entrada de productos y efectos en los pueblos, derogando así una de las más arbitrarias de sus anteriores disposiciones.

Dispuso Quesada, el 4 de Febrero, continuar adelantando á Guernica, Zorzona y Durango, para unirse con la división de Alava, que, apoyándose en San Antonio de Urquiola, comunicaba con Durango por Mañaria, dejando á su retaguardia la división de Vizcaya.

Es de notar que tratándose de un pueblo eminentemente carlista, como lo era Durango, al llegar los liberales se les recibió con repique de campanas.

Al adelantar la brigada Ciria para alojarse en Abadiano, á 2 kilómetros de Durango, se halló con las fuerzas del cabecilla Cervero, trabándose un combate en el que perdieron la vida 2 jefes y 28 individuos de tropa; y resultaron heridos 80 oficiales y 100 soldados liberales. Los carlistas tuvieron sobre un centenar de bajas.

Este y otros combates, en los que se derramó la sangre inútilmente, no lograron mejorar la situación del carlismo. Iba de vencida, como lo demuestra el significativo hecho de haber desertado de las filas del Pretendiente, en tres días, para acogerse á indulto, 142 individuos.

Mientras las operaciones quedaban necesariamente interrumpidas por efecto de un pertinaz temporal de agua y nieve, Martínez Campos, no allanándose á quedar relegado á un papel secundario en aquella campaña, pensó en restablecer la base de Pamplona, por el puerto de Velate, y así hubo de comunicárselo á Quesada y al Gobierno. Un ilustrado escritor militar, dice á este propósito:

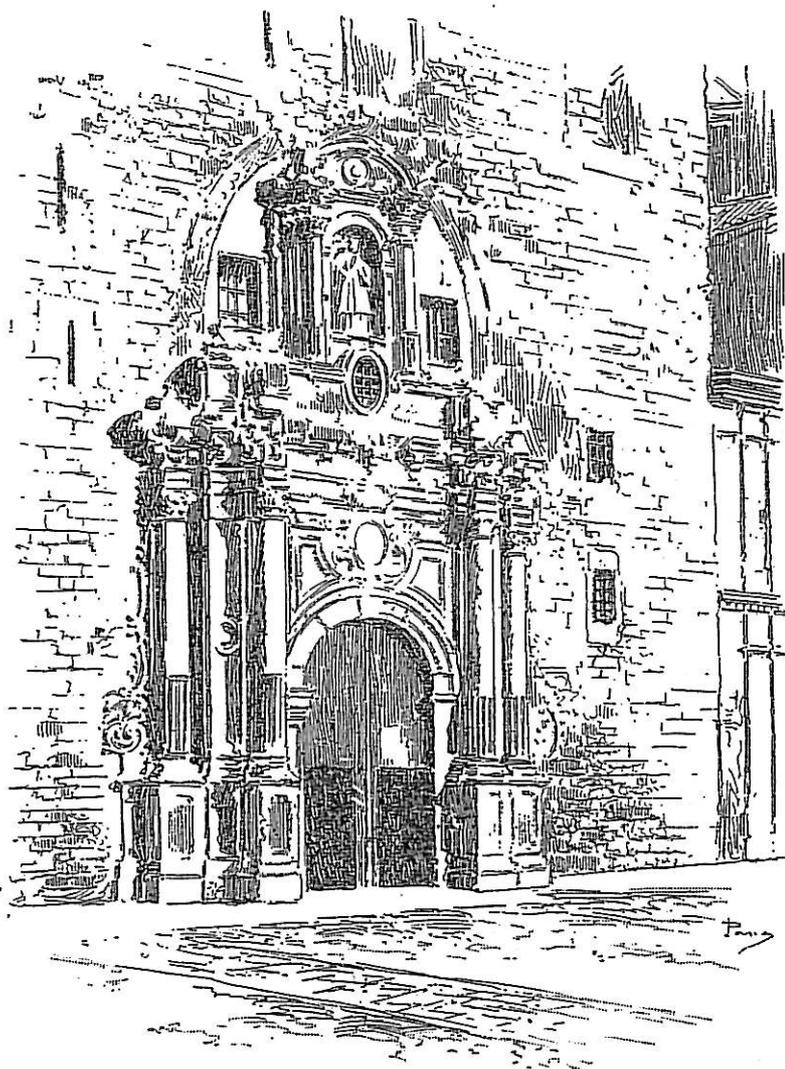
« Pero el general Quesada contestó al gobierno, diciéndole que no convenía desistir de su proyecto, ni distraer fuerzas del fin á que se las encaminaba tan perfectamente; y suplicaba al ministro que combatiera impaciencias, y el general Primo de Rivera, á quien consultó Martínez Campos su pensamiento de comunicar con Pamplona, contestó que consideraba más conveniente objetivo el de seguir en sus ataques sobre Estella; y resultó que el general Martínez Campos había de quedar aislado, y que en vez de ser el papel principal iba á quedar reducido á uno insignificante, lo que le hizo decir: « Mi mal humor es grande, porque quería haber llegado á Oyarzún; pero Dios, que está sobre todo, ha acordado darme una huelga de invierno. » Su papel era, pues, bien secundario, según él mismo confiesa: « Creo, dijo á Quesada, que aunque yo esté parado por las dificultades, respondo al pensamiento de V. E.; creo que estando parado por falta de raciones y borceguies, coopero al plan, pues atraigo las fuerzas; ahora conceptúo ocasión para que Quesada se dé la mano con Moriones. »

» Quiso mostrarse superior al plan convenido y no pudo, y al fin reconocía que

aquél era el debido plan; lo que demuestra con toda evidencia con cuánta sin razón se pretende para el general Martínez Campos una parte principal de la gloria por la terminación de la guerra; pues no sólo no ha logrado el primer papel á que aspiraba, sino que hasta queda por debajo de uno de sus segundos, Primo de Rivera, que resultaba con la atención principal en el ejército de la derecha.»

Reforzado Moriones, como hemos dicho, con tres batallones y Primo de Rivera con siete, pensó Quesada apoderarse del Deva, para lo cual creía conveniente que avanzase Moriones sobre Cestona.

Comprendiendo Moriones lo arriesgado de atacar por donde se le indicaba volvió á Guetaria; reembarcó sus tropas y las dispuso sobre la carretera de San Sebastián á Hernani contra Santiagomendi.



NAVARRA (Pamplona). — San Lorenzo.

Primo de Rivera, en tanto, se dispuso á atacar á Estella, mientras Martínez Campos continuaba sin poder comunicar con Primo de Rivera, por Velate, ni con Moriones por Vera, por lo cual acudió en su auxilio la brigada Navascués.

Habiendo cesado el temporal, dió orden Quesada, el 11 de Febrero, de proseguir las operaciones. Mandó que el tercer cuerpo avanzara por la carretera de la costa y á la vista de Elgueta sobre Elgoibar, y que la división de Alava lo hiciese desde Urquiola, por la divisoria sobre Elgueta, protegiéndole á él, que así marchaba



Puente de San Miguel, en Vera.

flanqueado por estas fuerzas con el segundo cuerpo y la división de reserva, mientras los buques de guerra cruzarian por la costa con raciones y pertrechos.

Avanzando Loma por la carretera de Marquina á Azpeitia, siguió hacia Elgoibar por el monte Oiz á la vista de Elgueta.

Hallando Loma el grave inconveniente de que en Mendaro estaba el enemigo, destacó para que le flanquease al general Villegas. Atacó Villegas con arrojo, mientras la división de Alava, de los altos de Urquiola, sobre el puerto de Campazar, chocó también con los carlistas, y como Quesada avanzase sobre Elgueta se extendió la batalla á toda la línea.

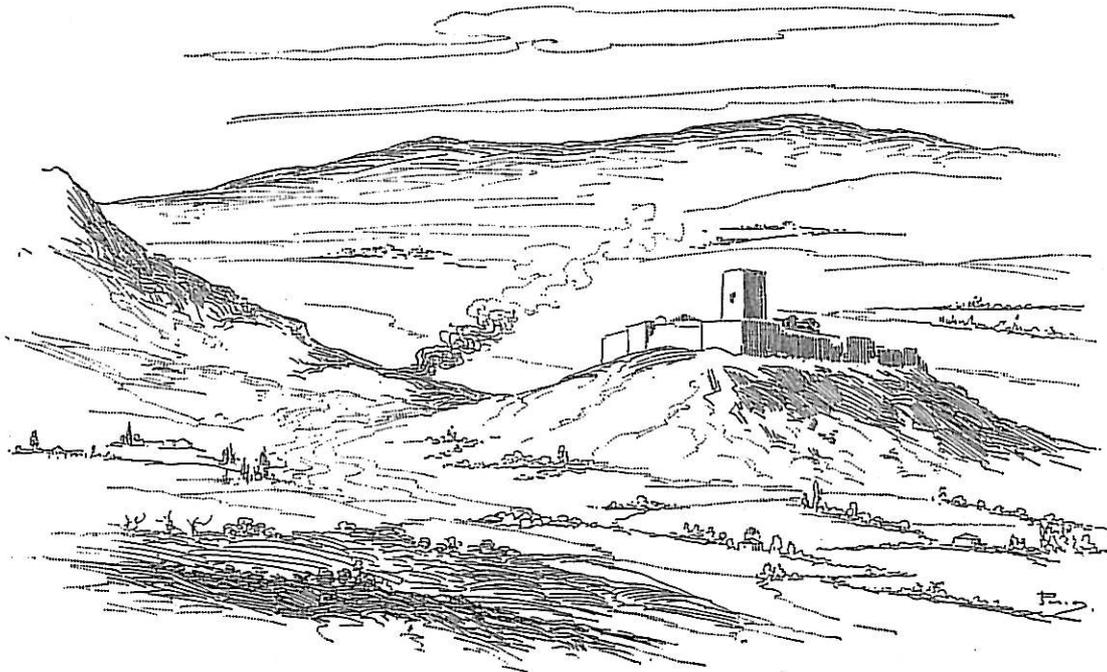
Ocupaban los secuaces de Don Carlos los altos de Elgueta, por lo que resistieron tenaces al abrigo de sus excelentes posiciones. La lucha fué encarnizada y duró seis horas. La llegada de las fuerzas del general Maldonado decidió la contienda, quedando dueños, por lo tanto, los liberales, el 13 de Febrero, de las márgenes

del Deva, y sobre la izquierda del Urola, ó sea á retaguardia, no sólo de Elgueta sino de Vergara.

Sobre 400 bajas tuvieron los liberales en la acción y 300 los carlistas.

Merced á esta importante victoria, pudo al día siguiente el ejército liberal adelantar en su camino; Quesada á Vergara; Loma á Elosua; Villegas á Azcoitia y Maldonado á Mondragón, no sin antes haberse apoderado de las fábricas de armas de Plasencia, Eibar y Eruma, en las que recogieron gran cantidad de armas y efectos de guerra, muchas de ellas sin usar.

Debido á las ventajas conseguidas en la operación, pudo Moriones llegar por Cestona á Azpeitia á darse la mano con Quesada.



ÁLAVA — Vista panorámica de Laguardia.

Podían los carlistas considerar perdidas para ellos las provincias de Alava y Vizcaya. Faltábales á los liberales ocupar sólo la Cuenca del Orio, la más importante de Guipúzcoa, para dejar á su enemigo aislado en Navarra.

Necesitábase para conseguir esto dominar posiciones difícilísimas, fuertes por su naturaleza, y cruzadas por dos carreteras, la que va por Zarauz paralelamente á la costa, y la que pasa por Tolosa.

De nada, pues, había de servirles á los carlistas parapetarse en los altos de Descarga, ni en los de Elosua, ni en los que defienden el camino de Azpeitia á Tolosa, cuyos desfiladeros son temibles posiciones defensivas; habían de retirarse necesariamente si no querían verse copados, pues por el frente, flancos y retaguardia se hallaba su enemigo.

Además de esto, la situación del carlismo era cada vez más grave, tanto, que al pedir Caserta á la diputación raciones para las tropas, hubo aquélla de negárselas, como asimismo el que se llamara más gentes á las armas.

Semejante estado de cosas hacía más frecuentes las presentaciones á indulto. Los pueblos mismos, hartos ya de guerra, clamaban por la paz y recibían á las tropas liberales con muestras de contento y regocijo.

Solamente algunos jefes carlistas de los más entusiastas y sinceros confiaban, por ciertos tratos con conocidos revolucionarios, en que se efectuaría un movimiento que ellos pensaban explotar en provecho de la causa que servían. Entre los unos y los otros se cruzaron telegramas muy significativos.

Abiertas dos días después de las operaciones narradas, ó sea el 15 de Febrero, las primeras Cortes de la Restauración, manifestó Don Alfonso en su discurso la obligación que como Rey y supremo jefe del ejército tenía de contribuir á la pronta conquista de la paz, para lo cual ofrecía no dilatar su nuevo viaje á las Provincias.

Como la fortuna militar de Don Alfonso había quedado maltrecha y obscurecida con la derrota de Lácar, resolvió el Gobierno que cuando el carlismo fuese vencida en el Norte acudiese el Monarca á ponerse al frente del ejército, á fin de rodear á Don Alfonso con la victoria definitiva de la aureola del Pacificador.

Mas este viaje, que debiera haber sido sencillo y espontáneo, fué para el Gobierno más arduo y difícil que el más enojoso de los viajes diplomáticos que puede hacer cualquier monarca con arreglo al Protocolo.

A tal fin, mandó el Gobierno al subsecretario de la Guerra, don Marcelo Azcárraga, para que conferenciando con el general Quesada pudiera señalarse el día en que debiera llegar Don Alfonso al Norte y lo que éste habría de hacer.

Varias preguntas se le hicieron á Quesada para que las contestase categóricamente, siendo una de ellas: por dónde había de hacer Don Alfonso su viaje y qué puntos era conveniente que visitara, política y militarmente, teniendo en cuenta su seguridad personal. Y la otra: si era posible que el Monarca con su escolta, aun en días de combate, ocupara poblaciones ó puntos en que sin menoscabo de su prestigio no corriera riesgo su vida.

Decía también el Gobierno, en su comunicación á Quesada, que el Monarca había resuelto conferirle el honrosísimo cargo de jefe de Estado Mayor general, cargo que por cierto se había convenido en que fuera para Martínez Campos, más su resolución de marchar al Baztán le imposibilitó de ser el jefe del ejército.



M. Fernández de Villavicencio.

Para contestar al interrogatorio del Gobierno se reunieron en Verga, presididos por Quesada, los generales Loma y Moriones.

El 16 de Febrero salió Don Alfonso de Madrid para Vitoria, llegando el 18 á Vergara. Al día siguiente dió una orden general al ejército condenando tan injustificada guerra y la temeraria obstinación de sus sostenedores.

En Azcoitia y Azpeitia revistó algunas fuerzas.

Habían tenido necesidad los carlistas de retroceder á Ormaiztegui para cubrir la línea del Segura y poder comunicar con las fuerzas situadas en la Barranca.



Como aparecían ya derrotados en toda la línea, á pesar de no haberse librado más que algunos combates de mediana importancia, Don Carlos, en vista de lo que sucedía, convocó el 17 de Febrero Consejo de generales en Beasain.

Asistieron al consejo el Conde de Caserta, el Marqués de Valde-Espina, Carasa, Caveró, Brea, Grande y algunos otros, más ó menos graduados.

Tomó la palabra Don Carlos y dijo:

«Ya lo véis; el enemigo, con fuerzas infinitamente mayores que las nuestras, ataca las líneas, forzándonos á levantarlas, y avanza sin temor en todas direcciones. Preciso se hace, pues, contenerle en algún punto, porque de otro modo el espíritu de mi ejército decaerá y las consecuencias serán funestas. Quiero salir de esta situación tan anómala, pues estoy violento; deseo atacar al enemigo á toda costa y en mano de Dios poner la suerte de mis armas.»

Después concedió la palabra á Caveró, el cual manifestó que correspondía al jefe de Estado Mayor general exponer el plan, en su opinión más oportuno, para discutirlo.

Habló entonces el Conde de Caserta y dijo que, según las últimas confidencias, tanto el avance de Martínez Campos en el Baztán, como el de Primo de Rivera en Navarra y el de Quesada, Loma y Moriones por la parte de Tolosa y Vergara serían en un mismo día, con el fin de que el ejército carlista no pudiera hacer resistencia en ningún punto, pues siendo muchos los que atacaban y pocos los que se podían oponer, serían fácilmente arrollados. En su concepto, pues, convenía levantar por completo la línea de Guipúzcoa, formar una división volante con los batallones de la línea y unirla á la de Vizcaya, para que ambas, bajo las órdenes de Carasa, obraran contra Quesada, oponiéndose á su paso; que Lizárraga podía obrar en Navarra impidiendo el avance del enemigo sobre Estella, y que en el Baztán, reuniendo algunos batallones, se podía conseguir una gran victoria sobre Martínez Campos.

Opusieronse á la opinión de Caserta, estimando necesario determinar un plan ofensivo Valde-Espina, Carasa y Caveró.

Encargado de trazar ese plan fué Caveró, que dijo ser indispensable atacar cuanto antes á Martínez Campos, que se hallaba en condiciones comprometidísimas.



José J. Fernández de Villavicencio.
Marqués de Castrillo.



Juan María Maestre.

Argonz encontró aceptable lo propuesto por Caserta. Pero Caserta, al rectificar, halló aceptables algunos de los puntos tratados por Cervero, por lo que Don Carlos, un tanto amostazado, exclamó:

«Hablemos menos y hagamos más; de este modo no concluiremos, y lo que yo deseo es terminar para ejecutar.»

Después de lo dicho requirió la opinión de uno de los jefes de no muy alta graduación y poco conocido hasta entonces, que asistía al Consejo, el joven don Leoncio Grande, el cual en un corto pero erudito discurso se manifestó contrario al sistema de líneas por ser, dijo, una rémora para el adelanto de las operaciones y feliz resultado de la guerra.

Concretó su pensamiento diciendo: «En vez de pensar en establecer nuevas líneas, deben levantarse todas y distribuir las tropas que las cubren en columnas volantes, que sin darse vagar, molesten al enemigo, atacándole tan pronto de frente, como por la retaguardia, como por los flancos, á fin de tenerle en continua alarma, lo cual no empece para que en los casos en que se reúnan dos ó más columnas puedan llevar á cabo un ataque ventajoso.

»Además, añadió, se hace necesario á todo trance, dada la situación de la campaña, quebrantar con una victoria al enemigo, envalentonado por su avance, casi sin resistencia, hasta el corazón de las Provincias.

»Explicando su idea concluyó: «Martínez Campos está asegurado; pero conviene por lo mismo evitar que Moriones, protegido por Quesada, pase á libertar á Campos, ya que en la situación en que se encuentra tendrá necesariamente que capitular en cuanto le atacemos, ó entrar derrotado en Francia.»

Aprobado que fué el pensamiento de Grande, se estudió sobre una carta geográfica cuál de los flancos de Quesada se hallaba en condiciones de ser atacado con probables ventajas de éxito, siendo todos de parecer que debía operarse contra su flanco derecho, que se apoyaba en Mondragón y Oñate.

A este fin se circularon órdenes para que se juntaran los batallones 4.º y 5.º de Castilla, á la sazón en el Baztán, con otros de Guipúzcoa, y con las fuerzas que estaban á mano constituir, como lo hicieron, un cuerpo de ejército de 10,000 infantes, 160 caballos y 14 piezas de montaña.

Cuando se reunía este contingente apareció el batallón de Munguía casi en cuadro por haber desertado los restantes individuos con armas y municiones. Del batallón de Guías había desertado también la primera compañía, y en los que quedaban percibiase con claridad síntomas de descontento.

La retirada del Baztán de los batallones 4.º y 5.º de Castilla la aprovechó Martínez Campos para romper por el punto que ocupaban, y que no había sido cubierto, á pesar de las órdenes terminantes que dió Don Carlos para que se cubriera. Tratóse de remediar la falta, pero ya era tarde.

Para atajar en su avance á los liberales é impedirles llegar á Vera, se unieron Caserta, Cervero y Brea.

Había pretendido Martínez Campos entrar en Guipúzcoa, sin conseguirlo, por las circunstancias anteriormente anotadas.

Para el desarrollo de su objetivo necesitaba avanzar á Vera, lo cual habia de facilitarle la brigada Navascués, estableciendo puentes en el Eudarlaza, á fin de pasar el Bidasoa.

Así se lo decía Campos al ministro en telegrama cifrado de 17 de Febrero. «Si nó, lo juzgo imposible, por ser invadeable y tener los carlistas minado el puente de Vera.» Y añadía: «Reconocen este punto para ocuparlo ó no, según convenga. Para conservar aduana en Dancharinea dejo á Prendergast con 6 batallones, porque aquella posición es malísima. Si no paso pronto el Bidasoa volveré sobre Velate, combinado con Primo, porque en Vera no puedo surtirme de víveres. Sin embargo, si V. E. opina otra cosa sírvase decírmelo.»

El mismo día 17 cayeron algunas compañías navarras, sin disparar un tiro, sobre los liberales, que ocupaban el alto de Auzcue, sosteniéndose un rudo combate de arma blanca. Se apoderaron los carlistas de aquellas posiciones y recogieron 137 fusiles é hicieron 14 prisioneros.

Esta derrota fué debida á que estimulado Martínez Campos por Moriones, de orden de Quesada, para que hiciese una demostración sobre el monte Arechelegui, muy conveniente para contener algunas fuerzas carlistas y hacer así más fácil el ataque resuelto sobre el Oria, acordado en Vergara, mandó á este fin Campos que se replegaran las tropas avanzadas hacia el interior sobre las de la derecha, quedando entonces desamparadas las de la izquierda, que fueron las que sufrieron el enojo de los carlistas.

Repuesto Martínez Campos de la sorpresa y concentradas todas sus tropas en la frontera, resolvió seguir la marcha hasta llegar frente al monte del Centinela, altísimo estribo perpendicular á la línea de avance, cuya posición era indispensable para atacar la no menos abrupta de Peña Plata.

Tres veces fueron rechazados los liberales al pretender tomar por asalto la formidable posición del Centinela, y Martínez Campos, al observarlo, á fin de ahorrar pérdidas, ordenó la retirada al teniente coronel de cazadores de Cataluña don José Gasco, cuyos esfuerzos resultaron infructuosos en las tres acometidas. Pero Gasco, desoyendo aquella orden, desplegó la bandera de su batallón, y lanzándose, seguido de los suyos con denodado arrojo sobre los carlistas, dominó



Francisco Ulibarri.

la cumbre, quedando por fin dueño de ella y por lo tanto de aquella posición tan necesaria para que las tropas pudieran reunirse, como lo hicieron, frente á Peña Plata.



Para dejar libre del todo el paso de los Pirineos había que apoderarse del alto de Arichulegui y Peña Plata, en cuyas empinadas cimas guarecíanse los carlistas.

Comenzaba ya á obscurecer y el enemigo permanecía dueño de aquellas inaccesibles rocas, abordables sólo por la parte de Francia; por lo tanto, había que apelar á la escalada y apoderarse por sorpresa de unas posiciones de otro modo inexpugnables.

Así se efectuó, subiendo por las tres Mugas la contraguerrilla de Barcelona, y el comandante Javat, con tres compañías de Reus por el Sur.

Ambas fuerzas llegaron á la vez á la posición, que abandonaron precipitadamente los carlistas, internándose en Francia.

La toma de aquella elevada posición, á la que contribuyó con raro acierto el general Blanco, que mandaba las fuerzas, dominando el camino de Vera, facilitaba el avance de Campos.

Importante fué la victoria, debida, tanto como al arrojo de los soldados, á la casualidad de carecer de municiones los que defendían aquellas empinadas cimas.

Completó la operación la toma del alto de las Palomeras, que el enemigo defendía apoyando su flanco izquierdo en Francia, pudiendo así darse la mano el ejército de Navarra con las tropas procedentes de Guipúzcoa.

La noticia de la llegada á Vera del ejército liberal, á la que contribuyó la brigada Navascués, acabó de desconcertar á los carlistas.

El plan de campaña acordado en Beasain hizose de este modo irrealizable.

Como la masa carlista no se explicaba que su enemigo avanzase sin interrupción por medio de un país que creían dominado, la palabra ¡traición! repercutió en todas las divisiones carlistas y se acentuó aún más la desbandada.

Para continuar el ejército á Tolosa, había recibido órdenes Moriones de que marchara en apoyo del tercer cuerpo, con el encargo de ganar el monte Hernio, que domina todas las posiciones inmediatas á Tolosa.

Moriones llegó á Pagoeta, á vista de Hernio, mientras con la división Espina partía de Cestona en apoyo de la división Villegas, el cual en su avance hubo de sostener un rudo combate en Gazume con los carlistas, desalojándoles de sus posiciones, que se obstinaron en defender, y que á nada conducía, hallándose á su frente Loma con 20 batallones y Quesada en la carretera de Azpeitia á Tolosa para asegurar la entrada de Don Alfonso en la ciudad, que se efectuó el 21 de Febrero.

La acción de Gazume, en la que los carlistas, como ya queda dicho, se batieron á la desesperada, fué la última de la guerra.

La brigada Navascués tomó sin resistencia San Marcos en Rentería y Munaundi sobre Oyarzún.

Como Martínez Campos oyera desde Vera fuego de fusilería hacia la parte de Guipúzcoa, ordenó tomar posiciones y siguió su marcha tranquilamente hacia Irún por la carretera.

Ya entonces las fuerzas que bloqueaban á San Sebastián y Hernani, se habían retirado sin ser inquietadas. Los carlistas aparecían, pues, derrotados en toda la extensión de las cuatro provincias.

La situación de las tropas liberales el día de la llegada del Monarca á la ciudad de Tolosa, en la que pocos días antes estuviera Don Carlos, era la siguiente:

Entre Cestona y San Sebastián, Moriones; Echevarría en Vergara, Plasencia y Elgoibar; Loma en Elosua y Azpeitia. Divisiones sueltas aseguraban las comunicaciones y cubrían el paso al enemigo sobre retaguardia. Martínez Campos seguía en sus posiciones del Baztán y Primo de Rivera dominaba la Solana de Navarra y amenazaba á Estella.

Quesada fué á reunirse con Don Alfonso para darle cuenta del plan de campaña convenido.

Inició Primo de Rivera su movimiento sobre Estella el 17 de Febrero. Dueño de fuerzas cinco veces superiores á las de su amigo, ordenó que marchara el brigadier Molins sobre Alloz; el brigadier Cortijo, apoyado por el brigadier Moreno

del Villar sobre Dicastillo á darse la mano con el general Tassara, el cual adelantó sobre Villatuerta y Arandigoyen, ocupando la extrema derecha, y al brigadier Albornoz que avanzara sobre Arellano y Barbarín, que haría la extrema izquierda.

Arrojado el enemigo en aquel avance de todas las posiciones de la falda de Monte Jurra, hubo de replegarse en lo alto, amenazado por los generales Chacón y San Martín por la parte de Ibero y Onorbia desde el río Arga, y por las fuerzas que desde la Rioja se dirigían desde los Arcos contra Estella.

Los carlistas se fueron retirando por escalones haciendo fuego, quedando dueño al fin el ejército liberal de la falda de Monte Jurra, pueblos en ella asentados y del alto llamado Monverde.

Sobre 400 bajas tuvieron los liberales en esta operación, no siendo muchas menos las del enemigo.

Al día siguiente trataron de recuperar los carlistas el alto de Monverde, mas



no lo consiguieron, siendo herido y prisionero el titulado brigadier Calderón, que mandaba las fuerzas.

Esperaban los carlistas, aun perdida Santa Bárbara de Oteiza, poder defender todavía á Estella, confiando en las montañas que la rodean, mas tomado Monte Jurra les era imposible toda defensa. Estella habría de caer en breve en poder de los liberales.

A este fin consultó Lizárraga con Caserta, quien convocó Junta de generales, que acordó abandonar la plaza y fuertes, incluso Monjardín.

Poco podía temer Primo de Rivera la famosa posición de Monjardín desde donde el enemigo le cañoneaba; dueño de Monte Jurra, dominaba todo el campo de Estella y la población, sobre la que comenzó á disparar su artillería, como sobre Monjardín.

Al hacer la descubierta el brigadier Albornoz se encontró con que los defensores de Monjardín le habían abandonado, dejando en poder de los liberales 300 fusiles, 5 piezas y varias cajas de municiones.

El ayuntamiento de Estella oficiaba en tanto á Primo de Rivera, ofreciéndole salir á recibirle si por acaso pensaba entrar en la ciudad.

Primo de Rivera, que había preparado algunos morteros para bombardear la ciudad, en cumplimiento de las bárbaras órdenes del Gobierno, «de que antes de entrar en Estella la hiciera sufrir todo el rigor de la guerra», en cuanto recibió el oficio del ayuntamiento «consideró una inhumanidad cumplir lo que se le mandaba» y entró en la ciudad sagrada del carlismo el 19 de Febrero, á tiempo de que la soldadesca carlista, al verse vencida, se entregaba á todo género de excesos, como el robo y el pillaje, maltratando de palabra y obra al vecindario pacífico de la ciudad.

En Estella recogió Primo de Rivera varias piezas de artillería y gran cantidad de material de guerra.

Cuando Primo de Rivera anunció á su jefe el general Martínez Campos su resolución de dirigirse á Estella para tomarla, Martínez Campos le contestó entre otras cosas lo que sigue:

«He aprobado tu plan: primero porque es tarde para discutir; segundo porque no quiero que ni por un momento podamos aparecer en contradicción; y tercero porque lo has meditado. Pero insisto en creer que con sólo dos batallones que defiendan la línea de Monte Jurra, vas á tener muchas bajas, y si bien podemos ganar toda la Solana, que es algo y aún algos, sin embargo, tiene que distraerse una brigada en ésta y estar siempre asustados, porque las posiciones están todas dominadas.»

Dábale nuevas instrucciones y consejos que Primo de Rivero no utilizó, merced á que antes de recibir la carta de Campos estaba ya en Estella.

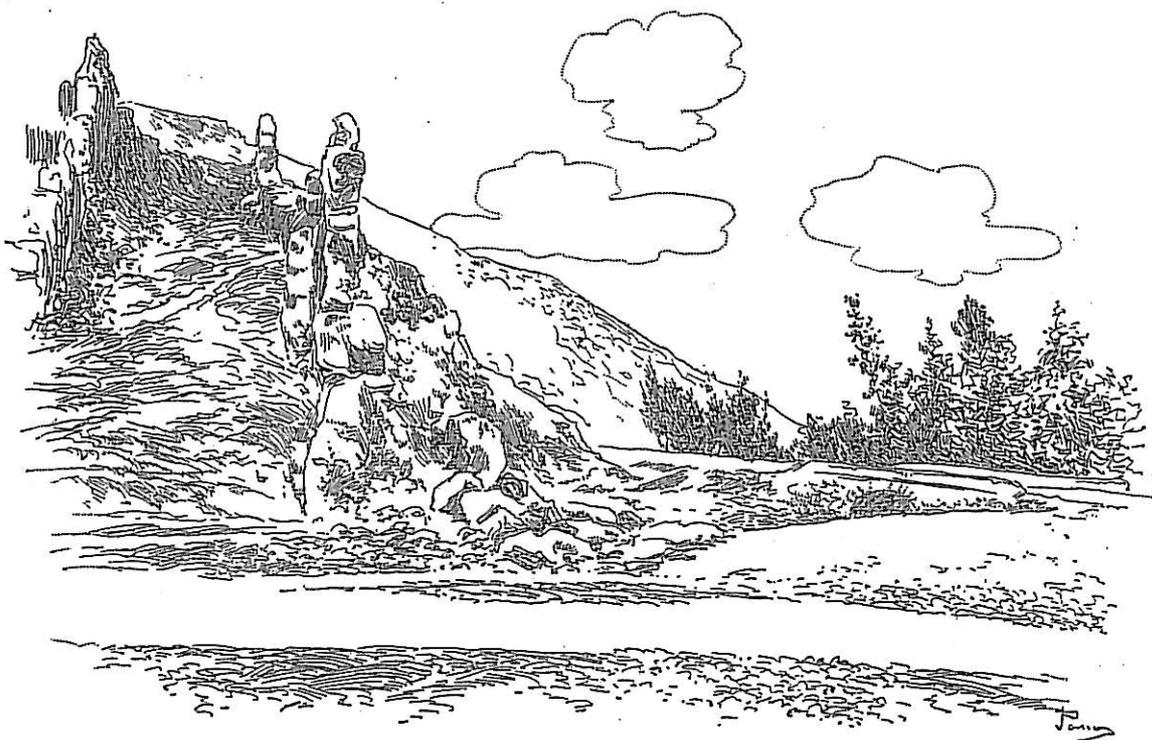


Carlos Calderón.

Las rivalidades que había entre corporaciones y personas carlistas revestidas de autoridad, dieron motivo á tal descontento y desmoralización en algunas fuerzas de Navarra, que por entonces ocurrieron feroces y repugnantes escenas.

En todas partes, entre los secuaces del Pretendiente, aumentaban las deserciones y cundía el desaliento.

La desmoralización llegó á tal extremo, que en la conferencia celebrada en Betelú el 21 de Febrero por las diputaciones carlistas allí reunidas para acordar lo más procedente, dada la crítica situación por que se atravesaba, que los diputados viéronse víctimas de terribles desacatos y de todas clases de amenazas, por haberse esparcido entre los voluntarios el rumor de que aquéllos deseaban transigir con el Gobierno.



NAVARRA — Mués (*El Congosto*).

En tal situación, las diputaciones se separaron, pensando, muchos de los que las formaban, en acercarse á la frontera para más pronto huir.

Para ver de resolver lo que procedía con arreglo á las circunstancias, se reunieron también en el alojamiento de Carasa el día 23 los titulados brigadieres Echevarri, Iturzaeta, Rodríguez Vera, Escauriaza, Solana y algunos más.

En aquella reunión, que se tituló Consejo de Leiza, se demostró la dificultad de prolongar la resistencia, efecto de que la indisciplina cundía entre vizcaínos y guipuzcoanos, y aún entre los mismos navarros, siempre tan disciplinados y afectos á la causa.

A pesar de que estaba esto en el ánimo de todos, pareció poco prudente que Carasa se hiciera intérprete de ello al preguntar si era posible continuar ó no la guerra.

Los más de los que asistieron á la reunión respondieronle airados; pero el jefe del batallón de Somorrostro, Escauriaza, tomó entonces la palabra para decir que ya no quedaba otro recurso que entregarse al enemigo ó internarse en Francia y que él, que además de carlista era fuerista, entendía ser indispensable tratar con el general Quesada de una paz sobre la base de respetar los fueros.

La propuesta de Escauriaza fué desechada por deshonrosa, tomándose el acuerdo de dirigirse á Don Carlos una comunicación, dándole cuenta de lo sucedido.

Sublevado aquella misma mañana un batallón guipuzcoano al grito de «¡Mueran los traidores! ¡Nos han vendido!», vióse obligado Carasa á salir de Leiza con su Estado Mayor y escolta, sufriendo los insultos de los sublevados, algunos de los cuales pretendieron atentar contra la vida de Carasa y otros jefes, que debieron su salvación á la velocidad de sus caballos.



Carasa se dirigió á Lecumberri, donde encontró la artillería y el batallón de Guernica, próximos á amotinarse, y á Lerga, que marchaba á Santisteban, diciendo: «¡Esto ha concluído!»

Llegó también á Lecumberri, huyendo de Leiza, el comandante general de Guipúzcoa y otros jefes carlistas.

Continuaron las deserciones en el batallón de Munguía; los vizcaínos pidieron á gritos volver á sus casas.

Se reunió Consejo de generales, opinando unos ir á Santisteban, mientras otros

sostenían enviar emisarios á Quesada para la entrega de la división con condiciones; algunos otros propusieron ir á Vizcaya.

Carasa, ofreciendo el mando de la división al que quisiera tomarlo, fué de opinión de que se les dejara á los soldados en libertad de irse á donde quisieran, y tras dos horas de discusión nada se acordó en definitiva.

Algunos jefes temían volver á sus batallones. El cura Rebollar, Escauriza y otros propusieron á Grande que tomara el mando, y proclamando paz y fueros le seguirían todos. Grande se excusó, diciendo que ya era tarde para demandar lo que se pretendía.

Mientras tanto, en Lecumberri, el batallón de Somorrostro y las compañías de Guías se sublevaron al grito de ¡paz y fueros!

Imitóle sin querer seguir á sus jefes el batallón de Guernica; el de Orduña pretendió en Bernete matar á Carasa, cuyo alojamiento allanó. Contúvoles Carasa, poniéndose con su Estado Mayor y escolta á la cabeza del batallón; pero adelantándose de las fuerzas sublevadas regresó al pueblo por otro camino.

Y mientras esto ocurría, oficiaba Lerga desde Iraizoz participando algunos movimientos de sus fuerzas y el mal espíritu del ejército, diciendo: «Las deserciones se cuentan á diario por centenares.»

«Los que desertan á la voz de ¡ya no hay generales! roban, insultan y atropellan; y no solo esto, sino que en la armería de Baquedano, hubo que sostener el fuego contra algunos de estos grupos, resultando muertos y heridos, sin que pueda mandar auxilio alguno al brigadier director que me lo reclama.»

Y añadía: «Los soldados se hallan descalzos, por haber sido los depósitos presa de paisanos y desertores; no tengo municiones ni se ha podido salvar la maquinaria para hacerlas.» Y terminaba dimitiendo el mando.

En esta situación Caserta fué reemplazado por Lizárraga.

Confirió éste el mando de la división de Vizcaya al Marqués de Valde-Espina y la de Guipúzcoa á Egaña, creyéndoles con autoridad suficiente para reducir á la obediencia á guipuzcoanos y vizcaínos, y lo que consiguió fué sacrificar al segundo.

Las deserciones de los navarros se contaban hasta por batallones, sin que nadie tuviera autoridad para contenerlos, pues ni Don Carlos, que los llamó á Vizcaya para pedirles cuenta de lo que hacían, fué respetado ni oído.

Trataron algunos vascongados de salvar sus fueros; pero como Don Carlos no se mostraba partidario de tales franquicias, por él y por muchos de los magnates del carlismo tantas veces infringidas, cundió el descontento contra el Pretendiente, viendo entonces claro aquellos vascongados que habían estado al servicio de bastardos intereses personales, y no en defensa, como creyeron, de los principios políticos á que eran afectos.

No obstante el manifiesto estado de disolución del carlismo, el Gobierno restaurador no se daba vagar en ofrecer indultos, reconocer grados y empleos y dilapidar el dinero de la nación en la compra de ambiciosas voluntades.

Descompuesto el carlismo, no era fácil que el Consejo de generales, presidido el 21 en Tolosa por el Monarca, pudiera acordar operación alguna contra el enemigo, pues el ejército liberal podía ir sin inconveniente por donde mejor le pareciera.

Aquel Consejo fué tanto más inútilmente que se prefirió á continuar la persecución del enemigo, que siguieran las tropas en sus acantonamientos.

Martínez Campos marchó el 24 por la carretera de Leiza á Lecumberri, á fin de reunirse con Loma para seguir después en unión de Moriones á Pamplona.

Primo de Rivera ocupó las formidables posiciones de Dos Hermanas, auxiliado de Loma, Echevarría y Martínez Campos.

Ocupada la línea de Lecumberri por Leiza y Betelú y tomadas las posiciones de Dos Hermanas, estaba asegurada la comunicación con Pamplona.

Avanzó Moriones á Santisteban; Echevarría á Alsasua é Iruzun, siguiendo Martínez Campos á Pamplona para cerrar la frontera. Pero cuando llegó á avistar al enemigo era ya tarde. Don Carlos había traspuesto la frontera y disueltose el último núcleo importante del carlismo.

El 22 marchó á San Sebastián Alfonso XII, donde se le preparó un entusiasta recibimiento; regresó el 24 á Tolosa, presentándose á indulto 6 batallones carlistas.

A Martínez Campos se le presentaron en Berástegui otros 2, procedentes de las fuerzas que intentaron disputarle el paso en su marcha á Pamplona, en cuya ciudad se presentaron 9 batallones más y algunas compañías sueltas.

Al avistarse Lizárraga con Don Carlos, aconsejó á éste que tomase el camino de la frontera para resistir á su amparo, si por acaso se podía, ó entrar sino en Francia. Salió el Pretendiente de Santisteban el 24 de Febrero, y atravesando el puerto de Velata se alojó en Olague. Iba acompañado de los batallones castellanos, los cuales permanecieron siempre leales á su bandera.

En Olague se le unió Boet, al frente de la brigada valenciana, llegando á Burguete el 26, no muy activamente perseguido.

Sabedor de las deserciones de navarros, guipuzcoanos y alaveses, marchó el 27 á Valcarlos, y ya en la frontera uno de los suyos, Lizárraga, envió al general francés que mandaba la división de Bayona la siguiente comunicación:



León Martínez Fortún.

«Valcarlos, 27 de Febrero de 1876.—Al general que manda la división de Bayona:

»Vencido por la fortuna adversa, S. M. el Rey Carlos VII, mi augusto amo, ha resuelto no prolongar más una lucha que haría padecer á España, sin provecho para su causa, y pide á la Francia su generosa hospitalidad.

»De orden de S. M. tengo el honor de informaros que el Rey, escoltado por algunas tropas leales, atravesará la frontera por el puente de Arneguy mañana á las nueve de la mañana. Recibid, señor general, la seguridad de mi alta consideración El general en jefe de E. M. G., ANTONIO LIZÁRRAGA.»

En la carretera de Valcarlos formaron las fuerzas carlistas, que eran 6 batallones de Castilla; 2 de Cantabria; 1 de Asturias; 3 de Valencia; los cadetes



Guías del Rey, escuadrón de guardia á caballo, el de húsares de Arlabán, la caballería de Castilla, el regimiento de Borbón y 6 baterías Plasencia y Wirwot.

Por entre aquellas fuerzas atravesó Don Carlos. Los vítores y aclamaciones

ahogaban los sonidos de las trompetas y clarines, que tocaban la marcha real. Al llegar al territorio francés miró Don Carlos hacia España y con acento con vencido exclamó: ¡Volveré! ¡volveré!

Tal fué la desesperación de aquellos 10,000 carlistas que siguieron tras el Pretendiente á la emigración al verse vencidos, que muchos de ellos rompieron sus espadas, mientras otros arrojaban con desesperación los fusiles.

Los franceses contemplaban absortos aquella escena de lealtad y firmeza de unos hombres que, si por su fanatismo hicieron grave daño á la democracia y á la Nación, merecen sin embargo el respeto ajeno por la tenacidad y arrojo que demostraron para afrontar todo género de penalidades.

Recibido Don Carlos por el subprefecto, de gran uniforme, las tropas francesas, formadas, le tributaron honores reales.

Como la guerra había terminado, el Gobierno, para hacer simpática la monarquía restaurada, decidió pasear triunfalmente á Don Alfonso por Alsasua, Pamplona, Estella, Logroño, Vitoria, Bilbao, Portugalete y Santander, desde donde tornó á Madrid, pasando por Palencia, Valladolid y Avila.

El general Blanco, que llegó á Valcarlos á poco de haber traspasado Don Carlos la frontera, empujó hacia Francia á los que emigraban y recogió algunos rezagados y 25 cañones.

La brigada Bargas quedó guardando los valles del Roncal y Salazar, hasta la refundición de los ejércitos de derecha é izquierda en el del Norte.

Las tropas que quedaban á Pérula y otros jefes navarros se dirigieron á Francia, el 23, por San Juan de Pie del Puerto, hostilizadas algunas de ellas por los naturales del país.

Expatriados unos carlistas, rendidos otros, y acogidos á indulto los más, quedaba sólo como último baluarte del absolutismo, el castillo de Población, á cuyo gobernador, José M.^a Montoya, le ofrecieron agentes del Gobierno por la entrega del fuerte 125,000 pesetas.

Rechazó Montoya la oferta y se sostuvo hasta el día 2 de Marzo.

Al dejar Don Alfonso la tierra vascongada firmó en Somorrostro la siguiente alocución, dirigida al ejército, y que fué como el anuncio de muerte de los fueros que gran número de vascongados pretendieron sacar indemnes en las postrimerías de la guerra.

He aquí el documento suscrito por el Monarca:

«Soldados: No puedo alejarme de vuestra presencia, sin manifestaros la profunda gratitud de mi alma. Merced á vuestro esfuerzo ha sucedido á la proclamación de mi nombre, primero el testimonio de vuestras armas, y después la terminación de la guerra civil.

»Vuestras virtudes militares han restablecido la paz, y me han alcanzado el título más glorioso á que puede aspirar un monarca.

»Cuando ayer en tierra extranjera contemplaba lleno de angustia la discordia y ruina de España, sólo me consolaba el considerarme de todo punto ajeno

á tanta desventura. Hoy aquel triste consuelo lo habéis convertido en inmenso júbilo, dándome ocasión de remediar desgracias, acontecidas en mi ausencia, y de enjugar lágrimas que, gracias al cielo, no han corrido por causa mía. Debo á la Providencia el haber permanecido lejos del mal, y á vosotros la pura satisfacción de haber contribuido á su remedio.

» Gracias, soldados. Grabados quedan en el corazón de vuestro rey los rudos sacrificios de que habéis dado tan constante ejemplo en la presente guerra. Dios



Vista panorámica de Larraga.

hará que no sean estériles para el bien. Su recuerdo no se apartará nunca de mi memoria; él me estimulará constantemente á cumplir como bueno los altos deberes que la Providencia me ha confiado, y mantendrá viva mi fe en el porvenir de la patria, que bien merece, y puede alcanzar, un poco siquiera de bienestar y sosiego la que es madre de tan honrados hijos; y harto demuestran los recientes sucesos, que las enconadas pasiones, contrarias á la salud de la patria, no han inficionado el corazón del pueblo español, que afortunadamente en los grandes conflictos aparece siempre, como hoy en vosotros, valeroso y sencillo, lleno de abnegación y bravura, sensible á los estímulos del pundonor y de la gloria, y enriquecido, en fin, de todas las cualidades que forman soldados dignos de este nombre, y capaces de garantizar este ejemplo y la propiedad de las naciones.

» Mejor asunto merecían vuestras proezas que el funesto que os ha dado la guerra civil. Horrible guerra, en que el golpe que se da y el que se recibe, todos causan dolor; desgracia superior á todas; y para mayor amargura de nuestros corazones, sólo España le ofrece ya en el mundo frecuente teatro.

» Espero en Dios que no ha de repetirse; y si común ha sido la pena, los beneficios de la paz que habéis conseguido, alcanzarán en cambio á todos los españoles, y á ninguno debe humillarle su derrota, que, al fin, hermano del vencedor es el vencido.

»Soldados: Los ásperos trabajos que habéis soportado, las continuas lágrimas que vuestras honradas madres han vertido; el triste espectáculo de tantos compañeros que gimen en el lecho del dolor ó descansan en el seno de la muerte; todos estos males, aunque espantosos y por todo extremo lamentables, quedan reducidos al espacio de una sola generación; pero fundada por vuestro heroísmo la unidad constitucional de España; hasta las más remotas generaciones llegará el fruto y las bendiciones de vuestras victorias.



Larraga. — Vista del fuerte.

»Pocos ejércitos han tenido ocasión de prestar un servicio de tal importancia. Tanta sangre, tantas fatigas merecían este premio.

»Soldados: Con pena me separo de vosotros. Jamás olvidaré vuestros hechos; no olvidéis vosotros, en cambio, que siempre me hallaréis dispuesto á dejar el palacio de mis mayores, para ocupar una tienda en vuestros campamentos; á ponerme al frente de vosotros, y á que en servicio de la patria corra, si es preciso, mezclada con la vuestra la sangre de vuestro rey. ALFONSO.—*Cuartel Real en Somorrostro, á 13 de Marzo de 1876.*»

Don Alfonso hizo su entrada en Madrid al frente de una gran parte del ejército.

Gran descontento produjo, no sólo entre los pueblos carlistas vencidos, sino en la mayor parte de las regiones de España, que aun siendo liberales, deseaban que la Restauración reconociera de buen grado sus antiguos fueros, como garantía precisa para alcanzar en unas el reconocimiento jurídico de la personalidad del

municipio y la región, y del municipio y de las diputaciones regionales en otras, la intencionada frase puesta en boca del Monarca por el Gobierno de «fundada queda por vuestro heroísmo la unidad constitucional de España...»

Antojábaseles á carlistas y liberales, fueristas ó autonomistas, la actitud en que se colocaba el régimen, por demás arbitraria, pues mientras se daba golpe de muerte á la independencia de los organismos naturales, cual el municipio, se perdonaba y recompensaba á las personalidades más salientes del carlismo y aún al mismo clero, que con sus predicaciones y consejos había contribuido á que las provincias vasco-navarras, Centro y Cataluña se alzaran en armas.

Como triunfadores, á los que se reconocieron grados y empleos, entraron á formar parte de la situación alfonsina cuantos jefes carlistas, y alto y bajo clero, alzado en armas, reconocieron á Don Alfonso y su Gobierno.

También se concedió perdón á los individuos de la clase de tropa que volvieron á España en el plazo de 40 días, y á los oficiales y jefes que lo solicitaran, sin más excepción que la de los reos de delitos comunes; pues si se estableció también la de los que hubieran figurado como ministros, corregidores, diputados á guerra, foral, etc., olvidada fué ésta en la práctica por los Gobiernos de la Monarquía.

Ya en el extranjero Don Carlos, dirigió desde Pau un Manifiesto á los españoles y una alocución á su disuelto ejército. El Manifiesto decía así:

«Españoles: deseoso de contener hoy la efusión de sangre, he renunciado á continuar la lucha gloriosa, es cierto, pero por el momento estéril. Si me veo obligado á ceder á la fuerza de las circunstancias, ni mi corazón desmaya, ni se ha quebrantado mi fe, y conservo intactos mis derechos, que son los de la legitimidad en España.

» Ante la gran superioridad del número, y más aún ante los sufrimientos de mis fieles voluntarios, contra quienes todo se había conspirado, es para mí una necesidad volver el acero á la vaina.

» Siguiendo las tradiciones de mi familia conoceré el camino del destierro; pero jamás podré prestarme á convenios deshonorosos y desleales, contrarios á la dignidad del que, como yo, tiene la conciencia de lo que significa y de lo que representa.

» Conocéis todos los sagrados principios que simboliza mi bandera, sin mancha. En tanto que los sostenía con mano firme al frente de mis batallones, he visto caer al suelo la monarquía extranjera y la república, violentamente implantadas en la nación española, y aun cuando el éxito no haya coronado mis esfuerzos, no es ésta una razón para que el poder de nuestros enemigos se arraigue, porque las obras de la revolución están destinadas á perecer por obra de la misma revolución.

» Mi bandera plegada queda hasta que Dios fije la hora suprema de la redención para la España católica y monárquica, que no puede menos de estar marcada en los designios de la Providencia después de tantos sacrificios. Hoy, como

siempre, tengo fe en la obra de salvación á que esa Providencia me destina; hoy, como siempre, estoy pronto á sacrificarme por mi patria, á la que amo con tanto amor, y á la que tanto debo.—Vuestro rey, CARLOS.—*Pau, 1.º de Marzo de 1876.*»

Decía la alocución:

«A mi ejército: al pisar de nuevo el suelo extranjero y con el corazón todavía conmovido por vuestra desgarradora despedida, creo que mi primer deber es dirigir una palabra amiga á los que fueron mis compañeros de armas. Testigo de vuestro valor heroico en los días de triunfo y de vuestra abnegación más heroica, si cabe, en la hora de la adversidad, jamás podrá borrarse de mi alma el querido recuerdo de los que me fueron fieles hasta el último momento.

»Todas las hazañas que soñaba cuando en mi primera juventud y en la tierra de proscripción pensaba lo que podía hacer con vuestra ayuda, las habéis realizado. Monte Jurra, Somorrostro, Abarzuza, Urnieta, Lácar y tantos otros nombres ya ilustres, son otros tantos pasos que habéis dado en el camino de la gloria, y gloriosamente seguidos por nuestros hermanos de las demás provincias.

»Desprovistos de todo, vuestra constancia suplía todo, y jamás al frente de vuestros adversarios habéis contado su número ni medido la desproporción de recursos para llegar á la victoria.

»Si fe tan valerosa y resignación tan noble han venido á quedar infructuosas, no os desaniméis. Fuertes como yo, en frente de la desgracia, y confiados en el Dios de los ejércitos, mostráos dignos del nombre que habéis adquirido, y esperad siempre en los destinos de una patria, que entre sus más humildes hijos cuenta hombres como vosotros.

»Descendientes de aquellos antiguos españoles que á la sombra del altar y del trono ocupan tan alto lugar en la historia, será siempre para mí una gloria, que la desgracia no empequeñecerá jamás, haber estado á vuestro frente, así como hoy es mi mayor dolor el separarme de vosotros.—Vuestro rey y general, CARLOS —*Pau, 1.º de Marzo de 1876.*»

Como premio á la lealtad y á la constancia concedió Don Carlos, por decreto, una medalla destinada á los voluntarios que le fueron fieles hasta lo último.

Mientras la prensa afecta al régimen se dedicaba á poner de manifiesto los beneficios que, según ella, había traído la Monarquía restaurada á la Nación con la terminación de la guerra, los generales Quesada y Martínez Campos daban el poco edificante espectáculo de recabar cada cual para sí los honores y la gloria de haber vencido en la civil contienda.

Decía Quesada en una comunicación al ministro de la Guerra:

»Antes de dar á V. E. cuenta detallada de las operaciones efectuadas hasta poner fin á la guerra, ha de serme permitido entrar en explicaciones sobre las bases que sirvieron para proyectar el plan de campaña llevado á ejecución con los resultados que son notorios, ya que hoy día no hay causas que impidan darlas publicidad, á fin de que sirva de satisfacción á mis soldados el saber que, si han ofrecido sus vidas y su sangre en los combates con entusiasmo y contento, lo han

hecho, no al acaso, sino como consecuencia forzosa de un plan, que ha costado desvelos sin cuento al jefe puesto á su cabeza por la extrema bondad del Gobierno de nuestro augusto general en jefe y rey... »

Al conocer Martínez Campos la comunicación transcrita escribió al ministro:

« Dice el general Quesada que el plan de campaña ha costado desvelos sin cuento al jefe. No lo dudo, pero habrá sido el suyo, no el mío, que lo he llevado á cabo sin conocimiento de nadie, contra la voluntad tácita ó explícita del general Quesada, y estoy por afirmar, contra la del Gobierno. » Y tras repetir, « niego en absoluto, es inexacto » y otras expresiones así, concluye diciendo:

« He dejado pasar desapercibido el parte del general Quesada, por no suscitar dificultades, pero si bien he dejado sin correctivo tales inexactitudes, ha sido en bien del país... Y quiero que consten los hechos, sin que haya necesidad de publicarlos en la *Gaceta*, como pudiera tener derecho á exigir, pero sin que sean reservados. »

Era tanto más singular esta disputa entre los dos generales, cuanto que el plan de campaña, cuya gloria recababan para sí, pertenecía al capitán don Baldomero Villegas, como ya queda anotado en su lugar; plan, que había puesto el señor Villegas íntegramente en conocimiento del ministro de la Guerra y que fué aprobado por Quesada cuando en Consejo de generales y por el Gobierno se discutió el plan que mejor convenía adoptar para la campaña.

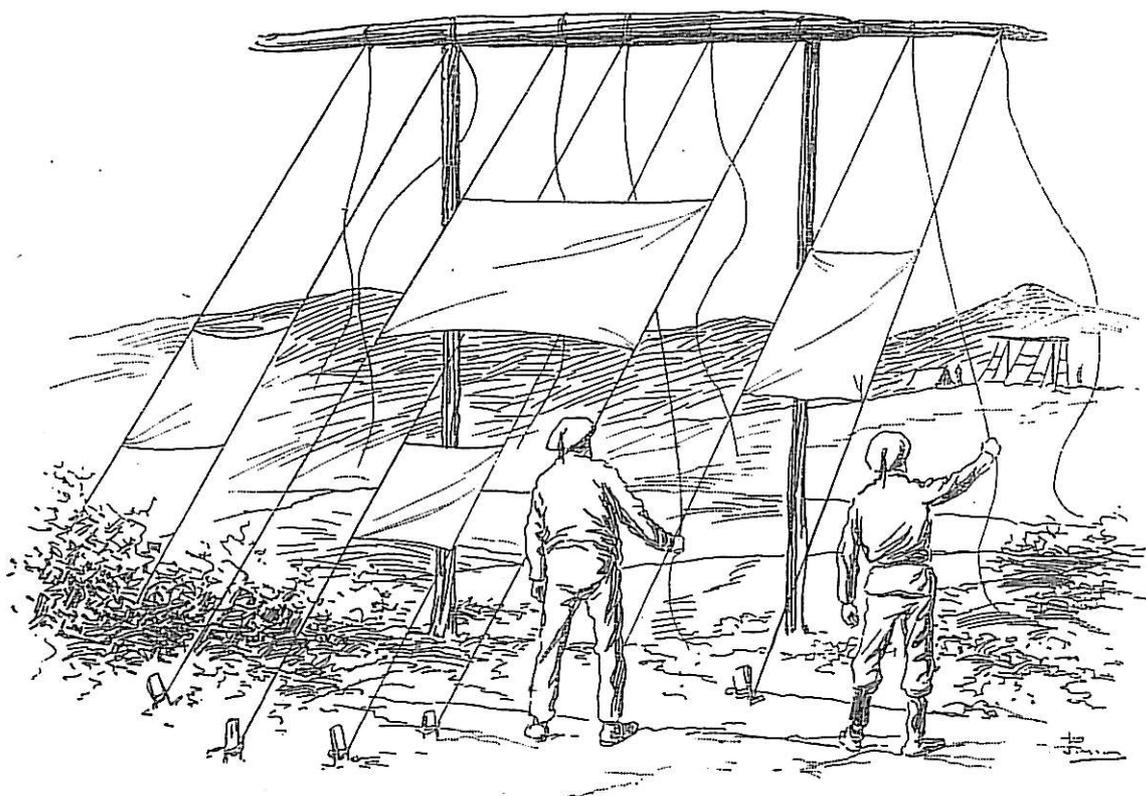
Terminó el Gobierno la disputa entre Quesada y Campos, nombrándolos á ambos capitanes generales.

Las recompensas por la campaña fueron muchas. Creció la prodigalidad con la concesión de cruces pensionadas, títulos de Castilla, empleos y grados. Algunos de los más merecedores á tales distinciones fueron sistemáticamente relegados al olvido, con especialidad aquellos generales, jefes ú oficiales que tenía antecedentes revolucionarios.

El éxito había sido grande. Un mes de operaciones y los trabajos de seducción empleados, bastaron para disolver en el Norte un ejército de más de treinta mil hombres; y de veinte mil en Cataluña y Centro. De 40,000 pasaron los fusiles aprehendidos y de 100 los cañones, además de inmenso material de guerra, trenes, puentes, telégrafos y fábricas.

No hemos de insistir en las causas que originaron la disolución del ejército carlista. Baste saber que la conducta de muchos de los que sirvieron la causa absolutista no tuvo nada de ejemplar. Sólo unos cuantos, respetabilísimos por su consecuencia y lealtad, si bien sirvieron su bandera con honradez, carecieron en cambio de las condiciones personales de los caudillos de la primera guerra. Y como dice un historiador, « por no haberse formado hombres nuevos en las competencias de la política, piedra de toque de los partidos, á causa de su constante retraimiento, Don Carlos hubo de entregarse á los apóstatas de los partidos liberales; á él llegados, los más, por despecho, y algunos por ambiciones infundadas. »

» Casi todos los jefes y generales, añade el historiador á que nos referimos, habían servido á Doña Isabel II, y no pocos á la revolución de 1868; y como no sentían el absolutismo, venían á ser á manera de las antiguas compañías blancas, dispuestas á batirse en favor de quien para ello las alquilaba mediante un precio. Unos eran carlistas porque temían la desaparición de sus fueros; otros por miedo á la revolución; algunos por fanatismo religioso; los más por afán de medro; tal porque su padre fué carlista, y sólo unos cuantos por verdadera devoción á la doctrina absolutista.»

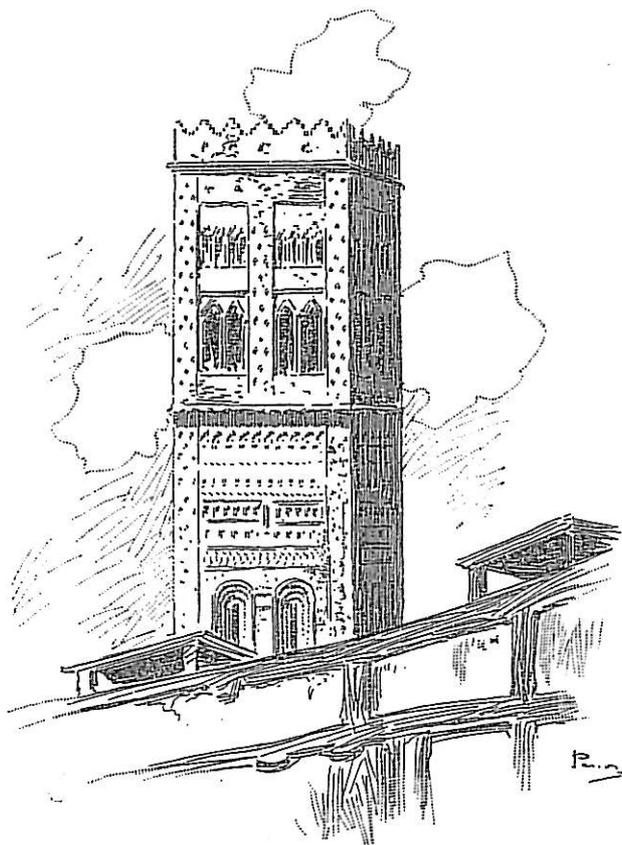


Sistema telegráfico de los carlistas en Alava.

La última guerra civil será siempre perenne ejemplo de que la fe, el valor y el entusiasmo no crean por sí solas hombres de Estado ni grandes capitanes; y de que los políticos y militares, si carecen de las cualidades que son precisas para gobernar un partido ó dirigir un ejército, sólo desventuras pueden acarrear á los que fían en las artes empíricas y denodado arrojo de sus jefes ó caudillos.

Sintiendo Don Carlos la añoranza de haber tenido cortesanos en vez de ministros consejeros, de haber mandado ejércitos y dictado decretos, y soñando siempre con la posibilidad de ser rey efectivo, expidió desde Londres el 30 de Marzo un Decreto creando una Junta carlista mientras las circunstancias no exigieran una nueva organización. La presidencia de esa Junta confiriósele al Marqués de Valde-Espina.

Las instrucciones que acompañaban al Decreto, decían así:



TERUEL — Torre de San Martín.

«1.^a La misión de la Junta consiste en mantener puro y vivo el partido; sostenerle y hacerle progresar; aconsejar á los carlistas, de modo que jamás haya motivo para suponer que nuestros numerosos afiliados han quedado huérfanos de autoridad que los dirija y de un centro de iniciativa permanente que los aliente, ampare y estimule. Facilitará la Junta el regreso á España de los emigrados, sin que por esto se separen de nuestra comunión, antes por el contrario, donde quiera que se encuentre un carlista, debe considerarse como militar de servicio para observar una regla de conducta que esté conforme con la conveniencia de la causa en todas ocasiones.

»2.^a Uno de los trabajos á que dedicará la Junta su atención preferente, es, á formalizar una muy verdadera y laboriosa cruzada de propaganda, por los

medios más hábiles é ingeniosos y en todos extremos imaginables que lleguen á estar á su alcance. Así, no descuidará por el pronto hacer sentir su mano con arte en la prensa liberal, para que de un modo indirecto contribuya á vigorizar nuestra existencia política, y procurará hacer uso de los periódicos extranjeros para proclamar y hacer proverbial que el partido vive, que Carlos VII confía en su misión y está siempre dispuesto á sacrificarse por España, sin abdicar jamás los principios que sostuvo con la espada en la mano. Cuando las circunstancias vayan permitiéndolo, deberá salir á luz la prensa carlista, pero que sea carlista puramente, sin mistificación alguna, y para que sostenga nuestra bandera sin tacha. Establecerá y multiplicará relaciones con España y nuestros amigos del extranjero, de manera que no carezca de corresponsales y de elementos para dilatar y fortificar la influencia y trascendencia del partido, á fin de que ningún acontecimiento pueda sorprendernos, trabajando también cuanto fuese asequible, en el ejército mismo, para utilizar los sucesos que sólo Dios puede prever.

»3.^a Impedirá que se efectúen movimientos que desempeñados parcialmente sólo producirán un sensible y estéril sacrificio con menoscabo del partido; entenderá en lo concerniente á comisionados ó agentes de la causa, sean españoles ó extranjeros, exigiéndoles cuentas y relevándolos ó destituyéndolos si hubiese motivo para ello, y celará que no se haga política que adultere la santidad de nuestros principios, que debilite la unidad de acción que me propongo conseguir y consolidar, ó que se divorcie de los preceptos señalados á la Junta.

>4.^a Si el gobierno de la revolución comete alguna falta grave, como sería proclamar la libertad de cultos, y esto suscitase protesta del episcopado ú otras manifestaciones, la Junta, sin esperar orden mía, felicitará á los que más enérgicos se muestren y les dará las gracias en mi real nombre: igualmente si llegara á suprimir los fueros de mis estimadas provincias vascas, les hará saber que mi corazón está con ellas y que sólo tienen existencia transitoria las usurpaciones de un gobierno ilegal. Es decir, que en todo acto antipatriótico manifestará su reconocimiento á favor de los que mantengan con más tesón los derechos de España.

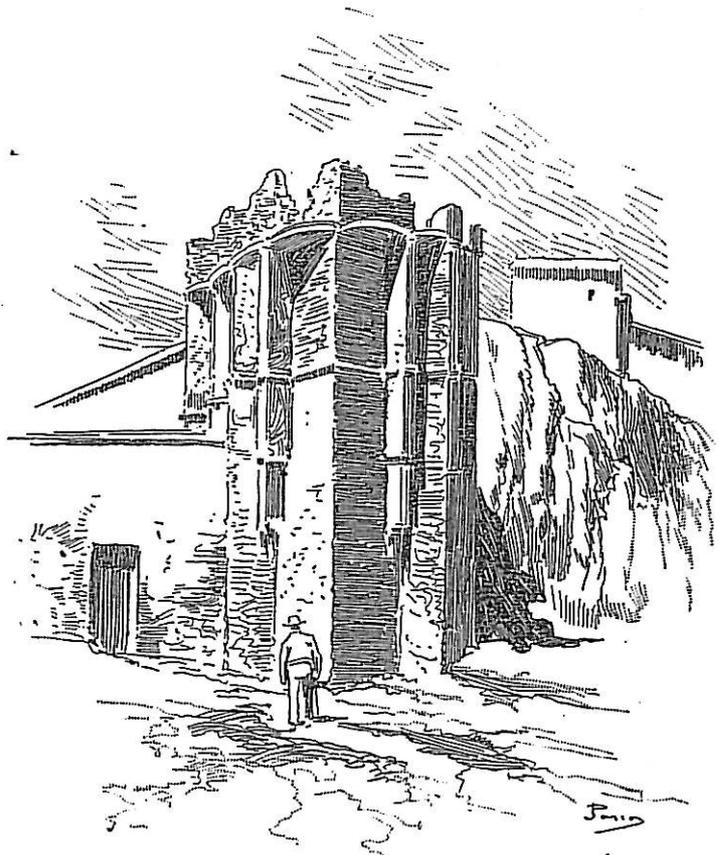
>5.^a En los casos últimamente prescritos, ó en otros parecidos, tratará la Junta de unir al partido los hombres probos, como los que lleguen á separarse de Don Alfonso, por principios católicos; pero se abstendrá de fundar alianzas con ninguna agrupación política. Sin embargo, no sólo estará en sus facultades, sino que tiene el deber de fomentar conflictos bajo mano, como promover movimientos republicanos avanzados, á fin de acelerar los acontecimientos y abreviar los males que afligen á mi querida España.

>6.^a Para toda cuestión ardua que se roce con la política, la Junta llamará á consejo á uno ó más hombres políticos de reconocida honradez y capacidad y afectos á mi causa y persona. En materias religiosas y en los casos de conciencia, deberá asesorarse con un sacerdote de virtud, ciencia y acrisolado realismo.

>7.^a La creación de la Junta será secreta para el público y un objeto de la mayor reserva entre los adictos á mi causa: estas instrucciones no tendrán publicidad sino entre el presidente y vocales de la Junta. Al efecto se adoptarán todas las precauciones, como el consignar un pseudónimo á cada uno de sus individuos, para mantener la correspondencia y el procurar colectiva y particularmente preservar sus papeles y asuntos de una investigación de la policía ó de algún agente de nuestros enemigos.

>8.^a La Junta se servirá de una estampilla con un nombre de guerra que acordará y usará de un sello con mis armas y las iniciales C. 7.^o

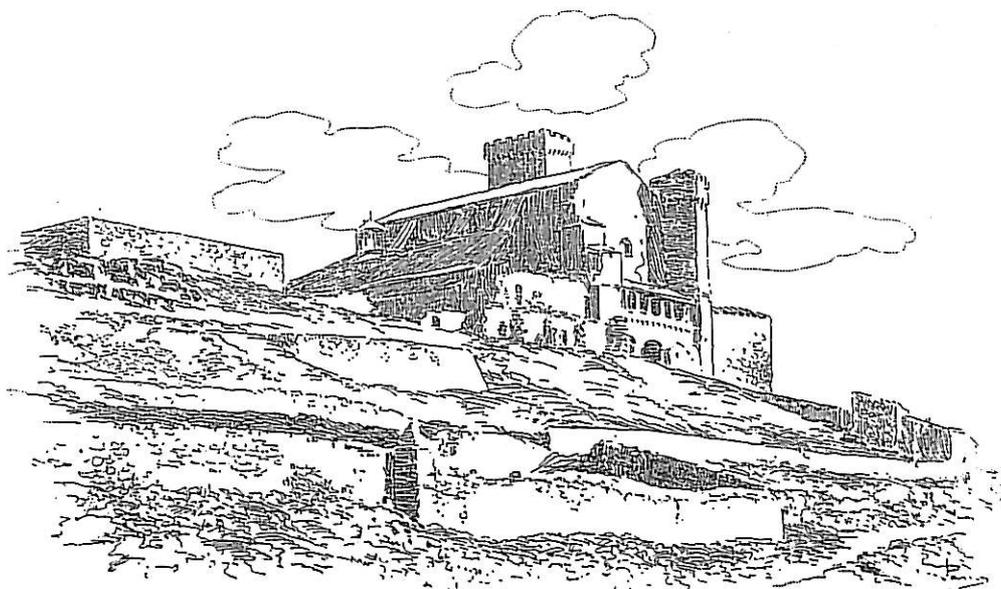
>9.^a Se convocará la Junta cuando pueda y como le sea posible bajo un presidente, y en ausencia de éste



TERUEL — Castillo de Ambeles.

por enfermedad ú otro motivo, ejercerá su cargo el vocal de mayor graduación y antigüedad. Si por circunstancias pecuniarias ó diferencia de residencia, no pudiese completarse la reunión de la Junta, la constituiría el presidente con los vocales que lleguen á congregarse, haciéndolo así constar en el libro de actas que se abrirá, con especificación del motivo de los ausentes.

» 10. La Junta tendrá iniciativa propia, debiendo poner en mi conocimiento todo lo grave, y cada uno de los que la componen, aun los que no puedan asistir á su convocatoria, deberá trabajar activamente dentro de estas instrucciones y de las consignas que vaya expidiendo en sus sesiones el presidente y vocales que se reunan, ó que surjan para bien del partido á consecuencia de la correspondencia seguida entre el presidente y los vocales que estando separados se comuniquen con él por escrito.



NAVARRA — Iglesia de Santa María en Ujué.

» 11. Cuando yo lo pida, me dará cuenta detallada y razonada de sus trabajos, de los llevados á cabo y de los pendientes, no sólo en sus sesiones, sino por los vocales que no hayan podido asistir á ellas, y á su vez el presidente exigirá á éstas, siempre que lo crea procedente, que le comuniquen el estado de sus respectivas tareas, ó le participen su parecer en determinados negocios.

» 12. Por motivos de mi forzoso alejamiento y de los viajes secretos que las vicisitudes y la política puedan exigir de mí, la Junta, en los casos dudosos, dirigirá á la reina, mi augusta esposa, para que me haga llegar sus noticias, y en caso urgente tome por sí la resolución que juzgue más conveniente.

» 13. Elegirá un secretario que reúna dotes especiales para un puesto de tanta confianza, quien puede ser indistintamente militar ó de la clase civil.

» 14. Esta Junta subsistirá hasta que considere oportuno decretar una nueva organización para el partido.

» 15 y última. El presidente y vocales de la Junta carlista, penetrados de su elevado criterio, se consagrarán á él con estudio prolijo, observación detenida y asiduidad constante: no desperdiciarán nada de cuanto pueda redundar en triunfo de la causa dentro del círculo de las presentes instrucciones, y aprovecharán las ideas y oportunas indicaciones que lleguen á su conocimiento, sugeridas por otros generales, jefes, oficiales y leales partidarios de mi causa; mantendrá la Junta carlista, en una palabra, el fuego sacro, desarrollando la propagación, las influencias y el espíritu del partido, para que se presente imponente en cualquiera género de lucha que le esté reservada; pero cuidando sobre todo y de un modo esencial, de que se conserven religiosamente incólumes los principios proclamados por mí en mis manifiestos y reasumidos en nuestro lema de «Dios, Patria y Rey.» —CARLOS.—*Londres, 30 de Marzo de 1876.*»

Desde Londres emprendió Don Carlos un viaje á Méjico, á fin de ahorrarse reconvenções, quejas y solicitudes de distinto género.

Como la Junta no se lograra constituir, ni renovar la guerra, á pesar de haberse puesto á disposición de algunos calificados carlistas cantidades de no escasa consideración, Don Carlos, al volver de América á Europa, derogó en París el 25 de Septiembre el Decreto que expidiera en Marzo, creando la Junta, á pretexto de haber pensado dirigir en adelante la organización y actos del partido.

Es decir, que la realidad hizo ver una vez más á Don Carlos lo imposible de sus sueños.
